



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

Facultad de Letras

TESIS:
**LOS CONSENTIDOS DEL PROFESOR
ANÁLISIS DEL REGISTRO LITERARIO HOMOSEXUAL
EN *DESPUÉS DE TODO*, DE JOSÉ CEBALLOS MALDONADO**

Que para obtener el grado de Maestro en Estudios del Discurso presenta:
Ignacio Torres Valencia

Director:

Doctor Raúl Eduardo González Hernández

Morelia, Michoacán; marzo, 2023

AGRADECIMIENTOS

A Mando, siempre.

Con cariño a mis padres, que no entienden lo que estudio
pero siempre están ahí para apoyarme.

José Ortega y Gasset dijo en sus *Meditaciones del Quijote*: “Yo soy yo y mi circunstancia”, y yo he tenido la suerte de que mi circunstancia me ha llevado a conocer a personas maravillosas a quienes quiero agradecer por su generosidad. En primer lugar a mi director de tesis, el doctor Raúl Eduardo González, por su paciente, eficaz y brillante acompañamiento y guía en el proceso que llevó a la construcción y desarrollo de esta investigación.

Agradezco también a todo el núcleo académico de la maestría, de manera particular al doctor Bernardo Enrique Pérez Álvarez, presencia constante y elocuente en estos dos años de formación; así como al doctor Agustín Rodríguez Hernández, por facilitarme el encuentro con otros medios en que los varones sexodisidentes también han sido vilipendiados.

De modo especial quiero agradecer a las doctoras Amalia Ramírez Garayzar y Eva María Garrido Izaguirre, cuya presencia en la academia y en la amistad no puedo agradecer lo suficiente ni pagar con nada. Gracias.

A las amigas y amigos. Alfredo, Alejandra, Dania, Minelli, Copérnico, Paul y Andrés. De muy diversas maneras, directa e indirectamente, ayudaron al desarrollo de este trabajo. Les abrazo y les agradezco infinitamente.

DEDICATORIA

You see, people may or may not be mildly threatened by your anger, your hatred, your pride. But,
love the wrong way and you will find yourself in great jeopardy
Roebuck Wright (*The French Dispatch*)

Dedico el resultado de esta investigación a los rebeldes pioneros: a todos los varones sexodisidentes del México revolucionario y posrevolucionario cuyos andares y actuares llevaron a la circunstancia actual que, aunque no ideal, es de cierta apertura a textos como el presente.

La motivación de este trabajo fueron Javier Lavalle, Alberto Teruel, El Muchacho, José Toledo, Mimí, Ninón, Chucho el Ninfo y todos los que fueron escritos pero no publicados. Que no por ser ficción sus devenires literarios son menos reales, pues es de la realidad —terrible y adversa— que se nutrieron sus corazones hechos de páginas que latirán eternamente mientras alguien recorra los folios que contienen sus historias.

RESUMEN

La presente investigación busca la revalorización de la obra literaria de José Ceballos Maldonado —autor michoacano cuya producción narrativa está fuera del canon— a partir de la que fue su segunda novela: *Después de todo*. De 1969 y con un protagonista abiertamente homosexual, de nombre Javier Lavalle, se adelantó por una década al Adonis García escrito por Luis Zapata. La revisión contextual realizada permitió ubicar a la novela en la realidad de su momento de publicación y en el devenir de los personajes homosexuales que han transitado la literatura mexicana. La obra de Ceballos Maldonado no fue la primera en tener como protagonista a un varón no heterosexual, pero sí fue pionera en cuanto a la vivencia libre y sin disculpas de tal condición, todo lo contrario de los textos que la antecedieron. La identificación del modo en que tales varones eran presentados en productos de consumo masivo como el cine y la prensa, además de la literatura, permitió encontrar el tono nacional del discurso al respecto y, con ello, caracterizar el contradiscurso enunciado por Javier Lavalle, quien planta cara a la homofobia familiar, social e institucional. Los planteamientos teóricos utilizados para el análisis, todos de base sociológica, fueron las representaciones sociales estudiadas por Denise Jodelet, la perspectiva dramaturgica propuesta por Erving Goffman y la antropología lingüística de Alessandro Duranti.

Palabras clave: literatura, homosexualidad, homofobia, discurso, representaciones sociales

ABSTRACT

The present investigation aims to the revaluation of the literary work of José Ceballos Maldonado —a Michoacan author whose narrative production is outside the canon— from what was his second novel: *Después de Todo*. From 1969 and with an openly homosexual protagonist, named Javier Lavalle, it was a decade ahead of the famous Adonis García written by Luis Zapata. The contextual review carried out allowed us to locate the novel in the reality of its publication moment and in the context of the homosexual characters that have passed through Mexican literature. Ceballos Maldonado's work was not the first one to have a non-heterosexual male as its protagonist, but it was a pioneer in terms of the free and unapologetically living of such a condition, quite the opposite of the texts that preceded it. The characterization of the way in which such men were presented in mass consumption products such as cinema and the press, in addition to literature, allowed finding the national tone of the discourse in this regard and, with it, identifying the counterdiscourse enunciated by Javier Lavalle, who stands up to family, social and institutional homophobia. The theoretical approaches used for the analysis, all sociologically based, were the social representations studied by Denise Jodelet, the dramaturgical perspective proposed by Erving Goffman, and the linguistic anthropology of Alessandro Duranti.

Keywords: literature, homosexuality, homophobia, discourse, social representations

ÍNDICE

Agradecimientos	2
Dedicatoria	3
Resumen	4
Introducción	7
I. La Homosexualidad en 1969. El contexto social	14
1.1 La capital y la provincia	16
1.2 Tratamiento de la homosexualidad en productos de consumo masivo	22
1.2.1 Epidemia de homosexuales. Los “mujercitos” del Alarma!	29
1.2.2 Y todo es como debía. Homosexualidad en el cine a inicio del siglo XX	33
1.2.3 Coplas al pecado. Homosexuales en la canción tradicional	38
1.3 Postura desde la religión	44
1.4 Postura desde el poder político	50
1.4.1 El delito de estupro	56
II. Antecedentes de la Homosexualidad en la Literatura Mexicana	60
2.1 Los primeros “afeminados”. El trabajo de José Tomás de Cuéllar	66
2.2 Los cuarenta y uno: novela crítico-social (1906), de Eduardo A. Castrejón	70
2.3 El inicio: la década de 1960	76
2.3.1 41 o el muchacho que soñaba en fantasmas (1963), de Paolo Po	77
2.3.2 El diario de José Toledo (1964), de Miguel Barbachano Ponce	83
2.3.3 Los inestables (1968), escrita por Alberto X. Teruel	89
2.4 Javier Lavalle, el cuestionador	95
III. Realidad, comunicación y representaciones sociales en los grupos humanos	109
3.1 La construcción social de la realidad, de Peter Berger y Thomas Luckmann	112
3.1.1 Universos de significado opuestos	120
3.1.2 Socialización “deficiente”	128

3.1.3 La lucha por la diferencia ante los esfuerzos de asimilación	139
3.2 Aspectos aplicables de la antropología lingüística	146
3.2.1 Representación de los mundos posibles o reales	153
3.2.2 Relación entre sistemas culturales (heterosexualidad vs homosexualidad)	156
3.2.3 Modo de estar en el mundo	160
3.2.3.1 Comunidad / sujeto de habla	163
3.2.3.2 Competencia y actuación	166
3.3 Representaciones sociales	171
3.3.1 Primeras representaciones de la homosexualidad	177
IV. La poética de José Ceballos Maldonado	183
4.1 La narrativa de José Ceballos Maldonado	184
4.1.1 Carne (tridimensionalidad)	186
4.1.2 Sexo (objetivo y guía)	196
4.1.3 Esperanza (reconstrucción y retroceso)	205
V. El registro de Javier Lavallo sobre la y su homosexualidad	216
5.1 El profesor y su discurso	216
5.1.1 El monólogo de su historia	221
5.1.1.1 Autoenunciación como homosexual	227
5.1.2 Su entorno directo	235
5.1.3 El maestro	244
5.1.3.1 Sus amantes / alumnos	251
5.1.3.2 Vida sexual en Guanajuato	268
5.1.3.2.1 Leonardo	273
5.1.3.3 Vida en la Ciudad de México	288
5.1.3.3.1 Rolando, el último	299
Conclusiones	309
Referencias	317

INTRODUCCIÓN

El título de esta tesis no es inocente. Como todo uso del idioma la frase elegida tiene una intención; en otras palabras, está atravesada por una serie de condiciones que llevaron a tal elección y, en efecto, revelan el tono del discurso que contiene: el estudio, con un toque de ironía, en torno a las primeras representaciones literarias de, para y por varones homosexuales en la narrativa mexicana del siglo XX. Entre las que destaca *Después de todo*, novela de 1969 escrita por el autor michoacano José Ceballos Maldonado.

Como se verá en el desarrollo de esta investigación, la manera de estudiar / representar a la masculinidad no canónica —es decir, la existencia de cualquier sujeto no viril—¹ durante el siglo XX era únicamente el escarnio, el rechazo y el destierro. El gran ejemplo de esto, y con el que se definió el tono para las siguientes décadas, data de 1906, año en que se publicó *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*, firmada con el seudónimo de Eduardo A. Castrejón. El texto da cuenta de dos no-hombres, es decir, dos individuos que al privilegio de clase —a su ser fí— le sumaban la más grande transgresión: ser no viriles. El modo en que estos son tratados una vez que su pecado / condena se revela, marcó la pauta de representación en otros productos de consumo social: el señalamiento y la burla constantes. Lo primero, porque con su actuar revelan que no son “hombres completos” y, por tanto, es posible —de hecho esperado— llegar a lo segundo: mofarse de eso que representan, es decir, la falta de hombría y por lo tanto su separación de la mexicanidad; puesto que la esencia nacional residía exclusivamente en la figura masculina, con el charro como el epítome de esa construcción cultural. En productos como

¹ Esto en términos del México posrevolucionario que confirmó a la virilidad potente y transformadora —y de ser necesario armada— en el elemento clave para la cohesión nacional.

películas, canciones populares y tradicionales, así como en la prensa, se hacían menciones eventuales de esos hombres “incompletos” —ya fueran confirmados o en potencia—, para usarlos como advertencia de lo que no debía ser.

Lo anterior marcó también el modo en que los no-hombres aparecieron por primera vez como protagonistas de sus propias historias literarias. En 1963 se publicó *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, firmada por Paolo Po (seudónimo), novela en la que desde el título hay una referencia directa a su antecesora de más de cinco décadas atrás: el 41, como metonimia de homosexualidad, revela de qué se trata la historia. Y el complemento reafirma el señalamiento de que los varones homosexuales pertenecían a otra esfera, a lo etéreo, es decir, eran ajenos completamente al mundo real forjado por los hombres “de verdad” que habían cambiado el destino del país durante la Revolución. El muchacho que la protagoniza clama al cielo, reclama no ser “normal”, y al no obtener respuesta busca destruirse mediante todos los excesos. A esta le siguieron *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce y *Los inestables* (1968), de Alberto X. Teruel (seudónimo), en las que se mantuvo a los no-hombres como la máxima otredad que, por no tener cabida en la cotidianidad debido a sus apetencias sexuales —ni posibilidad de existencia a la luz del día a cuenta de las mismas— debían o perecer o aniquilarse mediante el destierro. Estos testimonios son disruptivos, por haber dado centralidad al sujeto homosexual; sin embargo, convienen por completo con el discurso Estatal: esos que no son hombres ni son mexicanos, no tienen cabida en nuestra sociedad. Y de esta salen para no estorbar sus procesos ni ensuciarla con su presencia.

Estas representaciones y autorrepresentaciones, calificadas así a partir de los postulados teóricos de Denise Jodelet, son sociales, debido a que están atravesadas por los idearios y las

creencias del grupo en el que se formaron quienes las realizaron. Los autores de las novelas mencionadas, por haber sido socializados en el México de inicios del siglo XX, remiten al conjunto de valores, normas y guías aprendidas en su entorno, uno que, además, señalaba y condenaba a los que eran como sus personajes principales.

La propuesta central de esta investigación es que José Ceballos Maldonado se separó de esa dinámica y dotó a Javier Lavalle, su protagonista, de una voz contestataria para hacer frente a su contexto. Con esto en mente, se planteó la siguiente hipótesis: La novela *Después de todo*, de José Ceballos Maldonado, diverge de las representaciones sociales sobre la homosexualidad realizadas en la literatura mexicana de la década de 1960.

El planteamiento anterior estuvo guiado por la pregunta de investigación: ¿Cuál es el aporte de la novela *Después de todo*, de José Ceballos Maldonado, en cuanto al registro literario de las formas de representación y enunciación homosexual?, que se buscó responder mediante planteamientos teóricos como el ya mencionado de Jodelet, así como los de Peter Berger y Thomas Luckmann, para analizar la base sociológica del proceso, además de lo planteado por Alessandro Duranti respecto a la antropología lingüística, esto por el hecho de que Javier Lavalle es representante —no universal pero sí ejemplar hasta cierto punto— de un grupo que estaba en ciernes en la década de 1960, es decir, la comunidad de varones homosexuales en la Ciudad de México.

La revisión histórico-contextual, realizada en el primer capítulo de esta tesis, remite a los productos de consumo masivo ya mencionados, debido a que estos estuvieron atravesados por los dictados de instituciones como la religión, el poder político y la sociedad en general, lo que permite verlos como ejemplares de lo que se creía respecto de los varones homosexuales durante

las primeras seis décadas del siglo XX: eran anomalías muy eventuales que servían de advertencia o de burla, y a las que era necesario ver desde una distancia segura.

En el capítulo II hay un repaso crítico general en torno a las representaciones literarias de varones homosexuales en México, que va desde las últimas décadas del siglo XIX hasta las primeras siete del XX, que es en las que se concentran tanto los primeros antecedentes —antes del ya mencionado a cargo de Eduardo A. Castrejón— como las obras iniciales con no-hombres que, pese a ser los protagonistas, se autoaniquilan para tranquilidad de los lectores. En ese mismo capítulo se puede revisar una primera valoración general sobre *Después de todo*, que prefigura lo ya mencionado como hipótesis: las maneras y elementos que la separan de sus antecesoras en la década de 1960.

El tercer capítulo contiene la revisión teórica que soporta las afirmaciones realizadas en el desarrollo de la investigación. Se estudia la manera en que socialmente se construye la realidad (Berger y Luckmann), los aspectos aplicables de la antropología lingüística (Duranti), las representaciones sociales (Jodelet) y la perspectiva dramaturgica de Erving Goffman, pues, como se verá más adelante, la narración que ejecuta Javier Lavallo puede verse como un monólogo que oscila entre lo literario y la oralidad —por la manera en que queda registrado en las páginas—, realizado ante un grupo de lectores / espectadores.

En el capítulo IV se realiza un análisis general de las novelas publicadas en vida por José Ceballos Maldonado: *Bajo la piel* (1966), *Después de todo* (1969) y *El demonio apacible* (1985). La intención fue caracterizar la manera de estructurar sus historias, los temas que le resultaron apremiantes o necesarios de tratar en su obra narrativa y el modo en que todos sus protagonistas

oscilan entre la ejemplaridad del rol social que detentan y lo punible de los actos contradictorios a la moral de su aquí y ahora, que realizan en privado.

La centralidad de la obra de Ceballos Maldonado se reafirma en el capítulo V, en el que se realiza el análisis a profundidad de lo que *Después de todo* contiene en términos de representación social sobre la homosexualidad masculina. Un contenido que, por supuesto, está marcado por el discurso en torno al tema señalado. La manera de presentar, o, en este caso, autorrepresentar la sexodisidencia no puede abstraerse del contexto histórico-social en que esta se realiza, algo que queda de manifiesto en la autoenunciación de Javier Lavallo:² reta a su contexto, se burla de las instituciones, usa sus privilegios dentro de estas para conseguir lo que quiere, pero también está consciente de que hay un alto precio a pagar por realizar todo esto.

El título de la tesis, referido al inicio de esta introducción, indica ese espacio liminar en que se ubica el protagonista. Es un profesor que se siente atraído sexoafectivamente por sus alumnos —y actúa en consecuencia—, lo que lo convierte en un sujeto doblemente punible: por ser homosexual (condena social) y por ser estuprador (condena judicial). Esa posición de privilegio que su rol social le confiere —complementada por la cercanía con decenas de jóvenes prácticamente a su disposición— le permite elegir a un alumno especial, un consentido, en el cual volcar no solo sus estrategias de seducción sino su devoción entera. Javier Lavallo singulariza, de entre la multitud a su alcance, a un joven a quien consentirá, con el objetivo de conquistarlo y conducir con él una relación. Durante su vida —referida en la historia que declara

² Autoenunciación marcada por lo metaliterario, pues Javier Lavallo indica desde el inicio de la narración que está escribiendo la historia de su vida a manera de una memoria o una autobiografía.

escribir desde la primera página de la novela— tuvo a muchos consentidos, pero de entre estos destacan Leonardo y Rolando, como se verá también en el capítulo V.³

Es necesario indicar la manera particular en que se usó el término *consentido* en la investigación: aunque lo más común es hablar del “hijo consentido” —lo que implica una comparación y diferenciación constante entre ese y los demás—, la práctica de consentir puede verificarse también en la individualidad, es decir, no hace falta que haya un punto o sujeto de referencia para verter la devoción, el cariño y los recursos económicos para cumplir todos los deseos y caprichos de quien se eligió. Incluso, puede hablarse de consentirse a sí mismo, al dar cabida y salida a cualquier afán o apetito. Así, Javier Lavallo se consiente —más específicamente a su libido y a sus sentimientos—, al permitirse conquistar al alumno seleccionado, consintiéndolo con regalos, como se verá más adelante. El hecho, entonces, es doble: consentir para autoconsentirse.

La línea inicial del título: “Los consentidos del profesor”, es una paráfrasis, a modo de referencia directa, de la canción *La favorita del profesor*, lanzada en México en 1961 por la cantante Julissa. Se trata, a su vez, de una adaptación de *Teacher's Pet*, que fue el tema de la película homónima, de 1958, protagonizada por Doris Day y Clark Gable. La letra refiere los deseos de una estudiante enamorada de su profesor, una situación puesta al revés en el caso de *Después de todo*: es el profesor quien está enamorado de su alumno —el que esté en turno—, y tiene la posibilidad económica y de privilegio, de consentirlo con regalos, lo que convierte al protagonista en antihéroe.

³ En el desarrollo de los cinco capítulos de esta tesis se mantendrán las reglas de acentuación originales en las citas textuales, es decir, es posible que en esos fragmentos, por ser algunos de hace varias décadas, estén acentuadas palabras como “éste”, “aquél” o “sólo”, algo que no sucederá en el cuerpo general de texto en que se seguirán las consideraciones actuales de la Real Academia Española (RAE).

El cinismo del personaje principal y la manera en que no se disculpa por ello son algunos de los elementos que, se verá, son parte del aporte de esta novela en cuanto a la diversificación de las representaciones literarias sobre la homosexualidad masculina en México. De la necesidad de autoaniquilarse (*41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *El diario de José Toledo*, *Los inestables*) se pasa a la de autoafirmarse, algo que no necesariamente convierte al protagonista en un personaje luminoso. Justamente son los claroscuros como antihéroe los que humanizan a Javier Lavalle.

I. LA HOMOSEXUALIDAD EN 1969. EL CONTEXTO SOCIAL

La revisión contextual que se presenta no busca ser exhaustiva y tampoco puede serlo debido a que la homosexualidad, como tema social, se encontraba destinada, durante casi todo el siglo XX, a los linderos de la conversación. Desde la consumación de la independencia de México no ha habido disposición legal que condene los actos sexuales consensuados entre hombres adultos, sin embargo, la tradición religiosa —principalmente católica— hace, tanto entonces como ahora, el trabajo de censura que las leyes omiten. Es importante señalar que esa omisión reglamentaria daba pie, durante buena parte del siglo pasado, a una área de indeterminación en la que nada y a la vez todo lo que implicara a varones homosexuales podía ser castigado con base en la noción de pecado, del desafío a “lo natural” o por las llamadas “faltas a la moral”. Episodios como el del famoso baile de los 41⁴ o la práctica de “la cuerda”⁵ realizada por el ejército, en la que se incluía al menos a algún homosexual de cada pueblo por el que transitaba, eran ilegales por igual y, sin embargo, contaron con una aprobación tácita tanto de las autoridades como de la sociedad que las presenciaron.

La referencia al año 1969 en el título de este capítulo se debe a que es el de la publicación de la novela *Después de todo*, del autor michoacano José Ceballos Maldonado, texto central de esta tesis. Sin embargo, la revisión contextual no se limitará solo a ese año sino que este servirá

⁴ El baile que terminaría por darle una imagen numérica a la homosexualidad, 41, se realizó en noviembre de 1901 en una casa de la calle de la Paz, en la Ciudad de México, y fue interrumpido por la policía que se encontró con numerosos vástagos de familias distinguidas ligadas a la élite porfirista, esto según la versión más extendida del hecho. Investigaciones más recientes, entre las que destaca la del historiador Luis de Pablo Hammeken, indican que, aunque la información es confusa y hasta contradictoria, el 19 de noviembre de 1901 empezaron a circular las primeras notas periodísticas en la capital del país, con lo que la fecha probable de la fiesta sería el sábado 16 o domingo 17 de noviembre.

⁵ Carlos Monsiváis indica en el prólogo que escribió para *La estatua de sal*, memorias inconclusas de Salvador Novo, que así se llamaba a los envíos de presos al penal de las Islas Marías que se efectuaron entre las décadas de 1930 y 1960. En las cuerdas, según el reconocido autor, era común la inclusión de homosexuales detenidos al azar (Monsiváis, 2008).

como límite temporal por ser el final de la década en el que se concentran los trabajos narrativos en los que aparecen por primera vez protagonistas homosexuales. Por tratarse de una historia en la que se revisa el curso vital de Javier Lavallo, el autor-narrador de la historia, el contexto referencial de la homosexualidad en México también tomará en cuenta algunos datos de décadas anteriores durante las que Javier Lavallo, de ser real, estuvo vivo. La novela del escritor michoacano será vista como una representación social⁶ de la homosexualidad en la literatura que muestra los valores, ideología y parámetros de la realidad social de 1969 como referencia final, así como de las décadas anteriores que habrían abonado a las concepciones vigentes en ese momento tanto en la capital del país como en Guanajuato, ciudad en la que se desarrolla buena parte de la trama. Se puede decir que esa representación social de la homosexualidad, tomando prestado un concepto de la física, es una refracción⁷ de la realidad es decir, hay un cambio de dirección al pasar de un medio a otro, en este caso de una situación de la vida cotidiana a una narración. De este modo queda un registro para la posteridad y con ello cambia la velocidad de propagación del mensaje así como los alcances de su influencia y regulación respecto a la homosexualidad vista como problema social.

Aunque no es preciso al respecto, el mismo Javier Lavallo revela algunos datos que permiten aventurar su año de nacimiento y, por tanto, la edad que tendría en 1969, año en que se decide a escribir el recuento de su vida. En la página 29 de la novela registra cuando, viviendo en

⁶ Término de Serge Moscovici y Denise Jodelet que se analizará en el capítulo III.

⁷ Según la RAE: “Hacer que cambie de dirección un rayo de luz u otra radiación electromagnética al pasar oblicuamente de un medio a otro de diferente velocidad de propagación”. En la web Hyperphysics, de la Universidad de Georgia, se define así: “La refracción de la luz, cuando pasa de un medio de propagación rápido a otro más lento, dobla el rayo de luz en dirección a la normal a la superficie de contacto entre ambos medios” (<http://hyperphysics.phy-astr.gsu.edu/hbasees/geoopt/refr.html>), con lo que se puede afirmar que el efecto hace que el mismo haz de luz, al cambiar de medio, presente una diferencia. Transformación que también se da al narrar un hecho cotidiano con intenciones literarias.

Los Reyes, Michoacán, el revolucionario y bandolero Inés Chávez García —José Inés García Chávez según otras fuentes (Ochoa, 2006, p. 184)— hizo el intento de tomar el pueblo, lo que generó el terror de las familias que se refugiaron durante una noche en la torre de la iglesia. Chávez García murió el 11 de noviembre de 1918 a las 5:30 de la tarde a causa de la influenza española (2006, p. 187). Si se considera que el intento narrado por Lavalle se dio cuando él tenía 5 años de edad (Ceballos, 1969, p. 27) y meses antes de la muerte de este personaje “famoso por sus virtudes animales y sus vicios de hombre” (Ochoa, 2006, p. 180), el protagonista de la novela habría nacido en 1913 y en 1969 tendría 56 años de edad. Por lo anterior, será importante tomar en cuenta tanto los datos contextuales generales sobre la actitud social e institucional respecto a la homosexualidad entre las décadas de 1920 y 1960, en los ambientes urbanos y de provincia. Según la narración de Lavalle, poco después de la fallida invasión de Chávez García, él y su familia dejaron Los Reyes para emigrar a Guanajuato, donde termina su formación académica e ingresa como profesor en la universidad estatal, puesto que deberá dejar años después cuando se publique una nota periodística que confirma su homosexualidad, hecho que lo llevará a emigrar nuevamente, ahora a la Ciudad de México, para “pasar desapercibido” (Ceballos, 1969, p. 240).

1.1 La capital y la provincia

En la década de 1960, según los datos del Censo General de Población de ese año realizado por el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), la población urbana⁸ del país finalmente sobrepasaba a la rural, aunque no por mucho. De los 34 millones 923 mil 129

⁸ Según se indica en los mismos datos del Censo, se toma como población urbana a las localidades con más de 2 mil 500 habitantes. Por esto, aunque varios puntos del país serían clasificados como urbanos, no eran ciudades como las actuales y, se puede decir, el modo de pensamiento no sería muy distinto entre un pueblo con 2 mil habitantes, considerado rural por el INEGI, y uno de, por ejemplo, 2 mil 700 habitantes.

habitantes 17 millones 705 mil 118 vivían en ciudades y 17 millones 218 mil 11 en poblaciones consideradas rurales. Aunque la diferencia no es mucha —solo 487 mil 107 personas—, sí es un gran avance en comparación con los datos del censo de 1930 cuando se reportaron 5 millones 540 mil 631 habitantes en zonas urbanas y 11 millones 12 mil 91 en comunidades rurales. En el estado de Guanajuato, en 1960, la población seguía siendo prioritariamente rural con 930 mil 7 habitantes en comparación con los 805 mil 483 que residían en las ciudades de esa entidad. En el Distrito Federal la población total en 1960 era de 4 millones 870 mil 876 de los que 4 millones 666 mil 28 habitaban en el ámbito urbano. De esos casi 5 millones de habitantes formaría parte Javier Lavalle quien, como muchos otros homosexuales de la época, buscaron emigrar —o exiliarse según el caso— en la que por entonces era la única gran urbe del país que les ofrecía tranquilidad mediante el anonimato de la masa. Carlos Monsiváis indica al respecto que, al crecer la población de la capital del país

El rumor o el chisme malévolos sobre una persona dejan de ser funcionales: es tan grande la ciudad que las insinuaciones y los gracejos no son ya formas privilegiadas de la valoración social, y las divulgaciones de la vida privada siguen interesando, pero ya se disocian del juicio público (2018, p. 83).

En el México posrevolucionario ser homosexual era una ofensa no solo a la hombría en sí misma sino al país que era visto como una nación potente por la virilidad demostrada durante los años del movimiento armado. Pese a esto, el gran centro urbano se permitía, ya al inicio del siglo XX, pensarse como una “isla de libertades” tanto para las mujeres que empezaron a liberarse como para los homosexuales que se hacían visibles sin tener por ello asegurada una paliza, aunque únicamente en ciertos lugares. El frenesí revolucionario y posrevolucionario, dice Monsiváis, permitió la creación de espacios, ámbitos y hasta horarios de tolerancia a lo diferente.

Si la Revolución mexicana no admite “la traición a la especie”, sí fomenta los espacios donde se alojan lo insólito y lo antes inconcebible, y en la capital ya no porfirista ni sujeta del todo a la moral y las buenas costumbres, hay mujeres libres no calificables de prostitutas y homosexuales que circulan sin temor de ser asesinados o ultrajados (2018, p. 41).

Sin ser bienvenida del todo, la disidencia sexual en la Ciudad de México —con los hombres homosexuales como única opción imaginable— obtiene una mínima visibilidad en la gran urbe, aunque con cargo a la reputación de quienes eran señalados como tales. En su novela corta de 1928, titulada *El joven*, Salvador Novo registra el proceso de crecimiento de la ciudad que tiene cada vez más servicios de transporte y avisos oportunos en sus periódicos que “escandalizan a las familias”. También indica la costumbre mantenida de caminar por las calles del centro y cómo, al caer de la tarde, surgen personajes que se ganan el señalamiento social.

Y todo mundo, más o menos, iría a llenar la Avenida Madero. Ya la enredosa señora Calderón de la Barca notaba esta costumbre jurídica de pasarse revista por “San Francisco” [...] Y, guardián del “Globo”⁹ aquel imponente señor a que sus alegres colegas han puesto un nombre tan cruel...

Se murmuran cosas muy graves de ese y de otros señores de edad que también se exhiben alineados. Es muy probable. Aunque ya debe de hacer tiempo, en sus años mozos visitaron la Ciudad Luz.¹⁰ ¡Y allá dicen que son tan raffinés!¹¹ (Novo, 1928, pp. 18-19).

También el poeta Elías Nandino habló sobre la manera en que, pese a vivir en la Ciudad de México, eran señalados quienes tenían “fama de rareza”.

Yo tenía conciencia de mi heterodoxia sexual, pero mi anhelo de vivir la vida como yo quería me hizo olvidar los riesgos, y al conocer a Xavier Villaurrutia, a Salvador

⁹ La famosa panadería que abrió sus puertas en 1884 en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Parte de la historia del establecimiento y marca se puede leer en: <https://www.elglobo.com.mx/pages/nosotros>.

¹⁰ Esta referencia a París puede indicar desde cuándo se ha usado “afrancesado” como sinónimo de homosexual.

¹¹ Refinados.

Novo y a Carlos Pellicer, conseguí mi prestigio y mi desprestigio, porque ya ellos estaban señalados como homosexuales (Molano, 2017, p. 109).

En cambio, la situación en provincia era de indefensión total ante los valores y parámetros sociales marcados a inicio del siglo XX por la preeminencia de lo masculino — característica no nueva pero sí exacerbada a raíz de la Revolución mexicana— que formaba parte fundamental del sistema discursivo soportado y difundido por las instituciones tanto estatales como religiosas. Fuera de las grandes ciudades —y a inicio del siglo pasado la única gran ciudad era el Distrito Federal— era común que los homosexuales recibieran golpizas, fueran encarcelados, expulsados de sus familias, despedidos de sus trabajos y, en suma, humillados públicamente debido a que imperaba “el espíritu ‘provinciano’, que entrevera el fundamentalismo católico y el atraso científico” (Monsiváis, 2008). Esta regulación de lo social mediante la religión que dictaba como principal camino de vida el matrimonio y la procreación, se refleja también en instrumentos estatales como el Censo General de Población de 1960 ya mencionado. En los resultados específicos para el Estado de Guanajuato, publicados en junio de 1963, se indica lo siguiente:

Independientemente de que, de acuerdo con la Legislación Mexicana, al clasificar la población por “estado civil”, debían eliminarse los varones menores de 16 años y las mujeres menores de 14, en este Censo se optó por tomar como límite inferior de edad para esta clasificación la de 12 años para ambos sexos, en vista de las circunstancias sociales y costumbres de nuestro país que dan lugar a que algunas personas de edades menores de 16 y 14 años respectivamente, se unan bajo alguno de los estados civiles (INEGI, 1963, p. 15).

Esta correlación entre los discursos de instituciones para las que no existen mas que hombre y mujer, dio pie a prácticas que, principalmente en provincia, ayudarían a reafirmar este rechazo y persecución no sancionado en las leyes pero sí en el código moral compartido de

manera de general. “El anuncio de apresar a los jotos para desterrarlos como profilaxis social agregándolos en la cuerda, se prestaba para que se dijera que el gobierno era moral” (Monsiváis, 2008). No hay testimonio de alguno de los homosexuales de provincia que terminaron en las Islas Marías a causa de la cuerda, sin embargo, justamente esa práctica motivó a la migración de varios hombres de la “heterodoxia sexual” que luego serían figuras destacadas en diversos ámbitos, principalmente de la cultura, el arte y los espectáculos, aunque también en el político, como Genaro Estrada, diplomático nacido en Sinaloa, el pintor jalisciense Roberto Montenegro o el actor duranguense Ramón Novarro. Migrar a la capital se convirtió, muy temprano en el siglo XX, en la única opción para una vida posiblemente más digna. “Quedarse es asumir el castigo, la burla permanente, el trato reservado a los eternos menores de edad (se emplea con ellos el diminutivo, para subrayar que nunca son adultos), las golpizas, los asesinatos” (Monsiváis, 2008). La urbe, en cambio, con su gran extensión, avasallante población y numerosos recovecos oscuros, ofrecía, sobre todo durante la noche, espacios ya ganados por una incipiente actividad que prefiguraba la escena de cabarets y bares de las décadas siguientes.

San Juan de Letrán¹² se convirtió así, a mediados del siglo XIX, en el espacio del porvenir, que hacia los años veintes y treintas del XX concentraría algunas de las mejores ofertas de la vida comercial y nocturna de la capital [...] tacos, fritangas, puestos de ropa, libros, bisutería, herramientas de todas clases y miles de chucherías [...] allí se encontraba uno lo que fuera menester [...] la vendimia incluía el cuerpo: “mariposillas del talón” o “maricones que recorrían las calles solos o en grupitos chacoteando” (González, 1998, p. 44-45).

Sin embargo, para la década de 1960 el auge del centro de la ciudad había menguado para dejar el protagonismo a otros espacios. El mismo Salvador Novo, cronista de la Ciudad de

¹² Actual Eje Central Lázaro Cárdenas.

México,¹³ escribió: “El centro desierto de una ciudad que toda ella se muda por las noches hacia insurgentes y Chapultepec” (1998, p. 45). Otra zona de interés en las décadas de 1950 y 1960 es la Zona Rosa que, aunque dirigida a una población privilegiada económicamente,¹⁴ se erigía como uno de los nuevos puntos geográficos de la libertad sexual¹⁵ en la gran urbe. José Ignacio Lanzagorta García¹⁶ analizó el tema en *El imaginario de la Zona Rosa*, una sesión del Seminario Proyecto Ciudad de México y el Distrito Federal realizado por el Instituto Mora, vía remota, el 26 de agosto de 2021. Explicó que la construcción de la Zona Rosa como un oasis cosmopolita se dio desde la década de 1950 y para la de 1960 era el espacio al que acudían no solo los jóvenes privilegiados del Distrito Federal sino actores, actrices y artistas, como José Luis Cuevas. Así, entre arte, restaurantes, bares, cabarets, hoteles de lujo y discotecas, el ambiente no solo apelaba al público privilegiado y extranjero sino que aspiraba a ser transgresor. Entre 1968 y 1969, comentó Lanzagorta, se publicaron doce números de la gaceta titulada *Zona Rosa*,¹⁷ en la que se “prescribía lo apropiado y lo inapropiado para estar a tono con la actitud que esperaban de los ‘zonrosados’,¹⁸ entre otros aspectos, aceptar la homosexualidad” (Lanzagorta, 2021). La fama del lugar fue tal que se menciona como *avant-garde* y propicia para los “no heterosexuales” en la película *Modisto de señoras*, de 1969, pero también como el espacio ideal para la proliferación de *hippies*, que eran vistos durante la década de 1960 como sujetos que llevaban una forma de

¹³ Recibió el nombramiento en 1968.

¹⁴ Y por tanto tendiente a guardar las apariencias y a observar las “buenas costumbres”.

¹⁵ Tanto en general, con la popularización del uso de la píldora anticonceptiva, como con respecto a la homosexualidad.

¹⁶ Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de México (Colmex).

¹⁷ En esta publicaban los integrantes de un grupo autodenominado como “la mafia”, entre los que estuvieron Carlos Monsiváis y José Luis Cuevas, por mencionar a dos de los principales.

¹⁸ Gentilicio dado a los visitantes y habitantes de la Zona Rosa.

vida contraria al estándar mexicano. En uno de los cortometrajes realizados en 1967 para la promoción internacional de México de cara a los XIX Juegos Olímpicos, aparece el comediante Mario Moreno “Cantinflas” quien, en su personaje del patrullero 777, arresta a un *hippie* que encontró en la Zona Rosa y da no solo una lección de “orden y civilidad” sino una muestra de homofobia. Menciona que el individuo le pareció sospechoso por su aspecto que resulta en contaminación visual —por su atuendo— y olfativa —al insinuar que no se baña—. El *hippie* además trae unas flores entre las manos.

—Al llegar aquí, antes de entrar, sí me dio coraje, jefe, me trata de cohechar, me ofrecía estas flores.

—Eso no es cohecho, señor.

—Entonces es romance, que es peor (FilmotecaUNAM, 2019, 39:00).

Hacia el final de la década de 1960 se visibilizaba al sujeto homosexual —declarado o en potencia— al grado de aparecer en productos de consumo masivo, pero en un tono de burla o advertencia, como ejemplo de lo inaceptable.

1.2 Tratamiento de la homosexualidad en productos de consumo masivo

La aparición del sujeto homosexual en productos de consumo masivo como la prensa o el cine se dio gradualmente como una manera de mostrar algunos signos de apertura y modernización, sin embargo, la manera en que fue presentado no varió mucho respecto a lo que había hecho Diego Rivera, en la década de 1920, en sus murales de la sede de la Secretaría de Educación Pública (SEP), primeros productos de consumo masivo del siglo XX que sirvieron como repetidores del discurso estatal: México es masculino, revolucionario, obrero y heterosexual. Rivera utilizó sus murales para atacar a los integrantes del grupo de Ulises quienes, por ser contrarios a la idea del

arte nacionalista, eran vistos como adversarios ideológicos del régimen. Además, el hecho de que varios de ellos eran homosexuales los convertía en blanco fácil de burlas. Uno de los más atacados fue Salvador Novo. En el panel titulado *Día de muertos* lo retrató asomado del lado izquierdo. Entre la multitud, apenas se ve su rostro con cejas depiladas y una mirada esquiva que, sin embargo, busca captar la del espectador. Una media sonrisa revela su conocido sarcasmo. Casi en el mismo nivel que Novo, pero del lado derecho, el rostro del muralista aparece cerca de uno de los postes del tenderete de feria que da cobijo a todos los personajes. La faz del pintor, a diferencia del poeta, está libre de intervenciones cosméticas. Mira al espectador y su rictus es adusto, como medio para resaltar su franca virilidad: los hombres de verdad no requieren sarcasmos ni sonrisas insinuantes, les basta su honestidad.

Otro ejemplo de lo anterior aparece en el panel titulado “El que quiera comer que trabaje”, que forma parte del *Corrido de la revolución proletaria*. Nuevamente es Novo, en compañía del Grupo de Ulises, el blanco de la homofobia. Una postura radicalizada tras el viaje de Rivera a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) entre 1927 y 1929. En el festón pintado sobre el panel se lee parte de la letra del corrido: “Ya quemó la cizaña maligna del burgués opresor que tenía/ por cumplir del obrero los planes no se vale que nadie se raje/ se les dice a los ricos y holgazanes: el que quiera comer que trabaje”. En este panel Rivera se pintó como niño empujando a Salvador Novo, quien está de rodillas en el suelo, con orejas de burro.¹⁹ En la composición también aparece Antonieta Rivas Mercado, mecenas de los Ulises, a quien una mujer de vestido rojo entrega una escoba para que barra una revista, en alusión a la publicación de vanguardia generada bajo el auspicio de la promotora cultural: *Ulises*

¹⁹ Entre sus manos apoyadas en el suelo hay una lira, unos anteojos, una paleta de colores y unas flores, símbolos de burguesía y afeminamiento.

(1927-1928).²⁰ Sobre la malograda revista aparece una cartela en la que se lee: “Los Contemporáneos de Ulises rey de Ítaca y de Sodoma,²¹ también lo fueron del Caballo de Troya (Jean Joyce)” (Cruz, 2017, p. 273-274). Una referencia directa a la homosexualidad del grupo, así como a la influencia de la literatura extranjera, específicamente a la obra de James Joyce.²²

El tono de Rivera abona al discurso de prohibición de todo lo que se desvíe de la norma heterosexual necesaria para el mantenimiento de un orden social fincado, siglos atrás, con la familia como una de sus bases. Toda actividad sexual sin la posibilidad de la procreación era vista como contranatura, y a la homosexualidad se le identificó como pecado nefando, que fue delito perseguido por la Inquisición durante el periodo virreinal del país. Uno de los casos más conocidos de esta persecución —y también de los primeros en quedar registrados en un diario de sucesos:²³ el que escribió Gregorio Martín de Guijo— es el de Cotita de la Encarnación, suscitado en 1657 en la Ciudad de México. Cotita, sinónimo de mariquita, era el nombre de batalla de Juan Galindo de la Vega, un novohispano que, de acuerdo con Martín de Guijo,

Era un mulato que anda en traje de indio: aseado y limpio y gran labradero y curioso. Cotita de la Encarnación: el principal actor del pecado nefando, desde la edad de siete años se dio a este vicio y su aspecto al presente es de más de cuarenta años (Fabre, 2010, p. 17).

El hado de Cotita fue funesto, tanto él como los indios y mulatos que formaban parte de la red que facilitaba encuentros sexuales entre hombres de diferentes estamentos, terminaron en

²⁰ Pero también en referencia a la revista *Contemporáneos*, publicada entre 1928 y 1931.

²¹ Uno de los máximos referentes católicos de la homosexualidad y el castigo que esta merece.

²² El nombre aparece mal escrito en la cartela, quizá fue un yerro intencional, pues al darle un nombre femenino se remarcaba la homosexualidad del autor extranjero.

²³ Actividad de registro y memoria que podría considerarse como lejana antecesora del periodismo actual.

la hoguera del Santo Oficio no sin antes denunciar “a más de cien personas de su clientela, de aquí [Ciudad de México] y de la Puebla de los Ángeles” (Novo, 1972, p. 7). La mayoría de los implicados acompañaron a Cotita al brasero de la Inquisición ubicado en la albarrada²⁴ de San Lázaro. El diario de sucesos consigna:

Se empezó a dar garrote al dicho Cotita y acabaron con todos a las ocho de la noche... que les pegaron fuego; duró el fuego toda la noche; asistió la justicia y comisarios de los barrios, y se despobló la ciudad, arrabales y pueblos de fuera de ella para ver esta justicia (1972, p. 7).

Otras noticias similares se reportan en la *Gazeta de México*²⁵ del 1 de agosto de 1738, en esa publicación se indica que el 27 de julio de ese año se ejecutó sentencia de muerte “con calidad de fuego a dos indios reos del delito nefando” (Sahagún, 1738, p. 6); mientras que en la *Gazeta de México*²⁶ del 20 de octubre de 1789 puede leerse que el día 15 de ese mes:

Executó el Real Tribunal de la Acordada la pena del último suplicio en nueve reos salteadores, homicidas, y uno de pecado nefando a quien se le añadió la calidad de fuego, presenciando el acto su cómplice, porque la menor edad en que se hallaba pudo eximirlo del rigor del castigo impuesto al socio (Valdés, 1789, p. 410).

La distancia entre uno y otro testimonio, 51 años, permite plantear que las referencias al pecado nefando, aunque fuera para reafirmar el rechazo general mediante el anuncio de la muerte de sus practicantes en la hoguera, eran las menos posibles. Por supuesto, se trata de la revisión de solo un archivo,²⁷ por lo que no se puede hacer una generalización sobre la ausencia del tópico en publicaciones que hoy se pueden clasificar como el periodismo de la época, sin embargo, el

²⁴ Pared de piedra seca según la Real Academia Española (RAE).

²⁵ Editada por Juan Francisco Sahagún de Arévalo Ladrón de Guevara.

²⁶ Editada por Manuel Antonio Valdés y Murguía.

²⁷ La Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

hecho de que asignaran la palabra nefando, proveniente del latín, que dicho de una cosa hace referencia a que causa repugnancia u horror hablar de ella, es bastante indicativo de la actitud que se tenía respecto a la práctica del sexo entre hombres.

Durante el siglo XIX no es infrecuente encontrar la palabra “maricón” en periódicos de la Ciudad de México, en todos los casos para denostar al destinatario de tal calificativo. Publicaciones como *La Voz de México* (el 30 de mayo de 1895), *La Sombra* (el 1 de septiembre de 1865), *El Popular* (el 11 de abril de 1898) y *La Patria* (el 28 de mayo de 1892), por mencionar solo algunas de las revisadas para ese periodo en la HNDM, hacen uso del término como uno de los peores calificativos dirigidos, en la mayoría de los casos, a editores de periódicos rivales.

En el siglo XX la gran irrupción del maricón en los medios se dio a causa del ya mencionado baile de los 41. En apenas siete líneas, en la sección de “Noticias Varias” de *El Tiempo* del 19 de noviembre de 1901, se da cuenta del hecho que marcaría la historia de la homosexualidad en México y haría del 41 sinónimo de homosexualidad.

Un baile de hombres disfrazados

La noche del domingo fue sorprendido por la policía, en una casa accesoria de la 4a. calle de la Paz, un baile que 42 hombres solos verificaban, de éstos la mitad estaban vestidos de mujer.

Los bailarores fueron conducidos a la Comisaría, de donde pasaron a Belén²⁸ (González, 1901, s/n).

²⁸ Se refiere a la Cárcel de Belén, o Cárcel Nacional, que operó en la Ciudad de México de 1862 a 1933. Información respecto al origen y condiciones de la prisión en sus primeros años se puede consultar en <https://www.revistadeprisiones.com/wp-content/uploads/2019/12/1..pdf>

En la portada de *El Popular* del lunes 25 de noviembre de 1901 el número de maricones ya había cambiado a 41²⁹ y aparece dos veces: en el título de unas décimas “¡Cuarenta y un maricones!”, y como subtítulo de la sección nombrada “Chismitos del día”, línea bajo la que se lee “Los 41 de marras”. En el primer caso son siete estrofas que hablan de la homosexualidad como sociedad que tiene reglas. En el segundo texto se hace un recuento, en tono burlesco, de lo sucedido con algunos de los 41 detenidos. Una de las décimas dice:

Pero... nunca falta un pero;
Viendo bueno al mutualismo,
Los que viven del civismo
Buscaron en él su fuero.
“Hay que tener compañero”,
Dijeron esos bribones;
Y alegando mil razones,
Entre ellas las de amistad,
Formaron su sociedad
Cuarenta y un maricones (Montes de Oca, 1901, p. 1).

El 41 como sinónimo de maricón fue usado por Ricardo Flores Magón en su periódico *Regeneración*. El reconocido anarquista mexicano tuvo un enfrentamiento con el militar Antonio I. Villarreal, quien fue gobernador de Nuevo León durante unos meses en 1914 y Secretario de Agricultura y Fomento en el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924). En la página tres del *Regeneración* del 23 de septiembre de 1911 puede leerse:

Que hable el maricón

²⁹ Esta reducción de 42 reportados por *El Tiempo* a 41 por *El Popular*, dio pie a la largamente defendida teoría de que el invitado 42 era Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz. El producto de entretenimiento más reciente sobre esta posible historia es la película *El baile de los 41* de David Pablos, estrenada en noviembre de 2020.

¿Qué sucede? He venido haciendo cargos concretos contra Antonio I. Villarreal. Le he llamado pederasta³⁰ y asesino y otras cosas más, y él, tan “fresco”.

¿Por qué no contesta? ¿No fue un ser humano el infortunado joven José Flores? ¿No es algo que avergüenza el amorío de un macho con otro macho?

[...] Villarreal se calla ante el tremendo cargo de que no es hombre, sino uno... pederasta [...]

Villarreal no tiene derecho a ver a ningún hombre de frente; Villarreal debe ser escupido por todos los hombres y por todas las mujeres (1911, p. 3).

El enfrentamiento es político, sin embargo Flores Magón se refiere a un asunto personal, como la preferencia sexual, para invalidar por completo a su adversario. El 7 de octubre, en la página dos del mismo periódico, el editor vuelve a la carga con un texto al que tituló: “Es usted pederasta o no lo es, señor ‘Coronel’?”, en el que hace un extenso recuento de las acusaciones que Villarreal hizo en su contra y reaparecen las que Flores Magón ya había hecho: el militar era pederasta³¹ y asesino.

A Villarreal lo encontramos muriéndose de hambre en St. Louis, así como a sus hermanas y a su viejo padre, un tal Próspero, contra quien nos previnieron buenos amigos de Lampazos, la tierra del maricón, el “nido” de los asquerosos amoríos del “coronel de los 41” (1911, p. 2).

Basta añadir el número 41 para reafirmar la “desviación” del coronel con quien Flores Magón está enfrentado. Acusar de homosexualidad, una vez que el concepto se liberó del pudor a raíz del baile de los 41, se convirtió en una de las formas más eficaces de vilipendiar al contrincante y hacer patente el desprecio por tales prácticas. Un discurso que se potenció con el paso del tiempo. En la década de 1930 existió la revista *Detectives*, en la que también trataron el tema del “homosexualismo”. Hay registro de una nota sobre una supuesta redada en la que

³⁰ Hasta el año 2010, el diccionario de la Real Academia Española (RAE) definía pederastia no solo como abuso sexual cometido en contra de niños, sino que tenía como segunda acepción la práctica del coito anal, por lo que en el momento en que Flores Magón escribió se puede considerar pederasta como sinónimo de homosexual.

³¹ La polémica duró entre septiembre y diciembre de 1911, lapso en el que Flores Magón usó tal término en al menos diez ocasiones contra Villarreal.

habrían detenido a varias figuras destacadas del ámbito cultural. Pensada para estimular la imaginación y el morbo de los lectores, la redacción de la nota fechada en octubre de 1934, da los detalles suficientes para llevar a conclusiones “evidentes”. Se reportó la captura de unos “niños bien” que habían sido sorprendidos en una casa de la Rinconada de San Diego³² mientras realizaban actividades sexuales atrevidas. La información aparece complementada con declaraciones del policía que supuestamente había hecho la redada:

No deja de producir graves meditaciones tratar de resolver satisfactoriamente las causas del homosexualismo en los círculos intelectuales, decía el detective. Habría que aclarar que con frecuencia este distinguido policía se ha encontrado en las listas a individuos muy conocidos en determinados centros y círculos que están calificados como afeminados sorprendidos *in fraganti*. Es el momento de resolver el castigo para estos individuos, que aunque solo sea por inmoralidad o faltas a la moral pública, se han encontrado en situaciones muy embarazosas. Hay nombres que pesan mucho por su “respetabilidad” pública y por su “personalidad” literaria (Monsiváis, 2018, p. 75).

1.2.1 Epidemia de homosexuales. Los “mujercitos” del Alarma!

La publicación dedicada exclusivamente a la nota roja, *Alarma!*, merece una mención particular por la manera en que hizo de la homosexualidad uno de sus temas principales en un claro ejemplo de lo contradictorio que resultan los procesos del sistema discursivo para su permanencia y evolución controlada. Es necesario mostrar lo que se condena para dejar bien claro, mediante una imagen deformada y estereotipada, lo deleznable que resultan quienes se salen de la norma. De esto el *Alarma!*, publicado entre 1963 y 2014, es un ejemplo clarísimo con su invención de los “mujercitos”, término con el que decidieron nombrar a una amplia gama de

³² La calle a la que hace referencia se ubica en el actual Centro Histórico de la Ciudad de México, en la zona de Reforma y avenida Balderas.

expresiones sexuales disidentes de la heterosexualidad. Para la época decir “mujercito” era sinónimo de “maricón” o de “homosexual”, aunque, desde la mirada actual se puede decir que la enorme mayoría de las notas y fotografías publicadas bajo esa categoría son referentes a travestis y mujeres trans, más que a hombres homosexuales, aunque estos últimos también aparecen, aunque en menor número. Fue desde el inicio de la publicación que Carlos Zamayoa, su director, acuñó el término de “mujercito” (Vargas, 2014, p. 5) como sinónimo de hombre afeminado. Al feminizar gramaticalmente a los retratados se hace evidente la ridiculización de esos sujetos mientras se les separa de los que sí quieren ser hombres.

En su libro *Mujercitos*, publicado en 2014, Susana Vargas presenta una amplia selección de notas, fotografías de redadas y detenciones, así como sesiones fotográficas —estas últimas con tomas preparadas con toda intención— que fueron publicadas en *Alarma!* y tienen a travestis, en su mayoría, como protagonistas. El tono general del medio fue el escándalo, por lo que no sorprende el hecho de que esa haya sido la manera de presentar el tema a los lectores con encabezados en los que se leen términos como asco, degeneración, orgía, fealdad, afeminados, depravación y epidemia, por mencionar solo algunos. La autora identificó cuatro grandes temas que engloban las diferentes historias presentadas, estos son Orgía, Boda, Posando y Engaño. Según Vargas, entre 1963 y 1986 se publicaron 286 historias de mujercitos, de las que 120 van acompañadas de fotos posadas, dos no están posando, veinte son notas de mujercitos muertos y el resto se trata de detenciones, sin embargo, aun en las imágenes que resultaron de su llegada a la cárcel, hay una especie de *performance* frente a la cámara, cualquier cámara les ayudaba a dejar de ser invisibles. Vargas indica: “El performance de género que desempeñan los mujercitos

en estas fotografías refleja su deseo de acceder a una posición de privilegio de clase y/o color de piel” (2014, p. 7).

Es importante considerar también, como ya se dijo, que la publicación de las historias sobre homosexuales en las páginas del *Alarma!* hace las veces de repetidor y reforzador del discurso institucional de la heterosexualidad como único camino natural para el que los retratados no son hombres verdaderos y, de hecho, desafían no solo al orden social sino a fuerzas superiores. Así se reportó un hecho sucedido en Monterrey:

Victor Manuel Mejía González “mujercito” degenerado, se prestó, una vez más, por veinte pesos, a complacer a su “galán” Juan Carrillo Valle [alias] Jaime [...] de repente “Jaime” comenzó con estertores y arrojó espuma por la boca, y se quedó tieso. ¿Venganza de la naturaleza profanada? (2014, p. 107).

En el texto introductorio al libro de Vargas, el curador de arte, Cuauhtémoc Medina, señala que los mujercitos del *Alarma!* son un ejemplo de la manera en que se negocia entre la forma violenta —por estereotipada y deforme— del subalterno en este caso todo hombre no heterosexual, y la propia intervención de ese sujeto en el imaginario colectivo. “Los mujercitos aparecen brevemente en las instantáneas como confirmación del estereotipo machista sobre los homosexuales y como preceptores de una virtuosa ambivalencia” (Medina, 2014, p 1). Esa ambivalencia también la señala Vargas:

Lo que se criminaliza es el fracaso de la masculinidad de los mujercitos, volviéndolos así los otros abyectos, feminizados (y deseados) [...] por una parte, las fotografías celebran su subjetividad femenina y promueven su performance del género femenino, por la otra, las reprobaciones del texto parecen castigar el deseo homoerótico del fotógrafo y del lector (Vargas, 2014, p. 8).

Los mujercitos que son sorprendidos y aprehendidos en fiestas privadas y bares clandestinos, ya no necesitan barrer las calles —como los detenidos en el baile de los 41— para ser objeto de burla y escarnio social. Ahora solo hace falta la presencia de una cámara fotográfica y un reportero para proclamar su ofensa a las llamadas “buenas costumbres”. En una de las páginas del *Alarma!* presentada en el libro se puede leer:

Nacieron hombres y miren en lo que han acabado

Entre los mujercitos hay de todo: feas y bonitas, morenas y rubias, chaparras y altas, buenas y malas cocineras, agraciadas peinadoras y hasta coordinadoras de artistas de televisión. Solo que si se les quita la peluca, el busto y la cadera de hule espuma ¿qué queda? ¡Degenerados feos! (2014, pp. 32-33).

Las líneas anteriores ejemplifican perfectamente el tono ambivalente y violento con el que se narraron todas las notas que tuvieron a mujercitos como personajes principales. Información morbosa que no solo procedía de la Ciudad de México y que se solazaba cuando trataba hechos de muerte como el ya citado que sucedió en Monterrey, o de suicidios. En la selección de páginas del *Alarma!* realizada por Vargas se puede leer sobre uno ocurrido en Morelia: “Se suicidó el mujercito!”, se lee en el encabezado de la nota en que se informa que Manuel Rueda Becerril, homosexual afeminado de 25 años, se ahorcó. Antes de él, también en Morelia, se había suicidado otro “mujercito” a quien apodaban “La Sonia”. La nota remata: “Tomó conocimiento de los hechos el agente del Ministerio Público, licenciado Agustín Rosas Montes, quien ordenó la autopsia del afeminado” (2014, p. 78-81). Otros lugares referidos en la selección de Vargas son Veracruz, Mazatlán, Navojoa, Acapulco, Ciudad Juárez y Guadalajara.

En el número 418 del *Alarma!*, publicado el 5 de mayo de 1971, los encabezados de la contraportada son: “Estaban en feroz, fea y vil orgía!”, “Después de esto... ¡el fin del mundo!”

(2014, p. 72). Al especializarse en nota roja, este medio impreso se particularizó por la violencia verbal con que se reafirmaba el discurso institucional respecto a la disidencia de la norma heterosexual. Que además se pensara para un público de bajo nivel social y económico daba pie a utilizar términos y frases que oscilaban entre el morbo, la desaprobación y la ambigüedad: “Véanlo: Da asco y es penoso que existan tantos raros” (p. 100), “Con o sin pelucas son un asco de la humanidad” (p. 86), “Al que le guste, que aproveche. Venden barato su amor los mujercitos” (p. 111). Los retratados están en las páginas del medio para reforzar el ideario heterosexual: afeminarse es lo peor que le puede suceder a un hombre.

1.2.2 Y todo es como debía. Homosexualidad en el cine a inicio del siglo XX

Así como los frescos de Diego Rivera entronizaron a la masculinidad combativa y obrera emanada del discurso institucional, el cine nacional, entre las décadas 1940 y 1960, se dedicó a reforzar el ideario de que no había nada más despreciable que un hombre fuera de ese camino claramente marcado. Los murales fueron efectivos en un primer momento para hablar de la grandeza pasada y de la que estaba por venir, pero al estar confinados geográficamente se vieron rebasados rápidamente por los productos cinematográficos que tenían, además de la oportunidad de reportar ganancias económicas, la capacidad de ser trasladados para llevar su mensaje: México es viril.

Aunque existen algunos filmes en los que aparecen personajes “afeminados” estos son comparsa y motivo de burla,³³ fue hasta 1944 cuando el motivo de la homosexualidad, aunque solo en confusión, se tornó en el centro de una trama: *Me ha besado un hombre*, estrenada ese

³³ El que se considera como el primero es don Pedrito, uno de los personajes de la cinta *La casa del ogro*, dirigida en 1938 por Fernando de Fuentes. El personaje, presentado con la estética de los fífis de fin de siglo con sombrero, bastón y prominente bigote, es blanco de burlas y comentarios malintencionados sobre su sexualidad.

año, fue dirigida por Julián Soler y estelarizada por María Elena Marquez y Abel Salazar. La trama es la siguiente: Luisa, queda huérfana en Francia y decide emigrar a México donde residen algunos amigos de su padre recién fallecido. Al intentarlo se da cuenta de que solo tiene los documentos de su hermano Luis y se hace pasar por él para salir del país azotado por la Segunda Guerra Mundial. Una vez en México consigue empleo de ayudante del ingeniero Álvaro Álvarez, quien termina enamorado de él, con el aprieto que eso significa para un hombre de esa época. El gran conflicto se desata cuando, luego de una noche de borrachera, Luis/Luisa besa al ingeniero y recibe un golpe por repuesta. Álvaro acude con el doctor del campamento en el que trabajan para pedirle que le diga qué le ha pasado. El médico sabe que Luis es en realidad una mujer, aclara la confusión y todo termina en una relación que, felizmente, no se sale del cauce de la normalidad.

Un planteamiento muy similar al anterior se da en las cintas *Yo quiero ser hombre*,³⁴ de 1949, *Yo soy muy macho*, de 1953, *Pablo y Carolina* de 1955, *Las coronelas*, de 1959 y *Me ha gustado un hombre*, de 1964. En todas estas, como en la de 1944, hay una mujer que obligada por las circunstancias, debe hacerse pasar por hombre y termina enamorada de su compañero de trabajo, jefe, subalterno o alguna otra figura masculina con la que debe pasar mucho tiempo. En las seis cintas el tono es de comedia,³⁵ por lo que el conflicto del estelar masculino aparece como innecesario y absurdo puesto que tanto el espectador, como a quien acude por ayuda para resolver su recién descubierto problema —doctores y sacerdotes en la mayoría de los casos— sabe la verdad y que no hay impedimento para que la relación amorosa se consume. Sin

³⁴ Esta también estelarizada por Abel Salazar.

³⁵ Un tono muy usado en la producción filmica nacional cuando se trataban temas tabú.

embargo, en esa representación de la homosexualidad como problema se puede ver replicado el discurso institucional al respecto: es un camino que nadie debe seguir, a menos que desee su perdición.

En *Me ha besado un hombre* dice el protagonista masculino: “¿Qué tengo doctor?” (Soler, 1944, 1:26:36); en *Yo quiero ser hombre* se plantea el posible cambio de preferencias: “¿A mi edad?” (Cardona, 1949, 1:09:41); en *Yo soy muy macho* —que es un *remake* prácticamente sin cambios de la primera mencionada— Pablo Galán, piloto, golpea a Mario/María quien lo acaba de besar, y grita al cuerpo inconsciente: “Qué tipo tan repugnante. Si estás muerto, mejor” (Díaz, 1953, 1:06:04); En *Pablo y Carolina* se da el siguiente diálogo entre el protagonista y Carolina travestida en Aníbal, su supuesto hermano:

—Oyes, Aníbal, tú eres muy raro.

—¿Por qué?

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente bien de qué estoy hablando, tú tienes que hacer deportes, acompañarte de verdaderos hombres, salir con mujeres, qué es eso de... [balbuceo] estoy seguro de que es mejor el camino que yo sigo que el tuyo (De la Serna, 1955, 1:09:22).

En *Las Coronelas*, ambientada en el periodo extendido de la Revolución³⁶ mexicana, la confusión es doble y hasta normada por lo institucional: dos niñas recién nacidas son bautizadas con nombres masculinos para engañar a un general que decide apadrinarlas creyendo que son hombres. Al llegar a la adultez, los ahijados/ahijadas —Saturnino y Nicolás Campos— son llamados a pelear en la guerra y terminan enamorando y enamorándose de dos militares que, a su vez, son hermanos. Uno de ellos, Rodolfo Suárez, acude con un sacerdote, el mismo que bautizó a las niñas con nombres masculinos, para confiarle su pecado:

³⁶ Al menos después de 1925.

Padre, no me diga nada, es lo más espantoso que me ha sucedido en la vida, no sé qué hacer ni qué decir, le juro padre que yo siempre he sido un ser normal, dígame padre, ¿qué hago? ¿Qué debo hacer? (Baledón, 1959, 1:04:11).

El sacerdote sabe que Nicolás es una mujer pero no puede revelar la verdad en ese momento, por lo que responde con evasivas. Rodolfo Suárez insiste: “Por favor, padre, entiéndame, amo a mi coronel, ¿no se da usted cuenta de que soy un ser anormal? Padre, por favor, ¡amo a un hombre! Padre, resuélvame mi problema o me voy a volver loco” (1959, 1:05:01). En *Me ha gustado un hombre*, en cambio, el protagonista acude con un psiquiatra, a quien le dice:

—Doctor, ¿usted cree que en el fondo esto signifique que me están empezando a gustar los hombres?

—Ni tan en el fondo, amigo. ¿Cómo era ese mozo?

—Verá usted, tiene un vago parecido con la mujer de las campanitas, lo que más me asusta, doctor, es que cuando lo veo a él también oigo campanitas.

—Yo también estaría asustado (Martínez, 1964, 1:13:10).

En todas estas se plantea que la relación entre el hombre y la mujer haciéndose pasar por hombre, inicia con cierta enemistad para evolucionar luego a la amistad y finalmente al enamoramiento. La dinámica de la amistad se plantea como de protección debido a que el “sujeto masculino” recién llegado a un ambiente generalmente de solo hombres, aparenta cierta diferencia que, además de hacerlo débil, se debe corregir para que rectifique el rumbo. Y justamente esa debilidad se señala como parte de la rareza que encierra. En ninguna de las cintas mencionadas se dice “homosexual” aunque tampoco “maricón”, en cambio, se hacen movimientos corporales para remarcar una feminidad forzada y artificial, o bien, se utilizan términos como “raro” o “mañoso”. Hay una séptima cinta que puede proponerse como

representación social ejemplar de la homosexualidad en México: *Modisto de señoras*, de 1969. Comedia dirigida por René Cardona Jr. que se aleja del repetido planteamiento de masculinidad “vulnerada” por una confusión a causa del travestismo del personaje femenino y plantea por primera vez a un protagonista que es homosexual pero solo en fingimiento. En esta película tampoco se utilizan los términos “homosexual” ni “maricón” y para referirse a las supuestas preferencias sexuales del protagonista, D’Maurice, aparecen eufemismos o frases incompletas que permiten la inferencia de lo indecible. Del personaje se dice que es “de esos”, que no es un “hombre verdadero” o simplemente se refiere su profesión, modista, como sinónimo de homosexual. Una palabra que sí se utiliza es “loca” y en boca del mismo personaje principal que indica haber tenido la idea de formar la Sociedad de Locas Internacionales (Soloin). Además, coincidentemente el personaje dice tener 41 años de edad, un número que remata con un: “Qué coincidencia, ¿verdad?” (Cardona Jr., 1969, 8:33). El aporte de este producto cinematográfico radica en el hecho de hacer que sea el personaje masculino el que lleve evidentemente la marca de la divergencia respecto a la heterosexualidad y, por lo tanto, sea el blanco de mofas, pese a tratarse de una figura de cierto prestigio para su entorno social al ser el diseñador más famoso de la ciudad. Otro aporte es el hecho de que asocia a la Zona Rosa con la homosexualidad y la señala como un espacio de la geografía urbana propicio para quienes la ejercen. Muy al inicio de la cinta D’Maurice dice: “Soy socio de la mafia.³⁷ Mis telas y mis estampados me los hace [José Luis] Cuevas, mis *spots* me los escribe [Carlos] Monsiváis, y mi boutique es el santuario de la Zona Rosa” (1969, 9:01). En contraposición a D’Maurice aparecen Mao, Perugino y Antoine, tres modistos que sí son homosexuales y que ven al primero como un rival al que buscan vencer

³⁷ En referencia al grupo que publicó la gaceta titulada *Zona Rosa*.

confirmando lo que sospechan: no es como ellos. Al final el protagonista explica los motivos de su fingimiento:

Siempre quise ser modisto, ¿qué tenía de malo? ¿Por qué no podía serlo? Pero desgraciadamente ya una serie de diseñadores se había encargado en todo el mundo de crear una mala fama para todos aquellos que dedicaran a esa profesión. Sin embargo para mí era la cosa más natural del mundo, era como construir puentes o dinamitar tanques, pero había un precedente, yo no podía ser un modisto normal, las mujeres se hubieran sentido incómodas, los maridos celosos y la competencia indignada. Tenía que ser como ellos, mejor dicho, como ustedes, pero ya no puedo más, ya me cansé de tener la manita así, ya me duele la quijada, ya nada más me faltan los hoyitos para los aretes, ¡ya no puede ser! Por eso tuve que fingir, me gustaba el corte y la confección pero para hombres, agarrar las tijeras y despedazar las telas y tomarles medidas a... pero ya me cansé, de ahora en adelante ya no volveré a ser modisto para señoras (1969, 1:21:56).

De la mano de la que será su esposa, D'Maurice dice lo anterior y se convierte en un repetidor del discurso institucional que tiene varias décadas en circulación en el cine: el homosexual sigue un camino equivocado marcado por el desprestigio y la imitación burda de las maneras femeninas al hablar y al caminar, es enemigo de los hombres heterosexuales y está únicamente confinado a sectores como la moda, en la que puede expresar su delicadeza. Sin embargo, el protagonista se deslinda de todo ello al hacer evidente su rechazo mediante el monólogo aleccionador y moralino ya citado y, al casarse, todo es como debía y no hay daño a la hombría que es la esencia nacional.

1.2.3 Coplas al pecado. Homosexuales en la canción tradicional

La presencia histórica de locas reportada por Salvador Novo en la figura de Cotita de la Encarnación, se podría tomar —a fuerza de constancia— como la raíz de la aparición del tema

homosexual³⁸ en formas de entretenimiento popular que provienen del periodo novohispano aunque resignificadas hacia finales del siglo XIX y principios del XX, para convertirse en pilares de la cultura actual. Una de las más arraigadas, y por ende de las más efectivas para llevar el nuevo discurso oficial, fue la música y los sones en particular. Rafael Figueroa Hernández, en su libro *Son Jarocho. Guía histórico-musical* (2007) señala que fue justo durante la época de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública³⁹ (SEP) cuando ese ritmo pasó a formar parte de la identidad nacional, un proceso que llevó a la creación de estereotipos para facilitar su consumo, lo que devino en una corporeización del nacionalismo. “Se fomentó la creación del traje típico oficial jarocho al mismo tiempo que se crea un espectáculo musical basado en los géneros tradicionales pero que cumpliera otra función, se desplazaba la fiesta en favor del espectáculo” (p. 81). Precisamente esa reformulación que tuvo en mente a un público más amplio⁴⁰ hizo que la dinámica de la fiesta —con la confianza que genera la cercanía de los asistentes y la posibilidad del consumo de alcohol— terminara transformada en un *show* para consumirse únicamente como público y no como parte de un festejo. Lo anterior también tuvo repercusión en el repertorio de coplas que, dejando de lado la tradición del repentismo, terminó por fijarse mediante el complejo proceso de tradicionalización. Esto, además, podría tener otra ramificación: la eliminación de las coplas que tocaran temas incómodos o polémicos, como la homosexualidad, a ojos del público extendido al que apuntaron.

Según Martín Sánchez Camargo en “Recursos estilísticos en la copla popular mexicana” (2002) de las 9 mil 962 coplas registradas en las cinco entregas del *Cancionero folklórico de*

³⁸ Aunque siempre en tono de advertencia o de burla.

³⁹ Institución creada en 1921.

⁴⁰ No solo nacional sino internacional.

México, 5 mil 716 versan sobre el amor —ya sea feliz o desdichado— mientras que únicamente son veinte⁴¹ las que hablan respecto a la sodomía, aunque ya en un tono más de burla que de condena pecaminosa. Estas coplas, generalmente estrofas sueltas, se encuentran en el tomo 4 — *Coplas varias y varias canciones*— y aunque resalta la inclusión del tema no hay una gran relevancia en cuanto a la cantidad. En las registradas por Margit Frenk hay, como ya se dijo, varias estrofas sueltas y otras que aparecen como partes de canciones aunque, se sugiere, con apariciones esporádicas en diferentes versiones y no como parte del cuerpo estrófico fijo para una interpretación estandarizada con fines comerciales. Resalta también el hecho de que algunas de las copas elegidas —todas del lapso de interés para la investigación, principalmente de la década de 1960— provienen tanto de ámbitos urbanos como de otras ubicaciones casi rurales.⁴² Una de las primeras, la 9791, parece un grito de guerra:

Somos ninfos, somos rosos:
 ¿para qué queremos mujeres,
 si hay hombres tan hermosos? (1982, p. 201)

Se trata de una estrofa suelta proveniente de la colección Sandoval, del Distrito Federal, registrada en 1964. Esta terceta se inscribe en el discurso que aún se mantiene: los homosexuales son delicados, buscan emular la fragilidad femenina pero desprecian a las mujeres porque en realidad prefieren la compañía masculina. Bien se puede imaginar un fingimiento de voz y movimientos afectados durante la interpretación, al cantar las líneas primera y tercera. Además, en la línea inicial aparece la palabra “ninfo”, algo que también comunica la intención discursiva.

⁴¹ No se sugiere omisión por parte de Margit Frenk sino escasez del tópico en las ejecuciones registradas de sones y otros ritmos.

⁴² O que podrían verse así en la época en que fueron registradas: la década de 1960.

Una ninfa es, según el diccionario de la Real Academia Española (RAE), una joven hermosa. Mientras que en masculino se usa para designar al “hombre que cuida demasiado de su arreglo personal, o se precia de atractivo, como enamorado de sí mismo”. No se debe olvidar al famoso *Chucho el Ninfo*, novela de José Tomás de Cuéllar publicada en 1871 que se analizará en el capítulo siguiente. También como grito de guerra aparecen cuatro líneas en la ya estudiada cinta *Modisto de señoras*, no se trata de música tradicional pero sí de una especie de lema o porra que bien podría musicalizarse y que al igual que la estrofa 9791 tiene entrelazados los elementos de comicidad y delicadeza:

Ucha, ucha
 muchachos a la lucha
 no somos machos
 pero somos muchas (Cardona Jr., 1969, 1:13:12).

También señalando claramente la diferencia entre los “hombres verdaderos” y los que no lo eran, así como sus roles, funciones, ámbitos y elementos, se encuentra una sextilla que, aunque incluida en el tomo 3 del trabajo de Frenk, tiene relación con la homosexualidad. Estrofa de la canción *El torito*, de Veracruz, se trata de una variación por la adición de un dístico:

8451a
 Para el toro, la garrocha,
 para el caballo, la espuela,
 para la mujer bonita,
 el zapato y la chinela.

8451b
 Para el toro, la garrocha,
 para el caballo, la espuela,
 para la mujer bonita,
 el cigarro y la candela,
 y para los fantasiosos,

el espejo y la polvera. (1980, p. 368)

Aquí “fantasiosos” puede leerse como un eufemismo de “homosexuales”. Apenas dos líneas añadidas que amplían esta asignación salomónica⁴³ de elementos y ámbitos: los hombres, fuertes y potentes, lidian con la fuerza y la potencia de los animales; las mujeres se arreglan para lucir, en la versión a, o, en la versión b, se encargan de suministrar a su pareja otro rasgo de masculinidad, el tabaco; y a los otros, que no son mujeres y mucho menos hombres, pero que fantasean con ser lo primero, se les asigna el espejo y la polvera. Nuevamente: delicadeza, arreglo, pasividad.

El tema de los choferes, llamados chafiretes a inicios del siglo XX y que fueron también parte importante de la vida sexual de Salvador Novo,⁴⁴ aparece en el registro del *Cancionero Folklórico de México*. Se trata de una estrofa suelta y una que forma parte de la chilena llamada *La Sanmarqueña*, que se compuso en Guerrero. Dicen:

9794

El chofer de este camión
es un as del volante,
pero tiene un defecto:
que le gusta su ayudante.

9795

El chofer de este camión,
ése es un gran manejador,
pero tiene una gran dificultad:
que le gusta el cobrador (1982, p. 201).

⁴³ Frenk listó estas estrofas bajo el subtítulo de Visión imparcial.

⁴⁴ El poeta y cronista formó parte del periódico *El Chafirete*, publicado en la Ciudad de México en 1923, que se dirigía a los choferes de camiones, taxis y tranvías de la capital del país. Además, en *La estatua de sal*, Novo habla de su predilección por los hombres al volante: “Los choferes eran mi fogosa predilección” (2008, p. 143).

Son tan parecidas que estas dos cuartetos podrían tomarse por variación una de la otra, sin embargo, según Frenk, la primera (9794) es una estrofa suelta proveniente de un registro realizado en 1964 en Monterrey, Nuevo León; mientras que la segunda (9795) se registró como parte de *La Sanmarqueña* pero ejecutada en Zamora, Michoacán, en 1963.

Otro tema que no podría faltar en estas coplas al pecado nefando es el 41, número que sirve como sinónimo de homosexualidad desde hace más de un siglo a partir del ya mencionado baile de los 41. En las coplas registradas en el tomo 4 del cancionero, este número es usado como burla:

9796

De aquellos que están allá
no me parece ninguno:
uno ya está muy viejo
y el otro es cuarenta y uno.

9797

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
cinco, cuatro, tres, dos, uno,
cinco por ocho cuarenta,
con usted cuarenta y uno (1982, p. 201-202).

Las dos aparecen como estrofas, podría decirse, flotantes de *La Sanmarqueña*, en interpretaciones registradas, respectivamente, en Oaxaca en 1966 y en la Ciudad de México en 1965. Aquí ya no es necesario clarificar sobre el “defecto” de tal o cual sujeto, basta decir 41 para dejar claro a qué se refiere. Esta presencia, aunque limitada y en un producto que ya en la década de 1960 no era central como repetidor del discurso institucional, es aún así destacable porque aunque el ámbito de influencia era acotado, no se dejaba pasar la oportunidad para recordar a los oyentes de ese corpus sonoro lo risible e indeseable de ser homosexual.

1.3 Postura desde la religión

Por ser un referente fundamental en *Después de todo*, se tomará a los mandatos, ordenamientos y mandamientos del catolicismo como sinónimos de la postura religiosa, en conjunto, respecto a la homosexualidad. Aunque en Javier Lavallo, el protagonista, no se da una vivencia de la fe particularmente cercana⁴⁵ sí hace referencia a lo religioso como refugio: “Después de comer [...] comencé a rezar. Suelo rezar no tanto por devoción sino para alejar las preocupaciones obsesivas. Porque si no es posible encontrar solidaridad en la gente, siempre resulta confortante acercarse a Cristo” (Ceballos, 1969, p. 207). Esto puede parecer contradictorio dado el rechazo evidente y sostenido de la homosexualidad por parte de la Iglesia católica, sin embargo, se trata de un proceso totalmente regular y documentado por sociólogos como Ernesto Meccia, quien señala que pueden coexistir construcciones arquetípicas sobre un mismo objeto, en este caso la homosexualidad, que se derivan de tramas culturales opuestas. Retomando a Denise Jodelet, Meccia señala la polifasia cognitiva, “momentos en que coexisten en un mismo sujeto o grupo, representaciones que, por fases, parecen describir adecuadamente un mismo objeto y orientan prácticas divergentes y afines” (Meccia, 2006, p. 32). Así, aunque sabe que la institución lo rechaza por ser homosexual, Javier Lavallo aún mantiene a Cristo como referente de consuelo supremo y a la oración como medio para acceder a ese confort. Sin embargo, esa personal combinación de elementos no cambia en nada la postura del catolicismo: ser homosexual no es permisible.

⁴⁵ Narra que en su infancia fue expulsado del colegio católico en el que lo inscribió su padre luego de que se negara a hincarse en misa tras ser tocado por el padre confesor (Ceballos, 1969, pp. 49-50).

El origen de la prohibición se encuentra en el Levítico, libro que forma parte del Antiguo Testamento de la biblia católica y que en el capítulo 18, versículo 22 dice: “No te acostarás con un hombre como se hace con una mujer: esto es una cosa abominable”. El texto, según algunas fuentes, data del siglo VI a.e.c (Tapia y Soltero, 2010, p. 138) lo que permite atisbar el carácter inmemorial e incuestionable que se asocia ahora al rechazo de la homosexualidad, aunque con algunos matices. Por ejemplo, en el Concilio Vaticano II se estableció: “Es necesario distinguir entre el error, que siempre debe ser rechazado, y el hombre que yerra, el cual conserva la dignidad de la persona incluso cuando está desviado por ideas falsas o insuficientes” (Pablo VI, 1965). Si bien es cierto que no se menciona a la homosexualidad, la postura de separar al pecado del pecador se replica en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado el 11 de octubre de 1992 durante el pontificado de Juan Pablo II (Vaticano, 2005), en la parte tercera titulada “La vida en Cristo” —en los apartados 2357 al 2359— se indica lo siguiente:

La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura que los presenta como depravaciones graves la Tradición ha declarado siempre que “los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados”. Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso.

Un número apreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas. Esta inclinación, objetivamente desordenada, constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta [...].

Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana (Vaticano, 1992).

El lapso que separa a un documento del otro, 26 años, parece sintomático de la postura que ha tomado la Iglesia católica respecto a temas que le resultan controversiales: reconocer su existencia solo hasta que sea imposible mantener la omisión.⁴⁶

La postura declarada en el *Catecismo de la Iglesia Católica* sobre la homosexualidad se fundamenta en libros bíblicos tanto del viejo como del nuevo testamento.⁴⁷ En el Génesis se narra el final de las ciudades de Sodoma y Gomorra debido a los vicios y desviaciones de sus habitantes, del nombre de la primera deriva el término de sodomía. Según el relato bíblico:

No estaban acostados todavía cuando los vecinos, es decir los hombres de Sodoma, jóvenes y ancianos, rodearon la casa: ¡estaba el pueblo entero! Llamaron a Lot y le dijeron: “¿Dónde están esos hombres que llegaron a tu casa esta noche? Mándanoslos afuera, para que abusemos de ellos” (Gn, 19, 4-5).

En la Carta a los Romanos, también referida en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, se lee: “los hombres dejando la relación natural con la mujer, ardieron en deseos los unos por los otros, teniendo relaciones deshonestas entre ellos y recibiendo en sí mismos la retribución merecida por su extravío” (Rm, 1, 27). Mientras que en la Primera carta a los Corintios se indica: “¿Ignoran que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No se hagan ilusiones: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los pervertidos [...] heredarán

⁴⁶ Por ejemplo, no fue sino hasta el año 2005 que la Congregación para la Educación Católica publicó una Instrucción en la que desaconseja la aceptación de homosexuales en los seminarios. La Instrucción *Sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas de tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas* se puede consultar en: https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/documents/rc_con_ccatheduc_doc_20051104_istruzione_sp.html. Mientras que en marzo de 2021 la Congregación para la Doctrina de la Fe dió una declaración a medios en la que negó rotundamente la posibilidad de bendecir las uniones entre personas del mismo sexo, figura jurídica que existe en Países Bajos desde 2001. El sitio web Vatican News replicó la declaración que puede consultarse en: <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2021-03/santa-sede-uniones-personas-homosexuales-doctrina-fe.html>.

⁴⁷ El canon bíblico católico se instauró en el Concilio de Trento entre 1545 y 1563. Puede leerse más al respecto en https://ec.aciprensa.com/wiki/Concilio_de_Trento.

el reino de dios” (1Co 6, 9-10) y en la Primera carta a Timoteo puede leerse que la ley de Dios deja fuera a todo el que va contra ella: “[...] los impúdicos y pervertidos, los traficantes de seres humanos, los tramposos y los perjuros. En una palabra, la Ley está contra todo lo que se opone a la sana doctrina” (1 Tim, 1, 10). Con lo anterior como base “histórica”, se dieron algunos señalamientos respecto al tema desde la década de 1970, uno de los primeros por parte del papa

Pablo VI:

El proclamado derecho a la libertad indiscriminada hace desaparecer el sentido del deber y de la obligación moral incluso en temas evidentemente graves y que obligan tanto en la vida personal como social (así divorcio, homosexualidad, experiencias prematrimoniales, etc.). El equilibrio ético de la persona y de la sociedad queda indudablemente comprometido por la aceptación de dichos criterios contrarios a la racionalidad moral, jurídica, política y mucho más a las normas de la vida cristiana (Pablo VI, 1974).

O como el siguiente de Franjo Seper, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1975, quien lamentó que, con base en la psicología, se juzgaran “con indulgencia” a las relaciones entre personas del mismo sexo puesto que van en contra de la moralidad del pueblo cristiano.

Se hace una distinción [...] entre los homosexuales cuya tendencia, proviniendo de una educación falsa, de falta de normal evolución sexual, de hábito contraído, de malos ejemplos y de otras causas análogas, es transitoria o a lo menos no incurable, y aquellos otros homosexuales que son irremediamente tales por una especie de instinto innato o de constitución patológica que se tiene por incurable.

Ahora bien, en cuanto a los sujetos de esta segunda categoría, piensan algunos que su tendencia es natural hasta tal punto que debe ser considerada en ellos como justificativa de relaciones homosexuales en una sincera comunión de vida y amor semejante al matrimonio, en la medida en que se sienten incapaces de soportar una vida solitaria.

Indudablemente, esas personas homosexuales deben ser acogidas en la acción pastoral con comprensión y deben ser sostenidas en la esperanza de superar sus dificultades personales y su inadaptación social [...] En la Sagrada Escritura

están condenados como graves depravaciones e incluso presentados como la triste consecuencia de una repulsa de Dios. Este juicio de la Escritura no permite concluir que todos los que padecen esta anomalía por esta causa incurran en culpa personal; pero atestigua que los actos homosexuales son por su intrínseca naturaleza desordenados y que no pueden recibir aprobación en ningún caso (Seper, 1975).

Que sea hasta 1974 y 1975 que el Vaticano se refiera como institución a una cierta liberalización de temas y actitudes ante estos, permite reforzar lo ya dicho: ha preferido omitir ciertos tópicos hasta que resulta imposible hacerlo. Se debe recordar que desde finales de la década de 1940 y durante la de 1950, la sexualidad había sido tema importante y polémico por el trabajo de Alfred C. Kinsey,⁴⁸ mientras que en la de 1960 se difundió el uso de la pastilla anticonceptiva, con lo que se detonó lo que se ha llamado como revolución sexual.

Desde los años cincuenta, en México se tuvo conocimiento del Informe Kinsey y el escándalo que había provocado al revelar la verdad sobre las costumbres sexuales en los Estados Unidos. También, desde principios de los sesenta se comenzaba a difundir, aunque con marcadas reservas, información sobre la píldora y otros métodos anticonceptivos en las publicaciones femeninas mexicanas. Esto significó, sin duda, una apertura respecto a una moral tradicional que establecía el confinamiento de la sexualidad a la esfera privada y a la institución del matrimonio (González, 2021a, p. 9).

Se puede decir que la respuesta institucional del catolicismo ha estado marcada por la demora, lo que explica los largos lapsos entre los documentos revisados hasta ahora y el que separa a lo dicho por Seper en 1975 y la postura de Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en octubre de 1986.⁴⁹ Once años después, consideró que

⁴⁸ Más detalles sobre el Informe Kinsey se pueden consultar en: <http://www.revistaindice.com/numero15/p20.pdf>.

⁴⁹ Para revisar la postura religiosa sobre la homosexualidad en periodos como el de la afirmación del cristianismo (siglos I al V), los concilios vaticanos entre los siglos IV y X, la Inquisición durante el medioevo y la Inquisición española entre los siglos XV y XVIII, se recomienda la lectura de *Homosexuality & Civilization*, publicado en 2003 por Louis Crompton.

lo dicho sobre la homosexualidad por su antecesor en el cargo había tenido consecuencias indeseables.

Se propusieron unas interpretaciones excesivamente benévolas de la condición homosexual misma, hasta el punto que alguno se atrevió incluso a definirla indiferente o, sin más, buena. Es necesario precisar, por el contrario, que la particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, constituye sin embargo una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada (Ratzinger, 1986).

Según Gregory Woods, fue durante la década de 1970 que se avanzó considerablemente respecto a la aceptación de la cultura gay por parte del público general, por lo que para la de 1980 era mucho más evidente el consumo cultural libre y casi masificado, de diversos productos, entre ellos los literarios, que trataban sobre ser homosexual y por parte de creadores que se identificaban como tal. Es posible inferir que fue el panorama anterior la motivación para una postura tal por parte de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuyo dirigente señalaba la existencia de grupos que ejercían presión para modificar legislaciones civiles, así como posturas dentro de la iglesia que buscaban reivindicar la vivencia de la homosexualidad aunque esto “amenace seriamente la vida y el bienestar de un gran número de personas, los partidarios de esta tendencia no desisten de sus acciones y se niegan a tomar en consideración las proporciones del riesgo allí implicado” (Ratzinger, 1986). Vista a la distancia, la respuesta —contundente pero tardía— tuvo poco efecto en disminuir la presencia del tópico en productos culturales cada vez más masificados.⁵⁰

⁵⁰ En el caso de México, aunque con respuestas comerciales variables, fue durante la década de 1980 en que se publicaron más novelas con varones homosexuales como protagonistas. Según el recuento de Luis Mario Schneider: *Omicrón* (1980), *Octavio* (1982), *Flash Back* (1982), *Sobre esta piedra* (1982), *Las púberes canéforas* (1983), *Melodrama* (1983) y *Utopía gay* (1983) (1997, p. 81-86), siete tomos en comparación con los cinco de la década anterior y los cuatro durante la de 1960.

1.4 Postura desde el poder político

Aunque desde la consumación de la independencia en 1821 no ha existido una ley mexicana que considere a la homosexualidad como delito, el rechazo a esta y sus practicantes es algo que no se puede negar. Desde el periodo virreinal estaba claro que el ejercicio del poder político era un asunto masculino, sin embargo, al inicio de la vida independiente del país ya no fue exclusivo para los varones ibéricos sino para los hombres mexicanos que, en los siguientes cien años, mostraron su potencia tanto en guerras intestinas como en episodios bélicos internacionales. Era un deber de la masculinidad proteger a la patria, casi siempre representada con cuerpo femenino sobre un pedestal. Durante el porfiriato se generaron también otras representaciones, la mayoría de estas escultóricas: héroes patrios revestidos por códigos alegóricos como emblemas, estandartes, uniformes y escudos de armas para dar un significado mayor a esos cuerpos masculinos que narraban la historia de la nación. Así, las corporalidades masculinas eran heroicas, dominantes, decididas y sacrificadas, para contar no la grandeza de las acciones humanas sino la del proyecto de nación del que esos héroes fueron vehículos y ejecutores. En este panorama, la feminización era una de las principales maneras de desacreditar o desvirtuar al enemigo político porque al hacerlo —como Ricardo Flores Magón en su acusación contra Antonio I. Villarreal— se le hacía perder el prestigio de los atributos masculinos. Héctor Domínguez Ruvalcaba señala en *De la sensualidad a la violencia de género* que, para el Estado mexicano, la masculinidad es la alegoría de una nación de carácter homosocial, es decir, soportada y dirigida por los sujetos masculinos en general, y por los que detentaban el poder político y económico en particular. Domínguez Ruvalcaba indica que la otredad de esa homosociedad es dual: mujeres y homosexuales, con lo que misoginia y homofobia son rasgos

característicos de la sociedad mexicana en su conjunto. El autor añade que la masculinidad mexicana tiene dos facetas: una deseable, representada por el hombre heterosexual que socializa con sus pares, y una indeseable, que es el hombre homosexual departiendo con los suyos. “Esta dualidad nutre las estructuras morales y genera los fundamentos para la necesidad del patriarcado” (2013, p. 8). Con ello el hombre viril es el elemento clave para la cohesión nacional.

Al panorama anterior fue al que retó el homosexual con su debut como sujeto social luego de la redada del ya mencionado baile de los 41. Aunque no había una ley que señalara al travestismo doméstico como delito, los concurrentes a la fiesta terminaron encarcelados. Sin embargo, cien años antes, y durante todo el periodo virreinal, la sodomía, como era llamada entonces, estaba penada y era perseguida por los tribunales de la Inquisición a pedido de Fernando el católico, rey de Aragón y esposo de Isabel de Castilla. Rocío Rodríguez Sánchez en su artículo “Los sodomitas ante la Inquisición” explica que:

Los Reyes Católicos instauraron la Inquisición Moderna en España en el mes de noviembre de 1478, por decreto del papa Sixto IV, cuyas leyes se aplicaban en todos los territorios,⁵¹ y duró hasta que fue abolida el 15 de julio de 1834, durante la regencia de la reina María Cristina [...].

El rey Fernando el Católico solicitó a Roma que los pecados de sodomía pudiesen ser juzgados en los reinos de la Corona de Aragón, que comprendían Barcelona, Valencia, Zaragoza y Mallorca, a través de los tribunales del Santo Oficio (2021, p. 169).

La distinción entre ser juzgado por lo civil o por lo inquisitorial era meramente una cuestión administrativa. Para Rodríguez Sánchez, tanto unos como otros castigaban a los sodomitas a morir en la hoguera. La pena les era conmutada únicamente en caso de que el rey necesitara “remeros sin sueldo para mover sus galeras, donde permanecían atados al banco hasta

⁵¹ Lo que incluyó a los reinos de ultramar, como la Nueva España.

que muriesen” (p. 173). La aplicación de las disposiciones inquisitoriales terminó en México en 1821 con la consumación de la independencia. Para ese momento Napoleón Bonaparte ya había fallecido en el exilio, sin embargo, su código en el que la sexualidad se laicizó, mantuvo su vigencia durante el resto del siglo XIX. Poco a poco comenzó a difuminarse la idea de pecado para tomar la delantera la de la conciencia, la ley y la naturaleza.

A partir de 1810 el código penal francés, surgido de la revolución y del imperio, transforma de arriba abajo la legislación sobre las costumbres [...] Al respecto, uno de los cambios más trascendentales para la vida cotidiana y sus actores fue la sexualidad: “desde esta perspectiva todas las prácticas sexuales son laicizadas y ninguna puede ser ya objeto de delito o crimen, desde el momento en que son privatizadas y consentidas por parejas adultas” (Leyva, 2013, p. 148).

Lo anterior, sin embargo, no cambió la concepción de que las relaciones sexuales entre hombres —que era las que más escandalizaban en ese momento— eran reprobables, por decir lo menos. Y ante la omisión de las leyes civiles fueron las consideraciones religiosas las que volvieron a regir la moralidad al respecto, aunque sin tocar el tema públicamente fuera de los sermones religiosos.

Ningún código penal ni ninguna constitución mexicana posterior a la de 1824, prohibía las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, así como la ley, tampoco la literatura ni la prensa, básicamente nada hablaba de la sexualidad. No solo de la homosexualidad sino de la sexualidad en general. Era un tabú absoluto (CEPE, 2020).

Aunque periódicos, revistas y libros, como medios de difusión del discurso hegemónico, guardaban silencio sobre la sexualidad y sobre la homosexualidad, esta última no dejaba de ser vista como una traición a la masculinidad y al proyecto de nación posrevolucionario puesto que un sujeto “amanerado”, por renunciar a las prerrogativas de su género, perdía su agencia y por lo

tanto era visto como antinacionalista. Los integrantes del grupo de Ulises —llamados posteriormente Contemporáneos—⁵² eran los más visibles en esos momentos por formar parte de la élite cultural que había accedido al servicio público durante la gestión de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública (SEP), y fue contra ellos que se vertieron todos los prejuicios con base en su homosexualidad.⁵³ En 1934 se instaló el Comité de Salud Pública en la Cámara de Diputados, a la que un grupo de intelectuales envió una solicitud:⁵⁴

Se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega al extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud [...] Si se combate la presencia del fanático, del reaccionario en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del hermafrodita incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social (Monsiváis, 2018, p. 76).

El Sindicato de Escritores Revolucionarios también se unió a los ataques y denunciaron la existencia de escritores “reaccionarios en cuanto a su postura social [...] se han organizado también de acuerdo con la sutil solidaridad de su ‘sexo’, apoderándose igualmente de posiciones destacadas” (Hoyos, 2016, p. 188). El argumento de una supuesta organización homosexual maliciosa también la esgrimió Maples Arce cuando señaló que los escritores y poetas homosexuales eran una mafia que perseguía a quienes se negaban a integrarse a las filas de una

⁵² Aunque se mencionan varios nombres como miembros de este grupo cultural de inicios del siglo XX, la convención señala que, de manera más estable, formaban parte de este: Jorge Cuesta, Enrique González Rojo, Celestino y José Gorostiza, Salvador Novo, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, Carlos Pellicer, Samuel Ramos, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia.

⁵³ No todos eran homosexuales pero por cercanía la sexualidad de unos (Novo y Villaurrutia principalmente) marcaba la de todos.

⁵⁴ Los firmantes fueron José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael F. Muñoz, Mariano Silva y Aceves, Renato Leduc, Juan O’Gorman, Xavier Icaza, Francisco L. Urquizo, Emilio Abreu Gómez, Humberto Tejero, Jesús Silva Herzog, Héctor Pérez Martínez y Julio Jiménez Rueda.

ideología basada en Proust y Gide, “en cuya obra se amparaba la comedia de los ‘maricones’ y el cinismo de los pederastas” (Monsiváis, 2018, p. 77). Los escritores revolucionarios organizados coincidieron con Maples Arce y declararon que la producción de los “afeminados” era una treta para encubrir la “propaganda de su vicio”, y solicitaron: “Que sean expulsados de los puestos públicos los individuos que desempeñen funciones oficiales en la literatura, el teatro, la plástica, y en otros aspectos de la cultura y que son de moralidad dudosa por sus actos afeminados” (Hoyos, 2016, p. 191).

La postura y persecución de la homosexualidad en México había iniciado con la década. Desde 1931 existía la Sociedad Eugénica Mexicana que, para lograr “mejorar la raza”, planteó medidas como: “Esterilizar delincuentes, criminales, homosexuales y prostitutas, así como aplicar medidas profilácticas a la vida reproductiva de la sociedad en general para controlar la herencia degenerativa que propiciaba el nacimiento de alcohólicos, drogadictos y desviados sexuales” (2016, p. 183). Un planteamiento que siguió vigente mediante la Liga Mexicana de Higiene Mental. Alfonso Millán Maldonado, director en 1938 de la Unidad de prostitución e higiene mental, consideraba a la homosexualidad como antisocial pues quien la tenía padecía complejo de inferioridad, lo que resultaba en individuos rencorosos, vengativos, intrigantes y pérfidos que, además, combinaban lo peor de ambos sexos: la agresividad y hostilidad del “macho”, y “la intriga fina y la coquetería traicionera” de la hembra. Por lo anterior, Millán Maldonado insistió en que debía legislarse para implementar parámetros científicos que permitieran realizar un proceso de profilaxis social que permitiera librarse de los individuos degenerados (2016, p. 185).

En la siguiente década el discurso jurídico cambió un poco, aunque se mantenía la visión de que la homosexualidad era un problema a atender en las esferas médicas. Francisco González de la Vega, jurista y gobernador de Durango entre 1956 y 1962 (INAFED, s.f.), publicó en 1945 un libro titulado *Derecho Penal Mexicano* en el que tocó el tema de la homosexualidad con la perspectiva ya señalada: no es delito, es una condición tratable. En el tercer tomo de su publicación señala: “El homosexualismo es una fijación irregular del instinto sexual que tiende a la satisfacción erótica con personas del mismo sexo, llamado amor socrático para los varones y amor lésbico o sáfico para las mujeres” (Monsiváis, 2008). Luego de clasificar a los varones homosexuales en tres categorías: absolutos, afigenos⁵⁵ y ocasionales,⁵⁶ señala que ya se dejó atrás la época en que se tomaban por delitos sexuales lo que la religión veía como “pecados de lujuria”, e insiste en que mientras no se trate de actos realizados por la fuerza o con menores de edad, las relaciones sexuales entre hombres deberían mantenerse fuera de los códigos penales, tal como sucedía ya en ese momento en la mayoría de los países de tradición latina.

La legislación mexicana no contempla como figura de delito la práctica de la inversión sexual, debiéndose, sin embargo, notar: que el acto homosexual realizado por fuerza o intimidación integra delito de violación [...]; que cuando recae en menores (pederastia) puede constituir delito de corrupción [...]; que las acciones de lubricidad realizadas en personas del mismo sexo sin propósito inmediato y directo de llegar al ayuntamiento en púberes sin su consentimiento o en impúberes, reúnen las características del atentado al pudor (Monsiváis, 2008).

En opinión de González de la Vega, mientras no se tratara de un atentado al pudor —o faltas a la moral como se conocería años después— la práctica de la homosexualidad entre

⁵⁵ Lo que hoy llamaríamos bisexuales.

⁵⁶ Llevados por las circunstancias como encontrarse en un ambiente de solo hombres, como la tripulación de los barcos durante el periodo virreinal, o las cárceles, en casi cualquier momento histórico.

adultos que así lo decidieran debería permanecer fuera de los códigos penales. Una afirmación que sustenta con lo dicho por Luis Jiménez de Azúa, jurista español: “Lejos de afirmarse hoy que el invertido es un delincuente, se procura la búsqueda de interpretaciones científicas a cuya luz aparece claro que el amor socrático y el amor sáfico no son actos delictivos” (Monsiváis, 2008). Sin embargo, como supuesta defensa a las “buenas costumbres” y con base en los atentados al pudor mencionados en el código penal, toda muestra pública de divergencia respecto a la heterosexualidad era respondida con una visita de unas horas a la cárcel. También con base en ello es que se realizaban redadas constantes en los bares de la Ciudad de México de manera general y particularmente en los que, se sabía, había alta asistencia de homosexuales y lesbianas. La realización de las redadas se extendió hasta la década de 1970.⁵⁷

1.4.1 El delito de estupro

Aunque esta investigación no se centrará en el tema, es importante mencionar que Javier Lavallo, narrador y protagonista de *Después de todo es*, además de un hombre homosexual, estuprador, es decir, sexualmente prefiere a jovencitos que están entre la adolescencia y la juventud. Hecho que lo convierte —para el momento presente en que se toma una mayor conciencia de lo problemáticas que resultan las relaciones desiguales en condiciones como edad, economía y formación— en cuestionable, por decir lo menos. Sin embargo, en su momento ese hecho no habría resaltado particularmente. Como ya se mencionó, hasta bien entrado el siglo XX se consideraba desde lo institucional que pederasta y homosexual eran sinónimos, aunque esto en la

⁵⁷ Para mayor información sobre este tema se puede consultar la tesis “Repensando el movimiento: una imaginación poética del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1978-1981)”, de Miguel Ángel Barrón Gavito (Universidad Iberoamericana, 2010); así como el artículo “Vestidas para marchar. Travestismo, identidad y protesta en los primeros años del Movimiento de Liberación Homosexual en México, 1978-1984”, de Martín H. González Romero, publicado en la *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2395-91852021000100210.

práctica no es así, como tampoco es lo mismo, jurídicamente, pederasta y estuprador. La distinción en la tipificación de estos delitos está dada por la edad de la víctima, en el caso del estupro se trata de la relación sexual entre un adulto y un menor de entre 12 y 18 años de edad, un rango aplicable a Javier Lavalle, dice: “Elijo desde los quince años; si tienen diecisiete o dieciocho es mejor. Para mis fines, después de los veintitrés años no me interesan los hombres” (Ceballos, 1969, p. 128). El protagonista, profesor en la Universidad de Guanajuato, narra en su libro una serie de conquistas y enamoramientos con jóvenes estudiantes, algunos de ellos sus alumnos, todos en las edades que menciona. Como fue hasta la década de 1970 que la mayoría de edad en México se redujo de los 21 a los 18 años, todas las relaciones presentadas en el libro están inscritas, para los parámetros de su momento, en la ilegalidad. Pese a esto, como ya se dijo, no era un tema que preocupara particularmente, prueba de ello es que en el Código Penal Federal de 1931 —que se modificó hasta 1980— se toman consideraciones particulares para los casos de estupro entre un hombre adulto y una joven menor de edad. En el Título Decimoquinto, Capítulo I, titulado este último “Atentados al pudor, estupro y violación” se indica:

Artículo 260.- Al que sin consentimiento de una persona púber⁵⁸ o impúber,⁵⁹ o con consentimiento de esta última, ejecute en ella un acto erótico-sexual, sin el propósito directo e inmediato de llegar a la cópula, se le aplicarán de tres días a seis meses de prisión y multa de cinco a cincuenta pesos.

Si se hiciere uso de la violencia física o moral, la pena será de seis meses a cuatro años de prisión y multa de cincuenta a mil pesos (Diputados, 1931).

En los artículos 262 y 263 se indica el castigo que recibiría al estuprador de una mujer menor de 18 años “casta y honesta”: de un mes a tres años de prisión y multa de cincuenta a

⁵⁸ Mayores de 14 años de edad.

⁵⁹ Menores de 14 años de edad.

quinientos pesos. Sin embargo, se indica también que si el delincuente se casa con la “mujer ofendida, cesará toda acción para perseguirlo”.

Es en el artículo 265 en que se hace referencia a una situación más parecida a la protagonizada por Lavalle, aunque debe notarse que no hay enunciación directa de los casos en que la cópula, o el intento de esta, fuera entre un hombre adulto y un menor de edad. Optaron por una redacción que se refiere al hecho sin mencionarlo:

Al que por medio de la violencia física o moral tenga cópula con una persona sin la voluntad de ésta, *sea cual fuere su sexo*,⁶⁰ se le aplicará la pena de uno a seis años de prisión. Si la persona ofendida fuere impúber, la pena será de dos a ocho años (Diputados, 1931).

Con la frase “sea cual fuere su sexo” se cubren legalmente los casos que —muy al estilo de la narrativa virreinal con el pecado nefando— resultan indecibles pero no por eso menos punibles, aunque el castigo no fuera precisamente severo.⁶¹ En el caso de Javier Lavalle, por ser púberes sus conquistados, aplicaría la pena de entre uno y seis años de prisión. Sin embargo, encarcelarlo no es la intención de quien denuncia en la prensa el actuar del profesor Lavalle. “Seguiré publicando notas hasta que se vaya. No lo quiero en la ciudad” (Ceballos, 1969, p. 213). Una situación como la del profesor, en un lugar como Guanajuato, no admitía el reconocimiento institucional ni aunque fuera para castigarlo. La universidad lo separa de sus

⁶⁰ Las cursivas son mías.

⁶¹ En el Código Penal Federal actual las penas no son precisamente ejemplares. En el Artículo 259 Bis se estipula: “Al que con fines lascivos asedie reiteradamente a persona de cualquier sexo, valiéndose de su posición jerárquica derivada de sus relaciones laborales, docentes, domésticas o cualquiera otra que implique subordinación, se le impondrá sanción hasta de ochocientos días multa”; mientras que en el 262 se lee: “Al que tenga cópula con persona mayor de quince años y menor de dieciocho, obteniendo su consentimiento por medio de engaño, se le aplicará de tres meses a cuatro años de prisión”. Se puede consultar en: https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/9_010621.pdf.

clases pero de manera que ello no se relacione formalmente con el escándalo generado a raíz del artículo periodístico en el que se confirmaba lo que era un secreto a voces: su homosexualidad.

Presente su renuncia hoy mismo, pero con fecha de cinco días atrás. Esto es muy importante, profesor: de cinco días atrás. En esta forma, habrá un testimonio indisputable de que usted abandonó la universidad antes de que ocurriera este incidente. Y su expediente estará limpio, profesor, completamente limpio (Ceballos, 1969, p. 222).

Tanto a la Universidad de Guanajuato, como espacio en el que se habían dado las conquistas, como las familias de los que podrían haber presentado una denuncia, prefirieron ignorar la situación. Que el profesor Lavalle dejara la escuela y la ciudad se consideraba suficiente.

Horas más tarde hablé por teléfono con el rector para preguntarle si podía retirar mis cosas del laboratorio. Podía, desde luego, cómo no, pero con mucha reserva [...]. Para que nadie se diera cuenta de que mi réproba humanidad ponía nuevamente los pies en el antiguo y sacro colegio, convenimos en que recogería todo a las diez de la noche (1969, pp. 224-225).

Así, el delito de estupro no es perseguido en la novela. Como ya se dijo, el actuar de Javier Lavalle no es escandaloso por la ilegalidad inherente sino porque con la publicación del artículo al respecto se planteó reconocer por completo la situación y no solo tolerarla haciendo como que nada pasaba.

II. ANTECEDENTES DE LA HOMOSEXUALIDAD EN LA LITERATURA MEXICANA

Aunque para el momento en que se publicó *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (1906) ya eran términos en uso, también se debe anotar que “homosexualidad” y “homosexual” estaban confinados al ámbito médico y apenas empezaban a aparecer como una manera de identificar a quienes mantenían relaciones sexuales y afectivas con personas de su mismo sexo —sin la referencia al pecado de sodomía— pero ahora bajo la óptica del diagnóstico clínico. El término fue acuñado por Karl María Kertbeny —seudónimo de Karl Marie Benkert— un escritor y periodista que, en 1869, publicó dos panfletos abogando por la desaparición del estatuto contra la sodomía existente en el código penal de Prusia⁶² (Beachy, 2014, iBook). Un año antes había iniciado, a pedido de Otto Von Bismarck, la revisión del código penal por lo que Kertbeny se unió a la campaña que el jurista Karl Henrich Ulrichs⁶³ había iniciado años antes para solicitar el cese de la persecución contra hombres y mujeres atraídos por personas de su mismo sexo, grupo del que formaba parte. Así, la labor combinada de Ulrichs y Kertbeny —como dos de las figuras más conocidas— se puede ver como uno de los primeros actos de activismo por la diversidad sexual, además del momento en que se generó el término que serviría, varias décadas después, para referirse con más neutralidad y corrección a un grupo poblacional que ganaba espacios de visibilidad y su lugar como sujetos sociales.

⁶² Aunque en ese momento aún era un Estado Independiente, se puede tomar a Alemania como sinónimo por estar ya corriendo el proceso que culminaría, en 1871, en la unificación y creación del Imperio Alemán bajo el liderazgo de Otto Von Bismarck.

⁶³ En agosto de 1867 Karl Henrich Ulrichs se presentó ante la Asociación de Juristas Alemanes para hablar de un tema hasta entonces inmenconable y penado por la ley: el amor entre personas del mismo sexo. Este jurista de 42 años edad, publicaba desde 1864 panfletos, bajo seudónimo, para abogar por un tema que le tocaba directamente puesto que él mismo había perdido su trabajo en el gobierno por los rumores sobre su sexualidad. La propuesta de Ulrichs a la Asociación era revisar el código penal para abolir la persecución de homosexuales pero no pudo terminar su discurso y su tema no fue incluido en la agenda final de la sesión. La historia completa sobre uno de los primeros activistas por la diversidad sexual la consigna Robert Beachy en su libro *Gay Berlin. Birthplace of a Modern Identity*, de 2014.

Esas prácticas sexuales, vistas como punibles e innombrables durante el siglo XIX, derivarían tiempo después en temas literarios que, pese a lograr irrumpir en los anaqueles de las librerías, seguían desatando la misma molestia que Ulrichs y Kertbeny en la segunda mitad del siglo XIX. Esa molestia social más o menos extendida, derivada en censura plena o en acercamientos que han llevado el tema al terreno de lo risible, ha cedido gradualmente aunque también ha impedido el reconocimiento de una tradición discursiva de narrativa de homosexualidad. Explica Augusto F. Prieto:

Para que haya una literatura homosexual es indispensable que exista una conexión especial con el receptor, es decir debe generarse una complicidad en la mirada sobre lo escrito con un tipo concreto de lector gay, a diferencia de otros géneros (fantástico, terror, novela negra) que lo son de forma objetiva. En muchos casos también la censura ha ayudado, con su patética función, a la promoción de las ideas (2021, p. 12).

Sin embargo, la formación de ese vínculo particular no era sencilla en un momento en el que ese lector —que no podría llamarse “gay” al inicio del siglo XX— no era atendido como tal y mucho menos considerado como existente. Los consumidores homosexuales de literatura tendrían que haber buscado alguna referencia furtiva que les hablara de lo indecible, aunque en la mayoría de los casos la aparición de personajes parecidos a ellos era o en la comparsa o como un sujeto descartable y risible. Como señala Luis Mario Schneider: “El silencio público es una forma de la máscara social, sobreentendida careta que oculta nuestras más profundas raíces del sadismo colectivo. La literatura homosexual en México tiene tradición aunque su estudio y su investigación comienzan en época reciente” (1997, p. 70). Luis Martín Ulloa coincide en esa llegada parsimoniosa del sujeto homosexual como protagonista literario en el país:

La homosexualidad tuvo una aparición tardía en la literatura mexicana, pues es hasta la década de los sesenta cuando comienzan a aparecer obras literarias que la abordan de manera directa, sin circunloquios ni encubrimientos. Es decir, mucho después de la aparición de los nombres clásicos en el tema gay: Gide, Proust, Genet, Pasolini, y aún, muchos años más tarde de otros ejemplos notables en la literatura latinoamericana (2007, p. 1).

Mario Muñoz abona al respecto: “La cuestión homosexual es un tema espinoso que induce con frecuencia al amarillismo o a la procacidad con el solo fin de incitar a morbo o al escándalo de los puritanos” (1992, p. 36), e indica que el tema, tanto en general como desde la literatura, no ha perdido sus aristas de polémica y prohibición. Resultan interesantes las diferentes posiciones entre Muñoz y Schneider a tan solo cinco años de distancia. El segundo dice, en 1997, que existe una tradición literaria y que cada vez hay más apertura social, mientras que el primero, un lustro antes, apunta a la vigencia de la idea —generalmente sostenida— de que la identidad gay es una perturbación de la normalidad. ¿Realmente hubo un avance sustancial entre 1992 y 1997? ¿O es que Schneider pecó de optimista? Se propone que fue lo segundo con base en la limitada cantidad de publicaciones que toman a la homosexualidad como un tópico referencial para el estudio de la narrativa nacional en alguno de sus periodos, de hecho es el libro de Schneider uno de los pocos que lo hace. Dos publicaciones consideradas como “piedras de toque” sobre la narrativa de México incurren también en la omisión de instaurarlo como gran tema, aunque sí mencionan su aparición en el panorama: los dos tomos de la *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* publicados entre 1989 y 1991 por Christopher Domínguez Michael en el Fondo de Cultura Económica (FCE), y *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, de John S. Brushwood (FCE, 1973). El primer autor realiza un recorrido cronológico de la obra de más de 160 autores con los que abarca hasta el año de 1990,

mientras que el segundo revisa desde el periodo virreinal hasta la década de 1960. En ambos casos, *Después de todo*, novela central de esta investigación, se menciona como una que, adelantada a su tiempo, prefiguró la visibilización de historias con protagonistas homosexuales sin que necesariamente hubiera un final trágico, así como libres —o casi— de culpa y autoescarnio. Así pues, aunque no hay una omisión total respecto a la homosexualidad sí aparece como un asunto casi excepcional, o muy puntual, y no uno respecto al que existen novelas y cuentos en los que, aunque no es lo principal, sí hace su aparición en las letras nacionales, con lo que se pueden plantear estudios a mayor profundidad, y con mayor variedad más allá de la publicación de Ceballos Maldonado, Luis Zapata con *El vampiro de la colonia Roma* (1979) o *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce, considerada como la primera⁶⁴ con un protagonista homosexual. Entre los trabajos que estudian estas otras publicaciones de narrativa de tema homosexual —ya sea por aparecer de forma latente, inferida, incidental o a partir de personajes que no se adhieren por completo a los roles de su género— se encuentran:

La tesis “Las representaciones masculinas en tres textos narrativos del grupo Los Contemporáneos”, de Doraicel Vázquez Salazar, quien analiza a los protagonistas masculinos de *Dama de corazones* (1928), de Xavier Villaurrutia, *Margarita de niebla* (1927), de Jaime Torres Bodet y *Novela como nube* (1928), de Gilberto Owen:

Las representaciones masculinas en los textos, en el uso del atuendo y la forma en que proyectan su cuerpo, se manifiestan como una pose que emula al dandi europeo, es un intento resignificante de la figuración heteronormativa. Es un

⁶⁴ Este hecho es debatible puesto que, en estricto orden cronológico, primero habría salido a la venta *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, de Paolo Po. En el libro de Po se indica que los 2 mil ejemplares terminaron de imprimirse en diciembre de 1963, mientras que en el tomo de Barbachano Ponce se puede leer que los 500 ejemplares salieron de la imprenta el 2 de julio de 1964.

ejercicio performativo que permite expresar la ambigüedad de sus deseos y de sus propias subjetividades. (2015, p. 120).

No se debe olvidar también *El joven* (1928), novela corta de Salvador Novo en la que hay un señalamiento directo del castigo social que recae sobre los hombres “afrancesados”, término usado como sinónimo de afeminado. “Se murmuran cosas muy graves de ese y otros señores de edad que también se exhiben alineados. Es muy probable. Aunque ya debe de hacer tiempo, en sus años mozos visitaron la Ciudad Luz” (p. 19). También se destaca *Sesenta años del cuento mexicano de temática gay* (2012), artículo en el que León Guillermo Gutiérrez hace mención de narraciones cortas en las que se alude a personajes que pueden identificarse como tal o que son abiertamente homosexuales. Previo a la década de 1960 menciona *Los machos cabríos* (1952), de Jorge Ferretis (p. 279); de la misma década es *Galería de títeres* (1957), libro en el que Pita Amor incluyó los cuentos “El casado” y “Raquel Rivadeneria” (Espejo, 2016, p. 27) en los que hay referencia a un hombre homosexual y una mujer lesbiana, respectivamente. Aunque son pocos los que se pueden mencionar, sí hay varios textos narrativos, de distinta extensión, que tocaron a la homosexualidad, aunque fuera tangencialmente, antes de la década de 1960, que es en la que se da la publicación de las primeras novelas con protagonistas abiertamente homosexuales y con referencias a su actividad sexual. Por el periodo cronológico de interés señalado en el primer apartado no se hace mención de los cuentos y novelas publicados en las décadas de 1970 y 1980, que fue cuando proliferó el tema (Gutiérrez, 2012, p. 282).

El interés de este capítulo está en novelas en las que más directamente se puede adivinar la prefiguración del protagonista homosexual —incluidas algunas del siglo XIX—, así como en las que es evidente la sexualidad diversa del o los personajes principales. Una imprescindible en

este recorrido literario previo a *Después de todo* es *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*, publicada en 1906 bajo el seudónimo de Eduardo A. Castrejón, y que es en la que se presenta directamente la existencia de dos personajes homosexuales, Mimí y Ninón, aunque fuera para condenarlos y señalarlos como ejemplo de lo peor de la sociedad. A pesar del tono, es con esa novela que comienza a existir, para el público general, el homosexual como sujeto social y como problema a resolver. Esto último se mantendrá como elemento de los siguientes tres productos literarios de la que podría llamarse tradición de narrativa de homosexualidad mexicana: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), de Paolo Po, *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce y *Los inestables* (1968), de Alberto X. Teruel. Es la llegada de Javier Lavallo, en *Después de todo*, la que inicia el proceso de actualización de esa tradición. El hecho de su publicación y circulación, a pesar del contexto al que arribaron, es motivo suficiente para el interés y necesidad de revisión, más allá de lo que podría llamarse como mérito literario que, según diversas opiniones, pueda encontrarse en estas, sobre todo en las primeras tres mencionadas.

Si bien la mayoría de las obras escritas alrededor de dicha temática carecen de lo que algunos podrían catalogar como la falta de valor estético, considero que de ninguna manera dicho razonamiento implica ignorarlas y relegarlas al plano del olvido, ya que precisamente ese fue el caso de las primeras obras escritas hacia la mitad del siglo pasado y que sólo en épocas recientes han comenzado a ser rescatadas y abordadas por algunos interesados (Rocha, 2013, p. 12)

Aunque la cuestión estética⁶⁵ de las novelas de Po, Barbachano y Teruel se puede ver afectada por diálogos largos, monólogos melodramáticos y numerosos errores ortográficos, estos tres elementos pueden tomarse como sintomáticos de lo que se consideraba necesario para darse

⁶⁵ Concepto sobre el que se debe señalar una inherente subjetividad.

el permiso de narrar las historias de hombres homosexuales: tragedia, clandestinidad y poco cuidado.

2.1 Los primeros “afeminados”. El trabajo de José Tomás de Cuéllar

Fue con José Tomás de Cuéllar que irrumpieron en la narrativa nacional las historias detonadas por una suerte de morbo denunciante en la que un personaje masculino era protagonista por ser admonitorio, ejemplo y advertencia de lo que no debía ser. Publicadas ambas en 1871, *Chucho el Ninfo* y *Ensalada de pollos* tienen por personajes principales a hombres que, se implica, no lo eran tanto. El autor, sin embargo, no señala una preferencia sexual por el mismo género. Se indica una subversión de lo social al cuestionar con sus ropas y maneras la sobriedad del ideal masculino, pero estas narraciones no se permiten una desviación tal que lleve a sus protagonistas a preferir a los hombres por sobre las mujeres. El pensamiento de la época, que abrevó del modernismo, estaba marcado por un miedo al afeminamiento, algo que implicaba perder la agencia masculina que se reafirmó durante el siglo XIX.

Los antiguos elementos suntuarios, de los que hombres de clases acomodadas podían gozar, debieron ser reemplazados por un carácter de sobriedad, austeridad y mesura [...] La industria de la vestimenta, que promovió el traje *ready-made* en los hombres frente a la relación de exclusividad con el sastre, también convocó a un tipo de homogeneidad de la imagen de los hombres que enfatizara su adscripción a la ciudadanía universal moderna (González, 2015, pp. 162-163).

A lo anterior es que se enfrentan los protagonistas del par de obras de De Cuéllar. Mientras que el resto de los hombres debían homogeneizarse en su actuar y en su apariencia, Chucho y Pedrito⁶⁶ se negaban a pasar desapercibidos, como puede leerse en el siguiente pasaje de *Chucho el Ninfo*:

⁶⁶ Los respectivos protagonistas de las novelas mencionadas.

En seguida nos arrellanamos, no diremos muy cómodamente en nuestro asiento, disponiéndonos a gozar del espectáculo, cuando nuestra vista se fijó en un pollo. Era el tal un jovencito como de catorce a diez y siete años, con el pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca, y magníficos dientes. Estaba muy bien vestido; su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color de lila. El joven era una de esas personas que tiene la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca desapercibidas (2017, pp. 227-228).

Aunque la redacción decimonónica tendía a la adjetivación, llaman la atención los adjetivos usados por el autor para describir a su protagonista: “hermosos ojos”, “boca voluptuosa y fresca”, “magníficos dientes”, frases que, bajo la mirada actual, podrían tener otra lectura. Además se refiere a Chucho como “pollo”, un calificativo usado en el siglo XIX para referirse a los sujetos masculinos que se negaban a renunciar a ese derecho de ser ostentosos, a esa prerrogativa de no pasar nunca desapercibidos,⁶⁷ con base en el estamento al que pertenecían. Otra forma de llamarlos era lagartijos.

Una investigación de Víctor M. Macías-González indica que los principales compradores de elementos de moda y tiendas departamentales no eran las mujeres casadas de clase media y alta sino los hombres de ese mismo estrato social. El investigador señala que la cantidad de pedidos que hacían conocidos anglófilos como don Guillermo de Landa y Escandón,⁶⁸ apodado Guillermo de Lana y Algodón, por el tipo de telas que prefería vestir, ocasionó que empresas británicas enviaran agentes a tomar personalmente las medidas para los guardarropas encargados según la temporada de la que se tratara (2003, p. 227). Esta europeización de la masculinidad que

⁶⁷ En la obra de Cuéllar “pollo” es un término que tiene su variante femenina, “polla”, puesto que se refiere también a una actitud frívola, desconectada de lo que el autor consideraba la realidad de una sociedad en la que empezaba a darse una cada vez más profunda división entre élite y pueblo llano, proceso que culminaría en el enfrentamiento social y luego armado que hoy llamamos Revolución mexicana.

⁶⁸ Guillermo de Landa y Escandón (1842-1927) fue un empresario y político que se formó en Inglaterra y fungió como gobernador del Distrito Federal entre octubre y diciembre de 1900.

llegaba a demandar hasta cuatro cambios de atuendo diarios durante la temporada social más álgida, fue cuestionada por la opinión pública que veía en este lujoso estilo de vida una ruptura de los roles de género tradicionales así como la generación de una “subespecie” de hombres vistos como estériles, improductivos y, en consecuencia, no viriles. Lo que prefigura el binario que se vería enfrentado en las letras y el arte en el México posrevolucionario: virilidad contra afeminamiento.

Es cierto que Cuéllar sí está queriendo enunciar algo, del afeminamiento a lo mejor, de estos cuidados, pero lo que está denunciando es la mamitis. Dice: “Las mamás tienen la culpa de que los hijos hombres se vuelvan afeminados”, como gran advertencia. No había un psicoanálisis tal cual pero sí había una serie de prácticas sociopsicológicas, y Cuéllar tiene un artículo en el que habla sobre los peligros de la crianza por mamás sobreprotectoras, el hijo consentido... Chucho el Ninfo es eso, tiene esta infancia de niño mimado, es el niño dios en el pesebre, le pone los cairelitos su mamá... pero de grande es un cabrón, un metrosexual (C.Cañedo, comunicación personal, 20 de mayo 2021).

Y aunque, en efecto, en ese época el afeminamiento no era sinónimo de mariconería⁶⁹ y el autor no señala que Chucho tenga interés sexual en los hombres, sí hay un pasaje en el que un silencio sugiere esa posibilidad como un rumor que ni siquiera se enuncia. Mercedes, una de las mujeres pretendidas por el protagonista dice:

¿Por qué vi a ese joven? Es cierto que casi no es más que un niño, pero ¿por qué me persigue su imagen por todas partes?, ¿por qué me hace temblar a pesar mío? Ayer oí decir que es fatuo, que es tonto, *aun le tacharon de... no sé qué...*⁷⁰ y esto, en vez de alejarlo de mi memoria, lo acerca a mí porque lo compadezco; es la envidia, porque no es ni brusco ni ordinario como los demás (Cuéllar, 2017, p. 242).

⁶⁹ Uso este término debido a que el de homosexualidad apenas había sido creado y no era de uso común.

⁷⁰ Las cursivas son mías.

Ese “le tacharon de... no sé qué...” por críptico y elusivo resulta aún más elocuente. No se enuncia porque hacerlo era encarar uno de los más grandes tabúes de esa época heredera, en algunos aspectos, del orden virreinal. Aunque laicizada la vida, el sexo entre hombres guardaba mucho de lo indecible que había sido desde que se le llamaba “pecado nefando”.

Sométicos⁷¹ o no, tanto Chucho como Pedrito son ejemplares indiscutibles del pollo, fauna que, según Cuéllar, es propia de su siglo.

Aunque el joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con más especialidad de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente a secas, con el niño, ni mucho menos con el joven.

El pollo se cría en México bajo condiciones climáticas. Es la larva de la generación que viene, de una generación encargada de darle la última mano a nuestras cosas de hoy (Cuéllar, 2021, junio).

Como asienta Martín H. González, en *Ensalada de pollos* De Cuéllar “utiliza la voz crítica del narrador del realismo social” para “denunciar los grandes vicios y las problemáticas de su tiempo” (2015, p. 161). Así, cuando el autor dice: “Es la larva de la generación que viene”, puede leerse nuevamente como otra prefiguración de los bandos que se enfrentarían décadas más tarde: el pueblo contra la élite burguesa, en sustitución de la aristocracia vs burguesía del siglo XVIII francés. Otra denuncia que realiza es la del error moral de los pollos: al buscar una vida marcada por el lujo, la elegancia y la comodidad, emulan a las aspiraciones femeninas, lo que los anula como sujetos sociales, en los términos de su época. De Cuéllar insta a que:

“Esos barbados, musculosos y sanos vendedores de encajes y de chucherías, de listones, de terciopelos y de cigarrillos” abandonen el comercio y se dediquen a

⁷¹ Otro término de la época virreinal que hace evidente referencia a Sodoma, origen geográfico, según el relato bíblico, del sexo entre varones.

“trabajos dignos del vigor masculino”, dejando los mostradores “para que sirvan de parapeto a la virtud de la mujer” (González, 2015, p. 166).

Lo anterior coincide con lo señalado por Pierre Bordieu en *La dominación masculina*: hay un falonarcisismo que marca las relaciones sociales y los posibilidades, espacios, momentos e instrumentos de los sujetos según su género. La dignidad del “vigor masculino” demanda espacios y momentos en los que se pueda demostrar esa potencia, con el falo como instrumento, mientras que la “virtud de la mujer” ha de parapetarse, guarecerse de todo intento de perturbación antes del matrimonio:

La virilidad [...] sigue siendo indisociable, por lo menos tácitamente de la virilidad física, a través especialmente de las demostraciones de fuerza sexual [...] que se esperan de un hombre que es verdaderamente hombre. Se entiende que el falo, siempre presente metafóricamente pero muy pocas veces nombrado y nombrable, conecta todas las fantasías colectivas de la fuerza fecundadora (2000, p. 24).

2.2 *Los cuarenta y uno: novela crítico-social (1906), de Eduardo A. Castrejón*

Como señala la antropóloga lingüista, Elinor Ochs, “La actividad narrativa [...] constituye un instrumento para instanciar identidades sociales y personales” (2000, p. 297) pero también un medio discursivo que sirve para explorar e intentar resolver problemas en colectividad. Situaciones problemáticas, se debe aclarar, según el sistema cultural predominante que dicta creencias, valores, ideologías, modos de acción y emociones. La investigadora señala también que “los textos escritos pueden formar parte de una interacción comunicativa en progreso” (p. 276), es decir, la historia de estos, ya como productos, se genera, escribe y registra a partir de lo que la crítica y el público general tengan por decir, ya sea positivo, negativo o en ambivalencia. Dicha historia, con ello, se da en un proceso en coautoría. Así, la que podría decirse que es la

novela fundacional de la narrativa de homosexualidad en México, *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*, surgió como parte de la socialización de un hecho que había escandalizado a la capital del país un lustro antes, el ya mencionado baile de los 41. Las notas de prensa sobre este hecho inauguraron en el ámbito social general la existencia de un nuevo sujeto, el homosexual,⁷² y con ello se inauguró también el problema de qué hacer con ellos, cómo tratarlos. Fue a esta socialización en proceso, a este proceso en coautoría de posicionarse ante los maricones,⁷³ al que se puede proponer que el autor tras el seudónimo de Eduardo A. Castrejón⁷⁴ quiso hacer su aporte. La novela inicia con la presentación de los “no hombres” que están organizando el baile que terminará en redada.

El corazón degenerado de aquellos jóvenes aristócratas prostituidos, palpitaba en aquel inmenso bacanal.

La desbordante alegría originada por la posesión de los trajes femeninos en sus cuerpos, las posturas mujeriles, las voces carnavalescas, semejaban el retrete-tocador a una cámara fantástica [...].

Y en esa insaciable vorágine de placeres brutales han caído, para no levantarse nunca, jóvenes que, en el colmo de la torpeza y de la degradación prostituida, contribuyen a bastardear la raza humana injuriando gravemente a la Naturaleza (Castrejón, 2013, p. 71)

El autor no se refiere al pecado sino a una afrenta contra la naturaleza, a la desviación de su designio con base en la biología: hombre y mujer unidos para procrear, que será desde entonces uno de los principales “argumentos” homofóbicos. Y luego de presentar la malograda fiesta de Mimí y Ninón, cuyos nombres masculinos nunca se revelan, la trama se enfoca en las

⁷² Término ya en uso en la época aunque limitado al ámbito médico por lo que en la prensa aparecieron otros como “afeminados” y “maricones”.

⁷³ Término de uso mucho más frecuente en ese momento y que apareció en uno de los grabados de José Guadalupe Posada que acompañó a una nota periodística sobre el baile.

⁷⁴ Según las pesquisas de Robert Mckee Irwin el verdadero nombre podría ser Mariano Ruiz.

que eran sus novias —solo para guardar las apariencias—. Estela y Judith toman el centro de la narración para volver al cauce de la normalidad, la relación verdadera y “sana” entre una mujer y, en uno de los casos, un hombre del pueblo llamado Alberto que tiene el objetivo de salir adelante. Con esto Castrejón, en la figura de Alberto, añade al tono moralino de la narración la propaganda política previa al estallido de la Revolución mexicana, ya mucho más cercana que en tiempos de José Tomás de Cuéllar.

Estudioso, educado, fino y laborioso, [Alberto] era uno de los más preferidos en los talleres del ferrocarril donde trabajaba como maestro, y sus buenos sentimientos e incorruptibles convicciones por el socialismo, le habían conquistado entre sus compañeros un buen nombre y una gloria muy justa y duradera (Castrejón, 2013, p. 130).

Se hace así aún más evidente el encono y la división entre la élite y sus gobernados. A la condición “aristócrata” de Ninón y Mimí —en el sentido de élite privilegiada más que de nobleza— se le apareja un afeminamiento total que queda de manifiesto en vestidos, maneras y quereres. A este combo calamitoso Castrejón opone la virilidad salvadora de la clase obrera. Con esto la novela, publicada en 1906, tiene muy presente el discurso social: la élite porfiriana es generadora de todos los vicios que retrasan al país mientras que el pueblo llano, trabajador, obrero,⁷⁵ tiene la fuerza de la transformación.

Como ya se mencionó, las valoraciones respecto al logro literario y estético de las publicaciones analizadas tiene mucho de subjetividad, sin embargo, se puede decir que Castrejón no cumple con lo que promete, profusa en adjetivos y valoraciones morales, la narración se centra en los momentos previos y posteriores al baile, pero ese gran momento de “degeneración” queda fuera de la narración para centrarse en las consecuencias funestas para los asistentes, algo

⁷⁵ Una figura ampliamente retomada por el muralismo nacionalista, particularmente en la obra de Diego Rivera.

que se remarca constantemente. Por supuesto, dejando de lado la deuda literaria, es entendible que Castrejón decidiera enfocarse en el castigo social e institucional padecido por Mimí, Ninón y sus invitados puesto que su manera de vivir era considerada entonces como grotesca. En la nota de los editores se puede leer:

El autor de la novela que hoy publicamos ha cumplido con un deber social, sea cual fuera el éxito de lo que él llama su novela, y que es el relato fiel de un hecho que produjo el escándalo y que ha dejado en las llamas de la sátira una memoria que durará por muchos años. El autor del libro deja sentir la fuerza de su imaginación, detalla sus cuadros y flagela de una manera terrible un vicio execrable, sobre el cual escupe la misma sociedad, como el corruptor de las generaciones (Castrejón, 2013, pp. 66-67).

En atención e influida por su contexto, la publicación de un tema tal debía justificarse como una denuncia de la violación de lo moral. El aporte que hace Castrejón es, finalmente, asociar al afeminamiento con el “vicio nefando”, dejando atrás la ambigüedad de personajes como Chucho el ninfo o Pedrito. Los bigotes retorcidos, de tradición afrancesada, dados por José Guadalupe Posada a los hombres con vestido que aparecen en los grabados sobre el baile, evidencian que se trata de pollos o lagartijos, con lo que, en cierto modo, se hizo retroactiva esa nueva categorización: pollo igual a afeminado, afeminado igual a maricón. Así, mediante las descripciones que hace el autor sobre la relación entre Mimí y Ninón no cabe duda de que hay algo no solo espiritual sino sexual en su relación. Con Judith y Estela, sus novias por apariencia, se repite el juego de galantería en que Cuéllar puso a Chucho⁷⁶ y a Pedrito, sin embargo, Castrejón hace evidente que los protagonistas llevan, en realidad, una doble vida. Ninón, que según el autor es el más varonil y no se viste con ropa de mujer, pregunta constantemente a Mimí

⁷⁶ Escribe Cuéllar: “Chucho aspiraba más a que se le atribuyera un amor que a tenerlo. A este vil precio hirió la honra de muchas mujeres honestas” (2017, p. 245).

si lo quiere, mientras que este último, “lleno de tan grandiosa dicha, y tan soberano placer, contemplaba extasiado entreabriendo voluptuosamente sus ojos, para acariciar con su mirada el rostro seductor de Ninón” (2013, p. 73). Ese arrebató se traduce páginas después en condena. Castrejón presenta el castigo penal de los asistentes al baile que, desde los primeros momentos en la cárcel, tienen claro el cambio en su destino.

Uno por uno fueron llamados para declarar, siendo objeto de risas y contumelias por los guardianes que los llevaban del calabozo a la oficina.

Hubo quien se atreviera a llorar delante de los escribientes y pidiera misericordia.

El espiritual *Mimi*⁷⁷ lloraba también a lágrima viva; confeso y convicto no le quedaba más remedio que sufrir la enorme vergüenza y el desprestigio (Castrejón, 2013, p. 108).

Una condena institucional ilegal, como ya se vio en el capítulo I, que se sostenía por el rechazo social. Dice antes del baile una de las novias desengañadas:⁷⁸

Buscas, infame *Ninón*,⁷⁹ en orgiásticas cenas, afectos como los de *Mimí*, *Pudor*, *Virtud*, *Estrella* y no sé cuantos más hombres, que trajeron al mundo un signo de desgracia y que te sirven de instrumentos pasivos, a ti, que estás en el vigor de una existencia llena de juventud (Castrejón, 2013, p.86).

El discurso del autor es claro: la homosexualidad es signo de decadencia, perdición y atraso, y está ligada además a una élite que, aunque se sostiene en la homosociabilidad, perdió el rumbo y la virilidad. La condena social e institucional forman en esta y el resto de las novelas analizadas, una suerte de simbiosis que alimenta y mantiene a ambas en un orden que por conocido y funcional no se cuestiona. Señala Bordieu al respecto: “El orden social funciona

⁷⁷ En cursivas en el original.

⁷⁸ Castrejón sugiere que fueron las novias despechadas las que denunciaron a la policía el baile de sus exnovios.

⁷⁹ Los nombres aparecen en cursivas en el original.

como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya” (2000, p. 22). Pese a lo eficiente del funcionamiento, este orden social debe resguardarse celosamente y eliminar sin demora lo que lo amenaza. El 21 de noviembre de 1901,

El Popular publicó:

Notó el gendarme de la Cuarta Calle de la Paz que en una accesoria se efectuaba un baile a puerta cerrada, y para pedir la licencia fue a llamar a la puerta. Salió a abrirle un afeminado vestido de mujer, con la falda recogida, la cara y los labios llenos de afeite y muy dulce y melindroso de habla. Con esa vista, que hasta el cansado guardián le revolvió el estómago, se introdujo éste a la accesoria, sospechando lo que aquello sería y se encontró con cuarenta y dos parejas de canallas de éstos, vestidos los unos de hombres y los otros de mujer que bailaban y se solazaban en aquel antro (s/n).

A mantener a raya todo lo que retara al orden es que, como ya se dijo, quiso contribuir Castrejón con su publicación, algo que según Robert McKee Irwin está imbuido en la manera en que se construyó la narración:

El tono moralizante guía al lector, como si el autor temiese que sus retratos detallados de los 41 en sus momentos de mayor euforia seducirían a los lectores a experimentar sus propios deseos de vestirse con prendas del sexo opuesto y rendirse ante la tentación sublime del libertinaje (2013, p. 28).

La novela es, sin duda, una gran advertencia de lo que no debía ser y una muestra de eso que se condenaba para medirse en oposición a ello y, así, demostrar el grado de hombría. Con su aparición primero en las notas periodísticas y posteriormente en la novela de Castrejón, el sujeto homosexual se convirtió en la otredad, en una de las formas de clasificación respecto a las que los hombres “verdaderos” reforzaron la construcción de su mundo. Cualquier rasgo de cercanía con los marcados por el número 41 era signo de alarma.

2.3 El inicio: la década de 1960

En esta década aparece como protagonista y mediante una narración desde lo personal, el protagonista abiertamente homosexual. Se trata de tres personajes con los que se puede decir que finalmente el canon de la literatura de homosexualidad⁸⁰ en México empieza a conformarse: “El Muchacho”, José Toledo y Alberto Teruel, creados respectivamente por Paolo Po, Miguel Barbachano Ponce y Alberto X. Teruel, seudónimos el primero y el último.

Durante los años 60, el personaje homosexual gana fuerza con la aparición de *El diario de José Toledo* escrita en 1962 y publicada en 1964 por Miguel Barbachano Ponce y *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964) escrita por Paolo Po (seudónimo). Debido al clima poco favorable ambas pasan desapercibidas. Además, el uso de un seudónimo confirma el posible temor del autor de ser rechazado por sacar a la luz un tema polémico, por lo que la circulación de su obra se hace de manera clandestina (Rocha, 2013, p. 33).

Como apunta Rocha Osornio, el contexto —ya analizado el capítulo I— no era receptivo con tramas estelarizadas por homosexuales, por lo que la publicación de las tres mencionadas estuvo plagada de textos que fungieron con una especie de advertencia-justificación ante el lector. Esta situación, que muy probablemente se tradujo en una circulación si no clandestina sí limitada, llevó al hecho de que, hasta hace relativamente poco, tanto las obras de Barbachano y Po, como la de Teruel, fueran conocidas en círculos muy reducidos. Eve Kosofsky señala: “Los hombres que escriben abiertamente como gays también a menudo han sido excluidos del consejo del canon tradicional y ahora pueden intervenir con más fuerza dentro de un canon específicamente gay/lésbico” (1998, p. 78). Así, sin quererlo, De Cuéllar prefiguró la existencia

⁸⁰ El canon, se propone, arranca con *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* pues, aunque se trate de una publicación en la que campa el escarnio y la burla, es la primera publicación en la que se habla del amor entre dos hombres, aunque estos sean caricaturizados con los nombres de Mimí y Ninón, y su relación sea sinónimo de “vicio execrable”.

del “afeminado” no solo por su estamento sino por su sexualidad, Castrejón lo hizo existir por primera vez sin lugar a dudas, y a partir de 1963 inició la conformación del canon específico al que hace referencia Kosofsky aunque, de inicio, y durante mucho años, haya estado acotado a críticos y conocedores como Luis Mario Schneider, uno de los primeros en consignar el recorrido de los homosexuales en la literatura mexicana (1997).

En general la crítica considera la obra de Po, junto con la de Miguel Barbachano Ponce, como el primer par de novelas de temática homosexual. Desde luego que a medida que se sigue indagando en el tema, nuevas anotaciones respecto a cuál fue la primera novela de temática homosexual en México continúan apareciendo, aunque vale señalar que por mucho tiempo el crítico Luis Mario Schneider fue el único en aproximarse a este tema (Rocha, 2013, p. 33).

Ciñéndose únicamente a lo cronológico, la primera novela fue la de Po que, según el colofón del tomo, se terminó de imprimir en diciembre de 1963, mientras que la de Barbachano Ponce, con un tiraje mucho menor,⁸¹ estuvo lista en verano de 1964. Quizá es a Schneider a quien se debe la confusión en el orden cronológico de estas novelas, en su *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política* (1997) cita primero *El diario de José Toledo*. Así, en atención a lo que se indica en el libro mismo, se analizará primero la publicación de Po.

2.3.1 41 o el muchacho que soñaba en fantasmas (1963), de Paolo Po

Con una narración adjetivada que aspira a lo poético pero que se enreda en soliloquios melodramáticos, es que inició finalmente la autoenunciación del sujeto homosexual en las letras mexicanas. Bajo el seudónimo de Paolo Po⁸² y a cargo de la editorial Costa-Amic, salió a la

⁸¹ De *El diario de José Toledo* se imprimieron solo 500 ejemplares y de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* fueron 2 mil.

⁸² Nombre de pluma de Manuel Aguilar de la Torre, periodista de origen michoacano que trabajó en el diario *Excelsior* y que falleció en 2003. Se pueden leer más datos del autor en: <https://confabulario.eluniversal.com.mx/paolo-po-50-anos-del-escriptor-que-nunca-existio/>.

venta *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, largo título que inicia con esta especie de metonimia numérica ya señalada: decir 41 es decir maricón. Así, entre el guiño al escarnio del pasado y la referencia a lo etéreo, el autor prefiguró desde la portada el tono de su novela: la autoconmiseración. El protagonista, nombrado en todo el libro simplemente como “El muchacho”, es el primero de los “homosexuales trágicos”, término de David William Foster mediante el que se refiere a una suerte de género o subgénero en el que la homosexualidad genera horror social y la necesidad de callar su existencia se balancea con una “mórbida fascinación de cronicar, en detalle excesivo, las estaciones del martirio del homosexual” (1991, iBook). El sentido del título, con la referencia a lo fantasmal como frío, fugaz y elusivo, se refuerza con la franja comercial que, según Schneider, acompañó al tomo: “Novela que descubre el intenso drama de la vida de los homosexuales en México” (1997, p. 73). Además de esa frase como primer contacto y advertencia para el posible lector, en la solapa indicaron: “Sabemos que la publicación de este libro nos acarreará muchas críticas y no pocos sinsabores, pero creemos deber nuestro dar a conocer este documento social y literario de una intensidad humana tan extraordinaria y estrujante”. Y en la nota editorial que inicia en la página 7, además de hacer hincapié en la valía del joven escritor Paolo Po, advierten: “El caso de ‘El Muchacho que Soñaba en Fantasmas’, no es autobiográfico, como muchos podrían suponer. Es el caso de dos jóvenes a quienes Paolo Po conoció accidentalmente”. La nota finaliza como sigue: “‘El Muchacho que Soñaba en Fantasmas’ no es un libro obsceno, ni escandaloso. Es un libro que con gran valentía aborda un problema existente” (1964, p. 9). Se veía necesario, como ya se dijo, insistir en la explicación para justificar la irrupción de la homosexualidad en propia voz, aunque fuera para ser repetidora del discurso institucional: ser homosexual es lo peor.

¡Dios! ¡Es mentira! [...] No eres bueno, ni justiciero, ni sabio, ni bello [...] porque nos has hecho limitados, anormales; porque has derramado sobre millares de jóvenes esta mierda que nos pierde, que nos da dolor, que nos convierte en seres fétidos (Po, 1963, p. 220).

El párrafo anterior ejemplifica a la perfección el tono general de la novela: “El Muchacho” insiste en pedir cuentas a Dios por haberlo hecho homosexual mientras se dedica a tener encuentros sexuales con desconocidos en varios cines de la Ciudad de México, además de rememorar sus andanzas —muchas de estas sexuales— en ciudades de Europa y Estados Unidos. Nunca queda claro cómo pero “El Muchacho” posee la capacidad económica para hacer viajes internacionales y tener un departamento al que lleva a sus conquistas y en el que vive un romance fallido con Fernando, quien decide dejar la relación para intentar ser “normal” pero al final no lo logra y vuelve al amor entre hombres pero ya no con “El Muchacho”, lo que da otro motivo a este último para continuar sus clamores divinos y demandas de explicación a Dios directamente o por mediación de los ángeles.

Cuando el primer homosexual protestó por la forma como se le había hecho, un ángel lo escuchó. Temblando llegó hasta la oficina de un santo y le dijo: “...allá en el mundo hay un ser raro: dice que no le gustan las mujeres” (1963, p. 126).

Po habla de ser homosexual desde la culpa religiosa que lo lleva a ponerse como una creación defectuosa cuya rareza necesita ser reparada, algo para lo que da opciones: casarse con una mujer, meterse de monjes, ser castos o “coger con hombres”, sin embargo, en esta narración melodramática que marca a la novela, todas esas posibilidades, por igual y sin falta, terminan en desesperación. Así pues, aunque “El Muchacho” disfruta plenamente de sus encuentros sexuales,

considera que hacer *cruising*⁸³ es, literalmente, algo del diablo y que para mantenerse limpio es necesario tener una pareja estable con la cual formar un vínculo que emule al de los heterosexuales. Cuando ya está con Fernando, de quien se enamora al grado de la obsesión — llega a decir que lo mata si lo encuentra con otro—, “El Muchacho” dice:

Tú y yo podremos alejarnos de Lucifer que pulula en los cinematógrafos y en los baños públicos, que se deja acariciar el sexo en los rincones de las calles empolvadas [...] Deja que me salve del infierno y de Lucifer que pulula en los urinarios de los cinematógrafos y déjame salvarte de los hombres hermosos que tienen la boca agusanada (pp. 28-29).

“El muchacho”, antes de “limpiarse” gracias al amor de Fernando, señala algunos de los lugares que, en la época, eran propicios para el *cruising*: Café Beatniks (p. 54), la avenida de los Insurgentes (p. 58) y el Cine Roxy (p. 63) además los cines Gloria, Las Américas, Coloso, Goya, Popotla, Savoy, Roble e Iris⁸⁴ (p. 67). Una vez que está en su relación su narrativa cambia: “¿Casarme? Sí, pero con un muchacho como tú, Fernando. ¡No! No con un muchacho como tú. Contigo” (p. 60). Al desear repetir el modelo heterosexual para relacionarse con el que considera el amor de su vida, acepta implícitamente que solo el modelo imperante puede validar su objetivo de llevar una vida “estable y respetable”. “Cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión” (Bourdieu, 2000, p. 26). Ese reconocimiento implícito, disfrazado de protesta, puede leerse en voz de “El Muchacho”: “Una maldición tuya caería sobre tu vientre y más tarde

⁸³ Término que podría traducirse literalmente como “cruzándose” y que hace referencia a la práctica de buscar pareja sexual en lugares públicos como parques, cines y saunas. Para abundar en el tema se recomienda: Espinoza, A. (2020). *Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical*. Dos Bigotes.

⁸⁴ El narrador indica que los cines eran los lugares de ligue preferidos por los “hijos de familia” (Po, 1964, p. 68).

descubrirás el dolor de engendrar en tu hijo la maldición que has echado sobre mí. ¿No presientes que te puede nacer un hijo que sea como yo?” (Po, 1964, p. 40), al usarse como ejemplo y advertencia da la razón al sistema discursivo institucional: un hijo homosexual es el peor castigo.

A la maldición de la homosexualidad Po apareja otros elementos que, a ojos de su protagonista, elevan el grado de desgracia para quien los tiene: afeminamiento, sobrepeso, piel morena y pobreza, con lo que “El Muchacho” inaugura el concepto —aún vigente y que en la literatura tuvo eco tanto en *Los inestables* de 1968 como en *El vampiro de la colonia Roma* (1979)— de que hay una diferenciación entre los no afeminados respecto a los que sí lo son, y de que el homosexual debe ser guapo, varonil, blanco, culto y de cuerpo perfecto. Dice “El Muchacho” sobre los no varoniles: “Es uno que no merece tu nombre. Uno que se riza las pestañas y se retuerce como víbora mimada [...] Un otro que se pule las uñas de las manos. Manos invisibles, manos afeminadas, manos que no son manos” (Po, 1963, p. 32); “Jovenzuelos de ademanes femeninos, muchachos atléticos mostrando una desnudez azulosa [...] No quiero verte al lado de los viejos que esperan que deposites tu semen en sus bocas, no quiero verte al lado de los afeminados” (pp. 34-35). Luego se pregunta, genuinamente, si existirán homosexuales sin dinero: “Pobre René, como tú, tal vez, en estas casuchas, en este barrio lleno de basura, hay [...] otros muchachos cuyo nacimiento paria los ha envilecido y que se encuentran envilecidos mucho más por esta despreciable, sucia, maldita manera de ser” (p. 61). En una fiesta a la que llega como invitado de alguien más, reafirma su desaprobación por el hecho de que los organizadores se hablan entre ellos en femenino, además de introducir burlas por el color de piel y el peso. “Titino, el negro, el más desgraciado de todos. Joto, pobre y feo de ancha nariz

aplastada [...] y boca desmesuradamente grande” (p. 104). Luego dice Titino: “A esa gordita⁸⁵ le dicen ‘La Nopales’ [...] ¡Por lo babosa! ¡Ay, chica!, aquí entre ‘cuatitas’, te voy a dar un consejo: ¡suicídase! Nadie te matará por celos, y si te caes al agua, flotas” (p. 108). De todo esto busca separarse “El Muchacho” mediante su relación con Fernando, y una vez que parece concretarse cambia su manera de enunciarse. Haber encontrado a quien llama “un ser verdadero”, lo eleva por sobre los demás, lo individualiza, siguen existiendo los maricones pero a él ya no le preocupan y comienza a usar la palabra homosexual para autoenunciarse dignificándose pues es un término que, por tener raíz científica, lo adecenta y separa de los “putos”.

No hay hombre más limpio en el mundo que un hombre que se sabe a sí mismo tal y como es, y yo me sé cabalmente, en toda la amplitud de lo que soy. Un homosexual (que no es lo mismo que un maricón) que se ha aceptado [...] Un homosexual que ama y que ha encontrado la felicidad en la compañía de un ser como él (pp. 215 - 216).

Pero Fernando lo engaña y todo se viene abajo. “Somos putos, maricones horribles, seres sucios, seres inservibles [...]. No hay amor para nosotros que somos un muladar con figura humana” (p. 219). “El Muchacho” recurre a la autodenostación por no cumplir con el mandato autoimpuesto de fidelidad/estabilidad que lo acercaría a la heteronorma y, en su visión, lo libraría de la maldición de ser homosexual.

Y así como “El Muchacho” está entre los extremos de considerarse lo peor por no amar y considerarse lo mejor por hacerlo, Paolo Po usó una voz que también oscila aunque entre la narración despersonalizada y la primera voz. La novela inicia así: “Te contaré una historia. Escucha: ...era un muchacho como tú o como yo, como muchos que caminan por las aceras de

⁸⁵ Se dirige a otro invitado llamado Rolando.

las calles de las ciudades llenas de polvo” (1963, p. 17). Unas páginas más adelante la voz del narrador se convierte en la de “El Muchacho” que habla en primera persona:

¡Qué crueles los de los ojos limpios que no saben perdonar al que estaba manchado y podrido y que ha lavado con la penicilina del llanto! (Había un hombre limpio, una vez, que perdonó a las prostitutas y que tocó con sus manos amorosas a los leprosos.) Y yo no era un leproso todavía y no llegaba a ser prostituta y no me has perdonado (1963, p. 26).

Pese a esta oscilación constante es el testimonio de “El Muchacho” el que toma prevalencia por ser el que da al lector los detalles tanto de pretensión poética como melodramáticos, de una historia de amor que se malogra a tal grado que su frase final es: “¡Chinguen a su madre todos los putos!” (p. 229).

2.3.2 El diario de José Toledo (1964), de Miguel Barbachano Ponce

Así como “El Muchacho”, José Toledo es uno de los homosexuales trágicos de la narrativa mexicana sobre los que habló David William Foster. De hecho es el protagonista de la novela de Miguel Barbachano Ponce⁸⁶ el que detonó ese concepto en la obra analítica del investigador estadounidense. Toledo, un burócrata de apenas 20 años de edad,⁸⁷ tiene una relación amorosa con Wenceslao, a quien llama su “marido” (1964, p. 52), y está obsesionado con él. Al igual que el personaje principal de Po, tiene la idea de que su camino errado puede verse justificado ante la sociedad y, principalmente, ante Dios, si se mantiene fiel y unido al que considera su único amor. En José Toledo se mantiene, además, este rasgo discursivo que ha caracterizado, en gran medida, a la narrativa de homosexualidad en México: es un sujeto privilegiado. Trabaja en una oficina de

⁸⁶ El escritor autopublicó su historia. El colofón del libro indica que la edición estuvo a su cuidado y que los 500 ejemplares se realizaron en los talleres gráficos de la Librería Madero, de la Ciudad de México.

⁸⁷ Así lo consigna la breve nota periodística que, en la primera página del libro, da cuenta del suicidio del protagonista. El encabezado dice: “Quitóse la vida el señor José Toledo” (s.n.).

gobierno federal lo que permite inferir que goza de estabilidad económica en contraste con su novio, a quien le realiza préstamos constantes y busca ayudar en diferentes maneras. Esa existencia en privilegio —no exenta de violencia homofóbica incluso por parte de su familia—⁸⁸ en combinación con la relación dependiente que tiene con Wenceslao, lo hace parecer absorto de su entorno.

José se mueve en el mundo totalmente atrapado en su pasión obsesiva, tanto que parece apenas consciente de eventos de vida y muerte que suceden a su alrededor. Desde la golpiza que da su padre a su hermana soltera para que le diga quién “la arruinó”,⁸⁹ hasta paros, marchas y protestas⁹⁰ que suceden en las calles (Foster, 1991, iBook).

En el mundo de José Toledo no existen más que él y Wenceslao. La relación puede interpretarse como codependiente y repetidora de dinámicas machistas, en la que José toma el rol —social, no necesariamente sexual— femenino, en oposición a Wenceslao quien dicta qué se hace y qué se prohíbe. Escribe José en su diario:

Me habías ordenado ir derecho a la casa; te juré por mi mamá no salir hasta que regresases por mí para vivir los dos juntos. Te pedí permiso para tomar esa misma noche unas cervezas, pero al darme cuenta de tu disgusto prometí no hacerlo. Abordaste el vagón y desde la ventanilla me recomendaste no meterme con nadie, te aseguré que me había entregado a ti para siempre (Barbachano, 1964, pp. 116-117).

El conflicto para ambos radica en su noviazgo, sin embargo, hay diferencias entre uno y otro personaje. Para José se encuentra en el hecho de que todo el tiempo está esperando que su

⁸⁸ El padre de José lo vigila y cuestiona la relación que tiene con Wenceslao preguntándole si lo mantiene (Barbachano, 1964, p. 10), mientras que su madre, también dudosa sobre la sexualidad de su hijo, termina aceptando para sí que es un “anormal” (p. 25).

⁸⁹ La hermana de José Toledo se embaraza y no revela quién es el padre del niño.

⁹⁰ Aunque no se enuncia directamente, en el contexto narrativo aparecen referencias al movimiento magisterial de 1958, episodio de la historia reciente sobre el que puede profundizarse en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/esprial/v20n58/v20n58a4.pdf>.

novio lo deje, más que en el de su ser homosexual:⁹¹ “Me da miedo pensar que tú puedas encontrar a alguien mejor y me olvides” (p. 62). Mientras que a Wenceslao sí le conflictúa más evidentemente ser homosexual, aunque se infiere que se prostituye e incluso se traviste, “liquidaré mi pasado, pondré punto final a mis relaciones⁹² con José y viviré en cualquier parte con Graciela” (p. 59). Ese deseo lo lleva a salir de la Ciudad de México y con ello desatar una tormenta de inseguridades en José, quien escribe constantemente en su diario sobre los celos que siente, las dudas que le surgen por la lejanía de su amante y los clamores a la divinidad para que Wenceslao regrese y no lo deje por otro. “Empecé a pensar en lo de siempre: ‘¿Con quién andará? ¿Con quién se desahogará? ¿A quién tendrá cerca? ¿Lo estará besando como lo ha hecho conmigo?’” (p. 56), “Ya la virgen no me escucha ni me ayuda” (p. 43), “Me falta la cercanía de tu sensualidad [...] ¿Por qué te fuiste de mi lado y no me llevaste contigo? Bien sabes que sin ti no sirvo para nada” (p. 86). Pese al conflicto y la codependencia, la relación entre José y Wenceslao se plantea como entre iguales en el sentido de que ambos tienen aspecto varonil y por ello, para la mayor parte de su entorno, pueden pasar desapercibidos en comparación con los sujetos afeminados y por lo tanto evidentemente homosexuales. Esa separación, sin embargo, no se da por sentado y es algo que debe mantenerse a toda costa. Por ejemplo, a sus compañeros de oficina les dice que Wenceslao es su primo (p. 49) para justificar el hecho de que lo esperara afuera del trabajo todas las tardes. En otro punto del diario Toledo escribe a su novio:

Dilaté casi tres horas en redactar la carta. Tardé tanto porque es difícil expresar los sentimientos que guardo en mi corazón; le he pedido a la Virgen que la recibas personalmente, pues en ella te digo tantas cosas referentes a nuestra vida íntima y a

⁹¹ Aunque la prohibición de su contexto está imbuida en todos sus actos.

⁹² Las que en un punto califica como “torturantes” (1964, p. 75).

nuestro cariño que si la lee tu tía la amolamos [...] ¿Te imaginas si tu familia, tus papás que son los que más me apuran, llegaran a enterarse de nuestras relaciones, como quedaría nuestro honor? (p. 33)

La lucha de José Toledo es, al mismo tiempo, que Wenceslao no lo cambie por otro y que el rostro de ambos no haga evidente su falta que —con base en el pecado y la ofensa a la moral que este implica— seguía siendo castigada con visitas a la cárcel, tal como fue para Mimi y Ninón en 1906. Así como ellos, José narra de manera críptica cómo una fiesta privada termina en una redada y él en la cárcel luego de un paseo en “La Julia”.⁹³ “¿Por qué fui a esa fiesta? ¿Por qué?” (Barbachano, 1964, p. 57), se pregunta José mientras recuerda que un señor gordo y calvo ofrecía a los policías un anillo de oro y rubíes a cambio de su libertad, para luego recriminarse no haberles dado su reloj y evitarse el embrollo legal que lo tiene en casa del abogado que llevará el caso. Otros de los recuerdos y sucesos de la fallida fiesta son frases sueltas: “Se ha violado un domicilio particular, se trata de una cena íntima, aquí no hay delito que perseguir”, “Nos divertíamos sanamente”, “¡Señor, por mis hijos, déjeme ir a mi casa!”, “¡Los jóvenes a los camiones, y si oponen resistencia descalábrenlos”, “¿Qué habrá sido de los viejos? Seguramente dieron mordida...” (p. 57). Antes de salir de su cita con el licenciado este le recuerda a José que “debe portarse como un muchacho formal” (p. 57). El pasaje de la fiesta-detención es referido por el narrador omnisciente que se combina con la primera voz —registrada en el diario de José— para presentar historias concurrentes: la de Wenceslao y su familia, la de José y su familia, y la de los compañeros de trabajo de este último. Así, la voz narrativa complementaria, que se intuye como “neutralmente heterosexual” y que usa tanto la tercera como la segunda persona,

⁹³ Nombre coloquial dado a las patrullas en las que los detenidos eran llevados a la comisaría.

cuenta todo lo que se escaparía en la redacción individual del protagonista del diario. Por ejemplo, la novela inicia con una larga entrada que comienza como sigue:

Martes

Hoy me hablaste temprano como siempre, Wenceslao, y tuve el alivio de comunicarte la mejoría de mi mamá, no está del todo bien como quisiéramos pero sí un poco más tranquila, gracias a Dios; por otra parte, me hiciste enojar con tus preguntas diarias: que si no había ido a buscarme el cuate del coche verde (p. 9).

Luego de lo anterior el narrador omnisciente refiere parte del día de Wenceslao: “‘A Garibaldi’— dijo Wenceslao al chofer. Sobre el capacete del automóvil la Osa giraba lentamente, inclinando hacia la izquierda sus lejanos ojos azulencos” (p. 9). En esas intervenciones el narrador complementario incluso le habla directamente a José en una especie de diálogo literario diferido para hacerle saber —parece que a él pero es más al lector— detalles íntimos tanto de quienes lo rodean como del propio José, cuya narración en primera persona, sin embargo, es la principal por ser su diario el detonante de la novela. “Mientras tanto tú dormías, José. Las preguntas que revolvieran tu mente descansaban ya en el pozo negro de tu cerebro” (p. 11), “Ajeno, concentrado en evocaciones casi estáticas, tú, José, habías logrado aislarte de las voces y el aleteo de los papeles de la oficina” (p. 14), “La ansiedad por el abandono de Wenceslao te hizo removerte varias veces en el asiento” (p. 31), “Para ti, en esos momentos, no existía más que una persona” (p. 34), “Gozabas en el interior del cinematógrafo por la excitación producida al imaginar que el señor González pudiera tocarte” (p. 72) y el diálogo final que indica la génesis del libro: “El veintisiete de octubre de 1958 extraviaste el diario en un camión de segunda clase” (p. 126).

Si el diario íntimo tiene por función explicar las causas del suicidio —José Toledo se suicida porque él no pudo soportar ser abandonado por su amante—, la otra parte narrativa de la novela se adhiere a explicar el sistema social en el cual tuvo lugar el suicidio: un mundo heteronormado donde le es imposible a José Toledo hablar abiertamente de sus frustraciones amorosas; un mundo heteronormado donde el protagonista, si quiere evitar agresiones y estigmatización, no puede moverse más que disfrazado de una máscara heterosexual (Rodríguez, 2008, p. 88).

Sin embargo, el silencio demandado por el entorno se rompe al calor de las copas. Un día José Toledo va a comer con unos compañeros de la oficina y la comida termina en una borrachera en la que todos hacen catarsis de problemas emocionales.

Como estaba enfermo del alma, me emborraché, quizá lo necesitaba; bebí mucho [...] Fuimos al Turco's y estaba ya tan cuete que estuve hablando de nuestro amor; creo que nadie se dio cuenta de lo que decía, pues estaban todos tan borrachos y yo hablaba tan bajito que era casi imposible que oyeran (Barbachano, 1964, pp. 36-37).

El narrador omnisciente le aclara el error: sí lo escucharon. Esa voz, perteneciente al mundo heteronormado, corrobora mediante otros personajes que, en efecto, las relaciones sexoafectivas entre hombres nunca deben quitarse la máscara heterosexual.

No cesabas de hablar. No te preocupaba si escuchaban, si obtenías contestación, si tus palabras lograban eco. Estabas equivocado. A Leonardo le repugnabas.

Soraya, por el contrario, te profesaba lástima, pero reía con el más insulso comentario acerca de tu conducta (p. 38).

Al final, esa enfermedad del alma en la que insiste José Toledo (p. 36, p. 87) termina por pasar la factura. David William Foster sugiere que al abandono de Wenceslao parece sumarse la pérdida del diario como motivación para que el protagonista termine lanzándose al vacío pues, si se identificara al autor sería la ruina social. Toledo, con sus 20 años de edad, al igual que “El

Muchacho” de Po, conviene con el discurso institucional y lo repite: para los homosexuales no hay final feliz.

2.3.3 Los inestables (1968), escrita por Alberto X. Teruel

La saga de homosexuales trágicos continúa con Alberto Teruel, nombre tanto del protagonista como seudónimo⁹⁴ con el que fue firmada *Los inestables*, novela de 1968 que reafirma lo que sus antecesoras: la felicidad no está hecha para los homosexuales y estos encarnan una de las peores condiciones de vida. En este libro la tragedia es tanto interna como externa. Va al interior de quien tiene esta “condición *sui generis*” —eufemismo usado en el prólogo antes de decir “homosexual”— pues la ve como un padecimiento, como algo que debe soportar, y hacia el exterior que condena a ese, o a esos, que llevan una existencia inquieta, nerviosa y desorbitada (1968, p. 12) marcada por el “placer sexual animal y sin sentido” (p. 15). El tono de la narración que se adivina desde el título, abreva de su contexto, sin embargo, resalta el hecho de que sea un homosexual el que realiza los duros juicios respecto a la manera en que se dirime la diferencia sexual. Se debe señalar también que, aunque en todo el libro se juzga desde los parámetros de “valores” y “moralidad” de la heterosexualidad, se hace una referencia mucho más clara y directa al estilo de vida de los homosexuales privilegiados económicamente, un grupo al que pertenece el protagonista. Y aunque es una novela que da testimonio sobre una manera de ver y vivirse homosexual, la narración es en tercera persona, algo que se contrapone al hecho de que, por estar firmado con el mismo nombre del personaje principal, se puede decir que se trata de un

⁹⁴ Detrás de Alberto X. Teruel estuvo Octavio Augusto Barona Chambón, médico homeópata y abogado que nació en 1924 y murió en 1988. Más datos sobre su vida y el descubrimiento de quién estaba detrás del seudónimo se pueden leer en: <https://confabulario.eluniversal.com.mx/identidades-secretas-y-la-homofobia-interiorizada-el-caso-de-alberto-x-teruel/>.

testimonio personal. La hipótesis al respecto es que el autor se decidió por la tercera persona para acercarse a una fórmula usada y probada en la narrativa, y con ello darle mayor seriedad a un trabajo “de juventud”, como es calificado el libro en el Prólogo, además de reforzar lo declarado en una de las primeras páginas (sin numeración): “Los personajes y sucesos de esta historia son imaginarios. Cualquier semejanza con personajes y sucesos de la vida real, será tan sólo simple coincidencia”. Además de la anterior, en la solapa⁹⁵ se puede leer otra advertencia:

Creemos que se trata de un libro que ha de despertar gran controversia en los medios intelectuales y sociales. Pocas veces se había tratado el problema de los *seres en la sombra*⁹⁶ con la crudeza y el realismo presentes en esta novela.

La narración de la historia inicia donde terminará, con la partida de Alberto quien —tal como hizo Wenceslao en *El diario de José Toledo*— decide dejar la Ciudad de México por ser esta un lugar propicio para un estilo de vida que ya no quiere llevar, marcado por las fiestas, los bares y el sexo ocasional con el que llena el vacío emocional que le dejan sus continuas y cada vez más melodramáticas rupturas amorosas. En *Los inestables*, como fue para Salvador Novo, se presenta a la gran urbe que es la capital del país como un polo atractivo y parada necesaria para quienes, como Alberto, desearan desarrollar una carrera universitaria. Este llega a los 17 años de edad con el objetivo de estudiar y se encuentra que, por su aspecto físico, que es descrito como perfecto, llama la atención de varios hombres. Alberto, turbado y halagado al mismo tiempo por la situación, se obsesiona con demostrar que su virilidad —eufemismo para pene erecto— puede reaccionar y funcionar también con una mujer pero al no lograrlo confirma lo que sabía desde el viaje que lo llevó a la capital del país: su “virilidad” prefiere a los hombres. Desde las primeras

⁹⁵ La portada del tomo no se encuentra en la versión digitalizada que se revisó para este texto.

⁹⁶ En cursivas en el original. La frase se refiere a los homosexuales.

páginas queda asentada una de las reducciones psicológicas más difundidas respecto al origen de la homosexualidad, la falta de un padre. “Faltó desde un principio una firme mano en la dirección de su vida y en la formación de su carácter” (1968, p. 24), queda así estipulado que la homosexualidad del protagonista, y la homosexualidad en abstracto, es una desviación del camino correcto: la heterosexualidad, que salvaría de la perdición del alma y de una vejez ridícula. Al dejar la casa para ir a encontrar su destino académico en la gran ciudad, Alberto se despide de Jaime Martínez, su amigo de infancia, quien lo besa justo antes de que se suba al camión. Con ese acto se da el despertar de la sexualidad en el protagonista. “Era como si algo que llevara dormido muy dentro [...] se desencadenara ahora desbordante y potente” (p. 25). Unas líneas más adelante vive el que será su primer encuentro con el juicio social, algo que marcará su vida. Una pareja que viaja en el mismo autobús dice:

—¡Lástima de chamaco! —asentó ella—, tan guapito y pensar que no es más que uno de “esos”...

—Es una verdadera vergüenza —añadió él disgustado—. El descaro a que llegan estos “maricones” hoy en día [...] La juventud de ahora está totalmente corrompida, no tiene remedio... ¡Pero eso de besarse en público, sin que nada ni nadie les importe, es el colmo! ¡Es una falta a la moral y las buenas costumbres que debería estar severamente penada por la ley! [...].

—Shhh. ¡Cállate! [...].

—¡Y a mí qué me importa que nos oiga! —agregó todavía enfadado. —A toda esa raza maldita la deberían de exterminar de una vez y para siempre! (p. 26).

El diálogo anterior detona en Alberto Teruel el deseo de demostrar a los demás, pero sobre todo a sí mismo, que él no es un “maricón” que: “¡Había una diferencia entre ellos como del Cielo a la Tierra! (p. 27), con lo que la narración se inscribe en una de las dos opciones que, durante el siglo XX, se plantearon como absolutas para la narrativa de homosexualidad:

afeminamiento o masculinización. Como explica César Cañedo⁹⁷ de estas opciones literarias⁹⁸ la segunda es “en la que van a estar en todas las novelas de los 80. La obra de Novo está en la del afeminamiento, la de *El diario de José Toledo* es la masculinizante, que tiende a la pareja estable y a los ‘gays hombres’” (C.Cañedo, comunicación personal, 20 de mayo 2021). Y si algún “gay hombre” ha caminado las páginas de la narrativa nacional ese es Alberto Teruel, quien cuando finalmente decide “definirse” se dice:

¡Él era un homosexual y esa era toda la verdad [...]! ¡Deseaba en exclusividad a los hombres y era capaz también de amarlos...! [...] Se enfrentaba finalmente a su terrible verdad, y ésta ya solo destruía como temía [...] El problema se desplazaba ahora a aspectos diferentes del género, y en particular a decidirse a ser “genuinamente” lo que era, pero sin traicionar a sus ideales íntimos [...].

El ser homosexual repugnaba a su persona, ya que nunca quiso ni deseó serlo pero [...] comprendió que no le quedaba otra alternativa para poder vivir en paz consigo mismo y sus instintos, que aceptar lo inevitable y hacer lo mejor que se pudiera dadas las circunstancias [...] ¡Había que ser homosexual, sí, pero de acuerdo y en consonancia con su estilo de vida, tendiente a los altos ideales, las metas estables y los valores positivos que podían tal vez vindicar y dar “sentido” a su existir! (1968, pp. 93-94).

En esta larga cita se enuncian varios de los conflictos que se mantienen durante las 372 páginas⁹⁹ en que se narra la historia: Alberto acepta sus deseos sexuales pero lo que implican socialmente le pesa siempre, lo que reafirma su necesidad de separarse del “maricón”, de “la loca”, de los “seres grises” o “seres de sombras”, frases que utiliza constantemente; además, ese deseo de vivir según sus ideales, metas y valores tiene el fin último de darle un “sentido a su existir” no solo para sí mismo sino en relación con la heteronorma a cuyas reglas no escritas se

⁹⁷ Doctor en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y director del Seminario de Literatura Lésbico Gay de la misma institución.

⁹⁸ Incluyendo tanto poesía como literatura.

⁹⁹ Lo que la hace la novela más extensa de las publicadas en la década de 1960

adscribe en sus intentos de relaciones estables. Considera que algunos hombres son para tener sexo mientras que otros son para algo similar al matrimonio, y que tener sexo al inicio “ensucia” una relación “sana” (p. 344). Esta idea, que remite a la que tendría un hombre heterosexual promedio de la época,¹⁰⁰ es bajo la que Alberto se rige en todos sus intentos de estabilidad que, en consonancia con lo anterior, están cimentados en la exclusividad: “¡Solamente una persona debería existir en su vida y a ésta le entregaría todo su ser!” (p. 93), algo que intenta con Aldo, Antonio, David y Gabriel, sin conseguirlo. Siempre hay un detalle, una frase, una situación que, a ojos de Alberto, revela como un “ser gris” a quien hasta entonces parecía ser el indicado. El protagonista, como ya se dijo, está en una constante pelea consigo mismo y quienes lo rodean, para separarse de “esos” a quienes ve como “seres ficticios de voces tipludas, trajes ajustados, andares cadenciosos, ademanes feminoideos y manos caídas, mentalmente vacíos, espiritualmente yertos, y con la eterna obsesión de acostarse con medio mundo” (p. 99), él, en cambio, se concibe como “si no físicamente, cuando menos moralmente, ‘todo un hombre’” (p. 121). Esa idea de superioridad moral respecto al resto de hombres homosexuales con los que se relaciona es su principal argumento interno pero este, al enfrentarse a sujetos heterosexuales —que además detentan roles sociales de peso— se minimiza. En un encuentro con el doctor Pérez González, que lo había tratado de una anemia casi recién llegado a la Ciudad de México, Alberto dice: “Yo soy distinto, recuérdelo, traigo la mala semilla en las venas [...] para los seres como yo, no sirven los consejos” (p. 210); sin embargo el doctor insiste en que una “buena mujer” puede “curarlo” (p. 215) al ayudarlo a “perder ese temor, resentimiento y timidez que todos los ‘seres como tú poseen en contra del género femenino” (p. 216). Nuevamente se presentan

¹⁰⁰ Que consideraría digna del matrimonio solo a una mujer y propicias para el sexo a prácticamente todas las demás.

interpretaciones psicológicas que, aunque vigentes en la época, se habían hecho a modo¹⁰¹ para reforzar desde la “respetabilidad” de la teoría iniciada por Sigmund Freud, entonces en boga, la validez de esos “argumentos”. Berger y Luckmann apuntan que este uso de la terapia tiene como finalidad el control social, ya que se aplican mecanismos conceptuales para “asegurarse que que los ‘desviados’ (de hecho o potenciales) permanezcan dentro de las definiciones institucionalizadas de la realidad” (1986, p. 145). Así, de manera tangencial, el testimonio de Alberto Teruel permite ver cómo se usó al psicoanálisis freudiano para desarrollar un mecanismo conceptual que diera cuenta de cómo la homosexualidad se desviaba de lo “normal” para que, vista como una desviación diagnosticable, fuera posible plantear la “curación”. Este, según los teóricos, es el proceso de aniquilación en el que se usa un engranaje similar para liquidar conceptualmente todo lo que esté fuera del universo de conocimiento, en este caso el universo de la “sexualidad correcta”. Se trata, a final de cuentas, de una legitimación negativa (p. 147), es decir, se nombra a la desviación pero para negar la realidad que representa. Más adelante en la narración, Alberto se reencuentra con Guido, el hermano de Aldo, su primer gran intento de amor estable, y se da el siguiente diálogo:

—[...] Tengo que aceptarlos como “realidades”, con las que tengo que convivir, y con las que debo cooperar con mi “grano de arena” para ayudar a ser sobrellevadas [...].

—[...] Agradezco tu generosa actitud conmigo. Te aseguro que la nueva generación de médicos a los que perteneces, ha conseguido al fin tener una actitud más “humana” en relación con nuestros problemas [...] Nos podrán ayudar realmente [...] con sus sabios consejos e indicaciones, emanados de una concepción “real” de la vida [...] Y también serán ustedes los que podrán sentar las

¹⁰¹ En una carta fechada en 1935 Freud se refirió al tema así: “La homosexualidad no es, desde luego, una ventaja, pero tampoco es nada de lo que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual, producto de una detención en el desarrollo sexual”. Puede leerse completa en: <https://www.academica.org/000-044/836.pdf>.

bases genuinas para que los seres no se transformen en personas como yo (Teruel, 1968, p. 319).

Alberto acepta la aniquilación para abrazar los “sabios consejos” y la “concepción real de la vida”, es decir, la concepción heterosexual de la que en todo momento aspira a formar parte. Casi al final de la historia dice a sus amigos homosexuales en una cena: “Si podemos hacerles ver y enseñarles de que también somos capaces de ser leales y podemos conservar limpios nuestros vínculos de cariño, dentro de una relación estable, como ellos los suyos, quizá lograremos demostrarles que somos dignos de respeto” (p. 327). Pero Alberto falla en su cometido, no encuentra a esa única persona a la cual entregarle el corazón y demostrar que merece el respeto de su entorno, por lo que decide irse de la Ciudad de México.

Así, ante esa carencia de valores y asco final que surgió en él a través del comportamiento de esos seres que rodeaban su existir, hicieron emerger en él el deseo imperioso de huir, de una vez por todas, y desaparecer para siempre de ese pozo de podredumbre y amargura (1968, p. 362).

2.4 Javier Lavallo, el cuestionador

Podría decirse que, hasta cierto punto, existe similitud entre el Salvador Novo de *La estatua de sal* y Javier Lavallo, el protagonista de *Después de todo*. El primero existió realmente, el segundo está basado en un profesor de José Ceballos Maldonado, el autor, y pese a ello ambos existen a plenitud únicamente en las páginas que narran, ya que debieron pasar por el filtro literario para poder enunciar y enunciarse. En ambos casos se trata de una memoria en la que se da cuenta no solo del devenir vital sino del despertar sexual, a temprana edad, que llevaría a ambos a confirmar, años después, su diferencia respecto a su contexto masculino. Para los dos, el camino

de la diferencia había comenzado a partir de una inteligencia deslumbrante y luego por el descubrimiento del placer a manos de un compañero. Novo registró:

Durante los ensayos, aguardaba mi turno junto a Jorge González, y reparé poco a poco en que fijaba largamente sus ojos en mí [...] lo único que me hizo vibrar, y lo único que recuerdo, es el furtivo instante en que Jorge me llamó al camerino en que se maquillaba de anciano para recitar sus “Recuerdos de un veterano”, y sujetando mi cabeza entre sus manos, oprimió sus labios húmedos contra los míos (Novo, 2008, iBook).

Así como a Salvador Novo y a su amigo Napo los llamaban “las afeminados de Torreón”,¹⁰² Javier Lavallo también fue juzgado por su aspecto y su atuendo, y también fue con un compañero de la escuela que comenzaron sus escauceos sexuales. Al ingresar a la escuela secundaria seguía usando pantalones cortos, lo que propició un comentario feminizante a propósito de sus piernas.

Los primeros días fui a la escuela de pantalón corto (bombacho) y medias negras de popotillo. Me cohibía, me avergonzaba esta indumentaria [...] la cosa tomó de repente un giro violento en la secundaria. Los compañeros empezaron a reírse de mí. Uno de ellos se agachó y me dio una palmada en la pierna (regordeta).

—¡Qué muchachita! —exclamó.

El que iba con él me miró y dijo:

—¿Tú crees?

—Me parece. ¿Y a ti? —dijo el que me palmeó.

—Muchachita su madre —protesté (Ceballos, 1969, p. 69).

A diferencia de Novo quien anhelaba tener un novio que lo visitara, como sucedía con las empleadas de su casa y las compañeras de la escuela, a Lavallo le molesta la feminización, sin embargo, descubre —también con un poco de sorpresa— que a partir de sus piernas, ya cubiertas por un pantalón, pueden darse sensaciones y emociones que lo turban pero disfruta. La primera

¹⁰² Ciudad en la que vivió el futuro cronista de la Ciudad de México durante buena parte de su infancia antes de regresar a la capital del país antes de cumplir los veinte años de edad.

vez que se enfrenta a ello es en un cine, lugar propicio según “El Muchacho” de Paolo Po, por la oscuridad que implica.

Estaba libre la grada de adelante y se me ocurrió estirar las piernas; a poco Renato estiró las suyas y las enlazó con las mías. No dije nada. [...] Casi inmediatamente después empezó a presionar. “¡Vaya!”, pensé.

—¿Por qué me aprietas? —inquirí con cierta timidez.

[...]

—Te están viendo —murmuré.

—Nooo...

Me estrechó arrebatadamente.

—¿Qué quieres hacerme? —indagué.

Suspiró y dijo:

—Nada, hombre.

Lo observé atentamente. Estaba como trabado y tenía los ojos fijos en la pantalla (p. 71).

La convivencia entre el joven Lavalle y Renato sigue su curso en la cotidianidad escolar y es en ese ámbito donde se consuma su relación en lo sexual. Algo que marcará al futuro profesor Lavalle que usa el laboratorio de química para consumir sus conquistas. Sin embargo, el primer contacto con un pene que no es el suyo le parece chocante. En otra visita al cine con Renato este último le guía la mano “y la colocó sobre su sexo. A través del pantalón percibía su tiesura” (p. 74), la situación continúa:

¿Pero cómo y en qué momento se había desabrochado Renato? La verdad que fue una impresión casi terrible. Ahora me hace gracia, por supuesto, pero en aquel remoto entonces me conmocioné realmente.

—Ahora aprieta —dijo.

Obedecí al instante [...] Sabía que obrábamos mal y de repente me entró miedo. Y repugnancia, porque no podía librarme de la sensación de que cogía una pequeña bestezuela caliente y pegajosa (p. 75).

Entre Novo y Jorge González pasó algo similar, aunque encerrados en un salón de la escuela:

Sin pronunciar palabra, me atrajo a sí, me estrechó con fuerza y fundió su boca con la mía en un beso [...] Sin soltarme, llevó su mano a su bragueta y extrajo de ella un pene erecto y rojizo que trató de poner en mis manos. Yo lo rechacé, horrorizado [...] Jorge empuñó su pene y vi salir de él unas gruesas gotas grises que chorrearon sobre el piso [...] con el trapo con que se limpiaban los pizarrones recogió cuidadosamente del suelo lo que había escurrido de su enorme gusano (Novo, 2008, iBook).

Aunque en ambos hubo esta molestia inicial, con el correr del tiempo terminarían por disfrutar el reto que ello consistía al discurso institucional. Novo de una manera mucho más evidente al abrazar la feminidad en sus atuendos y maquillándose,¹⁰³ y Lavalle un tanto más reservado¹⁰⁴ pero desde las entrañas de la institución misma al tener sexo con su conquista en turno —generalmente su ayudante de laboratorio— en las instalaciones de la Universidad de Guanajuato. En ese sentido ambos, en su calidad de seres literarios, se erigen como cuestionadores del “deber ser” social marcado por la heterosexualidad normativa. José Ceballos Maldonado, autor material de *Después de todo*, dota a su personaje de esta cualidad presente ya desde la literatura picaresca: un tipo que es descarado, considerado por su entorno como de mal vivir, pero simpático. Al respecto, Christopher Domínguez-Michael ha señalado que la condición picaresca está asociada con la elección de libertad y de ruptura social (2003, p. 3).

Un rasgo definitivo en *Después de todo* es la ilusión de verdad en la narración pues se trata de una composición metaliteraria, es decir, una novela que habla sobre sí misma y que se narra desde la primera persona. Ese uso del “yo”, dice Domínguez-Michael, “implica que el lector desprevenido creyese que el creador y su criatura eran una misma persona” (p. 4). En el caso de esta novela, sin embargo, más que creer que se trata de una misma persona, el uso del yo

¹⁰³ Esto ya al vivir en la Ciudad de México.

¹⁰⁴ Aunque su condición de profesor homosexual era un secreto a voces.

hace que el lector se olvide de que en la portada aparece el nombre “José Ceballos Maldonado” y crea que, en verdad, es Javier Lavallo quien, a la par de ir contando la evolución de su vida y de sus amantes, narra también las interrupciones que sufre su proceso de creación literaria. Así, se da una narración que oscila entre un pasado y un presente en sus propios términos, es decir, el libro plantea un mundo y una realidad completa en sus páginas cuyo presente se cuele mediante golpes en la ventana o gritos para anunciar llamadas telefónicas, y un pasado que se evoca escribiendo sobre él. Javier Lavallo es frontal al respecto, en la primera página dice: “Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza” (1969, p. 9) y tras decir cómo se divierte adivinando —y acertando casi siempre— quién lo busca, añade:

Pero no iba a empezar así. Al principio se me ocurrió sacar mi viejo álbum de fotos y observar las fotografías una tras otra. Como las pegué obedeciendo una estricta secuencia cronológica, la observación de los retratos removería mis recuerdos y yo simplemente iría escribiendo este libro (p. 9).

Con simplemente decir “este libro”, Ceballos Maldonado planteó a su lector el escenario en el que no está consumiendo una historia terminada sino que es testigo del proceso creativo. Al aceptar tal planteamiento el autor material desaparece y Javier Lavallo toma el centro y recibe todo el foco: no hay duda, es él el autor. Francisco Rico, citado por Domínguez-Michael, dice que “el pícaro es un ser que vive ante los demás y para los demás, para quien no hay intimidad ni mundo interior”, (2003, p. 8). Un rasgo presente en *Después de todo*, cuyas páginas se escriben conforme se leen y que parecieran ser creadas para leerse en voz alta ante un público, dos condiciones que Lavallo remarca conforme se avanza en la narración.

En varios momentos, el profesor Lavallo habla del proceso de escritura. Sus dudas sobre cómo iniciar o continuar: “Juzgo indispensable consignar mis datos generales mientras atino con

la forma conveniente de entrar de lleno en el relato” (Ceballos, 1969, p. 12); “Curioso, de haber pensado por largo tiempo el modo de dar principio a este relato, estoy seguro de que jamás se me hubiera ocurrido empezar con la enumeración de mis problemas con Rolando” (p. 24); el modo en que se le presentan diversos pasajes: “Me bailotean en la mente otros recuerdos de Los Reyes” (p. 31); el proceso de revisión: “Procedí a leer lo que llevo escrito de este relato y aquí estoy sentado ante la mesa” (p. 42); “Para mí ya es un hecho habitual permanecer inclinado sobre la mesa escribiendo estas notas [...] todos los elementos que van integrando la historia, han desarrollado inopinadamente una especie de amor por este libro” (p. 61); las interrupciones en el proceso: “Me interrumpió la campanilla del teléfono. Fue una verdadera sacudida que me arrebató de un mundo y me trasladó a este mundo” (p. 117); “No consigo dormir. Me acosté hace más de una hora y me he levantado dos veces: la primera para tratar de escribir un poco (solo eché un vistazo al rímero de páginas...)” (p. 146); “Pero hace un momento oprimieron el timbre de la entrada con cierta insistencia. No me alteré. Releía el capítulo anterior para tomar el hilo” (p. 181); y finalmente la intención literaria del relato que escribe: “Quisiera registrar los hechos tal como ocurrieron. Pero me reprimo porque debo someter el relato a cierta forma literaria, aunque se modifiquen los acontecimientos en determinado aspecto” (p. 246).

El diálogo diferido, dado que se trata de futuros lectores, se presenta ya sea en forma de señalamientos: “Ah, me interesa mucho advertir que fui un alumno aplicado” (p. 28); comentarios que sugieren que la historia se narrara en lugar de escribirse: “Vean ustedes: Enfrente de mi casa hay una vecindad a la que suelo entrar para hablar con los chamacos” (p. 102); “Lo despacho con el doctor Fulano. Y esa es la historia. Acaso ustedes no le den excesiva importancia. Dirán que es una cuestión que incluso ni debe mencionarse” (p. 110); “A pesar de

que está bien musculado, es patente cierta redondez femenina en los miembros y particularmente en los glúteos. ¿Han visto cosa igual?” (p. 141); “Vean el caso: entramos juntos a la universidad por la puerta de la Compañía” (p. 142); también de cierta complicidad: “Por cierto que es la misma historia que les pasó a ustedes, no podrán negarlo” (p. 149); “Y respecto a mi situación con Rolando estoy de acuerdo con ustedes en que parezco un viejo idiota” (p. 156); “Qué lo mantenía caviloso, adivinen ustedes” (p. 170); “Yo me tapaba los ojos y los oídos, es decir, me atenía al procedimiento del avestruz. ¿Verdad que no saben ustedes de nadie que tuviera tanto empeño en liquidarse?” (p. 188); “Fui a contestar. ¿Quién suponen que era? El propio Leonardo” (p. 224); “Me pregunto a veces [...] si no me habré equivocado en todo. Pero entiendan ustedes: es sólo a veces. Porque en general [...] he vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy” (pp. 251-252).

La narración sigue esta estructura entre pasado y presente, entre escritura e interrupción (también consignada en el relato), entre registro literario y diálogo diferido, que no se plantea aquí como una innovación para la narrativa en general, pero sí para la narrativa de homosexualidad en México cuyos autores, hasta ese momento, habían hecho uso de enunciaciones lineales.¹⁰⁵ En esas primeras publicaciones con protagonistas homosexuales se tuvo únicamente a la sexualidad como el elemento de complejidad, aunque la estructura, por su sencillez, resultara poco retadora para el lector. En cambio, Lavalle cuenta su historia a ese futuro lector-interlocutor de una manera que le asegura su atención completa debido a las digresiones y saltos tanto en tiempo como en espacio, lo que abona a que la presentación de su

¹⁰⁵ Únicamente Alberto X. Teruel plantea en el inicio de *Los inestables* que su protagonista, él mismo, cuenta su historia una noche antes de su partida, que es con lo que finaliza la novela. Sin embargo, una vez que inicia el recuento de su vida y desamores, toda la narración es lineal en estricto apego cronológico de lo sucedido.

homosexualidad sea central para el relato y a que el morbo que el tópico podría generar se transforme en interés. De esta manera, Lavalle se acerca al pícaro, personaje mediante cuyos ojos, según Shai Cohen, “pueden observarse diversos puntos de vista de acontecimientos, personajes y lugares que hasta entonces habían sido presentados de modo bastante unívoco” (2012, p. 554). En este caso el tema que muestra más aristas es la homosexualidad pues, a diferencia de “El Muchacho”, José Toledo y Alberto Teruel, el profesor Lavalle no hace un ejercicio de autoconmiseración sino de enunciación afirmativa: sabía lo que implicaba ser homosexual para su contexto y conscientemente optó por ello. Con lo bueno y lo malo.

“Eso” no se adquiere por antojo; ni es posible desecharlo a voluntad, como todo el mundo supone con cierta ligereza; ocurre simplemente que uno es así. Seré como soy hasta la ausencia completa del apetito sexual o hasta la muerte. Y confieso; me gusta mi estado; pero al mismo puntualizo: yo no lo elegí (Ceballos, 1969, p. 122).

En boca de Lavalle la homosexualidad ya no es unívocamente pecado, delito ni enfermedad sino simplemente un estado, una condición de las muchas que tiene la vida pero que, por ser a cuenta de esta que su existencia cambió, decide contarla. Tal enunciación, sin embargo, no podría tomarse como un antecedente del orgullo homosexual colectivo puesto que, aunque sí hay el señalamiento de un conjunto: “Nosotros formamos un linaje de seres supersensibles que registramos sutilezas que pasan inadvertidas para el hombre común. Poseemos algo así como un sentido particular de defensa” (p. 174). El profesor está tan ensimismado en su situación presente —sin trabajo, sin dinero y a punto de perder a Rolando, su pareja— que parece no haberse dado cuenta de los movimientos sindicales y sociales que habían marcado las décadas de 1950 y 1960, ni tampoco registra el estudiantil de 1968, a cuenta del que marcharía por primera vez, ya en la década de 1970, el primer grupo homosexual mexicano organizado. Lavalle y su historia íntima

son, sin lugar a dudas, el centro de la narración. Como señala Cohen, el profesor, identificado nuevamente con el pícaro literario, enuncia desde el yo, está en un estrato social bajo (el asignado a los homosexuales), solo está preocupado por sí mismo y critica a la sociedad de la época (2012, p. 558). El último aspecto, sin embargo, se maneja de manera sutil. Lavalle no es un protoactivista sino un antihéroe¹⁰⁶ que, al presentar su historia y afirmar que ha vivido según sus parámetros y deseos, cuestiona si eso es algo que sus futuros lectores pueden decir sobre sí mismos. “He vivido sin inhibiciones. ¿Pueden entenderlo? No durante algún tiempo, que es por lo que opta la mayoría de ustedes, sino eternamente” (Ceballos, 1969, p. 252), de esta manera, aunque pueda ser juzgado por su sexualidad y por la manera de vivirla —conquistando a algunos de sus alumnos— no se queda en el banquillo reservado al mal ejemplo sino que revierte tal concepto al erigirse como alguien que ha vivido en sus propios términos aún dentro de un sistema social que busca asimilarlo o aniquilarlo. Al no aceptar tales condiciones le hace ver a sus lectores-interlocutores —de los que se puede inferir que son heterosexuales— que son ellos los asimilados y aniquilados al no cuestionar la norma, algo que él sí ha hecho.

Una arista desde la que Javier Lavalle es un antihéroe total es la de su ejercicio sexual no por ser homosexual *per se* sino por su interés en menores de edad, “elijo desde los quince años [...] Para mis fines, después de los veintitrés años no me interesan los hombres” (p. 128), delito cuya tipificación y castigo ya se revisó en el apartado 1.4.1 sin embargo, es importante revisar los elementos registrados por el mismo profesor en el recuento de su vida, que habrían abonado a

¹⁰⁶ Según Bernd Dietz, en la picaresca el antihéroe ocupa el lugar de su antónimo, “pues lo que pasa a ser esencial es la idea de protagonista con independencia de su valor, su nobleza o el grado de su parentesco con los dioses” (González Escribano, 1982, p. 371). Es decir, no importan los valores, las acciones edificantes o el arrojo del personaje sino su centralidad para efectos de la trama. La tipificación como antihéroe se puede explicar de manera contextual: el protagonista resulta ejemplar de hechos, posturas, actos o idearios que son reprobables o punibles en su aquí y ahora, por lo que quienes lo rodean —esto dentro de la diégesis— podrían actuar en consecuencia ya sea castigándolo o burlándose.

esta necesidad de amor juvenil. Para terminar su instrucción primaria lo inscriben en el Colegio Colón, dirigido por sacerdotes, en el que el confesor realiza con el Javier preadolescente un intento de abuso:

Cuando terminé la recitación que repetía todos los sábados el padre agachó la cabeza y se puso a bisbisear [...]. De repente me dio unas palmaditas en la espalda, me rodeó la cintura con el brazo (mesuradamente), me estrechó contra su pierna y después deslizó la mano hacia abajo con un movimiento simple, como inadvertido (p. 49).

La reacción de Javier fue de temor y a la vez de culpa. Narra que durante la misa que siguió a la confesión decidió no comulgar, un hecho que no pasaría inadvertido en ese contexto, y al hacerlo se sintió “recién liberado de unas garras opresoras” (p. 49), y a partir de ese momento sigue la religión inculcada en la infancia pero solo por costumbre. Ese encuentro fallido con el cura pederasta, se propone, habría detonado esa necesidad de experimentar lo sexual en sus propios términos: con quien eligiera y cuando de verdad lo deseara. Primero con Renato en el cine y en el salón de geografía (p. 75); luego con Jaime, que tiene 15 años de edad al igual que Javier (p. 99); sigue Silvestre, un pretendiente de su hermana Virginia (p. 102); y así avanza la lista con la particularidad de que la edad de Javier sigue aumentando pero la de sus conquistas se mantiene en el mismo rango, lo que da paso, al alcanzar la adultez, a convertirse en un sujeto deseante de la juventud perdida a la que ya no puede acceder con sus encantos pero sí con su dinero.

Pero no es “un tanto irregular”, sino absolutamente común entregar algo, hacer el cambio, ¿no es cierto? [...] es igual que sean ricos o pobres, resulta inevitable dar inicialmente (cualquier objeto de utilidad es bueno, pero el dinero es mejor) para recibir más tarde, no se ha visto que se hagan los fuertes mucho tiempo, ceden en la acometida final (p. 66).

Por ejemplo, con Gastón, que fue su primer ayudante de laboratorio, Lavalle comenzó por regalar unos calcetines de seda, luego unos pañuelos ingleses y para rematar unas corbatas y un suéter.

Ante el generoso exceso, su alumno, de 15 años, le da un abrazo. Se trata de prendas importadas que denotan no solo la generosidad del obsequiante, sino su buen gusto, la dimensión de su interés y correlativamente, el tamaño de su cartera (Marquet, 2020, 50).

Algo que, en el momento actual de Lavalle, es decir, en el que se encuentra escribiendo su libro, ya no puede realizar. La falta de trabajo, traducida en falta de dinero, lo hacen vivir del recuerdo de cuando, en la bonanza, no se daba abasto para atender a los jovencitos que llegaban a tocar en la ventana de su habitación para ver qué podían obtener. “Cuando conocí a Villegas, todavía era maestro del colegio Latino y tenía dinero, así que día tras día y noche tras noche podría tener buenos días y buenas noches, lo difícil era elegir” (Ceballos, 1969, p. 66). Para Antonio Marquet, Lavalle es un cínico abusador cuyo proceder, sin embargo, únicamente en lo jurídico podría juzgarse en términos absolutos de blanco o negro.

No se le puede aplaudir por seducir a sus estudiantes menores de edad, a jóvenes empleados universitarios. Ni a él ni a las autoridades universitarias de aquel momento. Ni al periodista que lo denuncia, ni a las autoridades que no investigan el asunto a fondo.

El amor entre un menor y un adulto no es algo nuevo; es un hecho concreto que se puede seguir a lo largo de la historia. Las relaciones de ese tipo existen, han existido y seguirán existiendo. Perduran. Trazan senderos largos y hondos de vida para cada uno de los involucrados. Algunos sectores conservadores de la sociedad actual mira el amor de un menor con un mayor con tremendismo moral, con censura, hace aspavientos. Sin embargo canciones como “La consentida del

profesor”¹⁰⁷ y “Al maestro con cariño” o tonadas cantadas a una chica de 17 años, por los Ángeles Azules hablan de pulsiones eróticas presentes en la adolescencia hacia mayores y viceversa (A. Marquet, comunicación personal, 29 de marzo 2021).

El mismo Marquet señala que esos regalos, a final de cuentas, se convierten en uno de los elementos más evidentes de la decadencia en el estilo de vida de Lavallo, pues con ellos condiciona irremediabilmente su placer sexual al intercambio económico. “Lavallo pone la soga al cuello a esos chicos a quienes les da ‘regalos’ y se las deja puesta. Aprendieron a cambiar caricias por regalos; a ver el homoerotismo siempre a través de la coartada financiera” (A. Marquet, comunicación personal, 29 de marzo 2021). Según Luis Marín Ulloa esta situación, a la que no se da un foco particular en la narración en términos de la diferencia de edades, pero que está ahí y que es el motivo por el que el profesor debe dejar sus clases en la Universidad de Guanajuato y autoexiliarse en la Ciudad de México, podría resultar, si la obra se reeditara, en una cancelación.

Obviamente es reprobable lo que narra pero debería verse y proyectarse a esa obra en su época y su espacio. Yo creo que sí hay peligro de cancelación, yo ya lo he empezado a ver en mis alumnos, no ha sido tan fuerte pero yo creo que sí se corre el peligro y se tendría que hacer una edición muy cuidada en ese aspecto (L. M. Ulloa, comunicación personal, 29 de marzo 2021).

Dejando de lado ese tema, respecto al que existen las omisiones institucionales ya señaladas, el tono reivindicativo del autor/narrador, y la complejidad estructural hacen de *Después de todo* el primer gran ejemplo de narrativa de homosexualidad en el país.

¹⁰⁷ Esta canción, que se adaptó para el título de esta investigación, se cantó por primera vez en México en 1961 en voz de Julissa. El tema original se llamó *Teacher's Pet*, interpretada por Doris Day en la película homónima de 1958. En la versión cantada por Julissa dice: “Quiero ser la consentida de mi profesor/ quiero sentirme mimada, admirada/ envidiada por todo el salón/ porque yo quiero ser la consentida de él”.

Es una obra que brilla, es una obra que tiene una mirada transgresora, una mirada adelantada a su tiempo. Es una obra importante en toda la narrativa gay que se ha escrito en México y que se escribirá por su espíritu transgresor, por la época en que se escribe, por las condiciones en que se escribe, porque Ceballos Maldonado me decía que a veces iba a algún evento a la Ciudad de México y era cuando más o menos tenía ciertos contactos con los escritores, se surtía de libros nuevos, pero siempre manteniendo la distancia. Es una obra que se publicó 10 años antes de que empezaran las marchas, que se escribió desde el interior del país, ni siquiera de la capital, es una obra que se escribió teniendo en contra muchos aspectos (L. M. Ulloa, comunicación personal, 29 de marzo 2021).

David William Foster coincide en esta valoración al señalar que la novela de Ceballos Maldonado engancha al lector por la candidez con que Lavalle hace su relato, por las “desvergonzadas especificaciones de sus intereses sexuales, el franco tratamiento de la interacción entre una conquista elaborada y la remuneración que caracteriza la búsqueda de amantes adolescentes, y por la honestidad del narrador que se presenta sin autocompasión ni santurronería” (1991, iBook). En varias de sus publicaciones, Christopher Domínguez-Michael ha señalado la importancia de *Después de todo*:

Fundador o no de una tendencia emocional, la exploración hecha con sobria dignidad por Ceballos Maldonado abrió esa zona clandestina del amor. Su personaje es un adelantado, ser que viaja de la periferia al centro,¹⁰⁸ del pasado al futuro para asumir una indudable radicalidad (2020, iBook).

José Ceballos Maldonado dotó, pues, a su personaje principal de una determinación que lo acompañará hasta el final de su narración y de su vida que, para efectos prácticos, se alcanzan en el mismo punto. “Me pregunto a veces [...] si no me habré equivocado en todo. Pero entiendan ustedes: es sólo a veces. Porque en general [...] he vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy” (1969, pp. 251-252). Además de la calidad literaria ya mencionada, otro mérito del

¹⁰⁸ Frase que resuena con “Lo marginal en el centro”, título dado por Carlos Monsiváis a la biografía de Salvador Novo cuya primera edición data del año 2000.

autor es entregar, finalmente para la narrativa de homosexualidad en el país, un protagonista que no sufre, que no clama al cielo, que no se suicida. “En ...*José Toledo* es la frustración de que no puede llevar a la práctica el estilo de vida. El valor que puedo ver (en *Después de todo*) es que abre, en términos de representación literaria, la posibilidad de un estilo de vida” (C.Cañedo, comunicación personal, 20 de mayo 2021).

III. REALIDAD, COMUNICACIÓN Y REPRESENTACIONES SOCIALES EN LOS GRUPOS HUMANOS

Es posible plantear que la diégesis en *Después de todo* (1969), producto metaliterario en el que Javier Lavallo crea un mundo que se sostiene en sus propios términos, es un proceso que emula lo que los grupos sociales realizan de manera cotidiana: construir su realidad. El proceso humano de construcción de la realidad, al ser tan añejo, sostenido y automatizado,¹⁰⁹ no se cuestiona; es necesario hacer un alto para darse cuenta de que, en efecto, todo grupo social se mueve en unos parámetros —una deixis, podría decirse— que se dan por sentados: un aquí y un ahora determinados por lo considerado real y el conocimiento que lo sostiene.

Peter Berger y Thomas Luckmann señalan que la realidad es independiente de los sujetos que la viven —es decir, estos llegan a ella—, y que el conocimiento que aspiran lograr es graduado (1986, p. 13), según el rol que cumplen en la sociedad en que viven, así como por otras situaciones o características contingentes, como edad, género y posición económica. Los autores señalan que, por ello, “la realidad puede mutar o desaparecer para un grupo o individuo, es relativa” (p. 15). Lo anterior da cuenta de algo que pocas veces hace consciente el sujeto promedio: lo que él considera la realidad no es tal para otros, ni siquiera para con quienes comparte un grupo tan reducido como puede ser el conjunto familiar. Por supuesto que entre mayor cercanía haya entre un individuo y otro lo real será más similar; sin embargo, la coincidencia nunca será total, pues siempre hay variaciones empíricas del conocimiento (p. 15) y por tanto de la manera en que se experimentan las posibilidades y prohibiciones dentro de la

¹⁰⁹ Es decir, realizado sin que medie la reflexión o la toma de conciencia de existir en parámetros específicos como lugar y tiempo.

sociedad en su conjunto. Otro aspecto importante es la historicidad del pensamiento humano, es decir, este último depende de su momento y lugar en la historia (p. 21). Algo que sorprende a quienes toman conciencia de que lo hoy visto como punible por la legalidad o la moralidad en épocas anteriores era tomado por algo completamente regular; situación aplicable a prácticas hoy reconocibles o asociables con la diversidad sexual o la homosexualidad masculina en particular. Así pues, el pensamiento se da siempre desde una posición determinada (p. 24).

Desde el punto de vista sociológico “el conocimiento es el cuerpo de significados que dan sentido y posibilita que una sociedad exista y funcione” (p. 31), algo que se logra por el significado coherente que tiene la vida cotidiana para quien la vive. Es decir, se tiene conciencia de un conjunto de objetos, elementos, prácticas, roles asignados, posibilidades y prohibiciones, que se aprende porque se experimenta o “se aprehende como parte de una realidad subjetiva interior” (p. 38). Al ser un proceso que sucede desde el nacimiento se llega a pensar que el sujeto humano tiene una “conciencia precargada” que se activa paulatinamente conforme crece; sin embargo, no hay tal: todo conocimiento es mediado por la vivencia¹¹⁰ o por la inculcación,¹¹¹ o sea, por procesos activos y pasivos que pueden ser concurrentes y múltiples. Quizá es esa pasividad, esa falta de agencia en la niñez, y el evidente direccionamiento hacia la “normalidad”

¹¹⁰ Por ejemplo, la dureza del piso, si uno pierde el equilibrio y se cae; o el potencial dañino del fuego si se le toca.

¹¹¹ Como pueden ser lo religioso o ciertos valores e idearios de clase, género o incluso de nación.

que representa la heterosexualidad,¹¹² lo que lleva a Javier Lavallo declarar lo siguiente al inicio de su relato:

Y aclaro además: hablaré de mi niñez solo para redondear el relato, mas no para establecer *fijaciones infantiles*.¹¹³ Que analicen y discutan mi caso los sociólogos y los sicoterapeutas; yo únicamente me ocuparé de referir los episodios significativos de mi vida (Ceballos, 1969, p. 12).

Resulta interesante que el autor ficcional declare que la niñez no le parece un episodio significativo, aunque sí refiere luego pasajes de ese periodo que resultarían importantes para su vivencia de la sexualidad, como se verá más adelante. Se puede inferir que tal postura se debe al momento de la enunciación: la adultez, periodo en el que su cotidianidad está marcada por otros elementos y posibilidades. Algo entendible ya que el momento presente siempre llevará precedencia pues “la vida cotidiana es la realidad principal” (Berger y Luckmann, 1986, p. 39). Se considera como una realidad suprema que se aprehende despierto, con total conciencia, una realidad ordenada que ya está objetivizada y que no depende de los individuos para estarlo; es decir, hay un orden, un sistema al que se llega: únicamente basta con conocer sus reglas y seguirlas para encajar.

¹¹² Un ejemplo de esto son las *gender reveal parties* (Fiestas de revelación del género) en las que —usando un poco de suspenso— el objetivo es indicar a los invitados si el futuro recién nacido será niño o niña. Para el primero se usa, generalmente, un cartucho de humo azul que se activa en el momento indicado, en el segundo caso, uno de color rosa. Una postura crítica respecto a estas fiestas se puede consultar en <https://www.vogue.es/living/articulos/fiestas-gender-reveal-por-que-se-tienen-que-acabar>. Que aún ahora esté vigente ese binarismo de colores para indicar que se es una cosa o la otra, y lo que socialmente implicará ser hombre o mujer, es sintomático de cuán arraigada está la idea y cómo sería durante la primera mitad del siglo XX. Así pues, desde el nacimiento se ha designa al azul como el color para los niños y el rosa como el de las niñas. También los juegos y los juguetes están segmentados e incluso la manera en que los infantes son tratados. El estudio “Baby X”, realizado en la década de 1970 por Carol A. Seavey, Phyllis Katz y Sue Rosenberg, y publicado en junio de 1975 en la revista *Sex Roles* (DOI: [10.1007/BF00288004](https://doi.org/10.1007/BF00288004)) es elocuente al respecto: hombres y mujeres adultas en interacción con bebés de tres meses de edad, actuaron de modo distinto si el infante estaba vestido de rosa o de azul (en cuanto al trato, juguetes y consideraciones sobre su comportamiento), mientras que si el bebé no tenía algún indicativo evidente de su género intentaron adivinarlo para a partir de ahí ajustar su trato y consideraciones. En la siguiente liga se puede ver un comercial, de 1997, que anuncia el famoso microhorno, lo protagonizan tres niñas, lo que refuerza la idea de que la cocina es territorio femenino en exclusiva: <https://www.youtube.com/watch?v=fjbQOqsbHbM>.

¹¹³ En cursivas en el original.

Es en este punto en el que el lenguaje toma importancia, toda vez que este ordena la objetivación y permite ubicarse (p. 39) mediante una deixis compuesta por los elementos del *aquí*, cuyo espacio primordial y elemental es el propio cuerpo, y del *ahora*, que es el presente que se vive desde la consciencia y el rol que se tiene. Así, Javier Lavallo enuncia la historia de su vida y la registra mediante el lenguaje que aprendió¹¹⁴ —pero cuyo uso le permite moldearlo para realizar implicaciones e inferencias veladas, distintas y retadoras al orden y la realidad que le inculcaron—, a partir de su *aquí*: su cuerpo (pero también la habitación en la que vive en la Ciudad de México) y su *ahora*: los días que dedica a la escritura en un punto particular de su trama vital (en algún momento del año 1969).

El testimonio literario que aspira a lograr se convierte así en conocimiento, en un cuerpo de significados que da sentido y posibilita su existencia y funcionamiento como parte de un grupo, entonces incipiente, que cohabita —en lo tangencial y la sombra— la misma realidad que el conjunto mayoritario: la homosexualidad y la heterosexualidad, respectivamente. Como se revisará en los siguientes apartados, se da una lucha constante entre ambos conjuntos, uno buscando simplemente existir en sus propios términos, el otro, sintiéndose amenazado, oscila entre la aniquilación directa de la amenaza y la asimilación de la misma para aniquilarla mediante la neutralización.

3.1 *La construcción social de la realidad*, de Peter Berger y Thomas Luckmann

¹¹⁴ Aprender un segundo idioma se puede considerar como una ampliación de medios para la replicación de lo considerado real, sin embargo, el idioma del que se es nativo siempre tendrá prevalencia. Mientras que la traducción de un libro, en términos ideales, deberá mantener las intenciones del autor, aunque se entiende que habrá una cierta variación debido a lo que se puede o no hacer en una lengua y otra. Ambos temas se salen de los objetivos de la presente investigación.

Según los autores la realidad es un constructo social, debido a que depende del conocimiento general, incluidas las ideas, que detenta un grupo determinado en un lugar y tiempo particulares. Es decir, no solo la filosofía o los idearios políticos son la base de la realidad que vive ese conjunto de personas, sino todos los significados que dan sentido y coherencia a la vida cotidiana que, al igual que el conocimiento, también se experimentan y aprehenden de manera gradual, según los parámetros ya indicados: el aquí y el ahora, que son graduales.

Lo más próximo al sujeto es la esfera del aquí, puesto que se tiene injerencia de acción en ella mediante el cuerpo;¹¹⁵ las zonas más alejadas, es decir, en las que no hay posibilidad de acción directa, comienzan a resultar de menor interés conforme se hace más evidente esa distancia, y aunque personalmente sean temas, situaciones o actividades que encierren cierta importancia, quedarán relegadas para los “tiempos libres”, una vez que lo urgente ha sido atendido (1986, p. 40). Esta atención a lo cercano y a lo que resulta más importante se ve reflejada también en Javier Lavalle, quien comienza la enunciación desde su entorno inmediato, su habitación y su mesa¹¹⁶ —“Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza” (Ceballos, 1969, p. 9)—; y cuando se refiere, por ejemplo, a lo religioso como algo accesorio que sirve de respuesta maquinal ante casos específicos, como se revisó en 1.3. Esto da pie a que haya diferencias en la *realidad intersubjetiva*, es decir, los espacios que se comparten y en que se coincide mayoritariamente con otras personas del mismo grupo social, pero que conservan un

¹¹⁵ Puede este accionar mediante el movimiento o también buscar una salida como consecuencia a su confinamiento, un ejemplo de esto segundo fue Frida Kahlo, quien comenzó a pintar debido a su postración luego del accidente en el tranvía sufrido a inicio de la década de 1920.

¹¹⁶ Esta es mencionada durante la narración en las páginas 34, 37, 42, 61, 69, 78 y 146. Mientras que en la página 43 dice: “Esta habitación”.

grado de divergencia.¹¹⁷ Un ejemplo es la realidad suprema del trabajo, que es colectiva pero no idéntica para todos (Berger y Luckmann, 1986, p. 40): se entiende que no es lo mismo laborar como profesor universitario que como cobrador de camión, chofer, barrendero o diputado. Por ello hay varios elementos que conforman un “sentido común” que se entiende como el conocimiento que se comparte “con otros en las rutinas normales y autoevidentes de la vida cotidiana” (p. 41).

La vida cotidiana resulta de gran importancia porque es una serie de actividades, procesos y elementos que están predeterminados y se entienden como el principal espacio de realidad al que se accede y en el que se existe. Resulta tan sencillo apegarse a lo que permite y prohíbe que sus reglas parecen, en un primer momento, incuestionables. El mismo devenir histórico del grupo social ha marcado tales pautas, que se mantienen y refuerzan por la rutina de su repetición. Romper esa continuidad resulta en la ampliación de la realidad individual de quien vive un evento extraordinario; sin embargo, el problema o reto es resuelto y superado para archivarse en la memoria como una anécdota que no trastoca los fundamentos de la facticidad conocida, es decir, hay un esfuerzo prácticamente inmediato por “volver a la normalidad”, es decir, a la rutina.

Un aspecto importante es que los elementos de la vida cotidiana individual pueden cambiar de un momento a otro. No se transforman parámetros base, como la necesidad de alimentación, transporte, desplazamiento o la obligación del trabajo; sin embargo, la manera de acceder a los elementos necesarios para satisfacer estos puede verse trastocada por completo. Esto se ve claramente en la narración que hace Javier Lavallo sobre su existencia: su vida

¹¹⁷ Incluso puede haberla dentro del mismo grupo familiar. Algo que se sugiere en *Después de todo* cuando Lavallo dice: “Creo que desde entonces se rompió toda relación verdadera con mi familia, exceptuando con mi madre” (Ceballos, 1969, p. 26). La historia de vida escrita por sus hermanas o hermano, si la hicieran, sería muy distinta a la generada por él.

cotidiana hasta cierto momento fue la de un maestro universitario brillante, joven y bien pagado para luego dar paso a la de un profesor sin trabajo que a duras penas tiene los medios suficientes para comer y satisfacer otras necesidades que se le antojan como vitales.

La intersección entre realidades genera *zonas limitadas de significado* (p. 43), es decir, espacios que el sujeto social no conoce del todo o cuya experimentación no puede ser completa, debido a que están vedados para su situación particular que no va más allá de la de seguidor, consumidor o espectador pasivo. Algunos ejemplos de esto son los cambios entre realidades, como la de la reflexión filosófica, el juego, el arte o la religión; todos estos crean con sus procesos, productos y espacios —como museos y templos— zonas limitadas de significado que son necesarias de verbalizar para desproblematizar, es decir, se acude al idioma para, haciendo uso de un código por todos compartido, ordenar y tipificar según los parámetros de lo conocido (p. 43). Por ejemplo, lo primero que se hace cuando se tuvo un sueño particularmente peculiar es contarlo. Ponerlo en palabras ayuda a entender el sinsentido del pasaje onírico. Otra manera de explicar esta verbalización desde lo ya conocido para entender un acto o elemento transgresor, se puede ver en la manera en que se tituló a la primera noticia publicada sobre el baile de los 41, revisada en 1.2, “Un baile de hombres disfrazados” (González, 1901, s/n). Como no existía el término travesti como se conoce ahora, el único modo en que pudieron darle sentido a lo visto fue ponerlo en términos conocidos: los hombres que llevaban ropas femeninas estaban disfrazados. Con el paso del tiempo se entendería que no era un mero disfraz y que el hecho implicaba otras cuestiones.

Una zona limitada de significado puede ser también la diversidad sexual, específicamente la homosexualidad masculina, que es tema central de la novela analizada en este trabajo. Lo sería

aún más en el primer *ahora* de circulación del objeto libro, es decir, el año 1969. Se sabía que existían tales prácticas pero no exactamente qué implicaban ni lo que hacían sus ejecutantes porque la homosexualidad en ese momento no era un tema que se tocara, más allá del diagnóstico psicológico o como motivo de burla o advertencia en productos de consumo masivo, como los revisados en el apartado 1.2.2; es decir, había una manera particular y prefigurada de pensar al respecto: la homosexualidad masculina era un problema, uno sobre el que no era necesario saber detalles más allá de que la iglesia lo consideraba una abominación y el Estado como algo punible. Así, el uso de conceptos conocidos y términos bien perfilados: abominación y castigo, ejemplifica la manera en que el idioma permite explicar lo disruptivo en sus propias palabras.

Según Alfred Schutz, el “acervo de conocimiento social disponible a mano” (Meccia, 2006, p. 29) es determinado por la socialización, según el grupo al que se pertenece, por lo que se puede decir que el ciudadano mexicano promedio en 1969 (con base en el conocimiento de los medios de comunicación de su cotidianidad y las películas vistas en el cine) llenaría esa zona limitada de conocimiento llamada “homosexualidad” con una tipificación ofrecida *a priori* por los creadores de esos productos. Así, los sujetos de ese aquí y ahora (la Ciudad de México en 1969) verían a los hombres homosexuales¹¹⁸ y su práctica sexual como “objeto de pensamiento social” (p. 29), es decir, la existencia de la práctica y sus ejecutantes se transformó en un objeto al que se le dieron atributos y se le asignó una gravedad o importancia particular. Según Meccia, “oír una palabra trae a la conciencia una serie de conceptos, imágenes y otros objetos asociados a ella de una forma más o menos definida” (p. 29). En este caso, las palabras detonantes del

¹¹⁸ Los disidentes sexoafectivos más visibles y señalados en ese momento.

concepto prefigurado y prefijado sobre homosexualidad serían *joto* o *maricón*, con las ideas de burla, pecado y abyección aparejadas, e incluso un número, el *41*, que desde 1901 era metonimia de los términos ya mencionados, como se vio en algunas de las coplas incluidas en el apartado 1.2.3. En la novela *Después de todo*, además de la multiplicidad de realidades que encierra en sí misma,¹¹⁹ se presenta un conjunto de significados que permite ordenar, puesto que la verbaliza, la experiencia homosexual masculina, y con ello desarrollar el contenido para una zona limitada de significado, pero desde una perspectiva alejada de la moralidad o de la burla.

Toda narración, y aún más las realizadas en primera persona como la de Lavalle, están supeditadas a la medición del tiempo. “La estructura temporal de la vida cotidiana da orden y facticidad a los hechos, esquema al que se deben supeditar los hechos personales” (Berger y Luckmann, 1986, p. 45). Mirar el reloj y conocer la fecha son de las principales anclas a la realidad de la vida cotidiana; una tercera es saber el espacio geográfico en el que se encuentra el sujeto. “Mis fechas significativas forman parte de una historia más vasta para la que quizá no son importantes pero que me ubican en el marco social más amplio que es ‘mi época’” (p. 46); algo que se pone de manifiesto con el actuar del protagonista de *Después de todo*: consignar los sucesos de su vida, tanto pasada como actual, para darle orden, aunque el resultado final no siga la convención cronológica. Dice en un punto en que refiere el acto de narrar: “Javi: ¿Ya tienes calma? ¿Y crees que debes continuar? Es como si estuvieras extrayendo la savia de tu vida” (Ceballos, 1969, p. 82).

¹¹⁹ Transita Javier Lavalle, y con él sus futuros lectores, entre la realidad cotidiana que es el proceso de escritura y otras realidades, como los recuerdos de su infancia, adolescencia y juventud, así como lo que sucede con Rolando, otros jóvenes que lo visitan, y los acontecimientos de la casa de huéspedes en que habita; todo esto referido también en pasado.

La existencia del sujeto tiene irremediabilmente esas fechas significativas que, para que lo sean, son escasas respecto a la cantidad de actos de cotidianidad que experimenta durante su vida. Las formas y normas del grupo al que pertenece dan a su devenir vital una estructura esencial que funciona mediante interacciones anonimizadas. Es decir, el individuo interactúa con el resto del grupo de forma típica conforme son actos repetidos (Berger y Luckmann, 1986, p. 49). Lo que se experimenta cotidianamente se da por sentado en sus elementos constitutivos, y “el anonimato radica en que la tipificación estandariza gustos, gestos y reacciones de quienes forman parte de esas pautas” (p. 50) de cotidianidad de procesos, acciones o individuos. Por ejemplo, hay cierto grado de anonimidad en la compra de leche para el desayuno, o en la idea que se tiene sobre lo que implica ser estudiante, hombre, mujer, vendedor o miembro de un partido político. “El grado de interés y de intimidad se combinan para aumentar o disminuir el anonimato de la experiencia” (p. 51), por lo que las tipificaciones (padre, hermano, hijo, amigo, socio, colega, compañero de trabajo, usuario del transporte público, etcétera) ganan en anonimato conforme se alejan del aquí y el ahora. Es decir, se sabe de su existencia pero no es necesario tener datos específicos sobre estas si no resultan de interés inmediato para el individuo, a este último le basta saber que son parte de una realidad extendida a la que también pertenece pero no requiere de especificaciones mientras no requiera estar en contacto o encarnar una de esas tipificaciones. Esto lleva a tener una cierta claridad respecto al lugar que se ocupa en la estructura social de la que se forma parte. Si el rol que se tiene resulta cercano, importante o significativo para un mayor número de *aquí* y *ahoras*, se incrementa también el nivel que ese individuo tiene en el conjunto estructural; por ejemplo: el rol *presidente de la república* es más ampliamente significativo e importante que el de *estudiante de secundaria*. Lo anterior

determinado por el sistema institucional, pues aunque el actuar cotidiano del presidente de la república no tenga un impacto directo e inmediato en la cotidianidad del sujeto común, está en el entendido de que es una figura de autoridad cuyas acciones determinan políticas públicas que eventualmente sí trastocarán su realidad.

Es mediante la socialización que se adquiere el acervo de conocimiento mínimo necesario para entender la estructura, sus reglas, modos, posibilidades y zonas limitadas de significado, y con ello funcionar correctamente en lo general, y pertinentemente en espacios particulares, como integrante de ese conjunto. Aprender el lenguaje del grupo es, por tanto, un conocimiento indispensable puesto que no solo es básico para la comunicación y con ello la integración, sino que su utilización, con el paso del tiempo y la socialización inmediata (la familia) y sostenida (otros grupos con los que se entra en contacto como los escolares, deportivos o laborales), permite desarrollar un grado de dominio suficiente como para expresar significados que tienen sentido únicamente para grupos reducidos que, de alguna manera, cuestionan a la misma estructura social de la que forman parte. Algo que hace constantemente Javier Lavalle en el relato de su vida, por ejemplo, cuando dice: “Luego están los que llaman por primera vez y que acuden sólo porque ‘supieron’” (Ceballos, 1969, p. 9), el “supieron” indica el conocimiento por parte de los visitantes de que al acudir a él pueden conseguir dinero a cambio de su cuerpo, algo que se revela al lector más adelante; o al señalar: “Sospecho que comienza a entenderse con el señor Guízar” (p. 17), el “entenderse” tiene un sentido sexual que resulta evidente solo al avanzar en la lectura y a quienes pueden entender esos significados subrepticios que, poco a

poco, comienzan a dotar de contenido mayor a la homosexualidad masculina como universo de significado a punto de develarse.¹²⁰

3.1.1 Universos de significado opuestos

El conocimiento de la realidad siempre es fragmentado, “unas zonas se iluminan y otras se oscurecen” (Berger y Luckmann, 1986, p. 63); la relevancia de lo conocido dependerá de los intereses personales que, en cierto grado, están mediados por la situación del individuo en su contexto social. Ese conjunto de significados en que se traduce el conocimiento en la vida cotidiana también es fragmentario y desigual en su distribución, lo que complejiza la estructura de funcionamiento del conjunto. Así, el orden social es “producción humana constante. Producto de la externalización del propio quehacer humano” (p. 73), es decir, la organización de cualquier grupo de animales humanos no deriva de la biología sino de la propia actividad, pasada y presente, de los sujetos.

Para que el mismo actuar derive en pautas y normas, es necesario externalizarlo. Algo que se explica como la separación de esos ordenamientos respecto de la individualidad, y, por tanto, de la subjetividad, para hacerlos parte de la colectividad y la objetividad que se le apareja de manera regular. Se genera así una idea de que alguien más, con un conocimiento mayor, determinó el modo particular de hacer ciertas cosas. La necesidad del orden social deviene de la propia inestabilidad, de los impulsos e instintos humanos; así, hay un mecanismo de control que aparece, subsiste y se transmite de generación en generación y poco a poco borra su origen para ser, simplemente, la forma en que se deben hacer las cosas. “Las acciones habitualizadas tienen

¹²⁰ Como ya se ha dicho, la existencia de la práctica era conocida pero no se veía a sus ejecutantes como sujetos sociales, fue hasta 1978 cuando en la Ciudad de México marchó en público el primer grupo autorreconocido como de homosexuales y lesbianas.

un carácter significativo que se incrusta y difumina como rutina en el ‘depósito general de conocimiento’ que se usa en la cotidianidad” (p. 74), es decir, la repetición que genera hábitos abona al orden, pero “restringe las opciones y libera del estrés de tener que ‘tomar decisiones’” (p. 75).

Lo anterior, es decir, la habituación, está ligada a la institucionalización o tipificación de acciones y a quienes pueden realizarlas. “Las tipificaciones de las acciones habitualizadas se comparten, son accesibles a los individuos que viven bajo su influencia” (p. 76). Esto lleva a que una institución, que es resultado de un proceso histórico, indique las acciones de su competencia, así como aquellos que tienen potestad para realizarlas, esto es, las instituciones, al dar pautas y formas de hacer, “controlan el comportamiento humano” (p. 76).

Para el año 1969, declarado como de interés primordial desde el capítulo I, instituciones como la Iglesia católica, o aquellas que formaban parte del entramado gubernamental, como las de salud y educativas, ofrecían pautas sobre la sexualidad considerada como regular o *normal*; esto era: la que tenía no solo la potencialidad sino la cuasicerteza de la procreación para, con ello, asegurar la pervivencia de la población mexicana. Así, sectores institucionalizados, como las creencias religiosas, la salud y la educación, abonarían al control social de esas actividades, e indicarían quiénes podrían aspirar a ser ministros eclesiásticos, quiénes velarían por la salud y la erradicación de hábitos y acciones considerados como desordenados por ser “insalubres”, y aquellos cuyo acceso a la docencia estaría condicionado a la discreción total respecto a conductas consideradas como problemáticas, siendo una de estas la vivencia de la homosexualidad y la aniquilación para el magisterio que su revelación implicaría, como de hecho le sucede al protagonista de *Después de todo*. Cuando se confirma su homosexualidad la universidad en la

que estudió y de la que ha formado parte durante años como maestro, lo expulsa inmediatamente aunque con ciertas consideraciones que, sin embargo, están pensadas más en cuidar la imagen de la institución que la del profesor: “Presente su renuncia hoy mismo, pero con fecha de cinco días atrás [...] En esta forma, habrá testimonio indisputable de que usted abandonó la universidad antes de que ocurriera este incidente. Y su expediente estará limpio, profesor” (Ceballos, 1969, p. 222). No importa el expediente de Lavalle sino que renuncie con fecha extemporánea para que la escuela se vea tanto libre del escándalo como “inocente” de lo que, en efecto, es un despido.

El mundo institucional cambia según se integren a él más individuos. Al llegar más individuos las concepciones previas se convierten en históricas, se objetivan, es decir, se experimentan como existentes por encima de los individuos a los que les acontecen, “las instituciones se experimentan ahora como si poseyeran una realidad propia, que se presenta al individuo como un hecho externo y coercitivo” (Berger y Luckmann, 1986, p. 80). Es por lo anterior que surge la conocida frase “así se hacen las cosas” (p. 81); es decir, el mundo institucional gana firmeza en la conciencia colectiva al pasar de generación en generación. Conforme transcurra más tiempo y se incremente el número de personas bajo el influjo de esas instituciones, los modos y dictados de estas ganan permanencia en la conciencia colectiva, lo que hace más difícil el cambio de esta última.

El proceso de transmisión de ese mundo social compuesto por rutinas, roles e instituciones fortalece el sentido de realidad tanto para quien funge como transmisor como para quien lo aprende por primera vez. Es decir, cuando un niño observa cómo funciona su familia y los padres le enseñan algunos comportamientos básicos, el primero sabe cómo es que se deben hacer las cosas, y los segundos reafirman para sí mismos ese “así se hacen las cosas” que están

transmitiendo. Convencen y se autoconvencen. Así, las instituciones son para el individuo “hechos innegables” (p. 82).

Como ya se dijo, Alfred Schutz indica que el acervo de conocimiento social está determinado por la socialización, según el grupo social al que se pertenece, así como el lugar y rol dentro del mismo (Meccia, 2006, p. 29). Estos elementos contingentes, grupo social, lugar y rol, determinarán el universo de significado al que el sujeto, en grado variable, se adscribe. Esa variabilidad es esperada, debido a que “algunas relevancias serán comunes a todos los integrantes de una colectividad; otras áreas de comportamiento serán relevantes solo para ciertos tipos” (Berger y Luckmann, 1986, p. 86). Para Javier Lavalle, por ejemplo, no solo será relevante el *deber ser* dictado para el hombre promedio, sino el que se indicaba para el rol de *profesor universitario*. En ambos casos, para mala suerte del personaje, el hecho de vivir una sexoafectividad distinta de la heterosexualidad era un elemento excluyente, como ya se vio.

Para saber cómo funcionan esos distintos ámbitos, y la manera en que se puede y debe participar en ellos, no es necesario un conocimiento teórico, basta con un “conocimiento de receta”¹²¹ (p. 89), es decir, un conocimiento básico que provee reglas de comportamiento institucionalmente apropiadas y que se compone generalmente por lo que “todos saben”: máximas, moralejas, sabiduría proverbial, valores, creencias y mitos. Así, no es necesario que los sujetos sepan a profundidad el funcionamiento de las instituciones que les rigen, basta con seguir la “receta” para tener la seguridad de una actuación correcta.

Ese conocimiento preteórico que “todos saben” se especifica, pues “cada rol brinda acceso a un sector específico del acopio total de conocimiento que posee la sociedad” (p. 101), y

¹²¹ Concepto que retoman de Schutz.

para cada uno de esos roles hay diversas capas cognoscitivas y afectivas, además de lo propiamente esperado de su desempeño, que se conjugan para la totalidad de lo que debe ser y saber el sujeto que lo desempeñará. Los sujetos comunes no tienen obligación de saberlo todo, sin embargo, sí deben “saber a quiénes son los especialistas, para cuando requieran sus servicios” (p. 103).

El proceso anterior puede verse en *Después de todo*. Mientras que en Guanajuato el rol de Javier Lavallo es el de figura de autoridad por ser profesor universitario, una vez que debe dejar trabajo y ciudad, pierde claridad sobre lo que le toca y debe saber para el renovado rol, o roles, que desempeñará en la Ciudad de México, adonde decide mudarse luego del escándalo al confirmarse que es homosexual. Elige la gran ciudad —la única con ese calificativo en la época— porque le ofrece anonimato, necesidad apremiante tras el escándalo (Ceballos, 1969, p. 240), sin embargo, el alivio de pasar desapercibido genera aún más incertidumbre respecto a sus nuevos roles pues va a un sitio en el que no será un referente sino solo uno más de la masa. Con ello se comprueba también la existencia de universos de significado subyacentes, puesto que es a uno de estos que se adscribe el protagonista de la novela luego de tener que dejar el que había desarrollado en la ciudad que prácticamente lo expulsó.

“La segmentación del orden institucional y la distribución concomitante de conocimiento planteará el problema de proporcionar significados integradores que abarquen la sociedad y provean un contexto total de sentido objetivo a la experiencia social” (Berger y Luckmann, 1986, p. 110). Existe un orden básico compartido, un universo fundamental, pero las especificaciones y especialización ya mencionadas llevan a la existencia de subuniversos que, aunque tienen una identificación innegable con el orden institucional base, también presentan ciertas divergencias.

El concepto de *subuniversos de significado* se refiere no solo a la especificación de conocimientos de acuerdo a cada rol sino a segmentaciones y divisiones dentro del grupo social, esto último lleva a la conformación de colectividades subalternas que, para asegurar su existencia, deben ocultarse. “La existencia del subuniverso y de la colectividad que lo sustenta puede constituir un secreto” (p. 111).

Los subuniversos de significado pueden estructurarse con base en criterios como edad, sexo, ocupación, religión o gusto estético. Un criterio particularmente de interés para esta investigación es el de orientación sexual. Gregory Woods dice:

La existencia de la homosexualidad no como un circunstancial capricho erótico, sino como una condición e identidad compartidas, ofrece la posibilidad misma de una cultura homosexual, o al menos de una subcultura minoritaria con una identidad sexual en sus raíces (1998, p. 14).

Ernesto Meccia dice sobre la homosexualidad: “Alude a una intrincada red de elementos simbólicos, prácticas sexuales, prácticas sociales y creencias dadoras de sentido para los actores que [...] hacen de lo actuado (y de lo no actuado) una experiencia” (2006, p. 29). El subuniverso de significado de los hombres homosexuales comienza a objetivarse al desprenderse de subjetividades individuales, y se reafirma al tener otros aspectos y elementos conformantes, más allá de una actividad sexual eventual que el universo de significado general califica como “desordenada”, como se revisó en el apartado 1.3.

La colectividad generadora de ese subuniverso produce significados de manera continua, y dentro de ella “dichos significados cobran realidad objetiva” (Berger y Luckmann, 1986, p. 112). Se puede decir por tanto que, aunque en 1969 no existía aún en la conciencia general una

colectividad de hombres homosexuales organizados en busca del reconocimiento de derechos,¹²² esta comunidad estaba en latencia, existiendo mediante prácticas de sociabilidad y socialización en lugares particulares, lo que llevó a una cierta institucionalización de prácticas, procesos y roles.

Evidenciar la existencia de subuniversos de significado, como el de la homosexualidad, nunca es inocuo, puesto que la colectividad portadora puede entrar en conflicto con otra (p. 112). Algo que de hecho sucedió cuando debió verse a las personas sexodisidentes como conformadoras de una categoría social por derecho propio, y no como meras anomalías que desdibujaban su existencia al no ser nombradas. Los disturbios en el Stonewall de Nueva York, en junio de 1969, como primer gran referente, y la primera salida a la protesta pública en México por parte de un grupo abiertamente homosexual en 1978 supusieron que el engranaje del sistema comenzara a girar para eliminar esa evidente y escandalosa amenaza para el universo de significado base, puesto que lo retaba por completo.

Lo que más perturba a quienes no son gays es la forma de vida gay, y no los actos sexuales mismos [hay un] temor general a que se desarrollen relaciones intensas y satisfactorias [...] a desarrollar nuevas formas de vida que no se asemejen a aquellas que han sido institucionalizadas (Meccia, 2006, p. 33).

La coexistencia de esos subuniversos de significado que se contraponen genera un problema apremiante: el establecimiento de una cubierta simbólica estable para toda la sociedad (Berger y Luckmann, 1986, p. 113). Esto lleva a la elevación de universos de significado que, al alcanzar autonomía respecto de la base social, sean asideros generales y el parámetro contra el

¹²² Fue justamente en junio de 1969 cuando se dieron los disturbios de Stonewall en Nueva York, como respuesta a las continuas redadas realizadas por la policía en ese bar, dirigido a clientes homosexuales, lesbianas y travestis. Ese hecho se toma, de manera general para el norte global, como el primer momento en que la colectividad sexodiversa, hoy identificada con un acrónimo aún en expansión (LGBTTTIQ+), salta a la palestra y con ello inicia el movimiento organizado y politizado para la búsqueda de derechos como los sujetos sociales que ya eran.

que se miden todos los demás, sobre todo los problemáticos, como el subuniverso de los hombres homosexuales. Uno de esos universos de significado es el científico, cuya facticidad se toma como incuestionable. Otro conjunto de conocimientos es el religioso, que, aunque no se separa del todo de su base social, tiene un alcance muy amplio como termómetro de moralidad. La combinación de los dos anteriores en varios grupos sociales ha sido y es el principal frente de batalla contra lo que representan la homosexualidad masculina y la sexodiversidad en general: se les señala como contrario a lo biológico y como carente de valores edificantes.

La pugna constante de estos subuniversos de significado y las colectividades que los produjeron lleva también a la lucha por la legitimidad. Mientras los que tienen mayor alcance o tiempo de existencia son vistos como incuestionables, o menos cuestionables, los que parecen más recientes y menos habitados se consideran como una invención sin validez. Sin embargo, todos los universos y subuniversos de significado, en algún momento de su historia, han sido vistos como creaciones artificiosas; es decir, el ritmo y grado de cambio para instituciones y subuniversos es distinto, por lo que no hay una legitimación total del orden institucional (p. 115). Así, aunque son referentes que norman la existencia de la colectividad en la que existen, siempre hay nuevos elementos e ideaciones que llevarán a un subuniverso emergente, con lo que el proceso de legitimación volverá a comenzar. Esto es un proceso vivido por todos los sujetos del grupo social, por ejemplo, un hombre heterosexual puede regirse de modo general por lo que su religión le indique pero al mismo tiempo decidir no tener hijos, lo que lo llevaría a enfrentarse a un mandato primordial; en el mismo sentido una mujer divorciada, en algunos sectores, será vista como referente de lo que no debe suceder. Los señalamientos a una divergencia considerada mayor, como la homosexualidad, serán aún más constantes y más tendientes a la acción.

Javier Lavalle, como máximo representante —aunque no único— del subuniverso homosexual en Guanajuato, es visto como una amenaza fácil de manejar: se le quita el rol de profesor universitario. Una vez que el profano está fuera de la institución sacralizada esta parece estar a salvo. Pero la perturbación para universidad y ciudad provinciana no fueron los actos sexuales realizados por el maestro, sino el hecho de haber descubierto que sus acciones, largamente realizadas en secrecía, en realidad no habían afectado su desempeño académico y, por tanto, no había un sustento real para el rechazo institucional automático de un sujeto como Lavalle. Es decir, el argumento se desdibuja.

3.1.2 Socialización “deficiente”

La integración a subuniversos de significado ampliamente enfrentados y divergentes del considerado como universo general puede ser vista como resultado de una deficiencia en el sujeto, una que deriva de una socialización mal llevada en algún punto de sus dos fases: primaria y secundaria. La sociedad existe como realidad, tanto en el ámbito objetivo como en el subjetivo, por lo que debe entenderse como un continuo proceso dialéctico que se divide en tres momentos: *externalización*, *objetivación* e *internalización*, los cuales ocurren de manera simultánea (Berger y Luckmann, 1986, p. 164). Por tanto, estar en sociedad es participar de esta dialéctica. “El individuo no nace miembro de una sociedad: nace con una predisposición hacia la socialidad y luego llega a ser miembro de una sociedad” (p. 164). Es decir, los nacimientos tienen solo la potencialidad de integrar a nuevos sujetos a los roles definidos por las instituciones, lo que se logra únicamente mediante el trabajo de quienes son miembros activos de

sus dinámicas y procesos. Estos últimos deben inducir al recién llegado para, con el paso del tiempo, lograr que asimile el universo de significado compartido y se rija por él.

El punto de partida de este proceso lo constituye la internalización: la aprehensión o interpretación de un acontecimiento objetivo, en cuanto que expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí (pp. 164-165).

Es por esto que la internalización constituye la base para la comprensión de los semejantes y para la aprehensión del mundo como realidad significativa y social. Como ya se dijo, el recién llegado no realiza este proceso en solitario, sino acompañado: al ver el mundo en el que ya viven otros —su familia en primera instancia—, lo asume. Al internalizarlos, el nuevo sujeto comprende los procesos subjetivos de los otros y comprende el mundo en que vive, para hacerlo suyo.

Al compartir espacio y tiempo, los integrantes del grupo y el recién llegado comienzan a compartir también situaciones que los definen de manera recíproca; esto genera una mutua identificación, pues “no solo vivimos en el mismo mundo, sino que participamos cada uno en el ser del otro” (p. 165). Al alcanzar este grado de internalización, un individuo puede considerarse como miembro activo de la sociedad a la que llegó. Lo anterior se logra mediante la socialización, “inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él” (p. 166). Se puede decir que tal inducción hace que el nuevo integrante sea competente sin que lo aprendido sea exhaustivo, o sea, siempre habrá sectores de la sociedad que, por su especialización, le resultarán ajenos durante toda su existencia, mientras que entrará en contacto con otros —quizá de manera superficial— solo en algún momento de esta.

En el caso de Javier Lavallo, esa primera socialización no solo es gradual por el proceso *per se*, sino que podría decirse que escalonada: nace en un pequeño pueblo innominado de Michoacán; de ahí migra con su familia a Los Reyes, en el mismo estado, con el objetivo de mejorar la perspectiva económica, mientras que el resto de su infancia —y buena parte de su vida— transcurre en Guanajuato. Así, los entresijos sociales que se aprenden en esa inducción dependerán no solo del grupo familiar al que se llega, y que es el encargado de la socialización primaria, sino de las posibilidades y situación de esta según el lugar en que habite. Un caserío o la capital de un estado presentan diferencias imposibles de obviar. “La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad” (Berger y Luckmann, 1986, p. 166). Este proceso lo experimenta Lavallo, por ejemplo, al plantearse una formación que le permita dar clases en la universidad en que se moldea académicamente, algo que hubiera resultado impensable de no haberse mudado con su familia.

La socialización primaria suele ser la más importante, debido a que su estructura tendrá una influencia importante en la socialización secundaria del individuo. El proceso inicial se puede resumir de la siguiente forma: el individuo nace como parte de una estructura social objetiva (una familia, que a su vez está integrada a un grupo social, ese grupo social a un conjunto regional, etc.); desde el primer momento tiene significantes (generalmente, los padres) que se encargarán de su socialización. Esos significantes presentan sus definiciones (tomadas del universo de significado ya conocido) al recién llegado como la realidad objetiva; el individuo está, por tanto, dentro de una estructura social objetiva y un mundo social también objetivo. Los

otros significantes (familia extendida, maestros, amigos, compañeros) modifican posteriormente ese mundo, al mediatizarlo.

En el caso de Javier Lavalle, un significante que con el paso del tiempo resultará trascendental es Marcos Lule, un adolescente que vive en Los Reyes, Michoacán, y que enseña al protagonista a masturbarse cuando este último tiene menos de nueve años de edad (Ceballos, 1969, pp. 32-33). El hecho, según el personaje principal, le causó en su momento una sensación de atracción y rechazo, combinación que marcará todo lo tocante al placer corporal durante buena parte de su vida; con lo que se confirma lo formativa que puede ser la socialización primaria, aunque sus dictados provengan de significantes externos al marco familiar.

La identidad del nuevo sujeto se define por la ubicación en el mundo determinado, y siempre está acompañada de ese mundo y su contenido. Es decir, el individuo construye su yo con base en lo que los otros lo han considerado que es, o, en otras palabras, lo que al socializar y mediatizar le han dicho que es y puede aspirar a hacer (Berger y Luckmann, 1986, pp. 167-168).

La socialización primaria crea una abstracción progresiva que va de roles y actitudes particulares a generales. Llegar a esa generalidad permite identificar cómo es que son, se hacen o pueden acontecer ciertas prohibiciones. Por ejemplo: una actitud negativa que el individuo observa de manera general en los otros le hace entender que esta aplica para todo el conjunto de significantes, y no solo para los inmediatos.¹²³ Esto lleva a un “otro generalizado” (p. 169), lo que significa que el individuo “se identifica no solo con otros concretos sino con una generalidad de otros, es decir, una sociedad” (p. 169). La formación de ese otro generalizado implica la

¹²³ Por ejemplo, lo censurable de la desnudez en público o lo criticable de comer con las manos en lugar de con cubiertos.

internalización de la sociedad, la internalización de la realidad objetiva establecida socialmente y una identidad coherente y continua establecida de manera subjetiva.

El estadio del otro generalizado hace que el nuevo sujeto del conjunto sea capaz de identificar a esa sociedad a la que pertenece y relacionar simétricamente la realidad que observa (objetiva) con la realidad que ha hecho suya (subjetiva), algo que se puede resumir con la frase: “Es real afuera y es real adentro”, que marca una relación bidireccional aunque no necesariamente coextensiva, es decir, “siempre hay más realidad objetiva ‘disponible’ que la que se actualiza realmente en cualquier conciencia individual, sencillamente porque el contenido de la socialización está determinado por la distribución social del conocimiento” (p. 170). Como ya se ha dicho: los alcances de la socialización siempre son situacionales y dependen de la particularidad del individuo.

Los contenidos específicos internalizados como parte de la socialización primaria varían de una sociedad a otra, y uno de los principales contenidos a internalizar —independientemente de la ubicación geográfica— es el lenguaje, puesto que se trata de un código que permite no solo existir sino compartir los dictados del aparato múltiple que legitima los procedimientos, funciones y posibilidades de roles y de estos dentro de las instituciones. Así, la socialización primaria da como resultado el “mundo de la infancia” (p. 172), en el que todo es masivo e incuestionablemente real, pues se estructura con base en postulados nómicos¹²⁴ que refuerzan ideas como: “Todo está bien” o “Todo es como debe ser”. Ambas, sin embargo, probarán su falibilidad al darse la socialización secundaria, que se trata de la internalización de “submundos”

¹²⁴ Verdades breves e incuestionables.

institucionales o basados sobre instituciones” (p. 174). También es mediante ese proceso que se conocen submundos que buscan retar los dictados de esos organismos regulatorios.

El proceso regular de la socialización secundaria se desarrolla conforme el integrante avanza en su devenir vital, es decir, el mundo de la infancia es funcional como único conjunto de verdades solo hasta cierto momento. Una vez que se sale al mundo es necesaria la “adquisición del conocimiento específico de ‘roles’, estando estos directa o indirectamente arraigados en la división del trabajo” (p. 175). Es decir, se requiere conocer especificidades sobre con quiénes se tendrá contacto cara a cara, o por algún otro medio, ya sea de manera constante o solo excepcional.

Además, para completar este segundo momento de socialización formativa es fundamental adquirir vocablos específicos de esos roles que se están conociendo, pues eso significa la internalización de campos semánticos “que estructuran interpretaciones y comportamientos de rutina dentro de un área institucional” (p. 175). Es decir, el sujeto aprende no solo a nombrar ese nuevo espacio social con el que interactuará, sino que aprende a nombrarse a sí mismo en esa nueva dinámica, y a presentarse ante los otros con base en ese nuevo rol que adquiere, ya sea de importancia o periférico.

Los submundos que se internalizan en esta etapa son realidades parciales —puesto que se especifican solo en una parte del mundo social— que contrastan con la realidad general; tienen coherencia con base en componentes normativos, afectivos y cognoscitivos, y requieren de legitimación mediante símbolos, rituales o materiales. Alguien que se especializa en un rol no solo debe obtener o desarrollar las habilidades físicas o técnicas necesarias, sino aprender el lenguaje (terminología) relacionado, y utilizarlo. Esto se ve reflejado en *Después de todo*: Javier

Lavalle valora lo que le da su rol como profesor universitario, y aunque para cuando el lector conoce su historia ya lo ha perdido,¹²⁵ aprovecha todas las ocasiones posibles para hacer uso de esa terminología y habilidades que lo hacen sentir como en sus mejores momentos.

Al fin me preguntaron: ¿es cierto que usted es ingeniero y que da clases?, por lo tanto me apresuré a responder (jactanciosamente): doy clases de física y química y prácticas de laboratorio en el colegio Latino, era evidente que los apabullaría (y los apabullé) porque exclamaron a un tiempo: ¡qué clases tan duras profesor!, me reí de buena gana, qué divertidos, hubieran visto, y como no sabían qué agregar inicié unos alardes pertinentes, hablé de investigación, de problemas de exactitud, de la importancia del método, de las nuevas perspectivas... ahí estaban boquiabiertos a un lado del salón principal, en medio del estruendo de la fiesta, y antes de parecer fastidioso concluí: de veras no son tan duras, es cosa de entender y aprender los principios (Ceballos, 1969, p. 67).

En el fragmento anterior de la novela es fácilmente identificable un proceso, quizá tardío, de socialización secundaria: los jóvenes que hablan con el protagonista tienen una idea general de lo que implican las materias de física y química, pero no cuentan con conocimientos específicos sobre investigación, problemas y métodos; esa pequeña charla arroja luz a una zona de la realidad hasta ese momento oscura para ellos. Además, ese breve intercambio representa para Javier Lavalle la oportunidad de remarcar el estatus que le confiere tener ese cuerpo de conocimiento específico a vistas del grupo social en su conjunto, aunque para el grupo social guanajuatense, con todo y sus rituales y fetichismos magisteriales, el narrador-protagonista sea un proscrito.

La socialización secundaria aporta un rol particular (o varios) al individuo, uno que por ser específico y aprendido mucho después que el mundo de la infancia, es más fácil de observar con distancia y marcar un límite. Lo anterior permite separar una parte del yo respecto de una

¹²⁵ Sigue impartiendo algunas clases en la Ciudad de México, pero ya no en una universidad.

parte de la realidad que solo es importante para las especificidades del rol secundario del que se trate, “el individuo establece, pues, una distancia entre su yo total y su realidad, por una parte, y el yo parcial específico del ‘rol’ y su realidad por la otra” (Berger y Luckmann, 1986, p. 180).

Y aunque hay esta facilidad de tomar distancia del *yo profesor* respecto del *yo hijo* o del *yo homosexual*, para seguir con Javier Lavallo como ejemplo, también es importante señalar que en la socialización secundaria¹²⁶ disminuye la importancia de la familia como referente de lo real e incuestionable. Es decir, los roles añadidos tienen la posibilidad de identificarse y hasta bloquearse, pero lo que queda ya no es el conjunto que inició, afirmó y respaldó la socialización primaria, sino que el individuo en sí mismo —en quien ya se internalizó esa base social “original” que se mantiene como referencia— tiene la responsabilidad de definir y definirse desligándose gradualmente de los primeros significantes.

La socialización primaria puede verse como una realidad inevitable, y la resultante de la secundaria, como una vulnerable (Berger y Luckmann, 1986, p. 185-186). Sin embargo, la primera no está libre de amenazas, puesto que todas las áreas de la realidad, o versiones de esta, que son desconocidas para el individuo pueden, al manifestarse, romper con esa inevitabilidad y vulnerar lo que se pensó inamovible. Si el individuo decide continuar con la vulneración de lo inevitable, termina por retar no solo a lo asimilado sino al entramado institucional que le dio ese universo de conocimiento, lo que da pie a que el conjunto considere que el proceso de socialización fue, de algún modo, “deficiente”.

Mientras que la socialización exitosa reporta el establecimiento de un alto grado de alineación entre la realidad objetiva (el deber ser) y la subjetiva (la identidad propia y el poder

¹²⁶ O socializaciones secundarias, puesto que es un proceso inacabado, debido a que, como ya se dijo, no se conoce todo de una vez ni en completitud.

hacer), en la deficiente hay asimetría entre las dos señaladas (p. 205). La primera es más sencilla de lograr en grupos sociales que tienen una división del trabajo sencilla y, por tanto, identidades altamente perfiladas puesto que representan totalmente la realidad objetiva en la que se encuentran: qué puedo y debo hacer, según las reglas que aprendí. Es, por tanto, más común encontrar individuos socializados “deficientemente” en grupos sociales de mayor tamaño y con una organización estratificada. A quienes presentan asimetrías entre lo que las reglas marcan y lo que refleja su identidad (e incluso su corporalidad) se les ve como anomalías del sistema. “Esta asimetría no tendrá, sin embargo, consecuencias estructurales acumulativas, porque carece de una base social dentro de la cual podría cristalizar en un anti-mundo con su propio grupo institucionalizado de anti-identidades” (p. 207). No obstante, se puede decir que sí hay un grupo de antiidentidades presente y manifiesto que ha pugnado por lograr cambios estructurales desde 1969: el de hombres homosexuales.¹²⁷

Berger y Luckmann hablan de unos leprosos para dar el ejemplo de un grupo que, al compartir un rasgo que lo separa de la generalidad y le da cohesión, comienza a objetivizar una realidad. Sin embargo, el proceso descrito es aplicable a la ahora reconocida colectividad de sexodisidencias, que en su inicio se centró en los hombres homosexuales.

Las anti-definiciones incipientes de realidad e identidad se presentan en cuanto los individuos de esas clases se congregan en grupos socialmente durables, lo que pone en acción un proceso de cambio que servirá de introducción a una distribución de conocimiento más compleja. Ahora puede comenzar a objetivizarse una anti-realidad en el grupo marginal de los deficientemente socializados. Al llegar a este punto el grupo iniciará, por supuesto, sus propios procesos de socialización (1986, p. 207).

¹²⁷ Estos, como sujetos más visibles, aunque en los ya mencionados disturbios del Stonewall fueron mujeres trans las iniciadoras.

En 1969 se sabía de la existencia de los individuos deficientemente socializados en el sentido de incumplir con los mandatos del “hombre mexicano”: ser heterosexual, proveedor, padre de familia. Pero no se tenía conciencia, al menos no en el colectivo, de que esos *otros* que existían subrepticamente conformaran una colectividad que retara a lo considerado como incuestionable: todos los hombres mexicanos son heterosexuales, proveedores y padres de familia. Si esa diferencia compartida por el nuevo grupo se reviste de una connotación especial puede llevar a una ruptura. Como el individuo acuerda un estatus privilegiado dentro de su conciencia, que reta a las definiciones de la realidad y de sí mismo hechas por el grupo, se produce una ruptura entre su comportamiento “visible” en la comunidad general y su autoidentificación y comportamientos “invisibles”, o privados, que responden a esa diferencia autopercibida. “Aparece una resquebrajadura entre ‘apariencia’ y ‘realidad’ en la autoaprehensión del individuo” (p. 208), y si “la resquebrajadura se hace visible a la comunidad [...] no será difícil advertir que también la realidad de la comunidad resultará afectada por este cambio” (p. 209).

Lo anterior es particularmente de interés para el caso de estudio de esta investigación. La historia de la novela está situada justamente en el punto en que, históricamente, el grupo de hombres homosexuales —como entidad organizada y autopercibida como comunidad— estaba por develar su existencia, pero este hecho aún no se daba, por lo que cuando se sabía de un hombre homosexual era meramente eso, o, en términos de la época, un simple *maricón* o *joto*, pero no un sujeto de significación social.

Justamente, ese es el trato que recibe Javier Lavallo al publicarse un artículo que revela, ya sin lugar a dudas, que es homosexual y que tenía una relación con un exalumno (Ceballos,

1969, pp. 208-218). La reacción no es violenta en cuanto a lo físico, pero sí en lo simbólico: el profesor debe dejar inmediatamente no solo sus clases sino las instalaciones la universidad, y para recoger sus pertenencias debe acudir bien entrada la noche, cuando nadie lo vea (p. 225). Hasta ese momento, el protagonista de la novela se había desempeñado sin problema en sus dos ámbitos de comportamiento: el “visible”, es decir, su rol como estudiante brillante, primero, y después como profesor universitario, y el “invisible”: sus relaciones con compañeros, alumnos y exalumnos, que mantenía en secrecía variable. Se puede decir, tomando en cuenta este binarismo, que los comportamientos “invisibles” representan el *clóset*, la demanda de discreción y silencio de todas las instituciones de la época —la década de los años sesenta y las anteriores—, mientras que los “visibles”, la cara dada al exterior para evitarse problemas y seguir, hasta cierto punto, el comportamiento *receta*, aunque no para asegurarse de hacer las cosas *correctamente*, sino para simplemente pasar desapercibido.

La coexistencia de esos dos mundos sociales, con el universo de significado que implica cada uno, ofrece al individuo la posibilidad de elegir entre dos identidades perfiladas genuinamente, puesto que ambas le son pertinentes. El hecho de no elegir entre una y otra lleva a “una asimetría socialmente disimulada entre la biografía ‘pública’ y la ‘privada’” (Berger y Luckmann, 1986, p. 212). Por ello resulta particularmente importante el hecho de que Javier Lavallo escriba su historia de vida; así, en ese acto que atestiguan los lectores se da la combinación de las biografías pública y privada, y ambas se convierten en producto de consumo general.

Esta duplicidad o multiplicidad de identidades pertinentes encierra una traición potencial, es decir, el sujeto socializado primaria y secundariamente puede traicionar a sus significantes al

actuar según lo que le pide el submundo (o submundos) al que pertenece, pero a la vez llega a traicionar a esa colectividad subalterna cuando decide actuar de acuerdo con las internalizaciones realizadas en la infancia. Javier Lavallo aún no tiene un submundo homosexual público al cual traicionar; sin embargo, el hecho se da debido a que es él mismo ese submundo, por ser quien lo construyó desde sus comportamientos invisibles —y luego visibilizados contra su voluntad— en Guanajuato hasta su momento presente, en la Ciudad de México, varios años después de su destierro.

3.1.3 La lucha por la diferencia ante los esfuerzos de asimilación

El individuo visto por la generalidad como socializado “deficientemente” estará no solo ante la disyuntiva de la elección entre el universo general y el o los subuniversos descubiertos a los que pertenece, sino como causante de una pugna entre las instituciones, organismos y grupos que mantienen y dan legitimidad a uno y otros. En situaciones como la descrita, en que existe competencia entre distintos organismos definidores de realidad, es tolerable la relación con el grupo secundario, a condición de que quien la realiza mantenga un fuerte lazo con el primario (universo general), para que de esta manera se le reafirme continuamente la realidad “aceptable” (Berger y Luckmann, 1986, p. 191). Esta relación, además, es controlada en cuanto a tiempo y forma, pues siempre se busca que el sujeto “deficiente” con el que se tiene trato recuerde que es, hace o representa algo solamente tolerable pero no aceptado.

En esta relación condicionada es que se manifiestan los esfuerzos del universo de significado general por, idealmente, eliminar al sujeto o grupo de sujetos que retan la legitimidad de la realidad vista como incuestionable por el resto del colectivo. Si la eliminación no es

posible, se busca la asimilación, es decir, la incorporación de esa diferencia bajo los parámetros de lo considerado aceptable, con lo que se da una adecuación de la comunidad incómoda —o algunos de sus representantes— para alinearse y obtener con ello ciertas prerrogativas, lo que llevaría a la traición ya mencionada por los autores, y, en efecto, a una forma de aniquilación por neutralización.

Los universos disponibles para explicar y establecer lo real son la mitología, la teología, la filosofía y la ciencia. El orden en que se mencionan no tiene un afán evolutivo, puesto que de hecho coexisten, incluso en la actualidad. Si se trata de comunidades pequeñas, no será necesario —porque la especialización de roles y trabajo no lo demanda— alcanzar o buscar nuevas maneras de explicar y mantener el universo, y darle legitimidad con sus rituales y tradiciones.

La mitología descansa fuertemente en el halo de secrecía de la ritualidad, por lo que los roles que pueden realizar esa performance son fuertemente resguardados. Hay una mínima necesidad de mantenimiento teórico en este caso, por lo que resaltar los misterios de los ritos y verdades es más que suficiente para sostener el concepto de que hay una continuidad entre el orden social y el orden cósmico (1986, p. 142). Mantener ese vínculo implica sacrificar la posibilidad de mayores opciones de acción.

“El pensamiento teológico sirve para mediar entre esos dos mundos [el humano y el divino], justamente porque su continuidad originaria ahora parece haberse roto” (p. 143). Al transitar de la mitología a la teología, en el proceso de sofisticación del grupo, la penetración de la divinidad en la vida cotidiana es menor. Esa separación permite a los individuos algo que se puede llamar “libre albedrío” para seguir o no los dictados y reglas. Lo esperado es que el sujeto

voluntaria y fervientemente desee salvar esa distancia con la divinidad, y que se aboque a construir una relación plena con los dioses.

A diferencia de la mitología, las otras tres formas históricamente dominantes de mecanismos conceptuales se convirtieron en propiedad de las *élites*¹²⁸ de especialistas cuyos cuerpos de conocimiento se alejaron cada vez más del conocimiento común de la sociedad en general (p. 144).

La teología, la filosofía y la ciencia hacen propiedad de la élite de especialistas —que detentan los roles más valorados—, sus conceptos y cuerpos de conocimiento. Bajo estas tres maneras de crear, explicar y mantener la realidad, es absolutamente necesario reconocer que hay una separación entre las verdades cotidianas y las verdades trascendentales.

La ciencia moderna es un paso extremo en la secularización y sofisticación del mantenimiento de los universos. La ciencia es el punto máximo en el alejamiento de lo sagrado del mundo cotidiano y, al mismo tiempo, aleja al mundo cotidiano del conocimiento como un mecanismo de resguardo del universo simbólico. “El miembro ‘profano’ de la sociedad ya no sabe cómo ha de mantenerse conceptualmente su universo, aunque [...] todavía sabe quiénes son presuntamente los especialistas en el mantenimiento del universo” (p. 144).

Como ya se mencionó, la existencia y combinación de estos mecanismos conceptuales es variada históricamente y aún hoy es posible encontrar espacios y subuniversos en los que pueden coexistir sin mayor problema, siempre y cuando sean utilizados en el mismo caudal de realidad permitido y aceptado. Es decir, se puede a la vez, ante alguna enfermedad, consultar el tarot, acudir a la divinidad y confiar en la ciencia médica.

¹²⁸ En cursiva en el original.

En cambio, si hay desviaciones importantes respecto a conceptos clave como la familia, el trabajo o la sexualidad, todos los mecanismos conceptuales cuentan con medios de respuesta para atajarlas. Es un control social que puede ir del exorcismo al psicoanálisis, y de la cura pastoral al *coaching*. Una de las primeras respuestas ante los sujetos “deficientes” es la terapia: una aplicación de mecanismos conceptuales, con el objetivo de asegurar que los “desviados” — evidentes o posibles— permanezcan dentro de las definiciones de realidad que han marcado las instituciones; “Ya que [...] toda sociedad enfrenta el peligro de la desviación individual, podemos suponer que la terapia, en cualquier forma que sea, constituye un fenómeno social global” (p. 145).

Por lo anterior, la terapia ha desarrollado un mecanismo conceptual que da cuenta de las desviaciones y mantiene las realidades cuestionadas. Esto se alcanza mediante un cuerpo de conocimiento que generalmente incluye una teoría de la desviación (¿por qué sucedió?), un aparato de diagnóstico (¿qué tan grave es el caso?) y un sistema conceptual para la cura (el tratamiento a seguir) (p. 145). Es necesario todo esto porque el desviado muestra una conducta que en sí misma desafía la realidad societaria y sus procedimientos operativos, tanto cognoscitivos como normativos; esto requiere atención expedita y eficiente, para regresarlo al cauce del universo de significado del que está por escindir.

Esta situación también está presente en *Después de todo* de José Ceballos Maldonado: Javier Lavalle, su protagonista, cuenta cómo una de sus hermanas y su cuñado intentan hacerlo volver a la “normalidad” y le sugieren desde curas milagrosas hasta terapias que apelan a lo científico. Lavalle es no solo el gran “desviado” en la historia de la Universidad de Guanajuato, también lo es en la de su familia, por lo que esta última se ve impulsada a actuar.

Mi hermana Lucila [...] se digna a visitarme antes de regresar a Michoacán [...] se permite dar algunos consejos. Por ejemplo, dice que por mi edad debo abandonar “eso”. Cree que, después de todo, ya he perdido bastante tiempo y dinero, pero que aún es tiempo de “reaccionar” [...]. En cuanto a procedimientos terapéuticos para cambiar mi estado, me los sugieren continuamente. Desde la burda hechicería hasta la sicoterapia (por si mi caso fuera producto del “ambiente”). Demetrio me asedia con singular tenacidad. “El método andrógeno es bueno —me dice poniéndose muy serio—; o el de las células frescas o secas; y si fallan, están los estrógenos” (1969, p. 122).

En el fragmento anterior se puede ver la presencia clara de dos de los universos de significado mencionados: mitología y ciencia. La hechicería y los métodos hormonales que le sugieren a Lavalle son testimonio de cómo en prácticamente todas las maneras de explicar el mundo hay opciones para erradicar lo considerado como “desviación sexual”.

Más adelante en la narración también se atestigua cómo los que se consideran representantes de la verdad y lo real se perciben con la potestad de hacer tales sugerencias, pero cuando se les dice algo similar lo ven como un absurdo:

“¿Te inyectarías hormonas con el objeto de abandonar el gusto por las mujeres y adquirir la inclinación por los hombres?”, le pregunto a Demetrio. “¡Qué disparate!”, exclama lleno de pavor. Pero no desiste, vuelve a las andadas, sobre todo cuando lee en *Life* en español algo relativo al asunto (1969, p. 123).

Hay una asimetría doble. No solo por parte del comportamiento de Javier Lavalle a ojos del universo de significado general representado por Lucila y Demetrio, sino en el sentido de quién puede sugerir cambios tan trascendentales, como los tocantes a lo sexoafectivo, sin que sea considerado un despropósito. Lavalle es el otro, el subalterno, el deficiente, por lo que sus sugerencias son vistas como de importancia menor o sencillamente descartables. Esto activa el

segundo mecanismo declarado como factible para el mantenimiento del universo: la aniquilación, que busca liquidar conceptualmente todo lo que esté fuera del mismo.

Este procedimiento puede también describirse como una especie de legitimación negativa. La legitimación mantiene la realidad del universo construido socialmente; la aniquilación *niega*¹²⁹ la realidad de cualquier fenómeno o interpretación de fenómenos que no encaje dentro de ese universo (Berger y Luckmann, 1986, p. 147).

La amenaza representada por los grupos que retan al universo de significado se neutraliza al conferirles un estatus ontológico inferior, al que va aparejado un estatus cognitivo considerado también menor en relación con las definiciones del universo generalmente compartido. Que Demetrio responda a la sugerencia de Javier Lavallo con un: “¡Qué disparate!” da cuenta de que sus definiciones, posibilidades y razonamientos se toman como carentes de seriedad y valía.

Berger y Luckmann usan el siguiente ejemplo en su libro: “La amenaza que para nuestra sociedad homosexual significan los grupos anti-homosexuales vecinos puede liquidarse conceptualmente considerando a esos vecinos como menos que humanos” (p. 147). Es sugerente que hayan elegido ese planteamiento tan poco asequible incluso ahora, y mucho menos en 1986, año en que el volumen fue publicado. En todo caso son muchos más los ejemplos en que ha sucedido justamente lo contrario¹³⁰ el universo de significado heterosexual confiriendo un estatus cercano a la no-humanidad a las personas sexodisidentes.

¹²⁹ En cursivas en el original.

¹³⁰ Para una revisión sobre el concepto de homofobia, se recomienda revisar *Homofobia. Laberinto de la ignorancia*, coordinado por Julio Muñoz Rubio, en 2010, y publicado por la UNAM.

Es también en los grupos sexodiversos que se verifica la combinación de ambos mecanismos. Terapia y aniquilación son vistas, incluso en la actualidad,¹³¹ como opciones válidas para lidiar con su existencia. Mediante la terapia se busca arreglar la desviación, o al menos hacerla manejable, para que el sujeto pueda existir en el grupo social sin amenazarlo, mientras que para la aniquilación “la meta final [...] consiste en *incorporar*¹³² las concepciones desviadas dentro del universo propio y así liquidarlas definitivamente” (p. 148). Es decir, al explicarlas con términos propios del universo general, las argumentaciones de la otredad pierden fuerza, porque ya no están separadas como un subuniverso sostenido por sí mismo, en sus propios términos, sino que se enuncian en los términos “correctos”, lo que termina por desdibujar al grupo y su ideario. Se aniquila neutralizando su agencia.

Esto se puede ver en la historia narrada por Javier Lavallo. Además de la sugerencia de las diversas terapias para dejar “eso” —la homosexualidad—, el publicar la nota periodística en la que se confirma que es un homosexual que “hace de las suyas” en la universidad lo pone en términos del universo de realidad de su contexto geográfico y temporal: es un sujeto que por ser lo que es daña a la institución y por lo tanto a la comunidad en que esta se encuentra. No se le pinta como parte de un grupo, se le presenta como una excepción, con el objetivo de hacer una aniquilación completa no solo al enunciarlo como homosexual sino al expulsarlo de la institución y, en efecto, de la ciudad.

Las aplicaciones terapéuticas y aniquiladoras son inherentes al universo simbólico, pues si este abarca toda la realidad nada debe quedar fuera de su influencia. Así se genera un círculo

¹³¹ Se puede mencionar el Proyecto de ley 1834 de Florida “Parental Rights in Education” (‘derechos de los padres en la educación’), conocido como Don’t Say Gay (No digas gay), que entró en vigor en julio de 2022, y que busca la aniquilación del colectivo LGTBTTIQ+ mediante el silencio.

¹³² En cursivas en el original.

virtuoso y vicioso (según la postura) entre los subuniversos que se niegan a la asimilación y los esfuerzos del universo general para lograrlo.

3.2 Aspectos aplicables de la antropología lingüística

Al dirigir su atención a las maneras en que se comunica un grupo social, la base sociológica de la antropología lingüística es innegable. Con esto en mente se propone como adecuado tomar algunas consideraciones de Alessandro Duranti sobre esta teoría para el análisis de la novela *Después de todo*, de José Ceballos Maldonado. En su libro titulado *Antropología lingüística*, el investigador italiano señala que “el análisis significa dividir el flujo continuo de la experiencia, que caracteriza la percepción propia del mundo, en fragmentos operativos que puedan aislarse para la disección, en formas que no sean del todo *ad hoc*, pero sí reproducibles” (2000, p. 28). Esta perspectiva permite ver a la novela mencionada como una unidad de análisis, puesto que es una organización por escrito del flujo continuo de una experiencia de vida, la de Javier Lavallo, que muestra su percepción y modo de estar en el mundo como un sujeto homosexual de características particulares en un aquí y ahora también declarados: 1969 en la Ciudad de México.

Berger y Luckmann señalan que el vehículo más importante del mantenimiento de la realidad es el diálogo, porque el lenguaje realiza al mundo en dos sentidos: al aprehenderlo y al reproducirlo. El sujeto habla con sus significantes y con el resto del grupo —cuando llega a ese punto—, y al hacerse usuario del lenguaje mantiene esa realidad en la que habita. Ese aparato conversacional debe ser continuo y coherente para ser eficaz en el mantenimiento de la realidad subjetiva que abona a la colectiva (1986, p. 193). Sobre ese diálogo, que también puede verificarse por escrito, dice Duranti: “La escritura es una forma de clasificación muy poderosa,

porque realiza una serie de distinciones al tiempo que ignora otras” (2000, p. 176); esto es importante en el caso que nos ocupa, puesto que así como en los diálogos y discursos orales hay intencionalidades declaradas por omisiones y silencios, en la escritura realizada por Javier Lavallo en la ficción hay un uso constante de esas herramientas: omisiones y silencios que resultan elocuentes.

“En el habla viva, el instante del discurso tiene el carácter de suceso efímero. El suceso aparece y desaparece, por eso existe el problema de la fijación de la inscripción. Lo que pretendemos fijar es lo que desaparece” (Duranti, 2000, p. 193). Ceballos Maldonado, como autor material de *Después de todo*, atajó tal situación al poner por escrito, mediante los filtros literarios, el resultado de los momentos efímeros (habla viva) que compartió con su antiguo profesor, Agustín Gallegos (Medina, 2012, p. 40), cuya historia sirvió como base para la novela mencionada.

Quando escribimos en un trozo de papel la frase que uno acaba de decir, estamos creando un registro en directo de su acción del habla (con una intención o para una audiencia) exclusivamente como moneda de cambio lingüístico, que de esta manera podrá ser examinado o comparado en un futuro con otras monedas de cambio lingüístico de códigos iguales o diferentes (Duranti, 2000, p. 193).

Bajo la perspectiva anterior —que sustentaría el uso de algunas consideraciones teóricas de la antropología lingüística—, Javier Lavallo, como autor dentro de la diégesis de *Después de todo*, registra su historia como una moneda de cambio lingüístico para una audiencia (lectores futuros) y con una intención (compartir su vida). Berger y Luckmann señalan que cuando un individuo recuerda su pasado puede revitalizarlo al dialogar con quienes comparten su relevancia (1986, p. 194), situación que también se verifica en el personaje, cuya narración se sustenta en la

oscilación entre presente y pasado, entre enunciar recuerdos y lo que sucede en su entorno inmediato, para dejar un registro que eventualmente será leído, aunque en este caso la relevancia no está dada *per se*, sino que se busca que la tenga. La historia de su vida le es tan importante que decide convertirla en moneda de cambio, con la esperanza de que su valor sea reconocido.

El proceso anterior, dice Duranti, implica dos operaciones analíticas para quien estudia esa moneda de cambio, en este caso la novela: selección y simplificación. En la primera, “nos concentramos solamente en un muy pequeño subgrupo de acciones que el hablante realiza” (2000, p. 194); en este análisis, por ser un producto literario, lo corporal queda fuera, aunque hay una simulación/ficción de eventos previos y concurrentes en la narración que se pueden elegir o no. En el caso de la simplificación: “Simplificamos la actuación del hablante cuando ignoramos ciertas características de su habla y ofrecemos una abstracción de esta mediatizada por la teoría” (p. 194); se puede decir que, en muchas ocasiones, el producto literario la realiza por *default* para facilitar su lectura y comprensión, sin embargo, es posible especificar en esta reducción al momento de hacer el análisis. Para el caso de la novela a estudiar, Javier Lavallo, como el gran hablante, está bien perfilado y caracterizado, por lo que como lectores no ignoramos nada de su actuación, dentro de la diégesis en que esta sucede.

Elinor Ochs dice: “La representación visual de una transcripción tiene consecuencias importantes para el modo en que los lectores procesan y evalúan la importancia de los diferentes elementos” (Duranti, 2000, p. 202). Un aspecto de gran importancia para esta investigación, puesto que la transcripción/escritura realizada por Lavallo al darse el proceso narrativo, es el producto en sí mismo. Esto se declara desde el inicio:

Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza.¹³³

Me levanto para abrir la puerta de la calle y mientras doy la vuelta por el patio y el pasillo pienso que es fulano. Veo su cara, la brillante mirada inquisitiva, las ropas que viste (conozco su vestuario completo) y hasta oigo las expresiones que suele dirigirme cuando abro.

Me sé al dedillo el modo peculiar con que se anuncia cada chamaco: una palmada fuerte que sacude la madera carcomida y hace que se derrame la polilla, varios toques morosos con el puño apretado, unas raspaduras con la punta de la llave, tres golpes violentos con los nudillos de los dedos, unos toquidos suaves y espaciados, múltiples arañazos nerviosos.

Acierto casi siempre. Y si a veces me engaño es porque hay muchachos (pocos) que tocan indistintamente. Luego están los que llaman por primera vez y que acuden sólo porque “supieron”.

Pero no iba a empezar así. Al principio se me ocurrió sacar mi viejo álbum de fotos y observar las fotografías una tras otra. Como las pegué obedeciendo una estricta secuencia cronológica, la observación de los retratos removería mis recuerdos y yo simplemente iría escribiendo este libro. Pero el proyecto me pareció demasiado plano, casi elemental. Hubiera resultado un nuevo álbum de fotos, solamente que escrito.

Puedo echar mano de un procedimiento habitual: iniciar esta historia con la de mis abuelos; o cuando menos con la de mis padres. Hurgando en la vida de los antepasados siempre es posible encontrar episodios notables; pero si he de escribir esencialmente acerca de sucesos personales, me parece que es llevar la historia demasiado lejos (Ceballos, 1969, p. 9).

El largo fragmento anterior es la primera página de la novela. En estos seis párrafos queda de manifiesto el estilo de la transcripción/escritura que realizará el narrador/autor: el registro en combinación del entorno inmediato (como los toquidos en la ventana) y las evocaciones del pasado. Al decir: “Pero no iba a empezar así”, hace evidente que es un proceso consciente, intencional, y apenas unas líneas más adelante enuncia que está escribiendo: “La observación de los retratos removería mis recuerdos y yo simplemente iría escribiendo este libro”, “hurgando en la vida de los antepasados siempre es posible encontrar episodios notables; pero si he de escribir esencialmente acerca de sucesos personales, me parece que es llevar la

¹³³ Se refiere a su habitación.

historia demasiado lejos”. Otros fragmentos en los que se hace referencia directa al acto de escribir son:

Concentrarme y clavar la cabeza sobre el montoncito de papel blanco, sin rayas (hojas de papel de máquina partidas por la mitad) que estoy emborronando de tinta verde, con mi letra grande, alargada, izquierdilla, y la que únicamente yo soy capaz de descifrar (p. 10).

Para mí ya es un hecho habitual permanecer inclinado sobre la mesa escribiendo estas notas. La familiaridad con el papel y la pluma, las evocaciones del tiempo de Guanajuato (gratas), la relación de los desacuerdos con Rolando, la referencia a mis apuros económicos, las llamadas por teléfono y los toquidos en la ventana, en fin, todos los elementos que van integrando la historia, han desarrollado inopinadamente una especie de amor por este libro. Mi mundo se concreta, se materializa en estas páginas (p. 61).

Pero hace un momento oprimieron el timbre de la entrada con cierta insistencia. No me alteré. Releía el capítulo anterior para tomar el hilo y seguir refiriendo la historia de Leonardo. Pero inmediatamente después la sirvienta gritó mi nombre. Me levanté de la silla no solo intrigado, sino molesto (p. 181).

Otras referencias, casi al final de la novela, son: “Ahora no sólo tengo tiempo para escribir, sino para observar el proceso de mi propia destrucción” (p. 244), “Quisiera registrar los hechos tal como ocurrieron. Pero me reprimo porque debo someter el relato a cierta forma literaria, aunque se modifiquen los acontecimientos en determinado aspecto, y sobre todo, se resientan de espontaneidad” (p. 245). Con este elemento referido en el cuerpo de toda la novela,¹³⁴ queda claro que no es necesario realizar una transcripción para ejecutar el análisis; Javier Lavalle, como investigador/fuente/generador/transcriptor, ya la realizó.

Además, para redondear esta idea de proceso interrumpido, el narrador/autor hace uso de un elemento gráfico, tanto para detener diálogos en evocación, como para indicar el fin del

¹³⁴ También hay referencias al proceso de escribir —y al entorno inmediato que lo interrumpe— en las páginas: 12, 13, 18, 20, 24, 25, 26, 28, 34, 36, 37, 41, 42, 43, 48, 53, 54, 57, 59, 65, 69, 78, 82, 84, 88, 89, 99, 100, 120, 134, 136, 146, 156, 183, 191, 194, 196, 201, 232, 240 y 246.

recuerdo y el regreso al momento presente que es el de la escritura en su habitación; este es la diagonal (/). Usado catorce veces en la novela, el elemento gráfico hace irrupción visual, y con ello pone en alerta: algo sucedió, esto puede ser un cambio de plano espacio-temporal o la irrupción de una voz sobre otra en un turno de habla evocado. Por ejemplo:

Hojeábamos juntos el periódico; y si no estaban buenas las películas salíamos a caminar por los camellones de Reforma, entre Cuauhtémoc y el Ángel, bajo las palmeras y los fresnos.

Generalmente, cuando Ro/

Tocan: ahora sí es Rolando (Ceballos, 1969, p. 20).

—¡Qué tal! —exclamo.

—Voy a la escuela; nos vemos — (molesto).

—Te espero a las doce.

—No, ¿para qué? Voy a estudiar.

—Mira; de todos modos/

—No me entretengas.

—Te acompaño hasta la esquina (p. 97).

En el primer fragmento de la novela, la diagonal¹³⁵ se usa para anunciar la irrupción del entorno inmediato en la escritura de Lavalle, las interrupciones de su inmediatez que, como ya se dijo, quedan registradas en su narración; mientras que en el segundo se usa para indicar un turno de habla traslapado sobre otro: en esa evocación el joven Javier ve cortada su frase por una enunciación de Jaime —uno de sus primeros enamoramientos en Guanajuato— en tono molesto.

Dice Duranti: “La importancia de si los participantes conocen mutuamente sus diferentes atributos o antecedentes es de por sí una cuestión empírica que se debe abordar en cada ocasión” (2000, p. 213). En este caso, por tratarse de una interacción diferida a partir de un producto

¹³⁵ Este elemento puede encontrarse también en las páginas 25, 69, 78, 88, 98, 106, 179, 214, 222, 232 y 240, en la mayoría de los casos para indicar que el entorno se entremezcla con el proceso de escritura, irrupción que se registra en la narración.

tangible, el objeto libro, hay un conocimiento previo. Javier Lavallo tiene conocimiento de que sus lectores saben que él es homosexual y la idea general que tendrían al respecto; mientras que los lectores saben que el narrador no es heterosexual y mantienen ese diálogo —vía la transcripción/escritura— para conocer más sobre el tema.

La fuerza de la antropología lingüística, abunda el autor, radica en “encontrar vías adecuadas para integrar la información de una transcripción con otro tipo de conocimiento que se comparte o conoce entre los participantes” (p. 213). En este caso, el objeto libro *per se* quizá no resulte tan elocuente si no se conoce el contexto general revisado en el capítulo I. Leerlo sin esa ubicación impediría la integración de datos complementarios que abonan al sentido y significado totales de la historia descrita, puesto que, al conocer el código lingüístico sería posible una lectura literal, que manifiesta “una relación de equivalencia término a término entre palabras y significados” (p. 176); pero esto dejaría fuera las inferencias, intenciones y codificaciones secretas o semisecretas, como las de la comunidad homosexual. Si se abordara únicamente la literalidad, se dejaría de lado el hecho de que “nuestras acciones¹³⁶ tienen potencialmente un número infinito de niveles de significado” (p. 213).

Utilizar el lenguaje, dice Duranti, y coincide con Berger y Luckmann, contribuye a crear la realidad que se intenta representar, ya sea esta concurrente con la del grupo social al que se pertenece, o retadora. Este uso del código lingüístico para crear una realidad particular es evidente por parte de Javier Lavallo: al poner su vida por escrito la hace tangible, intercambiable por otros escritos (moneda de cambio) y, además, susceptible a ser compartida incluso oralmente entre quien haya leído su libro y quienes no.

¹³⁶ Como escribir un libro.

Además de lo anterior, la creación de un mundo que, aunque ficcional, descansa fuertemente en los referentes de la realidad conocida y compartida (como la temporalidad y las ubicaciones geográficas de lo sucedido), da aún mayor relevancia a lo que Duranti señala como las relaciones deícticas (de ubicación) entre las expresiones lingüísticas usadas y los rasgos de contexto en que aparecen (2000, p. 291). Así, omisiones, inferencias y enunciaciones vagas sobre la homosexualidad cobran su total sentido una vez que se ubican en su aquí y ahora, además de en su contexto general fuera de las páginas del libro.

El individuo, dicen Berger y Luckmann, identifica que hay un gran devenir histórico, puesto que esto le es enseñado por el mundo institucional. Sabe que hay una larga historia previa a su existencia, y eventualmente cae en cuenta de que esta última está ligada a esa gran narración sobre el grupo al que pertenece. La historia, pues, está ligada a su biografía, y esta será, cuando termine, vista como un episodio en la historia objetiva de la sociedad (1986, p. 82). La cuestión aquí es que la mayoría de esas biografías pasan desapercibidas para la narración general de los acontecimientos sociales; es por ello que el acto de escribir las experiencias personales reta al proceso regular de los conjuntos humanos que tienden a anonimizar los sucesos del sujeto para disociarlos de la individualidad e integrarlos al acopio común de conocimiento, si es que son valiosos para este. El reto de Javier Lavalle es doble, puesto que, además de negarse al anonimato, deja registro de una forma de existir fuera de la norma: bajo los parámetros generales es un no-hombre por no ser heterosexual.

3.2.1 Representación de los mundos posibles o reales

La novela central para esta investigación se trata tanto de una realidad como de una posibilidad. El hecho de que la historia de Javier Lavallo tenga como base la del profesor Agustín Gallegos hace que los referentes al mundo real no se limiten únicamente en cuanto a la ubicación de los hechos —Michoacán, Guanajuato y la Ciudad de México—, sino a las vivencias *per se* que, sin embargo, pasan al terreno de la posibilidad al ser trabajadas con el filtro literario. El uso de un producto tal como unidad de análisis susceptible de trabajarse bajo algunas consideraciones de la antropología lingüística, se puede también justificar mediante el hecho de que resulta interesante para quien ha propuesto el trabajo, esto atendiendo a lo declarado por el mismo Durante: “Si una de las preguntas básicas de los etnógrafos es ‘¿a quién le importa esto?’, debemos estar preparados para contestar que en algunos casos algo es solo importante para nosotros, que nosotros somos el contexto” (2000, p. 29).

Después de todo es la representación literaria y ficcional, pero no por eso menos humana, de un subuniverso de significado real, el de los hombres homosexuales. Uno que, además, se ha modificado enormemente con el paso del tiempo, pues la realidad vivida por tales sujetos sociales en 1969 en la Ciudad de México es abismalmente distinta a la que se puede encontrar hoy en ese mismo lugar para el mismo subgrupo. Ante la falta de oportunidades y apertura para existir abiertamente sin ser aniquilados —literalmente, en muchos casos—, los varones homosexuales del aquí y ahora ya referido debieron acatar el mandato de secrecía para vivir sexoafectivamente en espacios y lapsos muy acotados. El contexto revisado en el capítulo I haría muy difícil que alguien con las características de Javier Lavallo en 1969 (de más de cincuenta años de edad y con el privilegio de la formación académica) hablara directamente sobre ser homosexual fuera de un entorno de extrema confianza, o dejara testimonio por escrito sin que su

publicación estuviera condicionada¹³⁷ a una remota posibilidad, o para realizarse de manera póstuma.¹³⁸

Así, es posible tomar a la novela como el discurso monológico del sujeto, pero no frente a un lingüista con una grabadora, sino diferido y por escrito, ante un eventual lector. Dice Duranti: “Se genera un intercambio idealizado, que pudiera ser fiel en ciertos aspectos, pero poco fiable en otros” (2000, p. 189). Ante la imposibilidad de corroborar con otros sujetos que vivieron en la época, es necesario tomar por cierta la palabra de Javier Lavalle sin dejar de lado el ojo crítico, puesto que la posibilidad de falsedad o, puesto en otros términos, de libertad literaria, está declarada por el mismo sujeto que emite el monólogo: “Debo someter el relato a cierta forma literaria, aunque se modifiquen los acontecimientos en determinado aspecto” (Ceballos, 1969, p. 245). El mismo enunciador lo dice claramente: esto está idealizado, aunque no por eso deja de representar, en lo esencial, a la realidad circundante que constriñe y guía. El narrador de la novela está escribiendo un testimonio escandaloso para la época y, como sabe que las instituciones y el contexto general así lo verían, opta por eufemismos, pausas, silencios y frases de múltiple sentido para decir lo que quiere sin decirlo literalmente. “Es menester callar muchas cosas; porque si las revelara estoy seguro que todo mundo pondría el grito en el cielo, escandalizado” (p. 246).

Esta posibilidad de sesgo, dice Duranti, está presente incluso cuando es el investigador el que realiza la grabación y posterior transcripción de una serie de actos de habla o algún ritual del

¹³⁷ Es sintomático que las novelas *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963) y *Los inestables* (1968) se publicaran bajo seudónimo (Paolo Po y Alberto X. Teruel, respectivamente), además de que fueran acompañadas por sendas notas de advertencia: no son historias biográficas.

¹³⁸ Algo que se puede confirmar con otro caso similar, el de Salvador Novo, quien dejó sus memorias inconclusas, *La estatua de sal*, no a sus herederos consanguíneos, sino al último de sus choferes, quizá con la secreta intención de que las diera a la imprenta eventualmente, como de hecho sucedió.

grupo que estudia. “Cualquier tipo de descripción es por definición una abstracción en la que un fenómeno complejo queda reducido a alguna de sus características constitutivas para un análisis ulterior” (2000, p. 193). Es decir, un análisis de este tipo no es “más científico” si se atestiguó el intercambio.

Por lo anterior, se puede ver a la novela narrada por Javier Lavallo como una reducción de los actos de habla entre Ceballos Maldonado y su maestro, Agustín Gallegos (en el plano de la realidad),¹³⁹ y entre Javier Lavallo y los interlocutores —pasados y presentes— que existen en su mundo (en el plano ficcional). Esto lleva a una alternancia entre realidades: el lector de la novela existe en el plano actualizado de realidad que habitaron Ceballos Maldonado y Gallegos, pero también forma parte del planteado por Lavallo en la diégesis. La realidad pasada por el filtro narrativo regresa a esa misma realidad cuando quien consume esas líneas suspende las urgencias de su aquí y ahora y decide integrarse al mundo del enunciador.

3.2.2 Relación entre sistemas culturales (heterosexualidad vs homosexualidad)

La novela de Ceballos Maldonado representa un esfuerzo de resistencia ante el universo de significado general que da cohesión y coherencia a México y a la mexicanidad, así como a la construcción de “hombre mexicano”,¹⁴⁰ a costa de la asimilación/anihilación de otros subuniversos de significado como el homosexual, cuyos integrantes no deberían ser vistos como “menos mexicanos” o “menos hombres” por vivir una sexualidad no heterosexual. Plantear esto último como válido, explica Dreyfus, se debe a que “buena parte de la conducta humana se

¹³⁹ Vista como el devenir temporal ya vivido y que ha llegado en su avance imparable hasta el momento en que estas líneas son escritas.

¹⁴⁰ Conceptos que también se pueden clasificar de grandes abstracciones enfocadas solo en algunas de sus partes.

produce por medio de la capacidad de copiar, sin participación alguna de estados mentales” (Duranti, 2000, p. 32); de ahí la importancia del habla:

Los antropólogos lingüísticos [...] ven en el habla no simplemente un medio para la representación de una realidad independiente del lenguaje, sino también un recurso ubicuo para reproducir la realidad social y, en consecuencia, las relaciones existentes de poder y dependencia (p. 33).

Se puede reafirmar, por lo tanto, que el habla no solo crea, sino que repite al sistema social y sus ordenamientos. Algo que sucede incluso cuando el código lingüístico es usado para retar a ese sistema, como hace Javier Lavallo. El discurso del profesor, como parte del conjunto de discursos sociales,¹⁴¹ es una manera particular (una de muchas) de organizar el conocimiento mediante el habla, por lo que se convierte en una tecnología de saber que toma como base lo aprendido en su socialización primaria para intentar revertirlo, al menos hasta cierto grado. Duranti indica que el lenguaje, por lo tanto, desempeña un papel clave en el intento de las instituciones para regular las vidas de los miembros que viven bajo su actuación, “la conceptualización que estos hacen de sí mismos, de su identidad étnica y de las relaciones entre los géneros” (p. 34).

Por ejemplo, Javier Lavallo reta las conceptualizaciones de que ser homosexual equivale a ser un enfermo o un sujeto marcado por la tragedia; sin embargo, no cuestiona la supremacía de lo masculino, base del sistema heterosexual que le resulta en un beneficio por ser él mismo alguien que verifica ese mandato en su persona. “Dicen que usted es distinto, que no se le echa de ver nada, sentí gusto” (Ceballos, 1969, p. 67). Se da así, como en muchas relaciones entre

¹⁴¹ Foucault habla en plural de los discursos, una acotación pertinente, puesto que incluso no se puede hablar de un solo discurso homosexual sino de una multiplicidad de estos, más o menos extendidos según sus postulados. En el caso del de Javier Lavallo (marcado por la secrecía y la individualidad), se podría decir que estaba por desaparecer (o al menos por perder adeptos), en pos de una visión gregaria, pública y combativa que ganó prevalencia en las décadas siguientes.

sistemas culturales, una cierta tensión entre lo que se busca lograr al cuestionar y lo que se puede obtener, cediendo a ciertos mandatos, para beneficio individual.

Una cultura, dice Duranti, no solo se pone de manifiesto en las historias que se cuentan una y otra vez (las interacciones rutinarias), “también se encuentra en los intercambios que hacen posible dichos relatos, en las formas de organización que permiten participar a unos y segregar a otros” (2000, p. 27); esto resulta importante para el caso de *Después de todo*, debido a que los sistemas heterosexual y homosexual coexisten en el mismo espacio-tiempo, es decir, no son grupos separados geográficamente en pugna por un territorio, sino que comparten el código lingüístico y las nociones más básicas de lo que consideran su realidad (ciudad habitada, fecha y hora, por ejemplo). Lo anterior hace que sea justamente en la capacidad concedida de contar sus historias donde radique la principal segregación. La toma del espacio público para entregar un discurso oral sobre la diversidad sexual, que hoy es posible, era impensable en 1969; así como hasta antes de 1963,¹⁴² al parecer, lo era la publicación, en una editorial comercial, de una novela cuyo protagonista fuera un varón homosexual. De este modo, la literatura era un coto de poder que el sistema heterosexual cedió en apenas cuatro ocasiones durante la década de 1960.¹⁴³

Duranti indica que “una noción de poder diferenciada significa aceptar que posiblemente encontraremos prácticas lingüísticas distribuidas de modos distintos en función de las coordenadas de género, clase o etnia” (p. 30). Un planteamiento verificable en el contexto revisado en el capítulo I, los varones homosexuales de 1969 y los años anteriores no tenían una amplia posibilidad de generar productos culturales de consumo masivo en que fueran

¹⁴² Año de publicación de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*.

¹⁴³ En 1963 se publicó *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*; en 1964, *El diario de José Toledo*; en 1968, *Los inestables*, y en 1969, *Después de todo*.

representados con dignidad y no como meros chistes. Por ello es que la poesía¹⁴⁴ y la literatura en general a partir del siglo XX convirtieron a la industria editorial en un espacio que más probablemente pudiera tomarse por asalto si se usaba la estratagema ya mencionada: dar al código lingüístico compartido significaciones soterradas, disponibles únicamente para quien debían estarlo.

Gumperz señala sobre el proceso histórico de este enfrentamiento entre sistemas culturales:

Las prácticas de contextualización se difunden de acuerdo con redes institucionalizadas de relación, y su adquisición está determinada por fuerzas económicas, políticas e ideológicas que sirven para ningunear a grandes sectores de la población, este desajuste adquiere una particular importancia a medida que algunos sectores de la población, que anteriormente estaban aislados, van siendo absorbidos por los modernos estados nacionales (Duranti, 2000, p. 43)

De esta manera, la asimilación/anihilación, ya revisada en el apartado 3.1.3, puede verificarse en los pocos productos culturales para el varón homosexual de las décadas de 1950 y 1960 en México y su ciudad capital. El desajuste mencionado por Gumperz es evidente en la producción cinematográfica del país: entre 1953 y 1965 se produjeron cien películas al año (Rodríguez, 2022, p. 92), periodo en el que se pueden ubicar algunas de las revisadas en el apartado 1.2.2: *Yo soy muy macho* (1953), *Pablo y Carolina* (1955), *Las coronelas* (1959) y *Me ha gustado un hombre* (1964). Es decir, del centenar de filmes realizado en cada uno de los años correspondientes solo uno tuvo al tema de la homosexualidad —desde la óptica del engaño, lo risible o lo reprobable— en una posición destacada. Esto, además de reforzar el discurso de cada película —el (supuesto) varón homosexual es indeseable—, da cuenta de la asimetría señalada

¹⁴⁴ Principalmente durante el siglo XIX, aunque la tradición viene desde siglos anteriores, según Gregory Woods.

por Gumperz: tales sujetos, si existen, son ciudadanos de segunda a los que es mejor no nombrar ni representar, puesto que no tienen derecho a tales prerrogativas.

3.2.3 Modo de estar en el mundo

Para la antropología lingüística —y en esto se diferencia de la sociolingüística—¹⁴⁵ es de gran importancia el concepto de cultura como entramado social en el que el sujeto (o grupo de sujetos) a analizar está ubicado, participa y actúa. “La clase social, la historia familiar y el género proporciona una parte de la historia que se está construyendo” (2000, p. 29), indica Alessandro Duranti. Los tres elementos mencionados por el investigador italiano son de gran importancia para la manera en que Javier Lavallo se autoconcibe y presenta. Su clase social no es particularmente elevada, pero trabajar como profesor de la Universidad de Guanajuato le da estabilidad económica suficiente como para permitirse usar los regalos como estrategia de conquista.¹⁴⁶

Pese a que para el momento en que narra su vida Lavallo no lleva una relación cercana con su familia, la historia familiar que se cuenta como de ascenso en cuanto a los lugares que habitan —pasan de un pequeño pueblo a la capital de un estado—, así como respecto a las posibilidades económicas del padre, imprime en Javier la idea de que siempre ha formado parte del mejor estrato, además de progresar con cada movimiento; el hecho de ser un varón, y además el más joven de su familia, lo hace, hasta cierto momento, el favorito y le da la idea de ser,

¹⁴⁵ De acuerdo con Duranti, la sociolingüística tiene un enfoque formalista, al decantarse por el estudio de la lengua, su variación y la competencia de uso, aunque sin tomar en cuenta aspectos contingentes del grupo de hablantes (2000, p. 35).

¹⁴⁶ Esto revisado por Antonio Marquet en su artículo “El regalo en la estrategia de seducción en la novela *Después de todo* de José Ceballos Maldonado”, publicado en 2020, en el número 7 de la revista *Argos*.

podría decirse, invencible, incuestionable. Lo anterior, combinado con su inteligencia y facilidad para el estudio, lo llevan a declarar: “Fui un alumno aplicado [...] una especie de niño precoz, o de geniecillo, con una memoria excepcional, rápida capacidad deductiva y una increíble desfachatez” (Ceballos, 1969, p. 28). Todo lo mencionado hace que el narrador/protagonista de la historia —pese a contar esta cuando ya está en un momento precario de su existencia a causa del autoexilio en la Ciudad de México— nunca pierda del todo su sentido de importancia, de tener algo valioso por decir. El haber sido maestro durante años, y por ello figura de referencia y autoridad, lo acompaña y marca su modo de estar en el mundo: él es el centro, y si el centro se mueve él se vuelve a ubicar.

Lo anterior es verificable en el momento en el que, luego de confirmarse su homosexualidad a causa de la nota periodística publicada, decide migrar a la Ciudad de México. En ese nuevo movimiento geográfico se rompe la racha de los vividos con su familia en la infancia, ya no hay un ascenso social ni económico, sin embargo, está dispuesto a sacrificar esa movilidad simbólica en aras de encontrar otro elemento que en la situación enfrentada en ese instante se le antoja más atractivo: el anonimato. La capital del país le permitiría vivir con mayor libertad su homosexualidad por lo que acude a esta sin meditarlo mucho.

Ese nuevo espacio, el nuevo centro desde el que le será más sencillo vivir, opera en él un cambio, pues, dice Duranti, “determinados usos del lenguaje, algunos actos de habla [...] están relacionados con disposiciones espacio-temporales concretas” (2000, p. 34). Así, la manera en que Javier Lavallo hablaba en sus clases se mantiene como performance que busca deslumbrar, mostrarse en su mejor momento, recordar de lo que es capaz (como se revisó en el apartado 3.1.2); mientras que sus interacciones cotidianas, al ya no ser “el profesor de la universidad”, se

modifican, se relajan. El ocasional *cruising* nocturno que declara realizar (Ceballos, 1969, p. 22), la relación con su casera (p. 13) y el modo en que se relaciona con quienes van a tocar en su ventana o con Rolando, que comparte con él habitación y vida, presentan usos particulares de lenguaje, aunque el tono general de Javier Lavallo es siempre de corrección, en buena medida por sus años como docente.

Un elemento faltante en la enunciación de ese autoconcepto es la palabra *homosexual*. Durante el desarrollo de la novela se usan inferencias y eufemismos para referirse al asunto, tales como: “Eso no me entra únicamente por los ojos [...] yo lo descubro intuitivamente” (Ceballos, 1969, p. 38), “La idea de someterme a un tratamiento para llegar a ser algo distinto de lo que soy me parece tan absurda e impracticable como volver a nacer con distinta personalidad” (p. 122), o “Voy con Félix Garza, que es como yo, y me cuenta unas cosas que aún me resisto a creer” (p. 144). Es hasta casi al final de la novela que dice:

Deploraba cortar mi labor de maestro solo porque a un tipo no le gustaba que fuera homosexual. Sin duda alguna no reflejaba la opinión pública, ya que todo mundo me conocía más que bien y me aceptaba. En algunos sectores hasta me tenían admiración por mi trabajo (p. 214).

Dice Duranti: “El primer paso en el conocimiento de algo es siempre la capacidad de escribir su nombre; de ahí que sea fundamental identificar cuáles son las palabras individuales” (2000, p. 182). Esta palabra individual tan importante para el enunciador es largamente evitada, algo que puede explicarse como resultado del contexto que demandaba silencio al respecto, pero también como una estrategia para lograr que el lector permanezca hasta el final. Aunque eufemismos como “eso” o “ser así” pueden entenderse con cierta facilidad, no es sino hasta que algo se enuncia, se escribe, que se vuelve real e incuestionable.

Se debe recordar que para 1969 la palabra homosexual tendría aún ciertos ecos de diagnóstico clínico —pues tal fue su origen, como se mencionó al inicio del capítulo II—, lo que también explicaría la reticencia a usarla para autonombrarse, a pesar de haber sido la primera creada desde ese subuniverso de significado para identificarse. El término, sin embargo, se integró al grupo usado por el universo general para referirse a los varones no heterosexuales vistos como otredad, un conjunto de palabras que, se debe hacer notar, no eran ni son precisamente respetuosas. Por ejemplo, están *puto*,¹⁴⁷ *maricón*¹⁴⁸ y *joto*¹⁴⁹ entre las más antiguas, y *loca* o *mujercito*, usadas de manera más reciente. Por supuesto, no hay una derivación directa pero sí una evolución en el uso discursivo de conceptos para denigrar al mismo grupo.

“El vocabulario es inestable y varía entre una persona y otra” (2000, p. 184), recuerda Duranti, por lo que sería imposible señalar una voz homosexual, una sola manera de estar en el mundo a través de las palabras. En cambio, se propone que el vocabulario de Lavalle, la manera de decir y no decir que es homosexual, es un ejemplo del espectro de voces homosexuales de su época. “Un espectro que va de la adaptación a la oposición, la subversión, el rechazo o la reconstrucción de definiciones culturales hegemónicas” (p. 30).

3.2.3.1 Comunidad / sujeto de habla

¹⁴⁷ Según el Corpus Diacrónico del Español (CORDE), uno de los primeros usos en México se registró por fray Andrés de Alcobiz en 1543, al referir el castigo dado a los varones que, en lo sexual, fungieran el rol femenino <http://corpus.rae.es/cgi-bin/crpsrvEx.dll>. Este, se debe aclarar, es de los primeros usos registrados; su aparición en un documento oficial permite deducir que era una palabra utilizada comúnmente y desde mucho antes tanto en la Nueva España como en el reino de Castilla.

¹⁴⁸ Es usado desde 1517, con derivaciones como *amariconado*, *amaricado* y *mariquita*, de acuerdo con el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, publicado en 1986 por Joan Corominas.

¹⁴⁹ La primera referencia documental de esta palabra está en el periódico *El Mono*, en 1833, y según la lingüista Concepción Company, podría derivar de verbo *jotar*, es decir, ‘dar pasos cortos y gráciles’. Se puede leer más sobre esta hipótesis en: <https://nosotroslosjotos.com/el-peor-insulto-9-siglos/>.

Aunque sería posible, hasta cierto grado, el planteamiento de *comunidad de habla* a partir de las voces literarias de los protagonistas de las novelas de homosexualidad publicadas en la década de 1960,¹⁵⁰ esto resultaría artificioso y forzado, además de reduccionista. Artificioso y forzado, debido a que los personajes comparten la ubicación geográfica (Ciudad de México), pero no el mismo momento temporal ni los círculos sociales, además de la diferencia de edades (José Toledo es el menor y Javier Lavallo el mayor). Obviar esos aspectos y basar tal comunidad de habla únicamente en el hecho compartido de la sexualidad diversa resultaría en una reducción a un aspecto fundamental, sí, pero no definitorio por sí mismo.

Para evitar lo anterior —que sería replicar y validar veladamente el discurso general para el que el hecho de ser homosexual permite soslayar el resto de elementos y características de un sujeto— es que se plantea lo ya mencionado para esta investigación: Javier Lavallo es visto como representante de esa comunidad de habla ya inasequible, pero sin tomarlo como un referente definitivo, es decir, la del profesor es solo una de las voces de ese espectro situado (1969, Ciudad de México). Lo que resulta interesante de su enunciación, y es por eso que se tomará como el centro del análisis, es que se desmarca del tono trágico y culposos que campea en las narraciones de los tres primeros: *El Muchacho*, José Toledo y Alberto Teruel. Pese a las individualidades de esos enunciadores, sí les atraviesa a todos el deseo de mostrarse como seres irrealizados, trágicos y detestables, algo que evita, mayormente, Lavallo. El protagonista de *Después de todo* tiene al catolicismo con un innegable referente adquirido en su socialización

¹⁵⁰ *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), *El diario de José Toledo* (1964), *Los inestables* (1968) y *Después de todo* (1969).

primaria, sin embargo, su aparición en el momento de la escritura es ya mero acto reflejo y no una creencia verdadera de lo inculcado principalmente por su madre.¹⁵¹

Se puede decir que mientras las voces de los tres primeros aportan al espectro de voces homosexuales la adaptación a las definiciones culturales hegemónicas, la de Javier Lavallo —en varios aspectos— se les opone, las subvierte, las rechaza y busca reconstruirlas. Algo que se puede ver, en el orden mencionado, en los siguientes fragmentos:

Me daba cuenta de que no tenía ni sombra de temor y de que no existían motivos para exhibir aquellas menudas reticencias. Pero “uno es como es”, me dije. Y alcé los hombros (Ceballos, 1969, p. 76).

Porque lo hago en la misma escuela, sí, en el mismo laboratorio, sí, en la misma bodega, sí, en nuestra “máxima casa de estudios”, sí, en nuestra vieja y bienquista universidad. Lo hago porque pienso que nadie supone que lleve mi audacia a tal extremo (p. 103).

Opero en el Cantador, en las proximidades de campo deportivo, en la presa de San Renovato y en el cine Reforma. El domingo es un día que se puede calificar de favorable. Pero entre semana a veces consigo algo importante si camino por la estación del tren y subo por calzada de Tepetapa entre ocho y diez de la noche (p. 128).

En plena euforia, llegué a considerar que el amor que sentía por Leonardo no era una inclinación mal vista, prohibida, casi monstruosa, sino que entre este criterio general y yo sólo se interponían leves diferencias de gusto. Ahora mis relaciones con Leonardo *debían*¹⁵² ser permisibles de pies a cabeza. ¿Por qué no? (p. 180)

En el primer fragmento, muy tempranamente, Javier Lavallo se opone al ideario de la culpa y al “estar haciendo mal” por seguir lo que el deseo le indicaba; en el segundo subvierte el mandato de respeto irrestricto a la institución en la que trabaja, y la usa para consumir sus relaciones sexuales; en el tercero rechaza el pedimento de discreción y sale a ligar en las calles

¹⁵¹ El catolicismo materno es un rasgo que el narrador destaca en la página 25 del libro.

¹⁵² En cursivas en el original.

de Guanajuato, en espacios periféricos, sí, pero finalmente públicos; y en el cuarto busca reconstruir el concepto en torno a la relación entre dos hombres.

La enunciación del protagonista, como ya se dijo, intenta romper con los mandatos y reglamentos del universo de significado en el que creció y esa rebeldía —hasta cierto punto—¹⁵³ es lo que aporta al espectro de voces homosexuales representadas en lo literario que, pese a su paso por ese filtro, retoman algunos elementos de la realidad, es decir, de los varones homosexuales que vivieron en la Ciudad de México durante la década de 1960. Javier Lavallo, con las condiciones personales ya señaladas, es un testimonio particularizado de ese amplio subuniverso.

Otro aspecto que, desde la perspectiva de Hymes, hace imposible hablar de una comunidad de habla, es que la unidad de análisis son los eventos comunicativos sucedidos dentro de esta. “En un sentido, esta perspectiva se centra sobre las comunidades organizadas como sistemas de eventos comunicativos” (Duranti, 2000, p. 385); algo inaplicable al año en que fue publicada *Después de todo*, debido a que no existía, aún, una comunidad como tal, y aunque los actos de habla dan en la actualidad cierta cohesión a una agrupación dispersa, no confinada a un espacio geográfico y que se finca en cuestiones sexuales, sociales y políticas, sería muy aventurado hablar de eventos comunicativos a partir de una narración personal como es la de Lavallo.

3.2.3.2 Competencia y actuación

Por ser de gran importancia para la narración de historias, como es el caso de *Después de todo*, es fundamental el concepto de *actuación*, que está basado en la competencia lingüística.

¹⁵³ Pese a la audacia de usar las instalaciones de la universidad para consumir sus coitos, tiene mucho cuidado de mantener el prestigio de su rol como profesor universitario (p. 88, 104).

Mientras que esta última es el conocimiento ideal que tiene, o tendría, un hablante sobre su lengua, la actuación “es el uso real de una lengua que [...] se rige también por principios como la atención, la percepción y la memoria” (Duranti, 2000, p. 37).

Mientras que para Chomsky la actuación es hacer uso del sistema de la lengua, Austin la considera realizar cosas con palabras. Una tercera noción al respecto, dice Duranti, es: “Zona de la acción humana donde se presta especial atención a la forma del mensaje” (p. 38), un espacio que Jakobson llamó “función poética” del habla, una concepción que se relaciona con lo postulado por Hymes: la actuación tiene que ver con lo creativo, lo actuado, lo logrado. Todo esto se relaciona directamente con lo que cada rol social puede y debe hacer. Es decir, las actuaciones de cada sujeto, en sus diferentes roles, están mediadas por su conocimiento especializado y su capacidad de performarlo ante los demás. “El habla por sí misma significa siempre una exposición al juicio, reacción y cooperación de un auditorio, que interpreta, confirma, aprueba, sanciona, engrandece o subestima lo que se ha dicho” (p. 38). Lo anterior se relaciona con el enfoque dramático planteado por Erving Goffman, que “constituye una forma de análisis que parte de la idea, propia del interaccionismo simbólico, de que toda interacción social es una actuación (performance), es decir, un papel representado frente a una audiencia” (Chihu y López, 2001, p. 239).

En Javier Lavallo se verifica al doble la importancia de la competencia y la actuación. En primer lugar, por su rol como profesor, y en segundo, por su performance como narrador de su historia. En la perspectiva dramática todos los individuos participantes tienen dos asignaciones concurrentes: como actores y como audiencia. Como actores sociales, los individuos presentan un diferente “sí mismo” a distintas personas en diversas situaciones. Es

decir, hay una información seleccionada del todo llamado “uno mismo” que se presenta según convenga.

Así como una interacción cotidiana atestiguada por un etnógrafo se convierte en una representación —idealizada hasta cierto punto y por lo tanto con elementos seleccionados y descartados— al darse frente a una cámara de video o una grabadora de sonido, la de Javier Lavallo es también una elección sobre qué mostrar, cómo y en qué punto de la narración. Se puede decir que el profesor pone a disposición diferida de un auditorio la narración por escrito de su vida, en una actuación marcada por tiempo y espacio, además de con una careta particular.

Esa oscilación entre los diferentes roles que pueden activarse y desactivarse según la ubicación e incluso de acuerdo con la hora del día, lleva también a una alternancia entre códigos o partes específicas de esos códigos (conocimiento especializado). “Los hablantes pueden estar señalando hacia otro tiempo o lugar, donde ellos o sus coparticipantes han estado o estarán” (Duranti, 2000, p. 41).

En el caso de Javier Lavallo, se da una alternancia entre el habla regular y el código/codificación homosexual, una variación que resulta más difícil de detectar debido a que la base lingüística es la misma y el cambio se da únicamente en el sentido de ciertas frases o palabras.

Desde la visión de Goffman, los códigos más importantes que se utilizan en la presentación del “sí mismo” están expresados en oposiciones binarias, como: masculino/femenino, naturalidad/simulación, calma/excitación, familiaridad/rareza, siendo los dos primeros de los principales (Chihu y López, 2001, p. 246).

Con base en lo anterior es que el código de significación puede determinar cuáles “expresiones y gestos realizados por la persona y qué información revelada por ella han de ser

tratados como significativos” (p. 246). Es decir, la actuación puede revelar al sujeto respecto a elementos, temas, sentimientos, ideas y comportamientos que quizá hubiera querido mantener en privado. Así, Lavalle, en su narración, comienza a integrar en su actuación ciertos elementos que lo presentan poco a poco como lo que es: un varón homosexual. Por ejemplo, muy al inicio de la narración dice: “No me asustan el arreglo de la pieza, el aseo de ropa y la preparación de comida. En cuanto a menesteres domésticos soy de una eficacia casi femenina” (Ceballos, 1969, p. 14). El protagonista acepta que realiza labores domésticas y destaca su eficacia “casi femenina”, es decir, confirma la idea de que tales asuntos deberían ser solo cuestión de las mujeres pero que debe realizarlas por no contar con apoyo femenino. Además, agregar el “casi” le permite mantener una separación, aunque sea mínima, entre su “sí mismo”, sus roles y lo visto como impensable en ese momento: afeminarse,¹⁵⁴ incluso siendo homosexual.

De manera general, de acuerdo con Goffman, todo sujeto tiene dos espacios para la realización de su performance cotidiana: los bastidores, espacios privados como su casa, la alcoba o el baño, en los que puede organizar y ensayar su salida al mundo, y los escenarios, es decir, los espacios públicos y compartidos como un salón de clases, una fila, un teatro o una iglesia (Chihu y López, 2001, p. 245). En el caso de Javier Lavalle, sin embargo, esto se complica. Su escenario es el hecho de enunciar su escritura y realizarla, mientras que sus bambalinas son las irrupciones de su entorno inmediato, que dan cuenta de lo que sucede a su alrededor porque quedan registradas. Así, en el mundo diegético de la novela, el profesor está

¹⁵⁴ Regirse en la actualidad por el binario masculino/femenino resulta problemático, sin embargo, para la época de la narración resulta pertinente, pues era visto así: Lavalle no era un “hombre de verdad” no solo por sus relaciones sexoafectivas sino por sus conductas domésticas.

expuesto todo el tiempo y es, casi siempre, en esas bambalinas develadas que revela poco a poco la esencia de su carácter y su “sí mismo”.

Por la mención explícita y recurrente que hace de ella, se puede decir que para Javier Lavalle las bambalinas de su performance como narrador se ubican en la mesa en la que escribe. Dice: “Pausa. Dejo la pluma para sumirme en prolongada meditación, meneo la cabeza desesperadamente, me levanto y doy unas vueltas apresuradas alrededor de esta mesa” (Ceballos, 1969, p. 34), “Mientras aparecía Rolando me puse a dar vueltas alrededor de esta mesa donde escribo” (p. 37) y “Procedí a leer lo que llevo escrito de este relato y aquí estoy sentado ante la mesa, con la pluma en la mano, titubeando entre referirme al presente o continuar con el pasado” (p. 42).¹⁵⁵ Lo anterior se puede relacionar con la perspectiva de Giddens respecto a que una casa es “una plataforma donde tienen lugar una amplia serie de interacciones durante un día cualquiera [...] las diversas habitaciones de la casa están compartimentadas con fines espaciotemporales distintos” (Duranti, 2000, p. 33). Para Lavalle, por vivir en una sola habitación, es la mesa el espacio compartimentado de su esfera vital que destina para el registro de su biografía.

Pero, a pesar de esa constante exposición del narrador de la novela ante sus futuros lectores, se puede decir que hay una participación asimétrica entre uno y otros debido a la codificación homosexual soterrada que se mantiene gracias a la posibilidad de referir con las palabras algo más allá de ellas mismas. “La participación”, dice Duranti, “parte del presupuesto de que la cognición gestiona el volumen de información y permite predecir la acción que los demás realizarán para la resolución de un problema” (2000, p. 45), es decir, con base en el conocimiento obtenido en la socialización primaria se cuenta con el mínimo indispensable, la

¹⁵⁵ También se hace mención directa de la mesa en las páginas 69, 78 y 146.

receta, que permite una interacción pertinente de acuerdo con las reglas del universo de significado¹⁵⁶ bajo cuya influencia se está. Sin embargo, participar implica también “compartir los recursos materiales e ideacionales (las lenguas incluidas), pero no necesariamente al mismo nivel de control ni conocimiento” (p. 45); esta variación puede deberse, en gran parte, a las especificaciones que se hacen en las diversas socializaciones secundarias que experimenta un sujeto durante su vida.

Lavalle, al haber tenido una socialización particular respecto a la homosexualidad, sus prácticas y códigos, tiene una —se puede decir— ventaja respecto a sus futuros lectores y, en efecto, su intención es, además de compartirles su historia de vida, hacerlos partícipes de ese submundo. Su actuación sirve de ventana a un área de realidad que, hasta ese momento (en 1969), estaba oscurecida para el mexicano promedio.

3.3 Representaciones sociales

Ya se mencionó la manera en que, regularmente, el sujeto común del grupo social adquiere un conocimiento de receta¹⁵⁷ sobre su mundo. Es decir, ideas básicas respecto a lo permitido y lo prohibido, que le confieren una pauta general no solo de su actuación sino de su ubicación en ese entramado de actuaciones-participaciones que rigen su cotidianidad. No es necesario (tampoco sería posible) que haya luz en todas sus áreas de realidad, y, para esas que están en penumbras o en oscuridad total, es suficiente lo que dice la receta para actuar en consecuencia. Basta, pues,

¹⁵⁶ Por ejemplo, respeto a los mayores, silencio en una iglesia, siempre usar ropa, llevar corbata al trabajo, etc.

¹⁵⁷ Mencionado en el apartado 3.1.1.

una representación simplificada para saber si eso otro es rechazado, rechazable, relacionable con reservas o si es posible consumirlo o convivir sin temor. Dice Denise Jodelet:

El término representación social remite tanto a los productos como a los procesos que caracterizan el pensamiento de sentido común, es una forma de pensamiento práctico, socialmente elaborado, marcado por un estilo y una lógica propias, y compartido por los miembros de un mismo colectivo social o cultural (2020, p. 52).

El sentido común y la practicidad referidos por la investigadora hacen eco de lo que se espera de una receta: facilidad y concreción. Las representaciones sociales son, por lo tanto, fichas o cartas para el juego social. Si algo no se ha vivido o si no se ha tenido contacto con un grupo social particular, se acude a estas imágenes simplificadas que clasifican lo hasta entonces desconocido en términos de lo considerado “normal” por el universo general de significado y aquellos bajo su influencia. Indica Robert Farr: “Aparecen las representaciones sociales cuando los individuos debaten temas de interés mutuo o cuando existe eco de los acontecimientos seleccionados como significativos o dignos de interés por quienes tienen el control de los medios de comunicación” (Mora, 2002, p. 7). Esto se puede ver claramente en lo referido en el apartado 1.2: los propietarios o voces autorizadas (del periodo revisado) de medios como la prensa, el cine y la música tradicional se interesaron en la manera en que los no-hombres, los homosexuales, deberían ser convertidos en imágenes accesibles y fácilmente recordables. Estas representaciones, que son resultado de su propio devenir histórico,¹⁵⁸ son todas negativas y marcadas por la estridencia, la burla y lo escatológico. “Las representaciones sociales”, dice Moscovici, “emergen determinadas por las condiciones en que son pensadas y constituidas,

¹⁵⁸ Según el Corpus Diacrónico del Español (CORDE), datan del siglo XVI los primeros registros en México de la palabra *nefando* para referirse a las relaciones entre hombres (<http://corpus.rae.es/cgi-bin/crpsrvEx.dll>); mientras que una de las primeras prohibiciones registradas respecto de las relaciones homosexuales proviene del siglo I, gracias a Filón de Alejandría (más al respecto se puede leer en: <https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/2690>). Mientras que la idea de relaciones contranatura es del mismo siglo, y de la escritura de san Pablo.

teniendo como denominador el hecho de surgir en momentos de crisis y conflictos” (Mora, 2002, p. 8). Es decir, es esperable que un hecho tan conflictivo como un hombre atraído sexoafectivamente por otro tenga en su representación los componentes ya mencionados, puesto que es capaz de generar una crisis en las condiciones demandadas y esperadas en el “hombre mexicano”.

Tajeel indica que las representaciones sociales permiten clasificar y comprender acontecimientos complejos y justificar acciones contra otros grupos, así como diferenciar al conjunto social al que se pertenece respecto de los demás (que pueden ser vistos como amenazas o simplemente como inferiores) (Mora, 2002, p. 8).

Lo anterior, de acuerdo con Denise Jodelet, tiene tres esferas de pertenencia: la subjetividad, la intersubjetividad y la transsubjetividad. La primera se refiere a la individualidad, la segunda a las interacciones inmediatas y la tercera al individuo y su grupo contiguo respecto del universo general que incluye no solo la inmediatez sino los niveles más altos y abarcadores del entramado social en que se encuentran ubicados.

Si bien nuestras investigaciones tienden a desentrañar los elementos representacionales compartidos, sería reductor eliminar de nuestro examen aquello que corresponde a los procesos por los cuales el sujeto se apropia y construye esas representaciones. Esos procesos pueden ser de naturaleza cognitiva, emocional, depender de una experiencia en su vida. Desde este punto de vista conviene distinguir las representaciones que el sujeto elabora activamente de aquellas que carga pasivamente, en el marco de las rutinas de la vida o bajo presión de la tradición o de la influencia social (Jodelet, 2020, p. 54).

El sujeto, dice la investigadora, está situado primeramente en su cuerpo,¹⁵⁹ cuestión importante para el hecho de que no hay pensamiento descarnado, es decir, siempre pertenece a

¹⁵⁹ Visión fenomenológica.

alguien y su grupo, pues de este último proviene y le brinda tanto certeza como coherencia. “Las representaciones siempre son de alguien, tienen una función expresiva” (2020, p. 54). Ese individuo se apropia de esas ideas, las encarna y las lleva siempre consigo en todos sus intercambios cotidianos cara a cara.

Son numerosos los casos que ilustran el rol del intercambio dialógico de resultados del cual hay transmisión de información, construcción de saber, expresión de acuerdos o de divergencias a propósito de objetos de interés común, la interpretación de temas concernientes a la vida de los participantes de la interacción, la posibilidad de creación de significaciones o de resignificaciones consensuales (2020, p. 54).

Esas creaciones y resignificaciones que resultan de estos procesos cotidianos dan paso a la transsubjetividad que, según lo que señala Jodelet, se compone por elementos de una escala tal que domina tanto a individuos y grupos como a contextos de interacción, producciones discursivas y formas de realizar intercambios verbales según roles y posiciones en el entramado social general al que se pertenece.

El empleo de la noción de transsubjetividad, presente en la fenomenología, es directamente tributaria a la reflexión de R. Boudon (1995) sobre “la racionalidad subjetiva” y las “razones trans-subjetivamente válidas” al validar una creencia censurada ante una situación [...] o derivada de “principios entrelazados, evidencias empíricas, lógicas o morales” y de compartirla colectivamente porque tiene sentido entre los actores concernientes (2020, p. 54).

Para el caso de la homosexualidad como práctica/objeto y de los homosexuales como realizadores/usuarios, vistos ambos como elementos disonantes y amenazantes, las representaciones sociales al respecto fungen como actualizaciones a la receta, formas de pensamiento prearmadas (Mora, 2002, p. 8) a las que se acude puesto que, como ya se dijo, no es posible contar con información suficiente respecto a todos los temas, y más si se trata de alguno

que sale del área de importancia para una cantidad considerable del grupo social, como podría decirse que era la existencia de la homosexualidad y de los varones homosexuales durante las primeras seis décadas del siglo XX en México.

Como ya se refirió, para Ernesto Meccia la homosexualidad alude a una red de elementos simbólicos, prácticas sexuales y sociales, así como “creencias dadoras de sentido para los actores que [...] hacen de lo actuado (y de lo no actuado) una experiencia” (2006, p. 29). Para el habitante promedio de la Ciudad de México en la década de 1960 —y anteriores— ese conjunto de elementos se desdibujaba, o ni siquiera era visto, y bastaba con el “acervo de conocimiento social disponible a mano” (p. 29) señalado por Alfred Schutz, que para el caso de la homosexualidad estaba marcado por atributos negativos como abyección, vicio o pecado. La homosexualidad como “objeto de pensamiento social” (p. 29) es representada en sus rasgos esenciales, en este caso, solo el sexual, que se considera desordenado, sucio y antinatural, lo que generó una *a-percepción*, concepto que Meccia explica como “la percepción de algo reconociéndolo o interpretándolo sobre la base de lo ya conocido” (p. 29), esto es, realizar inferencias que añaden atributos aprendidos en la socialización y que en el caso de los varones homosexuales eran la perversión, el desorden moral y la inversión sexual.

El sociólogo argentino se refiere a las representaciones sociales como “formas básicas de cognición social cuyos contenidos no corresponden con una reproducción automática del objeto sino a su representación simbólica” (p. 31), es decir, no hace falta, en este caso, estar en contacto con un objeto/sujeto de la homosexualidad, basta con tener presente lo que esta simboliza para saber cómo considerar tanto a la práctica como a sus ejecutantes. Al respecto, abona Mora: “Al tener la representación social dos caras —la figurativa y la simbólica— es posible atribuir a toda

figura un sentido y a todo sentido una figura” (2002, p. 7), esto es, cualquier rasgo fuera de la “norma masculina” es un indicador de homosexualidad y el sujeto en que ha sido detectado se convierte automáticamente en representante de ese grupo rechazado. Se da una suerte de metonimia que avala el rechazo del individuo que se transforma en la confirmación de lo que va aparejado a ese “objeto de pensamiento social”: desviación, desorden, perversión.

Es conveniente recordar la solicitud, referida en el apartado 1.4, que realizó un grupo de intelectuales —entre ellos José Rubén Romero, Renato Leduc¹⁶⁰ y Juan O’Gorman— al Comité de Salud Pública de la Cámara de Diputados en 1934. Referían en esta que los sujetos “afeminados” y de “moralidad dudosa”, impedían el arraigo de las virtudes viriles en la juventud. Esa postura colectiva —así como la de Manuel Maples Arce^{161/162} quien se lamentaba por la presencia de homosexuales en el ámbito cultural y recordaba con añoranza que en los tiempos de Porfirio Díaz se les obligaba a barrer las calles—¹⁶³ revela claramente esta relación entre sentido y figura. Los afeminados a los que se hace referencia (principalmente Salvador Novo y Xavier Villaurrutia en ese momento, aunque no se les menciona directamente) se convierten en figuras reconocibles del sentido dado a la homosexualidad: corrupción, desviación, antipatriotismo. A partir de esto, y como consecuencia del devenir propio de la representación social y valoración del objeto de pensamiento en que se convirtió la homosexualidad, fue que se llegó, en las

¹⁶⁰ Carlos Monsiváis usa como epígrafe para el apartado III de su prólogo a *La estatua de sal*, la siguiente línea de Leduc: “Hay gran copia de efebos cuya impudicia aterra/ y dicen que son males que trajo la posguerra” (2008, iBook).

¹⁶¹ También citada por Monsiváis (2018, p. 77).

¹⁶² Poeta, abogado, diplomático y escritor mexicano nacido en el estado de Veracruz quien fue fundador del Estridentismo.

¹⁶³ Esto en referencia al castigo que, según la historiografía, recibieron los aprehendidos en el baile de los 41, hecho de 1901 ya revisado en el capítulo I.

décadas posteriores a la de 1930, al concepto sobre los varones homosexuales —revisado en el capítulo I— y su representación en medios de difusión masiva como la prensa, el cine, las leyes y la religión.

La cristalización de esas ideas en productos tangibles y masivamente consumidos se debe, indica Meccia, a la *objetivación*, un proceso que Denise Jodelet considera como contribuidor a la representación simbólica. La objetivación permite construir el “conocimiento formal del objeto” (Meccia, 2006, p. 31) por ser una “operación formadora de imagen y estructurante” (p. 31) que permite trasladar a imágenes ideas que hasta entonces se encontraban en el terreno de la abstracción.

La objetivación se da mediante tres pasos: construcción selectiva, esquematización estructurante y naturalización. En el primero, los sujetos se apropian de un *quantum*¹⁶⁴ de información circulante sobre el objeto; se trata solo de una porción de la información que enfatiza o magnifica algún aspecto; en el caso de la homosexualidad, el foco va a lo negativo. En el segundo paso, los elementos informativos que fueron seleccionados se organizan para construir una imagen arquetípica del objeto, y en el tercero se da la instalación de la imagen arquetípica que permanece en la mente del sujeto y/o grupo que la construyó, con lo que adquiere el estatus de evidencia (Meccia, 2006, p. 31). Así, la imagen negativa sobre la homosexualidad y sus ejecutantes se ancló en el México del siglo XX por su proximidad, como amenaza, con la red de significaciones culturales, ideológicas y valorativas respecto de la masculinidad viril y potente que se reforzaron luego del proceso revolucionario iniciado en 1910.

3.3.1 Primeras representaciones de la homosexualidad

¹⁶⁴ Del latín, significa ‘cantidad’.

Así como a partir de la acuñación del concepto homosexual fue necesario crear el de heterosexual,¹⁶⁵ las construcciones arquetípicas respectivas se dieron como reacción de uno frente al otro. Es decir, la heterosexualidad, vista como la normalidad contra la que todo se debía medir, consignó un entramado en cuya base se encuentra la supremacía de lo masculino y el mandato reproductivo —al menos en potencia— para la sexualidad. Contravenir esto amenazaría el orden social, y la homosexualidad “recién descubierta”¹⁶⁶ justamente hacía eso, por lo que se hizo necesario desarrollar una postura al respecto.

Según Meccia, esta construcción selectiva de contenidos para la representación de la homosexualidad se vuelve inteligible al integrarse a un entramado cultural en el que existen relaciones de dominación, que en este caso se dan entre la cultura heterosexual y la homosexual,¹⁶⁷ aún en desarrollo.

Actualmente, indica el investigador, coexisten construcciones arquetípicas sobre un mismo objeto, la homosexualidad y sus ejecutantes, que se derivan de tramas opuestas: la heterosexual y la sexodiversa. La primera genera sus representaciones respecto de la homosexualidad/diversidad sexual que, en muchos casos, los homosexuales absorben y se autoaplican, es decir, interiorizan la homofobia. A la par, la trama sexodiversa genera autorrepresentaciones que desdican a las de la trama heterosexual y funcionan como orientadoras

¹⁶⁵ Esto se revisó al inicio del capítulo II.

¹⁶⁶ Esto en sentido figurado; de la práctica existen registros desde la antigua Grecia, aunque con otras denominaciones.

¹⁶⁷ Que en este punto es más pertinente llamarla cultura sexodiversa, para integrar a todos los, las y les participantes, en lugar de enfocarse únicamente en el varón homosexual.

de prácticas e identidades sociales alternativas (Meccia, 2006, p. 32), es decir, dan pie a la creación de un estilo de vida *gay*.¹⁶⁸

Las novelas publicadas durante la década de 1960 que se revisaron en el apartado 2.3 marcan un primer momento —para el caso de la literatura mexicana— en la coexistencia de los dictados de estos entramados opuestos. En las tres primeras: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), *El diario de José Toledo* (1964) y *Los inestables* (1968), hay una evidente alineación con los dictados de la trama heterosexual y los discursos que difunde y le dan soporte. En la primera la homosexualidad es vista como un castigo divino, en la segunda, como una condición trágica, y en la tercera, como algo repugnante que lleva, irremediamente, a la perdición. Hay, en los tres casos, una innegable homofobia internalizada, debido a que, como señala Bordieu, sus pensamientos y autopercepción descansan en la estructura de dominación que se les ha impuesto: la del mundo heterosexual y sus discursos. “Sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión” (2000, p. 26).

En *Después de todo* es que se da un primer punto de inflexión, y, aunque se mantiene latente la culpa católica, el protagonista, como se revisó en el apartado 3.2.3.1, decide oponerse, subvertir, rechazar y reconstruir las definiciones culturales hegemónicas que definen la realidad general en que está inserto. En el siguiente fragmento de su narración es que se nota más claramente su necesidad de reconstruir algo tan básico como la validez social de sus relaciones sexoafectivas:¹⁶⁹

¹⁶⁸ Término pertinente, en rigor histórico, a partir de 1969, pero mucho más extendido desde la década de 1970 y siguientes, como autorreferencial y reivindicativo. El origen de ese sentido se ha tomado de la cinta estadounidense *Bringing Up Baby*, de 1938, en la que Cary Grant, quien pierde su ropa, debe llevar una bata femenina vaporosa al salir del baño, cuando alguien le pregunta por qué está vestido así, su respuesta es: “I just went gay all of a sudden”.

¹⁶⁹ Dejando de lado el aspecto del estupro, que ya se revisó en el apartado 1.4.1.

Llegué a considerar que el amor que sentía por Leonardo no era una inclinación mal vista, prohibida, casi monstruosa, sino que entre este criterio general y yo sólo se interponían leves diferencias de gusto [...] mis relaciones con Leonardo *debían*¹⁷⁰ ser permisibles (Ceballos, 1969, p. 180).

Así, al cierre de la década de 1960, el espectro de voces de varones homosexuales representado en la literatura nacional alcanza el punto de una *polifasia cognitiva*, concepto de Denise Jodelet que se explica como un momento en el que coexisten “en un mismo sujeto o en un mismo grupo, representaciones que, por fases, parecen describir adecuadamente un mismo objeto y orientan prácticas divergentes y afines” (Meccia, 2006, p. 32). Claro está que, en la práctica, se daba la formación de parejas entre varones homosexuales; el aporte de Ceballos Maldonado en voz de Javier Lavalle, es la enunciación de esa posibilidad sin el calificativo de monstruosa por parte del criterio general, es decir, los sujetos bajo la influencia del universo general de significado y sus discursos.

Algo en lo que fallan las cuatro novelas de homosexualidad publicadas en la década de 1960 es en cuestionar la supremacía de lo masculino. Todos los protagonistas se alinean con la demanda de discreción en sus atuendos y ademanes, y se cobijan bajo su aspecto de hombre *normal*, para operar más fácilmente en varios ámbitos, es decir, pasar desapercibidos. El personaje principal de Paolo Po habla de mariquitas (1963, p. 48), putos (p. 61) y obvios (p. 67) para referirse a la otredad, dentro de la otredad, y separarse; José Toledo señala que su relación con Wenceslao debe mantenerse en secreto para preservar su honor (Barbachano, 1964, p. 33), y Alberto Teruel busca desesperadamente aislarse del resto de homosexuales a los que

¹⁷⁰ En cursivas en el original.

constantemente llama “seres grises” (1968, p. 19), además de usar epítetos como joto, degenerado (p. 45), maricón (p. 62), loca (p. 100) y volteado (p. 330).

El caso de Javier Lavallo no es distinto: se refiere a su vecino de habitación como el “maricón que vive en la pieza de al lado” (Ceballos, 1969, p. 10) y también busca mantener cierta imagen *decorosa* ante los demás, en este caso, ante su casera: “A mí no me conviene que salga y vea los chamacos, me exhibirían francamente, y esto no lo puedo permitir” (p. 68). Más adelante, en una evocación de su vida en Guanajuato, recuerda que le dijeron: “A usted no se le nota nada” (p. 171): habla, al igual que José Toledo, de su imagen pública cuando Leonardo, su última relación en Guanajuato, revela a un amigo suyo la relación que sostiene con Lavallo: “¿Por qué? ¿Cómo se te ocurrió? ¿No te das cuenta que también lesionas tu prestigio personal?” (p. 175), un elemento muy cuidado por él mismo debido a su rol como profesor. Esta supremacía de la masculinidad en aspecto y maneras se encuentra también una década después en *El vampiro de la colonia Roma*, escrita por Luis Zapata en 1979; Adonis, el narrador, dice en un punto: “Las locas son las que nos desprestigian a los homosexuales de corazón, a los homosexuales serios”¹⁷¹ (2019, p. 41). Se plantea de este modo lo que Meccia define como una doble actitud hacia el hecho de ser y vivirse como varón sexodisidente: el homosexual homófobo (alineado con el entramado heterosexual) y el homosexual homófilo (que plantea su propia manera de estar en el mundo) (2006, p. 32).

Se puede decir que de las primeras representaciones literarias sobre los varones homosexuales, es la de Javier Lavallo la más cercana a la homofilia, pues en él se verifica lo que indica el sociólogo argentino: la supremacía de la acción social por sobre la acción sexual (p.

¹⁷¹ Se añadieron puntuación y mayúsculas; la redacción original no tiene ninguno de esos elementos.

32), es decir, ¿cómo vives con lo que haces? Mientras El Muchacho, José Toledo y Alberto Teruel se aniquilan y con ello corroboran los discursos del entramado heterosexual, Javier Lavallo dice lo siguiente para terminar su historia:

Porque en general, bajo un dilatado cielo de condenación, pero a la vez de renovada promesa, he vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy. Es cierto, desde luego, que no he triunfado en el sentido común y corriente, ni en el que yo mismo me proponía [...] Pero en cambio, he vivido sin inhibiciones. ¿Pueden entenderlo? No durante algún tiempo, que es por lo que opta la mayoría de ustedes, sino eternamente. He vivido así y no me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa (Ceballos, 1969, p. 252).

IV. LA POÉTICA DE JOSÉ CEBALLOS MALDONADO

A continuación se presenta un bosquejo de la poética de José Ceballos Maldonado a partir de las tres novelas que publicó en vida.¹⁷²

Una sexualidad libre, gozosa y cuestionante parece ser la base de la narrativa del autor michoacano quien, de esa manera, se convirtió en un interlocutor un tanto incómodo para su momento y contexto. Su rol social en Uruapan, por ser médico y empresario, fue, lo que le permitió cierta libertad de plantear esas preguntas y retos a su entorno. Esto tiene un valor en sí mismo, puesto que, pese a ser esa figura referencial, decidió no quedarse en la comodidad de su estatus, y echar luz, mediante su literatura, en áreas de realidad oscurecidas¹⁷³ para muchos. En cierto modo, se puede decir que Javier Lavalle, en su afán por no conformarse y con ello, abonar inconscientemente a la reconstrucción de mandatos y estructuras sociales, representa una extensión de los objetivos vitales del autor que le dio existencia literaria.

Aunque en su momento se consideró que *Después de todo* era la publicación más escandalosa de José Ceballos Maldonado¹⁷⁴ por tratar el tema de la homosexualidad, lo cierto es que su producción novelística, como se pretende mostrar en este breve análisis, está marcada por la presencia de una sexualidad que, aún en la heterosexualidad, busca romper con los esquemas y las normas. Además de esas disidencias sexuales, es posible encontrar otras representaciones sociales en las novelas publicadas por Ceballos Maldonado, tales como las de los matrimonios

¹⁷² Hay una cuarta publicada póstumamente: *Fuga a ciegas* (Ediciones Coyoacán, 2005).

¹⁷³ Retomando el concepto de Berger y Luckmann revisado en el capítulo III.

¹⁷⁴ Como se leerá en las críticas literarias de la época revisadas más adelante en este capítulo.

bien establecidos, la santidad de esa unión y lo permitido a las señoritas *decentes*, por mencionar algunas.

4.1 La narrativa de José Ceballos Maldonado

Al referirse a la creación literaria de José Ceballos Maldonado¹⁷⁵ es ineludible pensar en el cinismo que la permea. Debe aclararse que es el cinismo filosófico el presente y no el que define el diccionario de la Real Academia Española como: “Desvergüenza en el mentir o en la defensa y práctica de acciones o doctrinas vituperables” (RAE, 2022), aunque hubo y hay quienes, incluso ahora, encontrarían desvergüenza en los personajes de su obra.

El cinismo planteado y practicado por Antístenes en primer lugar y después por Diógenes de Sínope, por mencionar algunos de los representantes de esa escuela, se basa en la búsqueda de la felicidad dejando de lado los atavismos sociales y culturales:

La cultura es un impedimento para alcanzar la ansiada felicidad que todos buscamos, pues la complejidad de la vida en sociedad hace que, dentro de la cultura, la felicidad requiera un mayor sacrificio de los valores y libertades de la persona. Observando a los animales, los Cínicos consideraron que la felicidad es más fácilmente alcanzable si solo atendemos a criterios biológicos,¹⁷⁶ por eso proponen un modo de vida acorde con nuestra naturaleza, logrando una felicidad más fácil de alcanzar al simplificar nuestras aspiraciones (Baquero, 2020, p. 13).

Lo anterior resuena con lo que se plantean Tea y Adrián, Javier Lavalley y Rodrigo, los protagonistas respectivos de las tres novelas que Ceballos Maldonado publicó en vida:¹⁷⁷ *Bajo la*

¹⁷⁵ Escritor michoacano nacido en Puruándiro que desarrolló su carrera en Uruapan.

¹⁷⁶ Esto es pensando en atender a la biología individual, es decir, las apetencias particulares que demanda el cuerpo. La sexualidad de Javier Lavalley sería vista como “contranatura” por su contexto, pero desde la perspectiva de la escuela cínica sería totalmente válida e incuestionable, por atender a lo que su biología le indicaba.

¹⁷⁷ *Fuga a ciegas* se publicó en 2005, una década después de la muerte del escritor.

piel (1966), *Después de todo* (1969) y *El demonio apacible* (1985). En las tres novelas se atestigua la manera en que uno de los criterios biológicos más urgentes, el sexual, es el que guía las acciones. Los protagonistas de estos trabajos literarios tienen el centro de su motivación en el placer sexual, pero aunque se dé la consumación de este, las historias narradas están marcadas en mayor medida por la lamentación de que, a pesar de sus esfuerzos, el goce completo y permanente parece eludirles eternamente. Se forma así un círculo que Diógenes vería como virtuoso.

Las críticas de la época hacen ver que muchos lectores encontrarían escandalosos a los personajes de Ceballos, lo que llevaría a verlos como representaciones de lo que no se debía ser o hacer, como antihéroes que contando su historia marcaban el camino prohibido. Sin embargo, es posible que fuera otra la intención del autor al registrar literariamente tramas en las que está presente el cuestionamiento a lo definitorio de la virginidad femenina, la fidelidad conyugal, las relaciones en las que hay una vasta diferencia de edades y lo punible de la homosexualidad. Lo más probable es que su objetivo fuera simplemente presentarlas para hacerlas existir más allá de los rumores y las maledicencias, y dotarlas del halo de eternidad que envuelve a los libros. A lo anterior se inclinaba su hijo, Héctor Ceballos Garibay, quien escribió sobre Ceballos Maldonado:

Abogó siempre por la absoluta libertad de elección y el derecho de cada quien a decidir sobre su cuerpo. Fue partidario de una sexualidad gozosa, sin culpas y muy intensa como clave de la buena salud física y mental de los individuos (s.f.).

Tal postura se puede ver en los tres trabajos narrativos ya mencionados, aunque, se debe decir, en mayor o menor grado todos sus personajes fallan en liberarse por completo de las convenciones sociales y saben que hay un precio a pagar por la libertad con que buscan vivir su

sexualidad, aunque sea momentánea o mientras duren la juventud y el dinero. Este reto constante al deber ser, esta ruta condenable para muchos, pero transitable por todos —si se tiene el valor necesario— permite plantear que la creación de Ceballos Maldonado tiene tres elementos constitutivos innegables: la carne, el sexo y la esperanza.¹⁷⁸

Tea y Adrián, en *Bajo la piel*, Javier Lavallo en *Después de todo* y Rodrigo en *El demonio apacible* dan cuenta a) de la carne que les dota su historia misma, con lo que alcanzan la tridimensionalidad necesaria para dejar huella; b) del sexo como brújula que a veces falla en apuntar al Norte; c) y de la esperanza de llegar a buen puerto vital y social, a pesar de desdeñar a esa misma sociedad que les rige.

4.1.1 Carne (tridimensionalidad)

Luego de *Blas Ojeda*, elogiado tomo de cuentos que Ceballos Maldonado publicó en 1964 y que le acarreó problemas en Uruapan, porque algunas de las narraciones fueron reconocidas por sus protagonistas reales, el escritor presentó *Bajo la piel*, su primera novela, bajo el mismo sello editorial: Costa-Amic. Habían pasado dos años del escándalo cuando el libro salió de imprenta; sin embargo, se decidió incluir una nota —en una página sin numeración— que dice lo siguiente:

Todos los protagonistas de este libro son seres de ficción; la similitud remota o cercana con personajes de la vida real deberá atribuirse a un caso puramente fortuito. La ciudad donde transcurren los hechos es una población innominada, y sus calles, plazas, templos, establecimientos públicos, etc., son asimismo imaginarios. En cambio, los escenarios del bosque, con sus cumbres,

¹⁷⁸ El crítico Javier Peñalosa comentó en 1964 *Blas Ojeda*, el libro de cuentos con el que inició formalmente la carrera literaria de José Ceballos Maldonado, y señaló que los personajes del autor michoacano estaban hechos de “carne, hueso y esperanza” (2016, p. 15), es a partir de esta frase que se replantean los componentes de la narrativa analizada.

particularidades del terreno, vegetación, atmósfera y corrientes de agua, pertenecen a la sierra de Uruapan y se encuentran descritos con absoluta fidelidad (1966, s.n.).

Luego de la aclaración, *Bajo la piel* desarrolla la doble corporalidad que la compone. Es un narrador omnisciente el que dota de carnalidad a Tea y Adrián, los involucrados en una relación extramarital que está al borde del escándalo. El lector los encuentra cuando fueron descubiertos en una situación comprometedoramente luego de uno de sus encuentros sexuales. Lo visto por el testigo que grita y se agita no es nada definitivo, pero, si el marido de Tea y la esposa de Adrián enfocaran su atención en el hecho, poco tardarían en enterarse del amorío desarrollado, prácticamente, bajo los techos de ambas familias.

Tras ese primer momento de tensión se desarrolla la historia en dos perspectivas: la del conquistador casado y la de la esposa infiel debido a la insatisfacción. Se trata de una narración oscilante en el tiempo que permite conocer todos los pormenores, y que se desarrolla en dos partes —cada una con cinco capítulos— y un epílogo. En la primera parte, el narrador omnisciente alterna la posición de Adrián en un capítulo con la de Tea en el siguiente. El aporte del primero lleva la historia del momento presente, al ser sorprendidos, hacia adelante, es decir, lo que pasa inmediatamente después. Mientras que la narración sobre Tea va hacia el pasado para dar a conocer cómo fue que llegó al punto de la infidelidad. En la parte dos es Tea quien tiene el papel central, su historia ya está entrelazada a la de Adrián —más allá de compartir ciudad y clase social—, y la narración sobre ambos coincide temporalmente a partir del capítulo 4 de la parte dos. Es entre este y el siguiente que queda resuelto el nudo principal, mientras que en el epílogo el lector atestigua la resolución que los involucrados toman sobre su vínculo placentero, pero potencialmente catastrófico.

Algunas críticas de la época apuntan al valor literario de la historia, pero sin dejar de mencionar lo explícito de las escenas amorosas. Por ejemplo, Francisco Zendejas publicó en *Excélsior* el 5 de junio de 1966:

No recordamos en la historia de la novela mexicana de los últimos 20 años, nada que se pueda comparar a esas escenas en que se toca la relación amorosa con lujo de detalles [...]. La novela está escrita con pericia, celebrándose en varios planos narrativos, en retornos al pasado, en intercalaciones de otras historias (2016, p. 23).

Javier Peñalosa publicó el 25 de agosto de 1966 en la *Gaceta de Cultura*:

Plantea el caso de una mujer que, en busca siempre de una plenitud sexual, llega hasta el adulterio. Jamás logra la satisfacción [...] estamos seguros de que, superando algunos pequeños vicios, [Ceballos Maldonado] llegará a ser uno de los más importantes narradores de la actual generación (2016, p. 27).

La autora y crítica, María Elvira Bermúdez, comentó la novela el 8 de enero de 1967 en el diario *Excélsior*:

Ofrece sendas versiones sobre un hecho en que dos personas toman parte [...] el drama de una mujer que jamás logra armonizar su instinto sexual ni con el novio, ni con el marido ni con el amante porque cada uno de ellos solo piensa en sí mismo (2016, p. 29).

En el *Heraldo de México* el crítico Huberto Batis dijo sobre *Bajo la piel* el 17 de julio de 1967:

Ceballos Maldonado ha conseguido [...] una construcción de estructura alterada en el tiempo y en el espacio, sólida. Se sabe todas las recetas del suspenso erótico, y si a ratos cae en la pornografía, ésta es divertida por su ingenuidad mañosa (2016, p. 32).

Además de lo anterior, Batis indicó: “Hay también una tibia inculpación a la sociedad provinciana que se queda en caricatura” (p. 32), una consideración con la que no concuerdo

puesto que, en mi opinión, más que culpar a los atavismos sociales provincianos, el autor los dibuja apenas en sus rasgos esenciales como un telón de fondo, como una recriminación latente que, más que desde el exterior, aparece y avasalla desde el interior de los mismos personajes pese a su deseo de no regirse por esas convenciones.

El mismo Batis mencionó que el título original, “El cabo suelto”, fue cambiado por *Bajo la piel*, modificación que consideraba acertada. Un dato que Emmanuel Carballo había publicado en *Excélsior* el 13 de junio de 1966 (2016, p. 25). Independiente de si el nombre inicial revelaba o no la trama, como consideró Batis, el trueque nominal hizo de la primera novela de Ceballos Maldonado una excepción a la regla, puesto que las dos siguientes (*Después de todo* y *El demonio apacible*) tienen por título frases que aparecen en el texto literario. De no haberse dado la modificación, lo anterior se habría corroborado en estas palabras de Mario Molina, el marido de Tea: “En México la justicia está en el arma y en el coraje del ofendido [...]. ¡A mí el que me ofende me la paga! ¡Y pronto, porque no me gusta dejar ni un cabo suelto!” (1966, p. 142).

En *Después de todo*, el título aparece en la frase final: “He vivido así y no me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa” (1969, p. 252); mientras que en *El demonio apacible* se puede leer: “Me estremecí pensando en lo que sucedería en medio de tanta reserva y comodidad. Como si de golpe se hubiera removido lleno de gusto el demonio apacible que llevaba dentro” (1985, p. 137). No es algo infrecuente que las novelas lleven por título el nombre de algún personaje o que se refiera a una situación, elemento o lugar importante, sin embargo, en el caso de las publicadas por Ceballos Maldonado, encontrar esas frases en el cuerpo del texto dota de sentido total al nombre elegido que, en los tres casos, pareciera anodino por no dar pista sobre el tema de la narración.

Después de todo se publicó en 1969, en la editorial Diógenes, una mera coincidencia, pero que parece abonar a la fuerza del que podría ser el más cínico de los personajes del autor uruapense: Javier Lavalle.

Esta segunda novela desarrolla su historia, narrada en primera persona, en 12 capítulos y 252 páginas. En este caso se trata también de una narración oscilante en el tiempo. El protagonista-narrador, Lavalle, lo deja claro desde el inicio: está escribiendo la historia de su vida y no se decide en cómo desarrollar tal empresa. Con esto, *Después de todo* se convierte en un producto metaliterario,¹⁷⁹ una narración que habla sobre sí misma y cuya génesis es atestiguada por el lector conforme avanza en sus páginas. Esto queda declarado desde el primer folio de la historia:

Pero no iba a empezar así. Al principio se me ocurrió sacar mi viejo álbum de fotos y observar las fotografías una tras otra. Como las pegué obedeciendo una estricta secuencia cronológica, la observación de los retratos removería mis recuerdos y yo simplemente iría escribiendo este libro. Pero el proyecto me pareció demasiado plano, casi elemental. Hubiera resultado un nuevo álbum de fotos, solamente que escrito.

Puedo echar mano de un procedimiento habitual: iniciar esta historia con la de mis abuelos; o cuando menos con la de mis padres. Hurgando en la vida de los antepasados siempre es posible encontrar episodios notables; pero si he de escribir esencialmente acerca de sucesos personales, me parece que es llevar la historia demasiado lejos (1969, p. 9).

La enunciación directa de estar escribiendo se realiza nuevamente en las páginas 10, 61, 181, 244 y 245; esto es importante debido a que el proceso de escritura por parte de Javier Lavalle mantiene la coherencia en los saltos temporales y de ubicación que se realizan constantemente en los 12 capítulos de la novela. El narrador describe el presente: su entorno

¹⁷⁹ Estilo narrativo usado por Ceballos Maldonado solo en esta novela de las publicadas en vida.

inmediato y el hecho de estar escribiendo; así como el pasado, en el que regresa hasta sus primeros años de infancia y avanza por los subsecuentes grados escolares e historia posterior. En esta publicación, a cinco años de la de *Blas Ojeda*, la aclaración editorial ya no fue sobre el lugar o la naturaleza ficcional de los personajes, sino sobre el tipo de historia. En la portada, a manera de sinopsis-advertencia, los editores incluyeron un breve texto en el que aparecen las siguientes líneas:

Novela narrada en primera persona y en dos tiempos, el pasado y el presente, cuenta la historia de un homosexual o, más bien, del mundo en que gozan y padecen esos seres agónicos y frágiles que forman una de las minorías más inasequibles y combatidas, los homosexuales (1969, s.n.).

En las críticas sobre esta novela publicadas en la prensa, se hizo aún mayor hincapié en el calificativo de “pornográfica”, además de insistir en lo desusual o polémico del tema por ser la historia de un homosexual que narra su vida en primera persona, y que además no expía su proceder con la muerte, como en *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano, o con la autoaniquilación avergonzada, como en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), de Paolo Po, o en *Los inestables* (1968), de Alberto X. Teruel. Emmanuel Carballo publicó el 18 de mayo de 1969, en el diario *Excelsior*:

Después de todo representa la madurez de Ceballos Maldonado como novelista [...] pocas veces, como en esta novela, la palabra se desprende de sus ataduras y presenta llana y directamente la empresa de un hombre que atiende el llamado de su destino, que lo sitúa en la barricada de enfrente a las costumbres establecidas (2016, p. 34).

Rafael Solana, en *El Universal*, escribió un texto (a manera de carta) el 26 de mayo de 1969, en el que coincidió con Carballo al señalar que *Después de todo* era el mejor de los libros de Ceballos:

Aunque el tema de *Después de todo* sea más atrevido que los de sus otros libros, o por lo menos más desusual, encuentro ya mayor moderación en su lenguaje, que otras veces me ha escandalizado.

[...] Temo mucho que un estudio serio acerca de usted tendría que llamarse algo así como “De los límites entre la literatura y la pornografía” [...]. En muchas de sus páginas juega usted con fuego; creo que difícilmente podrá su libro ser recomendado, salvo con muchas reservas a adultos [...], pero también que cuando los criterios se hagan más amplios [...] el libro de usted será buscado y elogiado (2016, pp. 37-38).

María Elvira Bermúdez publicó en *El Nacional*, el 9 de junio de 1969, una crítica en la que también resaltó el carácter pornográfico de la novela, aunque con una valoración distinta sobre ese concepto:

A mi juicio, pornográfico puede ser el término medio entre lo erótico en el extremo positivo y lo obsceno o salaz en el negativo, un término medio que en realidad se logra mediante un equilibrio asaz inestable.

Acepto por lo pronto esa equidistancia y por ello afirmo que pese a la pornografía que sin duda muchos verán en ella, la novela de José Ceballos Maldonado [...] es una buena novela (2016, p. 39).

Dos días después, el 11 de junio de 1969, y en el mismo medio, Antonio Acevedo Escobedo señaló:

Refiere en primera persona y en un bien asentado ritmo literario las experiencias de un hombre cuyo comportamiento sexual vino a recaer en el otro lado de la costumbre.

Esta obra ampliará el campo de interpretación de quienes se aplican al estudio de tales fenómenos en la actualidad tan ostensiblemente propagados (2016, pp. 41-42).

Héctor Ceballos Garibay comentó que la crítica veía a su padre como un mero escritor de provincia, “la condescendencia era evidente: le perdonaban la vida (demasiada importancia le daban al uso de un lenguaje coloquial y supuestamente desprovisto de vestiduras literarias)” (s.f.). Lo anterior parece confirmarse en el texto escrito por Julieta Campos acerca de *Después de todo*, publicado el 16 de julio de 1969 en el suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!*:

Después de todo es una novela eficazmente construida, que bordea lo escabroso sin vulgaridad, y aborda con indudable validez literaria un tema de difícil acceso. Es probable que para escribir una novela como esta haya que vivir precisamente en la provincia. Solo una existencia marginada, retraída, puede proporcionar tanta y tan lúcida penetración sobre otra igualmente enclaustrada, por diversos que sean los motivos (2016, p. 45).

Esa existencia provinciana, marginada y retraída, según la también escritora, estaba sin embargo marcada por un desahogo económico quizá desconocido por la mayoría de autores radicados en la capital del país. José Ceballos Maldonado fue médico pediatra, aguacatero, hotelero y profesor, lo que le dio una estabilidad financiera propicia para sus múltiples intereses, entre los que estaba la literatura. Esa clase social a la que él mismo pertenecía se vio reflejada en los protagonistas de las tres novelas referidas. En *Bajo la piel*, Tea y Adrián son integrantes de familias referenciales, por su preeminencia económica, para la ciudad en la que viven, mientras que, en *Después de todo*, Javier Lavalle tiene el privilegio de la formación académica que se traduce en un buen sueldo como profesor de la Universidad de Guanajuato —hasta cierto punto de su historia— y en ser una figura de autoridad, pese a que su homosexualidad era un secreto a voces. Mientras que Rodrigo, protagonista de *El demonio apacible*, es un reconocido laboratorista y también profesor.

Según John S. Brushwood, “siempre hay una tensión, un conflicto, revelados en la literatura, entre la clase rica y los grupos menos privilegiados” (1970, p. 10). Esto se ve, por ejemplo, en *Bajo la piel* con la tensión entre Sergio, el novio de juventud de Tea, y la familia de esta: “Los padres de Tea lo repudiaban porque esperaban encontrar un yerno rico y de su clase social” (1966, p. 44). En *Después de todo*, cuando Javier Lavallo refiere los regalos costosos que da a sus conquistas: calcetines de seda y pañuelos ingleses (1969, p. 105), camisas (p. 108), dinero (p. 162), camisas deportivas, suéteres y zapatos (p. 169), y una pulsera de oro (p. 243).

Otro momento importante en esta tensión entre clases, bajo la égida de Brushwood, surgió del periodo revolucionario que también se representó en la literatura. “La clase rica tiene que luchar para mantener los vestigios de una sociedad ya caduca, o tiene que buscar nuevos caminos o nuevas alianzas” (1970, p. 15). Los reacomodos de ese momento se pueden apreciar en *Bajo la piel*, cuando el narrador da cuenta de la manera en que el padre de Tea pudo sortear el caos bélico (1966, pp. 166-168), y en *Después de todo*, cuando Javier Lavallo recuerda la irrupción de Inés Chávez García, “El Atila de Michoacán”, en Los Reyes, Michoacán (1969, p. 29). En ambos casos, sin embargo, el tema revolucionario es periférico.

En *El demonio apacible*, de 1985, Rodrigo, el protagonista, parece ser un débil enmascaramiento del propio autor: el personaje es un laboratorista clínico exitoso, económica y socialmente,¹⁸⁰ que además da clases en la escuela preparatoria. Docencia y salud, dos ámbitos en los que estuvo involucrado Ceballos Maldonado. El mismo Ceballos Garibay comentó: “Faltó en este libro establecer una distancia pertinente entre la personalidad del yo narrador y la del propio autor”

¹⁸⁰ Quizá descendiente de una familia hecha o rehecha durante la Revolución mexicana.

(2016, p. 78). Por ello es que, al leer su tercera novela, es inevitable preguntarse: ¿qué tan autobiográfica fue?

Rodrigo está casado desde hace mucho tiempo, pero no limita por eso sus urgencias sexuales que busca —y logra— complacer, tanto con sus alumnas de la preparatoria como con integrantes de su círculo social. La narración, en primera persona, se desarrolla en 30 capítulos y 175 páginas, y está estructurada temporalmente de un ciclo escolar a otro, con lo que la trama se desenvuelve principalmente de manera cronológica, aunque con la irrupción breve de otros planos temporales mediante evocaciones de algunos personajes. Rodrigo está perfectamente adaptado a su vida marital y su deseo es mantenerla sin cambios a la par de sus aventuras que, aunque pasajeras, le resultan necesarias para su felicidad y le ocasionan no solo placer sexual, sino enamoramientos que se le antojan básicos para su existencia. Así, entre el cortejo sin fin y sin consumación a una amiga de su esposa y los amoríos con dos de sus alumnas, el protagonista-narrador opera con la seguridad del conquistador experimentado y con el soporte de una economía desahogada que no solo le da los espacios para sus escapadas sino también el dinero que, ocasionalmente, requieren algunas de sus novias fugaces.

Sobre esta novela solo hay referencia de una crítica que se publicó en mayo de 1985, en el número 447 de la revista *Proceso*. En el texto firmado por Francisco Prieto se lee: “Buen constructor de personajes, sus héroes —o antihéroes— [...] se quedan con nosotros, lectores, una vez cerrado el libro [...] se vuelven referente de seres humanos” (s.n.). El crítico añade:

Qué sutilmente trabaja el novelista michoacano el paso del tiempo. El tiempo termina siempre, como en *El demonio apacible*, exigiendo la escritura para saldar cuentas y entregar el alma [...]. El tiempo perdido no se recuperará jamás [...] la

escritura, entonces, es parodia, ilusión, simple asidero para la vida que se quiere plena (1985, s.n.).

La doble referencia a la escritura se debe a la última línea de la novela: “Empiezo a no tener nada que escribir” (Ceballos, 1985, p. 175), un cierre que, en mi opinión, más que colmar la atmósfera planteada, como dice Prieto en el texto, resulta en un elemento disonante, puesto que en ningún punto de la historia se deja entrever, y mucho menos se enuncia, que el protagonista-narrador esté consignando su historia por escrito. Lo considero un recurso añadido en última instancia, con el objetivo de dotar de una mayor realidad a la diégesis de la novela mediante la referencia a su creación, como se había hecho en *Después de todo*; sin embargo, al dejar tal elemento para el final y sin aviso previo, más que redondear la trama parece replantearla innecesariamente.

4.1.2 Sexo (objetivo y guía)

En las tres novelas de José Ceballos Maldonado se presenta de inicio la importancia que tiene el deseo sexual para los protagonistas y sus historias. Tea y Adrián son sorprendidos en la primera página, luego de un encuentro amoroso ilícito; Javier Lavalle refiere que llegan a tocar en su ventana, acción que resulta ser un código para referirse a su actividad sexual, y Rodrigo narra el conflicto con su esposa luego de haberse pasado la noche coqueteando con una amiga de ella. Hay en lo que cuentan una desviación del deber ser y del correcto proceder, que toma su camino mediante la vivencia de la infidelidad, en *Bajo la piel* y *El demonio apacible*, y de la homosexualidad, en *Después de todo*, temas tabúes —sobre todo el segundo— para la sociedad mexicana, tanto la actual como la de la época de cada publicación.

Con diferente grado de frontalidad y mediante el uso de distintos enmascaramientos literarios o de eufemismos, es posible encontrar la enunciación no solo del deseo que toda institución cuestionaría y condenaría, sino de la consumación venérea del mismo. Esto hace que los personajes pasen de héroes a antihéroes, pues no solo cuestionan y rompen las reglas sociales, sino que traicionan lo que ellos mismos representan: Tea y Rodrigo son parte de la élite social y económica de su ciudad, Javier Lavalle es un joven y brillante profesor universitario, Rodrigo es un profesional exitoso, rico y con una familia bien reconocida y avenida. Que mediante sus acciones se atrevan a poner en riesgo todo lo que son y lo que encarnan para los demás los hace doblemente punibles, puesto que no son únicamente pecadores o infractores, sino una representación fallida —una que elige fallar— de lo que el sistema social y cultural demanda a los que no son élite.

El actuar disidente y disoluto que los revela gradualmente como los antihéroes de sus tramas se puede ejemplificar con algunos pasajes de cada una de las novelas. En *Bajo la piel*, la narración que se hace sobre Tea refiere la historia de su noviazgo de juventud con Sergio, un joven que no es de su clase social y del que, sin embargo, se siente enamorada por la pasión con que se besaban en la oscuridad del cine o en sus escapadas a un claro en el bosque, a pie de carretera, cada fin de semana, en compañía de una pareja de amigos, Adriana y Felipe. “Después de esas excursiones Tea se sentía alterada, con desinterés por todo lo de su casa y con un tenue dolor en el bajo vientre” (1966, p. 40). Ese juego entre desear y resistirse está mucho más implantado en Tea, por ser mujer, que en Adrián, de quien por ser hombre se esperan amoríos, aunque con discreción. La relación entre Tea y Sergio —y posteriormente con Adrián— está marcada por esa autorecriminación latente de lo que le han dicho que debe ser y hacer una

señorita de su clase. Ella desea la consumación sexual, pero decide seguir la regla cardinal: la virginidad se pierde solo en el lecho nupcial. Es por ello que en un primer momento se aboca a la idea de casarse con Sergio. “Lo esencial, después de todo, era que iba a liquidar todo lo anterior para iniciarse en el goce pleno, pero sobre todo definitivo, de una mujer casada” (p. 43). Sergio también es muy descriptivo en cuanto a sus planes de consumir el acto sexual con su novia:

“Me hago el zonzo para que piense que ya estoy resignado; porque se zafa para atrás cuando presiente que voy a excederme. La caliento poco a poco, la acuesto sin precipitaciones, primero la acomodo de un modo y después de otro, me le echo encima, me le bajo, me pongo a verla, repito lo mismo varias veces para que me tenga confianza [...] y en una de esas me lanzo. Cosa de un segundo, casi de menos; aunque no pueda hacer más”.

No era fácil, aunque solamente pretendiera desgarrar el insignificante circulito de la virginidad (p. 48).

Por diferentes motivos, en ambos personajes hay interés en la penetración como un punto de no retorno para conseguir lo que desean: Sergio, una posición económica mejorada; Tea, el goce definitivo y validado por ser una mujer casada. A modo de ejemplo, presento otras enunciaciones enmascaradas de la genitalidad y la sexualidad: “De abajo continuaba erguido, dispuesto, con la pequeña extremidad encendida y rebelde que ignoraba los conflictos y se negaba tercamente a admitir prórrogas” (p. 106); “Lo veía macizo, cálido, con aquella insignificante extremidad nerviosa apuntando imperiosamente hacia su blanco” (p. 115); “Deslizó la mano hacia abajo y encontró una tibieza mojada en la comba acolchada del pubis” (p. 147); la madre de Tea dice sobre su marido: “Jadea como máquina vieja, lo consigue apenas, si ya no puede, pero mejor se muere que privarse” (p. 164); cuando Tea se confiesa en la iglesia, señala: “Le dijo que se iba a la carretera con el novio, que se alzaba el vestido y se acostaba con él pero sin llegar a lo principal” (p. 174); “Tea percibía un obstáculo tieso y corpulento.

Resultaba desproporcionado, casi inadmisible para lo que ella imaginaba; pero a veces lo sentía neto y palpitante” (p. 179); “Tea no dirigió sus ojos allí, pero en la holgura de los pantalones rayados (azules) advirtió la rígida protuberancia (¿o era una imagen fantástica?)” (p. 206).

Un elemento que llama la atención en *Bajo la piel* es el uso del verbo penetrar, pues, aunque sus primeras acepciones hacen referencia a pasar a través de, o entrar en un lugar, también tiene la de posesión sexual. La aparición del verbo en las páginas 89, 118, 120, 121, 153, 174, 190, 191, 229, 239 y 282, hace referencia a entrar a un lugar; por ejemplo: “Penetró en la tiendita, saludó al papá y pasó al interior de la casa” (1966, p. 191) o “Espiar los tejados de los alrededores a través de las ramas del fresno mientras atravesaba la azotea, penetrar en la oficina” (p. 229). Aunque probablemente en la época era común el uso en sus primeras acepciones, también se debe recalcar que en la novela es fundamental, por motivante, el deseo de la consumación sexual —primero por parte de Sergio y después entre Adrián y Tea—, por lo que su utilización —en lugar del verbo “entrar”— se puede prestar a una interpretación actualizada y convertirse en un recordatorio de esa penetración inconsumada que mueve a los protagonistas.

En *Después de todo*, como ya se dijo, la mención de las llamadas en la ventana de Javier Lavallo, mediante golpes con los nudillos o con algún objeto, es una codificación para la relación sexual entre el narrador y sus numerosos ligues fugaces. Esto se puede confirmar en los siguientes pasajes: la primera línea de la novela es crítica pero prometedora:

Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza.

Me levanto para abrir la puerta de la calle y mientras doy la vuelta por el patio y el pasillo pienso que es fulano. Veo su cara, la brillante mirada inquisitiva, las ropas que viste (conozco su vestuario completo) y hasta oigo las expresiones que suele dirigirme cuando abro.

Me sé al dedillo el modo peculiar con que se anuncia cada chamaco: una palmada fuerte que sacude la madera carcomida y hace que se derrame la polilla, varios toques morosos con el puño apretado, unas raspaduras con la punta de la llave, tres golpes violentos con los nudillos de los dedos, unos toquidos suaves y espaciados, múltiples arañazos nerviosos.

Acierto casi siempre. Y si a veces me engaño es porque hay muchachos (pocos) que tocan indistintamente. Luego están los que llaman por primera vez y que acuden sólo porque “supieron” (1969, p. 9).

Los muchachos que han estado conmigo o con Rolando tocan muy quedito; son toquidos circunspectos, de indubitable complicidad. Cuando percibo un toquido así [...] sugerente, sazonado de secreto entendimiento pienso: “No sé quién eres, pero ya has venido otras veces”. Me levanto invadido de gusto, con ilusionada impaciencia por descubrir el momentáneo secretillo (p. 41).

En el segundo fragmento se retoma el elemento de los toquidos en la ventana, con lo que se reafirma que desde la primera línea, “Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza”, se habló en código de la homosexualidad del narrador. Esa acción descrita termina, con el correr de la historia, convertida en un elemento particular de lo que implica la homosexualidad para efectos de la novela, por ser parte fundamental de la vivencia del protagonista como sujeto homosexual que sabe de la llegada de un nuevo amante gracias a esos sonidos. Estos son, ampliando su lectura, la antesala de un acto sexual cuya sugerencia velada no escandaliza al lector, pero lo mantiene atento al tema central: Javier Lavallo es un disidente de la “sexualidad correcta”. Algunos otros pasajes en los que se narran las relaciones sexuales del protagonista son:

—Bájate los pantalones —indico.

Ejecuta la maniobra con la misma celeridad con que se despoja del saco. Y cuando me acuclillo delante de él hace el más divertido gesto de sorpresa que he visto.

—¿Es paletita? —pregunta.

Me dan ganas de echarme a reír.

[...] Me clava los dedos en las sienes, enténdanlo, echa la cabeza hacia atrás, cierra los párpados, aprieta los dientes y suelta unos curiosos quejidos guturales (p. 125).

Cuando estamos contentos, admite que lo bese; pero si [...] pretendo ir más allá, me contiene al momento.

[...] Posé mi mano diligente sobre su rodilla [...] y la deslicé poco a poco hasta el final [...] tuve tiempo de percibir [...] una reacción prometedora (p. 228).

Lo más extraordinario es que Gonzalo nunca había hecho nada. Al principio me pareció que mentía; pero no. ¡Insuperable! ¿Se dan cuenta? La primera vez, al terminar simplemente se quedó sentado en la cama, con la cara encendida y la frente arrugada [...]

—Duele mucho, profesor.

—¡No!

—¿Cómo puede gustarle esto a los jotos? (pp. 232-233).

En los tres ejemplos anteriores hay una enunciación semivelada del acto sexual. Se refieren acciones, movimientos, elementos o sensaciones que se pueden reconocer con cierta facilidad cuando se trata de un encuentro íntimo entre dos personas, sin embargo, como parte del estilo de Ceballos Maldonado, y por tratarse de una narración doblemente escandalosa, por impúdica *per se* y por homosexual en añadidura, se busca el enmascaramiento. Revelar apenas lo suficiente como para que el lector avisado alcance a reconocer lo que se le está presentando, y que el menos atento continúe con su lectura sin mayores contratiempos ni sonrojos.

Con el solo hecho de hablar sobre su sexualidad, aunque sin ser precisamente explícito al referirse a las genitalidades involucradas, Javier Lavalle es de suyo un antihéroe, puesto que representa todo lo que un hombre de su época no debe ser ni hacer. Es, en efecto, considerado un “no hombre”, un “joto” (1969, pp. 134, 153, 173), que era el peor calificativo a recibir en ese momento. Además de lo anterior, es un profesor universitario que, al usar las instalaciones de la escuela para sus ligues y seducciones, es doblemente traicionero: a su género y a su estatus como figura de poder y admiración. El mismo Lavalle se refiere a este hecho:

Es muy simple y seguro; y a la vez desconcertante. Porque lo hago en la misma escuela, sí, en el mismo laboratorio [...] en nuestra “máxima casa de estudios”, sí, en nuestra vieja y bienquista universidad. Lo hago porque pienso que nadie supone que lleve mi audacia a tal extremo (p. 103).

Así, el cinismo de Lavalle queda remarcado y, en cierto modo, resume la manera en que opera ese rasgo en esta novela, así como en *Bajo la piel* y en *El demonio apacible*: los protagonistas se benefician completamente del sistema de valores sociales que los encumbra, y desde esa posición privilegiada hacen todo por socavarlo.

Rodrigo, el protagonista-narrador de *El demonio apacible* es, en comparación con los anteriores, un personaje mucho más frontal en cuanto a lo sexual. Se debe tomar en cuenta que la publicación de esa tercera novela se dio hasta 1985, poco más de tres lustros después de la protagonizada por Lavalle, lapso que, en teoría, permitía una libertad mayor en la forma de tocar esos temas; sin embargo, aún con ese posible avance, la enunciación de penes, hímenes, humedades, coitos y orgasmos se puede considerar lo suficientemente escandalosa para su contexto. Sirvan los siguientes fragmentos como ejemplo:

Ya tenía arreglado mi pene: tan ávido de sensaciones, tan inocente. El pene no tenía la culpa. Es totalmente independiente de mí. Allí estaba palpitando de amor, con el inflamado deseo de menearse dentro del cuerpo de Elena. Ella permaneció de espaldas a mí, ajena a mis ansias (1985, p. 12).

Tenía la sensación de que Elena actuaba de acuerdo con un plan rencoroso y vengativo. Obtuvo su orgasmo, a pesar de que los coitos, por lo general, constituyen para ella un no sé qué de hueco, de tarea complicada, de algo intrascendente y engañoso (p. 14).

Pero de improviso se me enredaron los conceptos de los biólogos eminentes, se hizo un revoltijo en mi cabeza y estuve a punto de gritar: “¡A copular sin discriminación, muchachos, por detrás y por delante, pero sobre todo sin descansar!” (p. 16).

“¿Qué piensas de la conversación del himen en una muchacha como tú?”

“Que es una lata”.

[...] “¿Tú lo conservas todavía?”

“Todos preguntan eso, ¿por qué les interesa tanto?”

“Es muy simple, lo decisivo en una chica con tus ideas se relaciona inevitablemente con el himen” (pp. 23-24).

Me acosaba la curiosidad de saber si era virgen. Necesitaba comprobar si estaba intacta. Quería descubrir ese misterio [...]. Solo que antes era necesario hacer la comprobación digital, obtener el certificado de su virginidad [...]. Me abrí paso por entre aquella maraña y presioné directamente (pp. 38-39).

Había que proceder duro con ella, zarandeándola, exprimiéndola. Cuando la penetré apretó los labios, apoyó los talones sobre el colchón y sus caderas empezaron a oscilar con aquel experimentado ritmo que ejercitó en el laboratorio. Ahora sabía que le gustaba asumir una dominante participación (p. 53).

¡La amaba tanto! Celeste era una chica dulce y bonita que poseía una hermosa y húmeda vagina; pero ante su posición irreductible [...] no me sentí con arrestos de luchar para retenerla [...] sin embargo [...] debía conservar mi decorosa-maltrecha-apesadumbrada apariencia de amante desdeñado (p. 90).

Es posible ver que desde las primeras páginas de la novela la enunciación es directa respecto a la genitalidad y el resto de situaciones y elementos tocantes a la relación sexual entre Rodrigo, su esposa y sus amantes. Otro elemento que comparte esta novela con las dos anteriores es el de utilizar espacios periféricos para vivir lo sexual con una libertad mayor. Como ya se refirió, Tea y Sergio se iban a un claro en el bosque y, aunque nunca se consumó el coito, ella lo confesó en su momento como un pecado. El protagonista de *El demonio apacible* también refiere algunas escapadas a las afueras de Uruapan: “Bueno, bueno, hay otros lugares; la carretera, si te parece bien” (1985, p. 32); “¿Caminamos un rato por la carretera de Pátzcuaro?” (p. 34), le propone Rodrigo a Mónica, una de las alumnas con las que tiene un noviazgo. También va con

ella hacia la carretera a Apatzingán (p. 99), y a la de Capácuaro (p. 104). En esta última se da finalmente el coito:

Nos dejamos caer sobre la grama. Sabía que ella me esperaba ese momento con el corazón, el pensamiento y la vagina [...] corrí la mano sobre el pubis y encontré una pequeña vulva, húmeda en exceso; y cuando presioné el dedo en la vagina se deslizó con facilidad y amplitud hasta el fondo (p. 106).

Mientras que en *Después de todo* Javier Lavallo tiene un acuerdo tácito con un taxista. “Conocía un chofer que encubría mis lances y enfilamos hacia el sitio del Truco” (1969, p. 169); ese mismo personaje, innominado, pero fundamental, ayuda al protagonista a reunirse con Leonardo, el último de sus novios en Guanajuato:

De vez en cuando me lanzaba cortas miradas en donde se mezclaban por igual la burla y un lastimoso desconcierto. Subí al coche ansioso de arrojarme en brazos de Leonardo; pero él advirtió mis intenciones y se agazapó en el lado opuesto del asiento zaguero [...] recuerdo que cuando el coche arrancó hacia el Paseo de la Presa de la Olla, para de allí seguir a la carretera del Pípila, se tendió sobre el asiento (p. 192).

Finalmente, el taxista revela a Javier Lavallo la verdad: Leonardo también se ha acostado con él y lo invita a comprobarlo. “Caminaron hasta el encino del tronco gigante [...] donde yo solía estar con Leo [...] ni siquiera se les ocurrió hacerlo en otro sitio [...] ¿Por qué me reveló el chofer que había estado con Leonardo?” (p. 248).

En las tres novelas se confirma el aprovechamiento de las posibilidades que otorgan los privilegios, en combinación con el uso de espacios periféricos en los que sea más fácil consumir

el deseo, obtener el placer y con ello reafirmar la transfiguración de héroe en antihéroe¹⁸¹ para vivir en plenitud. Como señala Rodrigo: “Me complacía vivir en pecado, al margen de la ley. Impregnado de aquellas experiencias sensuales que no eran simples salidas, deslices de vanidad, sino algo sustancial y renovador” (1985, p. 75).

4.1.3 Esperanza (reconstrucción y retroceso)

Quizá de los tres elementos que se proponen como base de la narrativa de Ceballos Maldonado la esperanza es el más escaso. Los personajes de las tres novelas analizadas tienen cierto margen de libertad, lo crean, tienen los medios para hacerlo y la suerte de lograrlo; sin embargo, saben que es solo un intersticio en su devenir, que habrá un punto en el que todo terminará. Ese final puede ser con cierta discreción o luego de un escándalo, pero su arribo está asegurado. El antihéroe es aniquilado o se autoaniquila para subsistir.

La esperanza de prevalecer en las dos esferas en que se desenvuelven: el privilegio y la periferia, se diluye poco a poco y da visos cada vez más claros de su disolución completa. Tanto Tea como Adrián en *Bajo la piel* están en una situación creada por ellos mismos; es decir, un matrimonio de aburrida, insatisfactoria y asfixiante estabilidad. Pero era lo que debían hacer para cumplir el mandato social. Dice el narrador sobre Tea: “Sintióse harta de su celda, de aquella

¹⁸¹ La dicotomía se da en términos de la trama misma, es decir, no es que Ceballos Maldonado haya buscado ejemplificar la carencia moral con sus personajes a modo de advertencia para sus lectores, sino que les dotó de tal característica justamente para hacerlos atractivos de conocer. Dentro de la historia es que se les da el calificativo fluctuante de héroe / antihéroe en el sentido de que encarnan lo más valorado socialmente —son personajes ejemplares por ser de familias referenciales para su ciudad; por estar en matrimonios que se consideran como bien avenidos; o por desarrollar profesiones altamente apreciadas (como el caso de Javier Lavalle)— pero, si se conocieran las actividades que realizan en los espacios periféricos mencionados, la óptica contextual cambiaría por completo y dejarían de ser la referencia de lo “bueno” para encarnar lo “malo”; es decir, por ser ejecutores de lo que su contexto inmediato considera como antivalores, como acciones reprobables. Indica González Escribano: “El antihéroe no necesita ser el que ‘encarna los valores contrarios a los del héroe’, sino que puede ser también ‘el que no suscribe los valores asociados con el héroe sino otros’, que no tienen que ser ‘negativos’, sino que pueden ser simplemente ‘distintos’” (1982, p. 376).

habitación que simbolizaba todas las limitaciones y donde no deseaba permanecer más” (1966, p. 116). En ese punto de su historia veía como única opción casarse, un deseo que al verse cumplido revela su artificialidad en la misma noche de bodas:

Pensaba que todo había resultado muy simple, escueto, un tanto rudimentario, demasiado natural. Pero se guardaba muy bien de admitir ante sí misma que lo ocurrido durante esa noche pudiera tener analogía con un fraude [...] quizá echaba de menos la subyugante excitación de lo vedado, ese estímulo casi enloquecedor de estar incurriendo en una imperdonable falta [...] porque este era el apartado que había rodeado todos sus encuentros solitarios con un hombre (p. 208).

Al avanzar en su vida de casada, elige mantener en silencio la desilusión en que se transformó su existencia: “tenía decidido no transformar su inmenso fastidio en resignación [...] se complacía en exhibir esa conformidad ficticia [...] aprendida en las habituales lecciones de moral y decencia” (p. 217). Así, pensar en ser vista por otros hombres, solo vista, se convierte en una válvula de escape, una sobre la que pierde el control cuando inicia su involucramiento con Adrián, algo que reconoce después: “Tenía plena conciencia de que se había enamorado de Adrián” (p. 246). La llegada a ese punto fue gradual y el primer paso se dio prácticamente desde el inicio de su matrimonio:

Tea permanecía insomne [...] apretando los muslos y pensando que no podría soportar ser tomada todo el tiempo a una velocidad de relámpago, con unos cuantos jalones nerviosos [...] sentía como si no hubiera sido desflorada. ¡El eterno deseo encendido allí abajo! (p. 219-220).

Tea pensaba en su juventud que obtener placer era algo tan natural e imprescindible como cualquier otra función corporal, sin embargo, “su consecución implicaba únicamente la posesión de un marido” (p. 220), una idea que se replantea cuando tiene a este último. “Se asombraba de haber ignorado la eventualidad de convertirse en espectadora de los espasmos de su marido, de

ser receptáculo de eyaculaciones y simple órgano de gestación” (p. 221). Esto reforzado por el hecho de que su vida sexual se reduce únicamente a los sábados. Pero, pese a lo absurdo e insatisfactorio de la situación, la regla es clara: “Las obligaciones de la esposa son imposiciones inevitables [...] el destino de la mujer [...] [es] soportar todo hasta el final” (p. 224).

La relación con Adrián se convierte en una salida para todo lo anterior, y en una fuente de disfrute no solo sexual sino personal: “Acariciaba su poder, su condición casi superior, aquel secreto compartido con Adrián” (p. 253); pero esta potencia termina cuando es descubierta por su suegro luego de una de sus visitas al amante. Don Leonardo, el padre de Mario, estaba ya enfermo cuando los descubre y por la impresión sufre un derrame cerebral; pese a esto, nada es definitivo, y Tea cree que podría decir algo antes de morir. Clama: ““Ayúdame, Cristo milagroso; ayúdame y no lo volveré a hacer”” (p. 258). El narrador añade: “Pensó que su pecado era de tal naturaleza, que estaba totalmente excluida de la prerrogativa de apelar a Dios y a los santos” (p. 258). Así, la antiheroína que llegó a pesar de que “lo terrible del adulterio no era el engaño en sí mismo, sino la estúpida imprudencia que lo delataba” (p. 231), recurre a lo divino como última instancia para salvaguardarse ante la posibilidad de perder sus privilegios y prerrogativas, precisamente por una “estúpida imprudencia”.

En el Epílogo de la novela, cuando Tea y Adrián se quedan solos un momento —libres ya de todo escándalo tras la muerte en silencio de don Leonardo— deciden autoaniquilarse, pese al deseo de continuar:

—Aunque te niegues a reconocerlo, soy un hombre insatisfecho. Y tú misma eres como yo.

Los ojos verdes de Tea se empequeñecieron y después se clavaron en los de Adrián.

[...]

—No pasó nada.

—¡Adrián!

—Lo afirmo con plena seguridad. ¿No estamos aquí tranquilamente?

—Pero él murió —replicó ella casi indignada (p. 299).

Tea decide que no quiere continuar su relación con Adrián y da como argumento final, y de mayor peso, el catolicismo que profesa. Un elemento que se relaciona más con la culpa que siente por la muerte de su suegro que con una creencia sin fisuras.

En *Después de todo*, Javier Lavallo también hace mención de la religión cuando su homosexualidad está a punto de pasar de secreto a voces a hecho confirmado; sin embargo, al igual que Tea, la invocación de lo divino es más un acto reflejo que devocional. En la víspera de la publicación de una nota periodística que terminará con su vida y carrera en Guanajuato, refiere: “Después de comer [...] comencé a rezar. Suelo rezar no tanto por devoción, sino para alejar las preocupaciones obsesivas. Porque si no es posible encontrar solidaridad en la gente, siempre resulta confortante acercarse a Cristo” (1969, p. 207), luego de esto, hace mención de su refugio principal: el estudio. “Quise ponerme a estudiar; pero comprendí que no podría ni siquiera tocar los libros” (p. 207); al final, ninguna de las acciones emprendidas le da la calma que necesita en las horas previas a lo que le anuncian como su “fusilamiento” (p. 207). Al día siguiente se lee en el periódico: “Homosexual que hace de las suyas en la universidad” (p. 208), y con ello inicia la debacle de lo que había sido su vida hasta ese momento: prestigio por ser profesor de la máxima casa de estudios, a pesar de los rumores sobre sus relaciones sexuales y afectivas. El artículo periodístico, acompañado por una de las cartas que Lavallo escribió a

Leonardo,¹⁸² su novio de entonces, no deja espacio para una posible disculpa o la opción de desviar la mirada hacia otro lado, como se había hecho hasta ese momento, debido a la aceptación tácita que señala el protagonista: “Todo mundo me conocía más que bien y me aceptaba. En algunos sectores hasta me tenían admiración por mi trabajo en la universidad. Y nadie osaba atacarme” (p. 214), una situación que cambia por completo al publicarse la epístola descriptivamente amorosa dirigida de un hombre a otro.

El juego placentero iniciado por Lavallo, antihéroe que se burlaba de la institución educativa en sus mismas instalaciones,¹⁸³ estuvo impregnado de inicio de una latente destrucción:

Desde siempre, sabía que en cualquier momento habría de pagarlo todo [...] me inquietaba el temor a destruir para siempre mi posición de maestro joven y brillante de la universidad [...] en ratos sentía ganas de hacer una confesión pública, y en ocasiones me inclinaba por hacer trizas mis sentimientos (p. 198).

Esa confesión pública, la revelación de su homosexualidad,¹⁸⁴ finalmente no se da y Lavallo decide permitir que la situación siga su curso. Una actitud que había tomado años antes cuando, siendo aún alumno de la universidad, fue detenido en el Cine Reforma al intentar ligar. El joven lo denuncia y la policía lo lleva a la cárcel, donde pasa la noche entre delincuentes que, a pesar de estar en una situación similar, sienten poder sobre él por ser “puto” (p. 131).¹⁸⁵ El futuro profesor piensa tras las rejas:

¹⁸² El profesor señala: “Hubo un tiempo en que escribí largas misivas apasionadas, llenas de referencias y declaraciones aniquiladoras” (1969, p. 195).

¹⁸³ “Estoy habituado a la ineludible combinación de exaltarme y pensar a la vez en las amenazas que me rodean” (1969, p. 139).

¹⁸⁴ Una salida del clóset, en términos actuales.

¹⁸⁵ Dos de los presos confabulan para violarlo y robarlo (p. 133), algo que no sucede.

Ahora tengo clara y exacta noción [...] de que me ha ocurrido lo peor (lo espero desde hace mucho tiempo y aparentemente no me importa, porque no me detengo); sé que no solo la universidad sino la población entera de Guanajuato han quedado pulverizadas [...] me pregunto cómo y en qué lugar podré organizarme en el futuro (p. 130).¹⁸⁶

Al igual que la noche previa a la publicación del artículo y su carta, durante su encarcelamiento de juventud recurrió a la divinidad: “Repito para mis adentros: Cristo, Cristo, Cristo” (p. 131). Y así como con Tea, la culpa católica hace acto de presencia en Lavalle: “Es cierto, yo tengo la culpa, yo mismo y nadie más [...] estaba seguro de que ocurriría todo esto” (p. 132). Esa devoción, que no por existir a medias se libra de sentir el peso de lo pecaminoso, se mantiene latente y regresa ante la inminencia de su “fusilamiento”, años después.

Yo soy creyente, y sin embargo no esperaba nada. Amaba a Leonardo [...] me complacía inmolarme por él [...] que me hicieran añicos. Porque yo era así y lo sería hasta siempre; no podía cambiar de naturaleza y me negaba a traicionarme (p. 209).

En el fragmento anterior queda de manifiesto el sentido de la novela: el antihéroe se adueña de tal calificativo y percepción para vivir en consecuencia, aunque ya no en el espacio que le facilitaba sus acciones. Luego de la publicación del artículo que confirma su homosexualidad, su ser “así”, Lavalle decide autoexiliarse en la Ciudad de México, un lugar lo suficientemente grande para concederle el anonimato necesario, “pasar desapercibido” (p. 240), y con ello crear un nuevo espacio liminar en el cual existir plenamente como homosexual, algo que en Guanajuato ya no era posible: “Para mí todo había terminado. En un abrir y cerrar los

¹⁸⁶ Algo que finalmente no sucede. Uno de sus cuñados paga la multa y nadie, ni en su familia ni en la universidad, hace mención de su encarcelamiento.

ojos iba a quedar convertido, de un hombre ya logrado y útil, en un ser menospreciado y proscrito” (p. 209); tal vaticinio se confirma apenas unas horas después.

En el caso de Rodrigo, protagonista de *El demonio apacible* (1985), hay una doble batalla: contra la sociedad y contra el paso del tiempo. La traición del antihéroe a lo que representa por lo que es, está un tanto motivada por el hecho de que tiene cierta edad y se ve por ello impelido a aprovechar el tiempo lo más posible.

Estaba atrapado en el hábito de muchos años. Además, eventualmente se producían con los alumnos ciertas relaciones efímeras singularmente excitantes y singularmente evocadoras. Ellas me ayudaban a rescatar muchos años que de otro modo se hubieran perdido, y, por otra parte, me enseñaban seductoramente la nueva idea del mundo y de la vida (p. 15).

Lo anterior revela la importancia que da a esas aventuras: no solo son sexuales, sino vitales, y aportan una suerte de sedimentos de existencia a los que puede recurrir. Refiere más adelante la existencia de un arcón que guarda “secretas y añorantes pertenencias” (p. 21), como cartas y recados amorosos, estuches con vello púbico de sus numerosas amantes y novias, un diario escrito en clave, una cadena rota que le arrancó a una amante desleal, fotos, pañuelos con manchas de diferentes fluidos, además de elementos operativos como condones y óvulos anticonceptivos. Ese contenido da cuenta del testimonio que Rodrigo busca dejar sobre su devenir en el mundo, uno en el que el placer es cardinal. Y ese goce, en el momento en que el lector conoce su historia, está dividido entre Elena —su esposa—, Beatriz —que forma parte de su círculo social—, y Mónica y Celeste, alumnas ambas de la prepa en que da clases. Con la primera, a la que lo une un vínculo oficial y sacralizado, tiene una relación tirante pero que nunca se plantea romper:

A veces, en la cama tenía ganas de tocarla, de respirarla. Pero ella se mostraba inaccesible. Aparte de que me paralizaban otras preocupaciones. Tenía la sensación de que todas mis infidelidades se levantaban ante mí y me contemplaban con aire reprobador (p. 28).

Con Beatriz se da una especie de cortejo que, por alargado, se torna infructuoso y desesperante para el protagonista: “A los ojos de los amigos, hacía rato que me acostaba con Beatriz. Y yo esperaba que ocurriera en un plazo más o menos breve. Porque ella estaba hecha a la medida para el adulterio” (p. 66), sin embargo, pese a esa idealidad, no se concreta la aventura. Más adelante en la trama, el narrador-protagonista cuenta el rechazo un día que va a visitarla a su casa pensando que finalmente cederá:

Cubrí de besos la cara y el cuello y escuché unos leves suspiros de excitación. Enrojecí de pronto. Parecía haber perdido aquella hostilidad de [la] que siempre había hecho gala en ocasiones similares [...] pero apenas intenté levantar la bata empezaron los retorcimientos [...] comprendí que era cosa de imposición física; y que con mi musculatura superior la dominaría finalmente. La lucha se desarrolló en el curso de unos segundos. Pero no; por esa vía jamás hubiera podido someterla (p. 96).

Desaires como este y otros que vive tanto con Mónica como con Celeste son más golpes al ego y al orgullo que motivo de desasosiego carnal o sentimental. El antihéroe recuerda que socialmente sigue siendo héroe, un referente, una figura respetada a la que no le sienta bien el fracaso. “Más que de nada, abominaba de mí mismo. Me apremiaba una sola necesidad: castigarme en alguna forma drástica por haberme dejado arrastrar a todo aquello” (pp. 96-97).

Con Celeste la relación se desarrolla sin mayor contratiempo y pronto se establece una forma de noviazgo entre ellos. “Nos besamos tímidamente, aun sentados, pero inmediatamente después la arrastré hasta la mesa. Un aire sensual y resuelto llenaba su rostro. De todos modos

esperaba encontrar cierta resistencia; pero ni siquiera las caricias más audaces fueron rechazadas” (p. 48). Pese a esto, la concordia no es total debido a que la joven es casada también y tiene una hija pequeña, lo que le implica no disponer totalmente de su tiempo para los encuentros con Rodrigo. Además, la situación se complica cuando Virgilio, el marido de Celeste, acude con el protagonista a pedirle dinero, con lo que se pone de manifiesto un acuerdo tácito entre los tres que, sin embargo, no es del todo bien recibido: “Me sentía avergonzado en mi papel de viejo rabo verde cogido en la trampa” (p. 88).

Virgilio me estaba cayendo bien con la sonrisita, aquella magnífica seguridad — ¡pero qué aplomo!—, la manera eficaz de llevarse mi dinero tan a cielo abierto [...] a diferencia mía, que incurría en malas acciones tras las bambalinas, o sea, que a la maldad añadía el disimulo (p. 87)

Nuevamente se evidencia la gran importancia que se da Rodrigo a sí mismo y su deseo de mantener, firme y sin fisuras, el autoconcepto que tiene como hombre “exitoso” (p. 15).

Con Mónica hay un cierto retraso en la consumación del amorío, debido a la actitud oscilante de ella respecto a su deseo sexual y el humor que tiene cuando se encuentra con Rodrigo. “Los cambios radicales en la actitud de Mónica no son nada del otro mundo [...]. Parecía tan liviana, tan inestable, tan pequeña, con aquellas imprevisibles oleadas de ensimismamiento y exaltación” (p. 105); esto se convierte en parte del atractivo de la joven: “Me gustó la manera arrogante, la manera con que irguió todo el cuerpo para que pudiera admirarla [...] se destacaron sus minúsculos senos y me pregunté si muy pronto podría estar cogido firmemente a ellos” (p. 98). Ese estira y afloja es mucho más prometedor que el vivido con Beatriz, y da a Rodrigo “la esperanza del viejo que codicia algo hermoso, la consecución de una aventura” (p. 100). Esto finalmente lo logra, aunque no sin algunos reveses, debido a las

muestras de desdén de su joven novia, quien tiene además otras relaciones sexoafectivas y en algún punto le pide dinero con regularidad (p. 163): “me sentí lastimado pensando que Mónica me tomaba como un cargoso imbécil, con lujurias seniles” (p. 164).

Pese a usar la palabra senil, el protagonista está convencido de la validez que tiene su forma de plantearse la existencia:

No es malo que los viejos quieran tener pasiones un poco fuertes; que no debe ser reprochable que la mujer joven se aproxime al viejo [...] porque para el viejo, lo mismo que para el joven, es muy bella una aventura amorosa [...]. Mientras sea tiempo, rehúso convertirme en esqueleto, en simple recuerdo (p. 175).

Pero las aventuras amorosas no son eternas, los intereses cambian, los deseos mudan o se apagan, y hacia el final de la novela la concordia marital de Rodrigo y Elena está en su mejor momento: “Había que ver lo bien que empecé a llevarme con Elena una vez que declinó el entusiasmo por Beatriz [...]. Para el aniversario de matrimonio la intimidad se había restablecido” (p. 168). La desaparición del interés por Beatriz y los rompimientos tanto con Mónica como con Celeste se transforman en una paz doméstica que, aunque bienvenida, se puede adivinar poco duradera, de no ser por el hecho de que el paso del tiempo es inexorable y la diferencia de edad entre Rodrigo y sus posibles conquistas será cada vez mayor, lo que llevará a una aniquilación gradual por la reducción de sus opciones. El antihéroe, el cazador sexual, inicia el camino que lo llevará a ser lo que más rehúsa: un simple recuerdo, como los de su arcón.

La carne, el sexo y la esperanza, como medios y brújula de los personajes creados por el autor michoacano, son elocuentes respecto de lo que, se puede decir, buscó como literato: la representación no solo de su entorno inmediato¹⁸⁷ sino de la ineludible y denodada lucha entre el

¹⁸⁷ Como hizo en su libro de cuentos *Blas Ojeda* (Costa-Amic, 1964).

deber y el desear en que se encuentran quienes no se avienen al mandato social y, siguiendo la escuela de los cínicos, deciden enfocarse en consentirse al consentir los pedimentos de su biología, instancia que no responde al “qué dirán” sino que acicatea con un “¿qué quieres?”. El mérito de Ceballos Maldonado —y quizá por eso mismo su soslayo generalizado hasta ahora— es confrontar a sus lectores con historias y situaciones límite que incomodan a los alineados con el sistema y remueven los rescoldos de la rebeldía secreta de muchos cínicos de clóset.

V. EL REGISTRO DE JAVIER LAVALLE SOBRE LA Y SU HOMOSEXUALIDAD

5.1 El profesor y su discurso

Ciñéndose a la literalidad, es posible decir que Javier Lavalle cumple con lo indicado en la Primera Epístola a los Corintios citada por Foucault: “Bien le está al hombre abstenerse de mujer” (2020, p. 169). Sin embargo, la literalidad nunca está plena de sentido ni refiere su contexto. Lavalle enuncia su abstinencia del sexo femenino,¹⁸⁸ pero se explaya en la manera en que sus apetencias están precisamente en el otro sentido: el sexo masculino, lo que lo sitúa en la categoría no solo de pecador, sino de estuprador,¹⁸⁹ para referir los dos principales ámbitos de condena aplicables a él: el religioso y el legal.

Pero lo anterior no importa, al menos no le importa a Lavalle en el momento en que comienza la enunciación de su historia. De edad considerable —aunque se niegue a reconocerlo—,¹⁹⁰ sin trabajo, enfermo y a punto de perder a Rolando —su novio / protegido de los últimos tiempos—, decide realizar un corte de caja sobre su vida para valorar cómo es que ha sido su existencia y, en cierto modo, hacer frente a los prejuicios que lo han acompañado por un buen tramo de esta. Sí, está al final de sus recursos, pero no por eso se amedrenta, y esto marca el tono de su discurso: “He vivido sin inhibiciones, ¿pueden entenderlo? No durante algún tiempo, que es por lo que opta la mayoría de ustedes, sino eternamente” (Ceballos, 1969, p. 252). Sin embargo, esa manera de plantarse y defender su historia y modo de vivir se construye

¹⁸⁸ Narra entre las páginas 147 y 152 tres experiencias: a los 15, 24 y 28 años de edad. Fallidas todas por igual.

¹⁸⁹ Tema desarrollado en el apartado 1.4.1.

¹⁹⁰ Refiere como signo de senectud la facilidad de recordar el pasado, algo de lo que se reconoce capaz, pero sin aceptar el componente de la edad que va aparejado a tal habilidad: “Resulta que no soy viejo” (Ceballos, 1969, p. 11).

gradualmente durante la narración y se alcanza una vez que consigue lo que señala al inicio: “Deshacerme de ciertos escrúpulos que me rondan todavía y que me hacen titubear” (p. 10). Por lo anterior, se puede inferir que, al finalizar la narración, al protagonista, liberado de escrúpulos, le tiene sin cuidado lo que dirían sobre él la Iglesia o el Estado. Sabe que a ambas instituciones debe pagarles el precio demandado por retarlas, pero no es algo que le pese, pues ha podido disfrutar, estar, ser y vivir en sus propios términos.

Por lo referido en el párrafo anterior es que se plantea que *Después de todo* es una novela pionera en la construcción de un sentido de autoafirmación —o, podría decirse, protoorgullo—, a partir de una sexualidad vivida con la libertad que permiten los rasgos de privilegio presentes en Javier Lavallo: formación académica, economía estable (al menos una parte de su vida) y aspecto varonil.¹⁹¹ Es importante mencionarlos, pues estos le permitieron la conformación de una red, si no de apoyos, al menos de complicidades por omisión; una suerte de burbuja de tolerancia que confiere cierto margen de maniobra. Sobre esto señalan Condor y Antaki: “Aunque los seres humanos ciertamente recurren a categorías sociales, son capaces también de lo opuesto, de la ‘particularización’” (2000, p. 468). Lo que lleva a los integrantes de un grupo social a flexibilizar la manera de explicar los fenómenos, procesos y grupos vistos como otredad; pocas veces los dictados ideológicos son aplicables literalmente a la factualidad del día a día. Esto es referido por el mismo Lavallo. Dice cuando estalla el escándalo sobre su sexualidad a partir de una nota periodística que retoma una de sus cartas a Leonardo:¹⁹²

¹⁹¹ Esto es remarcado por el mismo enunciador en las páginas 67, 87, 171 y 234.

¹⁹² Leonardo es su relación más significativa en Guanajuato y por la que, al finalizar, decide autoexiliarse en la Ciudad de México.

Deploraba cortar mi labor de maestro solo porque a un tipo no le gustaba que fuera homosexual. Sin duda alguna no reflejaba la opinión pública, ya que todo mundo me conocía más que bien y me aceptaba. En algunos sectores hasta me tenían admiración por mi trabajo en la universidad. Y nadie osaba atacarme. Solo el corresponsal discrepaba de los demás (Ceballos, 1969, p. 214).

El mismo Lavalle lo señala: él era un homosexual particularizado durante su tiempo en Guanajuato debido a su rol como profesor y a la labor realizada como tal. Así, ante el mandato social de rechazo a un varón homosexual, quienes trataban con él en la universidad valoraban sus clases por encima del ejercicio de su sexualidad. Lo que puso fin a la particularización es que, como todas, tenía una condición fundamental para su manutención: la discreción. Al momento del escándalo social sustentado con pruebas escritas, resultaba imposible continuar con esa burbuja de tolerancia. Que sea necesario el cumplimiento de condiciones contingentes para definir si se mantiene la permisibilidad o no respecto a algo o alguien, resuena con lo señalado por Wallace Chafe: “La idea de un evento o estado puede estar localizada en tiempo, espacio, epistemología, evaluación, interacción social, y el contexto del constante flujo de pensamiento” (2012, p. 360). La idea de los habitantes de Guanajuato cambió al modificarse la situación del profesor Lavalle, y, años después, la conceptualización del maestro sobre sí mismo también mutó. A raíz de tal transformación es que se decide a contar su historia como una especie de balance general respecto de lo que fue y lo que es en el momento de autoenunciarse. Dice Lavalle: “Cambian los demás en la misma proporción que se transforma uno mismo; con la diferencia que la mudanza propia suele pasarnos desapercibida” (Ceballos, 1969, p. 167), y aunque se refiere más a lo físico, su reflexión también aplica para la imagen social, la autoimagen y las emociones a partir de ambas.

En el primer tramo vital, desarrollado principalmente en Guanajuato, el protagonista refiere el celo con el que cuidaba esa imagen social que le redituaba la particularización ya mencionada:

Antes, aún con mi evidente propensión a cometer errores garrafales, sabía contenerme y cuidar celosamente mi extraordinario prestigio de maestro. Pero la magia de Leonardo se impuso sobre todo y no conservé ni pizca de consideración por la ensalzada docencia (p. 176).

Algo que se transforma luego de varios años de vivir en la Ciudad de México, lugar al que decidió acudir, a manera de autoexilio, luego del escándalo periodístico que confirmó su sexodisidencia y que, como ya se dijo, rompió la burbuja de tolerancia en que habitaba.

Ya casi al final de su narración, afirmado y reafirmado no solo por el lapso que le ha llevado escribirla sino por el que ha recorrido viviendo en libertad gracias al anonimato de la gran urbe, señala: “Se procede según el dictado de uno mismo, no de acuerdo con el acreditado discernimiento común” (p. 234). Lo que permite reafirmar la inferencia: el discurso de su escritura no es un recuento desde la culpa —como en *El diario de José Toledo* (1964)— o la autodenostación —como en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963) y *Los inestables* (1968)—, sino un ejercicio de autoanálisis en el que destaca la importancia de la autodefinition que —aunque atravesada por idearios culturales y evidentes acciones de rechazo tanto familiar¹⁹³ como institucional—¹⁹⁴ le permite cerrar con la frase: “He vivido así y no me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa” (Ceballos, 1969, p. 252).

¹⁹³ Al momento de la escritura refiere que sus padres están muertos y que tiene una relación escasa con su hermano Antonio y sus tres hermanas (Ceballos, 1969, p. 13)

¹⁹⁴ La ya referida expulsión de la Universidad de Guanajuato (Ceballos, 1969, p. 222).

Es posible proponer que la novela escrita por José Ceballos Maldonado, con Javier Lavalle como enunciador y autor en su diégesis, es ejemplar de lo que menciona Jorge Luis Peralta: “Las representaciones literarias apuntan a ciertos referentes de la ‘realidad’, pero también acaban impactando sobre ellos y contribuyen a su redefinición” (2014, p. 2).

Así, aunque el discurso del profesor Lavalle no es celebratorio, sí prefigura la libertad pública con que comenzaría a vivirse la homosexualidad masculina en México una década después, tal como lo indican la presencia de grupos sexodiversos marchando por las calles de la capital del país¹⁹⁵ a partir de 1978, y la publicación de *El vampiro de la colonia Roma* al año siguiente, cuyo tiraje se agotó en cuestión de semanas.¹⁹⁶ El impacto de Ceballos y su personaje, por puesto, no fue inmediato, pero abonó a un proceso que en México tardó diez años en evidenciarse socialmente: la liberalización de la sexualidad y la posibilidad del ejercicio de esta sin la reproducción como único objetivo. Que desde 1969, vía la dupla Lavalle / Ceballos Maldonado, se planteara literariamente la existencia de un varón homosexual que decide sus propios términos,¹⁹⁷ abrió la puerta al taloneo desparpajado, cuasifestivo y autogestivo del Adonis de Luis Zapata.

¹⁹⁵ Así lo refiere Martín H. González: “Las calles de la Ciudad de México verían marchar a estudiantes, maestros y trabajadores organizados en conmemoración del asalto militar que un 26 de julio dio origen al movimiento revolucionario en Cuba, así como por el décimo aniversario del inicio del Movimiento Estudiantil en México. Existe un relativo consenso respecto a la aparición pública del Movimiento de Liberación Homosexual en el marco de dichas conmemoraciones. La participación de un pequeño contingente del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR) sería el primer episodio en el que un grupo de homosexuales se manifiesta en las calles para exigir respeto y visibilidad” (2021b, pp. 8-9).

¹⁹⁶ Fueron 25 mil ejemplares, vendidos en dos meses, según Ariel Rosales. Para más detalles, revisar: *Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García, el vampiro de la colonia Roma. Luis Zapata: 35 aniversario*. Langosta Literaria. <https://langostaliteraria.com/las-aventuras-desventuras-y-suenos-de-adonis-garcia-el-vampiro-de-la-colonia-roma-luis-zapata-35-aniversario/>.

¹⁹⁷ Pese al cobro social que sí se verifica, como se verá más adelante en este capítulo.

5.1.1 *El monólogo de su historia*

Javier Lavallo es frontal respecto al hecho de estar escribiendo. Desde la primera página del libro enuncia el acto y marca así una dinámica particular entre él y sus futuros lectores: el acompañamiento aparente. Al referir la creación del texto, pero también las interrupciones que sufre el proceso, plantea que quien lee su historia está atestiguando el hecho en desarrollo y no consumiendo un producto terminado.

Esa presencia silenciosa de los consumidores futuros del texto resuena con lo dicho por Erving Goffman, tanto respecto al escenario y el tras bastidores de una narración¹⁹⁸ como en relación con los actores involucrados en el proceso: el protagonista y el coactor, que al protagonizar otra idea es considerado antagonista. Además, “puede haber coactores pero no en calidad de antagonistas sino de actores auxiliares que apoyan al protagonista” (Chihu y López, 2001, p. 240). Esto, en el caso de *Después de todo*, puede caracterizarse como sigue:

Javier Lavallo es el protagonista indiscutible; el rol del antagonista es su contexto, que rechaza la homosexualidad, algo que representa su hermana Lucila, quien le sugiere dejar “eso”¹⁹⁹ —palabra que usa para referirse a su sexualidad sin enunciarla— y también lo institucional; es decir, la Universidad de Guanajuato, que lo expulsa para desligarse del escándalo protagonizado por el profesor.²⁰⁰ A estos dos se unen los lectores / acompañantes de Lavallo, que no son antagonistas y que con su presencia silenciosa coadyuvan al desarrollo de la trama. Es ante ellos que el narrador despliega su historia como en una “representación teatral” (2001, p. 241), que debe realizarse en un marco específico para que tenga el efecto y significado

¹⁹⁸ Esto revisado en el apartado 3.2.3.2 de esta tesis.

¹⁹⁹ Página 122 de la novela.

²⁰⁰ Página 222 de la novela.

esperado y deseado. Un significado que se devela poco a poco pues, como señala Oswald Ducrot: “El sentido no es igual a la suma de la significación y las indicaciones suplementarias; la significación proporciona solamente consignas a partir de las cuales debemos reconstruir el sentido” (2006, p. 136). Las novelas con temas potencialmente escandalosos, como la protagonizada por Lavalle, han sido construidas de manera que una significación literal resulte casi anodina, inofensiva para las buenas conciencias, dejando la posible polémica para quien o quienes sean capaces de darle forma al velado sentido intencional de palabras, frases y referencias.

En términos de Ducrot, se requiere de un alocutario eficiente, es decir, aquel al “que el locutor declara dirigirse” (p. 136), para que el sentido total²⁰¹ se reconstruya. Así, cuando una novela llega a las manos de un lector está ante un alocutario que cerrará el círculo una vez que pase la última página; aunque también se generan y cierran círculos menores conforme se avance en partes, secciones o capítulos del texto. Sin embargo, no todos los consumidores tendrán el mismo conocimiento del mundo,²⁰² lo que impactará en el sentido reconstruido; además, el escritor “debe describir los procedimientos que [...] emplea para transformar al lector de un libro en alocutario” (p. 137). Una opción para esto es interpelarlo directamente. Esto último resulta muy evidente en *Después de todo*: Lavalle interpela a quien o quienes eventualmente tendrán entre sus manos los folios que escribe. En algunos casos usa verbos conjugados en tercera

²⁰¹ Y podría decirse que verdadero en el caso de las novelas de homosexualidad.

²⁰² Todos los elementos extralingüísticos de información que confiere el contexto social y la manera particular de convenir con este o contravenirlo. Esto último resulta importante para completar los significados de novelas con temas vistos como polémicos: contravenir al universo de significado (apartado 3.1.1 de esta tesis) que promueve y sostiene al sistema es reconocer —completa o vagamente— algunos aspectos de la vida y prácticas de la que sigue siendo la máxima otredad en la sociedad mexicana: la sexodivergencia.

persona, mientras que en otros formula preguntas que se plantearían en un diálogo cara a cara.

Por ejemplo:

[1] **Imagínense**:²⁰³ pasar toda la noche a la intemperie, entre dormido y despierto, sentado sobre unos ladrillos carcomidos y fríos (Ceballos, 1969, p. 30).

[2] Ahora todo me sale mal. Ya **lo saben** (p. 34).

[3] Da un solo toquido en la ventana, fuerte; y **escuchen**: ese golpe tan suyo me causa la impresión de que enseguida vendrá otro golpe (p. 48).

[4] Para no creerse: después del incidente del reloj dejé de confiar en la gente, en otras palabras, salí del mundo de la inocencia. (Precozmente, **¿no?**) (p. 58).

[5] Pero no es “un tanto irregular”, sino absolutamente común entregar algo, hacer el cambio, **¿no es cierto?**, **¿pero debo seguir?**, **¿sigo?**, es igual que sean ricos o pobres, resulta inevitable dar inicialmente (cualquier objeto de utilidad es bueno, pero el dinero es mejor) para recibir más tarde (p. 66).

En 1 y en 3 se podría decir que hay un par de actos ilocutivos mediante el uso de los verbos *imaginar* y *escuchar*. Por supuesto, no hay manera de que Javier Lavalle, el protagonista / locutor, constate que sus alocutarios efectivamente imaginaron lo dicho o escucharon más atentamente, pero el solo hecho de realizar tales pedimentos tiene un efecto particular en el lector: ponerse en alerta y, en consecuencia, reafirmarse como el destinatario de la historia, así como de esa orden disfrazada de petición. Mientras que, en 2, el locutor valida ese diálogo diferido entre él y sus alocutarios: al afirmar que ya están al tanto de una situación particular que le acontece, les concede la importancia debida, una especie de: “Ustedes saben lo que otros no”. Son así, cómplices, testigos, observadores indiscretos de la situación.

En los casos 4 y 5 no se trata de actos ilocutivos, sino de invitaciones a constatar una idea y con ello dirigir en ese sentido la conclusión o visión del lector. Al preguntar: “Precozmente,

²⁰³ Las negritas en los fragmentos del 1 al 5 son añadidos míos para resaltar los verbos y frases que interpelan al lector.

¿no?”, busca reforzar el señalamiento de que desde muy temprana edad perdió el candor infantil y ello abrió las puertas para el desarrollo de su personalidad y actitudes en el momento presente —que es el de la enunciación / escritura—; mientras que en 5 las tres preguntas forman un bloque tanto de dirección de sentido como de involucramiento por parte del alocutario; primero cuestiona: “¿No es cierto?”, con lo que pretende guiar a una constatación positiva de la idea expresada previamente, y con las dos siguientes, “¿pero debo seguir?, ¿sigo?”, hace parte de la decisión al futuro lector. Con esto se podría decir que el resto de la historia que está por conocerse será contado con la aprobación de su destinatario y, por tanto, no cabría una molestia o polémica posterior, puesto que eligió que le contaran la trama y, de hecho, además de ser cómplice, dio su autorización para ello.

El uso de preguntas y actos ilocutivos por parte de Javier Lavalle se mantiene durante el resto de la novela: “¿Lo creen ustedes?” (p. 68); “¿Lo creen?” (p. 71); “¿Qué creen?” (p. 74); “Curioso, ¿no?” (p. 77); “Analicemos las cosas con objetividad” (p. 81); “Volvamos a lo que escribí en el capítulo anterior” (p. 82); “¿Se lo explican?” (p. 83); “Revisemos” (p. 84); “¿Y saben qué pasa? Piensen ustedes” (p. 101); “Vean ustedes” (p. 102); “Qué quieren ustedes” (p. 105); “Consideren ustedes cuál es mi desconcierto” (p. 106); “Pero veamos: ¿qué piensa Gastón?” (p. 117); “¿No les parece a ustedes?” (p. 124); “¿No les parece anómalo?” (p. 137); “¿Han visto cosa igual?” (p. 141); “Adviertan” (p. 142); “Permítanme recelar” (p. 143); la mayoría son cuestionamientos cortos o verbos que implican afirmaciones u órdenes, con las que se reafirma y refuerza el involucramiento sostenido entre lector y lector, entre el ejecutor de la narración y el cómplice del hecho.

Sobre el uso de la segunda persona,²⁰⁴ dice Graesser: “En la narración en segunda persona, puede haber una fusión del narrador, el narratario, el lector y un personaje en un esfuerzo por enganchar al lector” (1997, p. 172). En este caso, el narratario²⁰⁵ es el mismo lector. En la diégesis de la novela no está declarado como un personaje central, y salvo por esos verbos en imperativo no se le enuncia de otro modo; sin embargo, es indispensable para el avance de la trama, y esto tiene el efecto descrito por Graesser: el enganche. El consumidor de la historia, al ser interpelado de manera constante, toma conciencia de su participación y decide quedarse hasta el final.

Hay también pasajes en los que se da un uso multitudinario de los elementos indicados, como los dos siguientes:

[6] Y esa es la historia. **Acaso ustedes** no le den excesiva importancia. **Dirán** que es una cuestión que incluso ni debe mencionarse. Pero yo pienso que **estarían** un poco fuera de perspectiva. Para mí es una ponzoña, seriamente, **juzguen ustedes**: Veo la imagen entre las fórmulas químicas que desarrollo en el pizarrón (Ceballos, 1969, p. 110).

[7] Estoy de nuevo con la pluma en la mano, colérico, preguntándome qué puede tener Claudina para que influya de tal manera sobre Rolando. Si es una simple cosilla, **pueden estar seguros** [...].

Y como adivino que **tienen ustedes** una sonrisita de lado, permítanme **anticiparles** que lo considero completamente natural: carezco de elementos [...] para clasificar a Claudina.

Vivo tan alejado de las mujeres que sólo puedo mencionar tres contactos femeninos, el último de los cuales, por cierto, tuvo un fin deplorable. **Me gustaría describírselos** (p. 147).

En 6 se usa una construcción que remite a una interacción cara a cara en la que el autor estaría observando los gestos de sus escuchas para reaccionar a estos y acotar lo expuesto;

²⁰⁴ Segunda persona del plural en la mayoría de los casos mencionados como ejemplo.

²⁰⁵ Personaje que en una ficción es el destinatario del relato hecho por el narrador.

mientras que en 7 se repite esta idea de interacción, aunque se hace evidente que es una diferida: “Y como adivino que tienen ustedes una sonrisita de lado”, el locutor se aventura a adivinar la reacción de su alocutario para matizar, desarrollar el tema y retomar la narración.

Estas interpelaciones que convierten, sin lugar a dudas, al lector en alocutario, suceden veinticinco veces durante la narración²⁰⁶ así como en el último folio, en la línea ya citada: “He vivido sin inhibiciones. ¿**Pueden entenderlo?** No durante algún tiempo, que es **por lo que opta la mayoría de ustedes**, sino eternamente” (p. 252). El uso sostenido de estos recursos refuerza el planteamiento de que en la diégesis de *Después de todo* Lavalle es el enunciador / locutor y el lector es el destinatario / alocutario; además de insistir en que la escritura de memorias que realiza puede caracterizarse como un monólogo teatral realizado ante un auditorio vacío, pero con la promesa de que se llenará después para escuchar los ecos de la narración, materializados en las páginas escritas por el protagonista.

Otra cuestión importante en [7] es que no solo interpela al lector, sino que hace referencia a tener una pluma en la mano, elemento que remite al acto de estar escribiendo la novela conforme se avanza en su lectura, lo que implica el marco²⁰⁷ de la escritura, pero también, en cierto modo, la coconstrucción de la historia al atestiguar la acción. Desde la primera página del libro se indica:

[8] Pero no iba a empezar así. Al principio se me ocurrió sacar mi viejo álbum de fotos y observar las fotografías una tras otra. Como las pegué obedeciendo una estricta secuencia cronológica, la observación de los retratos removería mis recuerdos y yo simplemente iría **escribiendo este libro**. Pero el proyecto me

²⁰⁶ En las páginas 152, 154, 155, 156, 165, 168, 170, 172, 179, 180, 188, 189, 191, 195, 198, 202, 214, 223, 224, 230, 232, 234, 243, 244 y 248.

²⁰⁷ Van Dijk explica que los marcos son un “subsistema de conocimiento acerca de algún fenómeno” (1980, p. 202). Se deduce por tanto que para escribir, como marco de la acción indicada por Javier Lavalle, es necesaria una pluma y papel.

pareció demasiado plano, casi elemental. Hubiera resultado un nuevo álbum de fotos, solamente que escrito.

Puedo echar mano de un procedimiento habitual: iniciar esta historia con la de mis abuelos; o cuando menos con la de mis padres. Hurgando en la vida de los antepasados siempre es posible encontrar episodios notables; pero **si he de escribir** esencialmente acerca de sucesidos personales, me parece que es llevar la historia demasiado lejos (Ceballos, 1969, p. 9).

Al referir que se enfocará en sucesidos personales, Lavallo ejemplifica lo indicado en la perspectiva dramaturgica de Goffman: como actores sociales,²⁰⁸ los individuos presentan un diferente “sí mismo” a distintas personas en diferentes situaciones²⁰⁹ (Chihu y López, 2001, p. 243). El profesor elige qué mostrar sobre sí, cómo y en qué momento. Lo que le da control del ritmo de la narración y con ello engancha a quienes le acompañan en el desarrollo de esta. Así, el acompañamiento diferido que se plantea desde el inicio se mantiene hasta el final: el juego se presenta de entrada, pero los temas que pueden resultar controversiales se desgranar poco a poco, para que sea casi hasta el final de la narración cuando esa suma de las partes tome dimensión y se enuncie en primera persona.

5.1.1.1 Autoenunciación como homosexual

La gestión de la autorrepresentación que realiza Javier Lavallo²¹⁰ puede tomarse como una respuesta a lo que se señala en el enfoque dramaturgico: “La sociedad fuerza al individuo a presentar una imagen de sí mismo. El *sí mismo*²¹¹ es real solo como símbolo, es un concepto usado para explicar lo que hacemos y lo que hacen otras personas” (Chihu y López, 2001, p.

²⁰⁸ Que durante un mismo día toman el rol de actor y de audiencia, según la situación en que se encuentren.

²⁰⁹ Un hecho que se relaciona con los roles sociales mencionados por Berger y Luckmann (apartado 3.1.2 de esta tesis), así como por Emile Durkheim, a quien los investigadores se remiten en *La construcción social de la realidad*.

²¹⁰ Y prácticamente todos los protagonistas homosexuales de la narrativa mexicana en la década de 1960.

²¹¹ Las cursivas son mías.

245). Es decir, hay un conocimiento estereotipado de los demás, e incluso de manera interna, para facilitar las interacciones. Algo que en el protagonista de *Después de todo* resulta fragmentario y en una fragmentación. Lo primero porque su sí mismo está dividido en su rol como maestro y en su ser homosexual. Y lo segundo, porque cuando se confirma que tiene el segundo rol el otro parece desaparecer por completo, al menos para la sociedad de Guanajuato, lo que lo deja con las caracterizaciones y valoraciones solo de su ser no heterosexual.

Sin embargo, el sí mismo homosexual del narrador solo se confirma como símbolo hasta que él mismo lo ofrece en su enunciación, y esto sucede hasta bien avanzado el proceso de narración / representación de sus memorias:

[9] Me preguntaba qué pretendía verdaderamente el corresponsal. Si trataba de erigirse en campeón de la moral pública, debía proceder entonces a sentar en el banquillo de los acusados a los demás homosexuales. Porque yo no era el único que hacía de las mías en Guanajuato, según se podía leer en la cabeza del artículo. Si era su intención obtener beneficios económicos a mi costa, se equivocaba lamentablemente. De veras. Porque cualquier homosexual rico de la ciudad le hubiera dado cincuenta mil pesos por evitar un escándalo así. Pero eran demasiado poderosos para que se volviera contra ellos (Ceballos, 1969, pp. 210-211).

[10] Deploraba cortar mi labor de maestro solo porque a un tipo no le gustaba que fuera homosexual. Sin duda alguna no reflejaba la opinión pública (p. 214).

Ambos fragmentos son del capítulo 11²¹² de la novela, es decir, el reconocimiento de ese ser homosexual llega casi al final. Por supuesto, desde el inicio hay frases y dichos que permiten inferir que quien narra no es heterosexual, pero no hay una enunciación en primera persona sino hasta el momento referido en los fragmentos anteriores, e incluso con cierta reticencia. Por ejemplo, en 9 hay un uso del yo que, sin embargo, no se liga directamente a la palabra “homosexual” sino a una construcción que permite inferirlo: “Yo no era el único que hacía de las

²¹² En total son 12.

mías en Guanajuato”. Lavallo refiere que hay otros homosexuales (“los demás”) y que entre ellos hay varios que son ricos y podrían pagar un cuantioso soborno, algo que él está imposibilitado de hacer. Nuevamente, hay una referencia a la cuestión de ser homosexual y una relación tangencial con la palabra que, pese a ello, permite construir lo que no está diciendo y que podría ser como sigue: *No soy el único homosexual en Guanajuato. Otros homosexuales de la ciudad son ricos, pero yo no.*

Es hasta 10 en que hay una relación directa entre el yo, implicado en la conjugación del verbo deplorar —“deploraba”, primera persona de pretérito imperfecto— y el ser homosexual, referido con un “fuera”, es decir, la conjugación del verbo *ser* en el mismo tiempo y persona: primera del pretérito imperfecto. Algo que resulta pertinente, pues se trata de una evocación del pasado que se narra como si fuera un hecho que se atestigua gracias a un ejercicio de memoria desplegado en las imágenes que la enunciación genera o, podría sugerirse, proyecta.

En el capítulo 12 hay otra autoenunciación de la disidencia sexual, aunque mediante un término despectivo que, en el cotexto²¹³ de uso, lleva a inferir la necesidad de cortar la dinámica de burla, es decir, se remarca la necesidad que tiene el protagonista de llevar el control. En una reunión improvisada en la habitación en que vive Lavallo, coinciden Toni —uno de sus visitantes recurrentes— sus amigos y Rolando, y sucede lo siguiente:

[11] De repente Toni reparó en la pulsera de Rolando
 —¿Es de oro? —inquirió.
 —Claro, claro.
 —No está mal.

²¹³ El cotexto es el conjunto de elementos lingüísticos que acompañan, antecedendo o sucediendo, a una palabra u oración y que pueden ayudar en la determinación de su significado o a una interpretación pertinente. Para un análisis a profundidad al respecto se puede revisar: https://cvc.cervantes.es/lengua/biblioteca_fraseologica/n7_fernandez/capitulo1_03.htm

—Me la regaló un cuatacho.

Toni se dirigió a mí y expresó:

—Está muy bonita la pulsera que le dio a Rolando su putón.

—Ese putón soy yo —aclaré—; lo digo para tu conocimiento (Ceballos, 1969, p. 243).

Como ya se dijo, se infiere que autonombrarse como “putón” tiene, en su cotexto, el objetivo de cortar la burla tangencial que realiza Toni. Una que podría estar motivada por el deseo de causar celos en Lavalle, pues, como todos saben que este y Rolando cohabitan, el hecho de que reciba regalos de alguien más puede indicar, si no un rompimiento, al menos sí una infidelidad. Aunque también puede leerse como una reivindicación que desea realizar el anfitrión de una fiesta que se organizó sin ninguna aportación económica suya, una manera de decir: “Que no tenga dinero ahora no quiere decir que no lo haya tenido nunca”. Así, Lavalle se adelanta a lo que pasará después, de ser “el profesor” pasará a “el putón sin dinero”, y al reclamar desde el yo tal calificativo neutraliza lo ofensivo que ese “putón” puede tener cuando alguien más lo dice.

Ese mismo, así como otro término despectivo, *joto*, se usan para calificar a Javier Lavalle; sin embargo, que sea una calificación externa y no autorreferencial, hace que no sea un símbolo completo y siempre queda la duda de si ese *sí mismo* conferido concuerda realmente con el personal de ese otro al que se categoriza. El narrador lo refiere así: cuando vivía en Guanajuato fue un domingo a la matinée en el cine Reforma, lugar en el que aprovechó la oscuridad para iniciar una tentativa de ligue con su vecino de asiento, sin embargo, la intentona sale mal y termina en la cárcel.

[12] No consigo comunicarme con el exterior y me retiro a un rincón oscuro de la galera con el propósito de pasar desapercibido. Sin embargo, alguien difunde la noticia y al oscurecer los presos comienzan a moverse en torno mío subversivamente. “¡Es puto!”, gritan en los más diversos tonos (p. 131).

Al día siguiente el calificador carcelario pasa revista para determinar la gravedad de los delitos y las multas correspondientes para dejarlos en libertad.

[13] Doy unos pasos y quedo frente a él. Cuando levanta la cabeza me examina duramente un instante con una mirada feroz, tuerce la boca y exclama:

—A usted ya lo conozco. —Se vuelve hacia el escribiente y pregunta—: ¿Por qué detuvieron a este? —pero antes de que el escribiente pueda responder indica—: por joto (p. 134).

Otros fragmentos en que es calificado como tal son:

[14] La tomo del brazo, cambia mi tono de voz, extremo mis atenciones. El fino sentido de captación que tengo advierte que los estudiantes se extrañan; y hasta oigo que alguien comenta: “Hijo, qué buena está, lo desconozco, si no es tan joto como dicen, miren nomás” (p. 153).

[15] —A ver, vamos a poner las cosas en claro.

—Nada; me molesta sencillamente y les dice a los compañeros que ando con un joto.

—¿Qué respondes tú?

—Que son mentiras.

[...]

—Sigue negando, Leonardo; di que no con toda firmeza (p. 173).

[16] Iba a dar media vuelta para retirarme, cuando discurrí preguntar si ya estaba listo el artículo del profesor Javier Lavalle. Sin levantarse de su asiento, la secretaria [...] cogió unos papeles que estaban sobre el escritorio de al lado y los puso en mis manos sin pronunciar palabra [...]. No hice preguntas [...] me apliqué a leer con avidez. “Homosexual que hace de las suyas en la universidad”, decía el encabezado (p. 208).

En todos los fragmentos se califica a Javier Lavalle como la otredad por parte del entorno heterosexual que se erige como la norma y la normalidad. En 12 el señalamiento proviene de la masculinidad más abyecta: los presos, quienes pese a estar en la misma situación se consideran superiores por no ser putos; en 13 lo señala la masculinidad que representa al sistema Estatal

mediante la institución carcelaria que, en el ideal, se dedica a mantener el orden; en 14, son los compañeros y alumnos universitarios los que, sorprendidos, cuestionan la veracidad de la etiqueta que pesa sobre Lavalle; en 15, nuevamente es la masculinidad juvenil la que lo califica de joto; y en 16, es un representante del poder fáctico que es la prensa, la que lo señala como “homosexual”, un término que, como se indicó en el capítulo II, tuvo durante muchos años el cariz de diagnóstico médico-psiquiátrico.

Como se puede ver, son contadas las ocasiones en que se hace uso de las palabras *joto*, *puto* u *homosexual*, e igualmente son escasas las apariciones de *maricón*, término que se enuncia por boca del profesor Lavalle para separarse dentro de la misma otredad, es decir, son episodios de denostación del grupo al que pertenece:

[17] Liberarme de los insoportables ruidos de la calle que pasan francamente a través del vidrio roto de la porción superior de la ventana; zafarme de la musiquita clásica que toca por horas y horas el maricón que vive en la pieza de al lado (p. 10).

[18] Pueden ir a mi casa cualquier día [...] que no vayan antes de la cinco de la tarde, tocan precisamente en la primera ventana yendo de Reforma, en la primera ventana, ¿eh? [...] porque la segunda ya no corresponde a mi habitación sino a la del profesor Marroquín [...] sí Torres Prado, que tengan mucho cuidado [...] ni modo, cuando uno está rodeado de maricones, como lo estoy yo, es necesario extremar las previsiones (p. 68).

[19] Adán Cano [...] estudió en Guanajuato la carrera de químico farmacéutico, pero nunca se recibió [...]. Es dueño de un gran negocio en Tabasco, pero eso no quita que sea un maricón desgraciado, repugnante y avaro por añadidura (p. 202).

[20] Simplemente expresé lo que sentía y Leonardo, imprevistamente, me pegó en el ojo con la mano abierta [...]. “¡Sí!”, grité. “¡Yo te vi con él! ¡Eres un simple puto desgraciado!” (p. 251).

En 17, 18 y 19 Lavalle hace uso de *maricón*. En los dos primeros casos, para referirse a su vecino de habitación, el profesor Marroquín, con quien dice tener una relación estrambótica

(p. 165), pese al grado de intimidad forzada en que se encuentran (o quizá precisamente por ello), debido a que sus habitaciones están separadas apenas por una división de madera. Mientras que en 19 lo utiliza para calificar a un antiguo conocido que no le agrada del todo. Y en 20 enuncia un puto, a manera del más grande insulto, cuando confronta a Leonardo respecto a su infidelidad.

Usados en momentos clave de la trama —lo que devela la maestría narrativa de José Ceballos Maldonado transferida a Javier Lavallo—, son pocas las apariciones de términos directos, sean despectivos o no, respecto a la no heterosexualidad del protagonista y otros personajes. En cambio, abundan las palabras ambiguas o los fraseos abiertos a interpretación, para referirse a esa cuestión que resulta indecible, nefanda,, tanto en otros como en el mismo narrador. Algunos de los ejemplos más significativos de referencias enmascarantes de la homosexualidad y su práctica son:

“Saben todas mis cosas” (p. 13); “Comienza a entenderse con el señor Guízar” (p. 17); “Eso no me entra únicamente por los ojos [...] yo lo descubro intuitivamente” (p. 38); “Ellos ya saben” (p. 67); “Uno es como es” (p. 76); “Me pregunté qué podía tener yo para que a todos se les ocurriera hacerme lo mismo [...] Acaso yo tenía algo que todos podían ver a simple vista” (p.86); “Estuve con él” (p. 89); “Mi madre lo sabe todo, cómo no, estoy seguro, y también mi padre, y mis hermanas [...] me lo anuncian rotundamente sus silencios” (p. 90); “Tampoco me opongo a las inclinaciones de mi espíritu” (p. 103); “Con la fama que tengo, como ya se sabe, es fácil” (p. 126); “Voy con Félix Garza, que es como yo” (p. 144); “Todos sabemos nuestro cuento” (p. 144); “Usted puede ser lo que sea; no me interesa. Quiere a mi hijo y para mí es lo que cuenta” (p. 179); “Me preguntan si tú eres mi mujer o si yo soy tu mujer” (p. 192); “Yo era

así y lo sería hasta siempre; no podía cambiar de naturaleza y me negaba a traicionarme” (p. 209). Y respecto al uso de “eso” como sucedáneo de homosexualidad, destaca:

[21] Así me encuentra mi hermana Lucila, que se digna visitarme antes de regresar a Michoacán. Rolando se marcha y Lucila se permite dar algunos consejos. Por ejemplo, dice que por mi edad debo abandonar “eso”. Cree que, después de todo, ya he perdido bastante tiempo y dinero, pero que aún es tiempo de “reaccionar” (p. 122).

Queda remarcado en 21 lo indecible que resulta para el contexto,²¹⁴ y más en boca de una mujer, enunciar la palabra *homosexualidad*, o algún otro término denigrante, sin embargo, no por ello dejan de buscarse maneras de referirlo como una situación indeseable y problemática que debe atenderse. Erving Goffman dice:

La expresividad del individuo (y, por tanto, su capacidad para producir impresiones) parece involucrar dos tipos radicalmente distintos de actividad signifiante: la expresión que *da*²¹⁵ y la expresión que *emana*²¹⁶ de él. El primero incluye los símbolos verbales —o sustitutos de estos— que confiesa usar y usa con el único propósito de transmitir la información que él y los otros atribuyen a estos símbolos. Esta es la comunicación en el sentido tradicional y limitado del término. El segundo comprende un amplio rango de acciones que los otros pueden tratar como sintomáticas del actor, considerando probable que hayan sido realizadas por razones ajenas a la información transmitida en esta forma (2001, p. 14).

Con base en lo anterior se puede decir que tanto Lavallo como todos los personajes que hablan mediante su evocación lo hacen en esos dos niveles: la literalidad (la expresión dada, mediada por la competencia lingüística básica) y la intención (la expresión emanada, a partir de las inferencias). Así, cuando el profesor dice: “Yo era así y lo sería hasta siempre; no podía

²¹⁴ Ciudad de México en la década de 1960.

²¹⁵ Cursivas en el original.

²¹⁶ Cursivas en el original.

cambiar de naturaleza y me negaba a traicionarme” (Ceballos, 1969, p. 209), el uso compartido y competente del código lingüístico permite entender solo una parte del mensaje, la completitud de este se alcanzará únicamente cuando el lector, atendiendo al cotexto de la frase y contexto de su enunciación, desvele las implicaciones y mediante estas sintomatice al actor y su situación: Lavallo es homosexual y no quiere dejar de serlo, pues lo ve como parte de su constitución natural. Dice el profesor: “Nosotros formamos un linaje de seres supersensibles que registramos sutilezas que pasan inadvertidas para el hombre común” (p. 174).²¹⁷ Esa frase resuena con lo dicho por Pérez Álvarez: “Cuando en un grupo social alguien es capaz de decir nosotros, apelando a un grupo, se pueden distinguir [...] rasgos comunes que el grupo social es capaz de identificar entre sus miembros” (2010, p. 32). Es decir, el uso de ese “nosotros” es pronominal incluyente. Así, aunque Lavallo no tiene como objetivo la caracterización y reivindicación del grupo en ciernes al que pertenece, su manera de enunciarlo como parte del mismo²¹⁸ sí implica una incipiente constitución de “su sentido de identidad cultural en sus horizontes espacial y temporal, y proyecta en el discurso esa identidad cultural en contraposición con lo otro, lo ajeno al grupo” (p. 32), que en este caso es la masculinidad heterosexual y las expectativas sociales e institucionales en torno a esta, y contra las que él se rebela.

5.1.2 Su entorno directo

Aunque no en todas las narraciones literarias hay un involucramiento tan directo entre autor y lector como en el caso de *Después de todo*, sí existe la posibilidad de intervenir, esto mediante la

²¹⁷ Una frase que, de nuevo, estará completa solo hasta entender el sentido emanado / inferencial de ella.

²¹⁸ Aunque reticente y atravesada por la homofobia internalizada que pone de manifiesto su uso de palabras como *maricón* y *puto*, como ofensas para otros varones homosexuales.

identificación de “cómo se construye el texto narrativo en la interacción, es decir, cómo se co-construye a través de las intervenciones de los participantes en el evento narrativo” (Romero Martínez y Pérez Álvarez, 2018, p. 148). En el caso de la novela de José Ceballos Maldonado las intervenciones y roles son claros: Javier Lavallo es el autor / narrador que está realizando frente a sus lectores el acto de recordar y poner por escrito la sucesión de acciones, encadenadas causal y temporalmente que conforman su vida, mientras que el lector / alocutario es invitado directamente a participar mediante los actos ilocutivos ya mencionados.

Romero Martínez y Pérez Álvarez indican también que para “construir conjuntamente un texto es necesaria la colaboración de los distintos participantes de un evento comunicativo” (p. 149), esto sin importar si comparten o no el mismo punto de vista sobre el tema. Lo que sería muy evidente e importante en 1969, año de publicación de *Después de todo*: la idea sobre la homosexualidad que tenía Ceballos Maldonado —como un acto no punible por sí mismo— sería una excepción y no la regla. Por tanto, la lectura de su publicación implicaría, en el mejor de los casos, un replanteamiento de tal concepto, esto tomando en cuenta lo dicho por Ochs y Jacoby respecto a la coconstrucción como “la creación conjunta de una forma, interpretación, postura, acción, actividad, identidad, institución, habilidad, ideología, emoción u otra realidad cultural llena de sentido” (2018, p. 149). Que Javier Lavallo, abiertamente homosexual, cuente la historia de su vida llevaría a la construcción conjunta de una identidad para sí y una nueva ideología respecto a su ser homosexual dentro de la realidad cultural que habita: el México ciudadano a fines de la década de 1960 que, aunque lejos ya de ser fuertemente posrevolucionario mantenía sin

dudarlo la prevalencia de lo masculino, con lo que tal palabra conlleva: heterosexual, proveedor y mujeriego.²¹⁹

Aunque no de manera frontal, y definitivamente sin fines políticos ni públicos, Javier Lavallo argumenta y cuestiona sobre la idea general de la homosexualidad, con lo que propone un concepto ampliado y alejado de los de pecado o vicio, ligados irremediabilmente en ese momento a la vivencia de una sexualidad que no fuera heterosexual. A lo anterior se puede abonar lo dicho por Jacob L. Mey —desde el enfoque cualitativo de la pragmática literaria— al analizar las características específicas de los textos con base en la idea de “cómo caracterizar una parte de un texto con los propósitos extralingüísticos como persuadir, argumentar, cuestionar” (2006, p. 549), propósitos no declarados pero que se pueden encontrar en la enunciación — disruptiva, puede decirse— que hace Lavallo sobre su existencia y entorno inmediato, al quedar plasmados ambos en su registro literario. “En muchos casos”, añade el investigador, “la estructura lingüística del texto tiene poco que ver con los efectos del texto, con lo que hace o cómo es que el texto se produce y consume” (p. 549).

La manera de narrar usada por Lavallo no encierra en sí misma la intención de cuestionar o replantear conceptos, pero esa oscilación entre presente y pasado, el juego que hace entre tiempos y lugares, sí es intencional: enunciar la homosexualidad —propia y el ejercicio de esta en general— de modo que solo el lector atento y perseverante capte las referencias en las ya mencionadas palabras, frases o elementos que tienen cierto grado de polisemia o vaguedad. Tal es el caso de un elemento extralingüístico cuya enunciación tiene un valor evocativo del

²¹⁹ Rasgos fácilmente identificables en productos de entretenimiento masivo de la época, como las películas revisadas en el apartado 1.2.2.

conocimiento del mundo, así como una intención particular —por ser anuncio de algo velado— en la trama:

[22] Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza.²²⁰

Me levanto para abrir la puerta de la calle y mientras doy la vuelta por el patio y el pasillo pienso que es fulano. Veo su cara, la brillante mirada inquisitiva, las ropas que viste (conozco su vestuario completo) y hasta oigo las expresiones que suele dirigirme cuando abro.

Me sé al dedillo el modo peculiar con que se anuncia cada chamaco: una palmada fuerte que sacude la madera carcomida y hace que se derrame la polilla, varios toques morosos con el puño apretado, unas raspaduras con la punta de la llave, tres golpes violentos con los nudillos de los dedos, unos toquidos suaves y espaciados, múltiples arañazos nerviosos (Ceballos, 1969, p. 9).

[23] Insólito: nadie ha llamado por teléfono; ni siquiera Fernando. ¿Se desalentó porque ayer no lo hice pasar? [...] Y más insólito aún: tampoco han tocado en la ventana. Estoy seguro de que mantuve prendidos los dos focos (el que cuelga del centro de la pieza y el del buró) (p. 41).

[24] Los muchachos que han estado conmigo o con Rolando tocan muy quedito; son toquidos circunspectos, de indubitable complicidad. Cuando percibo un toquido así [...] sugerente, sazonado de secreto entendimiento pienso: “No sé quién eres pero ya has venido otras veces”. Me levanto invadido de gusto, con ilusionada impaciencia por descubrir el momentáneo secretillo (p. 41).

[25] Tocó levemente, rozando apenas la hoja de la ventana con los nudillos de los dedos. Toquido vagamente audible, más bien ilusorio (p. 58).

[26] Tocan precisamente en la primera ventana yendo de Reforma, en la primera ventana, ¿eh?, fijate en lo que te digo, porque la segunda ya no corresponde a mi habitación sino a la del profesor Marroquín, y si tocan en ella saldrá por la puerta de la calle y les dirá [...]: allá vive el profesor Lavalle y aquí vive el profesor Marroquín, que soy yo, por lo tanto deben tocar allá [...] y no aquí (p. 68).

[27] Hoy llamaron por teléfono dos chamacos y otros tantos tocaron en la ventana (p. 120).

[28] Me quedó una sensación de incomodidad, o más bien de acabamiento. Como si los chamacos ya no fueran a llamar por teléfono ni a tocar en la ventana (p. 121).

²²⁰ Se refiere a su habitación.

[29] Tocaron en la ventana. Salí con tal apresuramiento que olvidé la circunspección que me he impuesto en estos casos. Fue un toquido fino, amanerado, primero de varios golpecitos repetidos y después espaciados (p. 135).

[30] Me irrita que los chamacos toquen en la puerta de la calle porque se da cuenta todo mundo: la casera, las sirvientas y los huéspedes. Por lo tanto, mi primer cuidado es advertirles que se anuncien por la ventana. Oigo sus toquidos (me suenan como si dieran los golpes sobre mis orejas), doy un salto de gusto y me deslizo por el patio y el pasillo casi furtivamente (p. 181).

En 22, que contiene la primera línea de la novela, Javier Lavallo hace referencia a las llamadas en la ventana de su habitación y, por lo reiterado de la acción, declara alcanzar a reconocer quién es por la manera y el objeto con el que tocan en el marco de madera. En 24, varias páginas más adelante, se descubre lo que implican esos toquidos: la antesala del acto sexual, aunque con cierto disfraz enunciativo: “los muchachos que han estado conmigo”; el haber estado, en este caso, implica una compañía mucho más íntima de la que se tiene por el simple hecho de compartir un espacio. En 25 y 27 se reafirma la importancia del sonido generado por los golpes en la ventana, mientras que en 23 y 26 se alcanza a vislumbrar el modo en que se da tal acción entre Lavallo y sus visitantes, un código extralingüístico que se debe dominar. En 28, sin embargo, el sonido en la ventana toma otro cariz: el de recordatorio de que el profesor no tiene dinero y, por tanto, que lo llamen tocando en el marco de madera ya no es anuncio del coito, sino insistente recuerdo de la imposibilidad de tenerlo. Pero en 29 y 30 parece restablecerse el sentido primigenio de la sonoridad del acto.

Esos toquidos en la ventana, así como el timbre telefónico que se menciona en 26 y 27, son elementos que irrumpen en la narración que registra por escrito el profesor Lavallo y, a la

vez, refuerzan que el lector esté entre planos espaciales y temporales y enunciaciones veladas.

Esto remite a lo planteado por Mey:

El autor toma a los lectores en sus manos, los separa de las penurias de la cotidianidad y los introduce a un nuevo mundo del que es creador y autoridad principal [...]. Los lectores aceptan el juego, la propuesta, y hacen relevo: recae en ellos la responsabilidad de ese mundo (2006, p. 551).

Lo anterior se logra mediante la inmersión de los lectores (p. 551), es decir, en el juego planteado tienen una participación activa en la creación del espacio de ficción. Esto se planteó, de entrada, mediante las interpelaciones ya mencionadas, y se concreta en los momentos en que Lavalle hace referencia al marco de la escritura porque se confiere un rol más cercano aún: el lector está ahí, prácticamente en su habitación, atestigüando el registro literario, con lo que tiene la misma posibilidad de distraerse, junto con el narrador, cuando el entorno inmediato se hace presente:

[31] Acaba de sonar el teléfono. “¡Profesor Lavalle!”, gritó la señora coléricamente. (Mi casera tiene buen genio y nos llevamos bien; pero a veces se enoja porque me llaman continuamente.) Subí a la carrera (Ceballos, 1969, p. 13).

[32] Tocaron en la ventana y salí de estampida. Ni siquiera me ocupé de echar un vistazo al barandal de arriba para ver si estaba la señora [...] Me disponía a tomar la pluma cuando tocaron otra vez [...] Llamaron de nuevo y resolví salir (p. 18).

[33] Tocan: ahora sí es Rolando.

No era Rolando, sino el mozo del colegio Latino que aún me visita y a veces me obsequia, después de los buenos meses que han pasado desde que dejé el colegio (p. 20).

En 32 y 33 se hace referencia a un elemento conocido: los toquidos en la ventana y lo que estos implican en dos sentidos, tanto para la historia (anuncio del coito) como para el acto de escribir, es decir, una interrupción. Mientras que en 31 aparece el otro elemento extralingüístico

ya mencionado que tiene las mismas funciones que el anterior: posible anuncio de una cita sexual y suspensión del registro literario. Estas interrupciones, como indica Mey, tienen también otra función: ser una señalización que se relaciona con la deixis, es decir, son “medios para indicar las relaciones de tiempo y espacio que tienen importancia para establecer y promover el flujo de la historia” (2006, p. 552). Lo anterior lo hace Lavalle también, al evidenciar que se detiene el flujo de la evocación. Por ejemplo:

[34] (Corto aquí bruscamente. Me propongo incurrir en palmarias y numerosas transgresiones, pero no caeré en la de comenzar por el desenlace. Y aclaro además: hablaré de mi niñez solo para redondear el relato, mas no para establecer *fijaciones infantiles*.²²¹ Que analicen y discutan mi caso los sociólogos y los sicoterapeutas; yo únicamente me ocuparé de referir los episodios significativos de mi vida.) (Ceballos, 1969, 12).

[35] Por lo tanto presumo que ahora sí mantengo la necesaria disposición de ánimo para iniciar mi historia.

Dije que salí de mi pueblo a los dos años.

Curioso: de haber pensado por largo tiempo el modo de dar principio a este relato, estoy seguro de que jamás se me hubiera ocurrido empezar con la enumeración de mis problemas con Rolando (p. 24).

[36] Ahora sí comenzaré. (¡Cuánto circunloquio!) Repetiré por última vez que salí de mi pueblo a los dos años. (Ya estoy enganchado en el tren de los recuerdos.) (p. 25).

[37] Procedí a leer lo que llevo escrito de este relato y aquí estoy sentado ante la mesa, con la pluma en la mano, titubeando entre referirme al presente o continuar con el pasado (p. 42).

[38] (Javi: ¿Ya tienes calma? ¿Y crees que debes continuar? Es como si estuvieras extrayendo la savia de tu vida.) (p. 82).

Revisar los fragmentos anteriores reafirma la importancia que tiene el marco escritura para la narración, por el modo en que señala claramente al lector la ubicación espacio-temporal

²²¹ En cursivas en el original.

y con ello, a la vez, lo hace parte del proceso creativo. Otros fragmentos en los que se refiere el registro literario y la interrupción o pausa de este, son:

[39] Suena el teléfono...

Pero la llamada no fue para mí. No obstante abandoné la silla; ya tenía ganas de levantar la cabeza, erguir el pecho y caminar un poco aunque fuera alrededor de la mesa.

Proseguiré (p. 69).

[40] Está sonando la campanilla del teléfono.

No, no fue para mí.

Heme aquí de codos sobre la mesa, un poco alterado por la llamada telefónica. Tengo la pluma de escribir en la mano, pronta, pero me siento incapaz de continuar (p. 78).

[41] Dentro de una hora saldré a comer.

Ya me siento apaciguado, más bien —como siempre— voluptuosamente sometido.

Desplegadas mis facultades, lúcido, con el recuerdo vivo, la pluma en ristre y tiempo disponible (p. 84).

[42] ¿Tocan?

Sí, tocan; pero es en el zaguán.

Me habla la señora.

Tengo ante mis ojos el montoncito de papel de escribir en máquina cortado a la mitad, terso y limpio, y tan blanco que refleja la luz chispeante que se cuele por la ventana y me deslumbra un poco (p. 88).

[43] Al mediodía llamó por teléfono Rolando; me dijo que vendría a comer y lo estoy esperando.

Aparte de la llamada de Rolando, el teléfono me interrumpió en dos ocasiones. Nada importante (p. 134).

[44] Me acosté hace más de una hora y me he levantado dos veces: la primera para tratar de escribir un poco (sólo eché un vistazo al rimero de páginas garabateadas que están sobre la mesa) y la segunda para leer (vi únicamente las letras, porque no logré adentrarme en el relato) (p. 146).

[45] ¡Qué brinco he dado! “Profesor Lavalleee! ¡Al telefonooo!”, gritó la sirvienta. Me levanté al instante (p. 201).

[46] Me llaman al teléfono.

Era Gonzalo, un chamaco bastante necesitado (p. 232).

[47] ¡Tocan! ¡Tocan!

Mientras caminaba hacia la puerta con pasos apresurados pensé en la hora y calculé que eran las once más cuarenta minutos (p. 240).

Además de la enunciación del corte, en otros momentos el narrador hace uso de un elemento gráfico, tanto para interrumpir diálogos en evocación como para indicar el fin del recuerdo y el regreso al momento presente —que es el de la escritura en su habitación—, este es la diagonal (/), ya referido en el apartado 3.2. Algunos ejemplos:

[48] En ciertas ocasiones se enredan las cosas a partir de una primera falta, de una simple omisión, no tiene remedio, cuando se postergan/

Suena el teléfono...

Pero la llamada no fue para mí (p. 69).

[49] Renato cerraba las ventanas apresuradamente mientras yo permanecía en el centro, inmóvil, husmeando el aire encerrado del salón. Pero Renato no insistió. En suma/

Está sonando la campanilla del teléfono (p. 78).

[50] Los estudiantes resultaron buenos chicos. Como primera medida procedí a recomendarles absoluta discreción; mas no hizo falta; contra todo lo previsto/

¿Tocan?

Sí tocan; pero es en el zaguán (p. 88).

[51] La víspera de mi venida a México/

Me llaman al teléfono (p. 232).

[52] Ahora que vuelvo a pensar en todo aquello, me parece imposible que no haya podido entender una cosa tan sencilla cuando salí de Guanajuato. En lugar de ello/

¡Tocan! ¡Tocan! (p. 240).

La diagonal también puede encontrarse en las páginas 20, 25, 97,²²² 98, 106, 179, 214 y

222. En la mayoría de los casos, para marcar el entorno que se entremezcla de manera abrupta.

²²² Dos veces en esta página.

Hablar directamente de las irrupciones del entorno y registrarlas abona al ya mencionado involucramiento de los lectores, quienes avanzan en el texto como si se tratara de una puesta en escena cuyo soliloquio se ve constantemente interrumpido por dos elementos extralingüísticos: las llamadas en la ventana y el timbre del teléfono. Ambos sonidos son antesala de actos, alicientes y noticias que serían gratas para el narrador / autor. Cortan el flujo, pero son importantes para el desarrollo de la historia. No son, pues, interrupciones gratuitas. Lo mismo sucede con la diagonal que, aunque usada en escasas ocasiones,²²³ cumple con el cometido de complementar las alertas, señalizaciones y demás indicadores que están, como indica Mey, “colocados en el espacio ficcional para posibilitar el proceso de navegación del espacio ficcional” (2006, p. 552). En esto Javier Lavallo se convierte en un experto, puesto que de ello depende que el grupo de lectores al que aspira llegar se interese (en esa moneda de cambio lingüístico) y se mantenga hasta el final de esa travesía en la que el aquí y el ahora son la habitación del protagonista en algún punto del año 1969, complementado por evocaciones al pasado, que, aunque llevan un desarrollo cronológico, este es fraccionado para narrar de manera concurrente lo que está viviendo —o dejando de vivir— durante el proceso escritural y que, en cierto modo, se relaciona con los recuerdos, puesto que su situación presente es resultado de lo ya vivido.

5.1.3 El maestro

La importancia que da Javier Lavallo a su actividad docente es capital, pese a que al momento de iniciar la escritura de su testimonio se encuentra interrumpida. Al comenzar el recuento vital,

²²³ Aparece catorce veces en toda la novela.

declara recordar: “Aulas repletas de muchachos, patios de escuela soleados y llenos de bullicio” (Ceballos, 1969, p. 9), y un par de páginas más adelante lo consigna como parte de sus datos generales: “PROFESIÓN:²²⁴ Ingeniero químico y profesor de física y química” (p. 12). Esto es relevante no solo en términos de lo que su labor le ha permitido hacer y conseguir en lo sexual, sino por estar integrado en su autoconcepto: “Fui un alumno aplicado (también en la universidad), una especie de niño precoz, o de geniecillo, con memoria excepcional, rápida capacidad deductiva” (p. 28). Ese “geniecillo” recuerda también haber aprendido el abecedario “a los cinco años, pero no en la escuela, sino en la peluquería del portal donde estaba la tienda” (p. 27).²²⁵ Las capacidades descritas le permitieron, al paso del tiempo, comenzar a trabajar en la Universidad de Guanajuato desde que era estudiante, y, poco a poco, construir un espacio de maniobra para su primer *modus operandi* sexual. Esto, como se abordó en el apartado 4.1.3, colocó al protagonista en un espacio liminar entre el privilegio y la periferia: lo primero, por desarrollar un rol muy valorado en su momento, el de maestro, y lo segundo, por relacionarse con compañeros y alumnos de un modo totalmente fuera de la norma social e institucional. Esa sexualidad periférica se beneficiaba de la centralidad de su labor declarada al mundo. Lo anterior permite plantear que el narrador de la novela se encuentra también entre dos puntos descritos por Erving Goffman:

El actuante puede creer por completo en sus propios actos; puede estar sinceramente convencido de que la impresión de realidad que pone en escena es la verdadera realidad [...]. En el otro extremo descubrimos que el actuante puede no engañarse con su propia rutina. Esta posibilidad es comprensible, ya que ninguno se encuentra en mejor lugar de observación para ver el juego de la persona que lo

²²⁴ En mayúsculas en el original.

²²⁵ Se refiere al negocio de su padre en Los Reyes, Michoacán.

desempeña. Al mismo tiempo, el actuante puede querer guiar la convicción de su público solo como un medio para otros fines, sin un interés fundamental en la concepción que de él o de la situación tiene este (2001, p. 29).

Javier Lavallo está convencido de su actuar como docente y es un trabajo que valora, sin embargo, también hay presencia de lo que Goffman señala como cinismo:²²⁶ “Puede obtener placeres no profesionales de su mascarada, experimentando una especie de gozosa agresión espiritual ante la posibilidad de jugar a voluntad con algo que su público debe tomar seriamente” (pp. 29-30). Esto puede verse ejemplificado por el mismo narrador de *Después de todo*, cuando refiere cómo convence a Germán, una de sus conquistas, de continuar la relación:

[53] Comienzo a pensar cómo volver a tenerlo. Es mi alumno en prácticas de química y le pongo notas bajísimas. Me reclama enseguida:

—¿Por qué tengo estas calificaciones?

—Te veo un poco distraído en las prácticas.

—Creo que la distracción está en otra cosa —se pone muy serio y al hablar mueve solamente los labios.

—No es lo que piensas —aclaro.

[...]

—Vamos a ser amigos otra vez —continúa con acento de sumisión—; porque si no, serías capaz de reprobarme.

—¿Yooo...?

—Eres demasiado listo —con voz profunda— (Ceballos, 1969, p. 141).

Aunque solo es en esta ocasión que Lavallo declara haberlo hecho, se puede inferir que el poder sobre las calificaciones era un recurso que no dudaba en usar para ejercer presión y obtener lo deseado. Como ya se dijo, el profesor es un actuante convencido de lo que hace, pero cínico a la vez, por aprovechar más allá de su labor lo que esta le permite. Sin embargo, ese “extraordinario prestigio de maestro” (p. 176) que declara tener no le fue dado de modo gratuito, debió construirlo desde su época estudiantil y a contracorriente de los rumores que ya lo seguían.

²²⁶ El cinismo en la narrativa de José Ceballos Maldonado ya se mencionó en el apartado 4.1 de esta tesis.

La primera relación sexual que describe el narrador data de cuando tenía catorce años de edad (p. 70), y fue con un compañero de escuela, Renato, de dieciséis años. “Llegó a establecerse entre Renato y yo una verdadera comunicación sin palabras” (p. 74). Sin embargo, ese diálogo no enunciado se convierte en un chisme que Renato se encarga de divulgar. Esto queda de manifiesto cuando Lavallo inicia una amistad con Reynaldo —compañero escolar recién llegado de la capital del país—, quien no pierde la oportunidad de penetrarlo:

[54] —¿Por qué lo hiciste? —dije.
 Sonrió significativamente.
 —No te hagas.
 —Estás chiflado; no me hago —respondí un poco desconcertado.
 [...]

 —No seas pesado; yo lo sé.
 Comencé a ver con claridad y me asombré y confundí simultáneamente.
 Pensé en Renato.
 [...]

 —¿No te gusta?
 —¿Pero quién te dijo?
 —Todos saben; se conoce simplemente que tú lo haces (p. 86).

Lo anterior resulta preocupante para el narrador, porque en ese momento, como refiere poco después, estaba a la espera de que la universidad diera su veredicto sobre si le daría o no su primer trabajo:

[55] Me decía que todo aquello de la murmuración debía tomarlo con calma. “¿Y si te buscas una chica?” Estaban a punto de nombrarme preparador de química y pensaba que lo más probable era que no me dieran el puesto. “Lo saben todos, ¿no?” [...] Y mientras me comunicaban si sería o no preparador resolví aislarme de mis compañeros, y ante todo, no volver a las andadas (p. 87).²²⁷

²²⁷ Nuevamente, una frase marcada por la vaguedad, pues ¿qué son “las andadas”? El cotexto es el que lo revela: tener sexo con sus compañeros.

Pese a las murmuraciones, logra el cargo y a partir de este es que comienza a construir el “extraordinario prestigio” ya referido. Uno que, sin embargo, no estuvo libre de amenazas, pues, al usar las mismas instalaciones de la universidad, se ponía en riesgo.

[56] Es muy simple y seguro; y a la vez desconcertante. Porque lo hago en la misma escuela [...] sí, en nuestra “máxima casa de estudios”, sí, en nuestra vieja y bienquista universidad. Lo hago porque pienso que nadie supone que lleve mi audacia a tal extremo [...] Me digo: “Audaz y garantizado, indisputablemente; pero terrible en el fortuito caso de un trapiés” (p. 103).

Y el trapiés llega: Romero, uno de sus compañeros de escuela, pide quinientos pesos como precio de su silencio para no revelar al director lo que sucede en el laboratorio entre un amigo suyo y Lavalle.

[57] Apenas puedo murmurar: “No es cierto nada”.

Qué cosas más inquietantes. Precisamente cuando ya estudio en la facultad y estoy a punto de tener un ayudante en el laboratorio (p. 104).

Pero nada pasa. El soborno se paga y todo continúa su curso, con lo que se reafirma lo ya dicho: se teje en torno a Lavalle una red de omisiones —tanto institucionales como personales— que le permiten continuar con su dinámica.

[58] El director de la escuela debe elegir a mi ayudante entre una terna de alumnos que integro con celo excesivo. Y pronto veo llegar el conflicto. Porque resulta evidente para todos —tanto como para mí— que los tres candidatos son ejemplares irreprochables [...]. Se extraña el director —y lo dice— que haya seleccionado a tres niños bonitos en vez de optar por Tal o Cual, que son muchachos inteligentes y estudiosos. “Lavalle tiene buen gusto”, comenta (p. 104).

Se hace evidente la omisión del director, pues solo hace notar el extrañamiento, pero no remedia la situación que será el germen del escándalo posterior. Y es cuando este está a punto de

estallar que se remarca nuevamente la valoración de Lavalle en su rol como profesor; lo señala Leonardo, el causante de la polémica:

[59] No voy a perder nada, y tú sí; todas tus clases, la universidad. Eres muy inteligente y te quieren mucho los alumnos. Yo sólo soy un estudiante. Y además, no me importaría dejar la escuela (p. 201).

Pero aunque la inteligencia y el prestigio de Lavalle eran grandes, una vez que se publica la ya referida nota periodística con el encabezado “Homosexual que hace de las suyas en la universidad”, citado en el fragmento 16, la valoración como profesor universitario queda anulada, para dar importancia únicamente al hecho de su homosexualidad.²²⁸ El narrador refiere su diálogo con el rector:

[60] —Supongo que ha de estar de acuerdo conmigo en que no debe volver a sus clases —dijo. Tenía las manos empuñadas y me miraba fijamente.

—Está bien —respondí.

—Es mi decisión —dijo un pequeño golpe con el puño sobre la cubierta del escritorio y permaneció rígido, solemne, con la boca apretada, como en espera de un contraataque

—Es lo mejor —balbucí (p. 222).

El rector plantea luego la posibilidad de proceder legalmente contra el corresponsal que publicó la nota periodística; sin embargo, esto es algo que a Lavalle ya la parecía absurdo desde la noche anterior cuando su padre le dijo lo mismo. Quizá advertido por el ejemplo de Oscar Wilde, consideró: “El juicio me hundiría más” (p. 216). Así, con una carta como evidencia, la red de omisiones termina por romperse, y el rol de maestro, con todo y su prestigio, se pierde sin

²²⁸ Como ya se dijo en el apartado 1.4.1, ni al corresponsal periodístico ni a las autoridades universitarias les motivó el castigo jurídico que correspondía a Javier Lavalle como estupro. La publicación tuvo como objetivo únicamente desprestigiarlo y cobrarle la afrenta con su puesto en la universidad. Al rector lo mueve el deseo de desligarse de una figura controversial, como era el profesor ya en ese momento, pero no el de proceder legalmente por los hechos mencionados.

remedio. Lo anterior deja a Lavalle, al menos para la sociedad guanajuatense, como una figura de una sola dimensión: la sexualidad divergente de la norma. Así como un único rol: el pervertidor de la juventud de Guanajuato.

Probablemente no sea un mero accidente histórico que el significado original de la palabra persona sea máscara. Es más bien un reconocimiento del hecho de que, más o menos conscientemente, siempre y por doquier, cada uno de nosotros desempeña un rol... Es en estos roles donde nos conocemos mutuamente; es en estos roles donde nos conocemos a nosotros mismos (Goffman, 2001, p. 31).

La máscara de Lavalle, a partir de ese momento, es únicamente la del individuo homosexual protagonista de un escándalo. Y aunque el cariño de los alumnos que refirió Leonardo —fragmento 59— se hace presente,²²⁹ el exprofesor decide que no tiene sentido apoyarse en ellos:

[61] Yo había perdido una batalla, afirmé; pero estaban el mundo y la vida por delante y ganaría muchas otras. Entonces tenía la mente llena de ilusiones de grandeza. Es decir, aún no me conocía del todo a mí mismo (Ceballos, 1969, p. 225).

La última línea en 61 resuena con lo dicho por Goffman: los roles permiten el autoconocimiento. Sin embargo, el rol único de homosexual era, en ese momento, aún desconocido por Lavalle en cuanto a sus dimensiones e implicaciones. Forzado a ser únicamente eso, debía encontrar no solo un nuevo sitio para sí mismo sino para colocar su autoconcepto. Y aunque tras su autoexilio a la Ciudad de México retoma la labor docente en diferentes escuelas e institutos, no resulta igual que en su etapa en Guanajuato. En la capital del país ya no es *el*²³⁰

²²⁹ El narrador indica que el Consejo Estudiantil ofrece realizar manifestaciones y actos para demandar su permanencia en la universidad (Ceballos, 1969, p. 225).

²³⁰ Cursivas mías.

profesor, sino uno más de los muchos homosexuales que la ciudad anonimiza, y a los cuales se podía acudir para conseguir dinero a cambio de sexo.

5.1.3.1 Sus amantes / alumnos

La importancia que tiene el rol de maestro para Javier Lavallo es capital. Sin embargo, no todas las relaciones sexuales o sexoafectivas que describe en su novela / memoria / representación datan de cuando ya lo tenía. No declara cuántos años tiene²³¹ y las referencias a su edad en los diferentes momentos vitales que refiere son escasas; sin embargo, como se verá a continuación, es posible identificar los momentos en que pasó de niño precoz a adolescente activo y luego a adulto estuprador.

Aunque el mismo narrador da poca importancia a su infancia, “hablaré de mi niñez sólo para redondear el relato, mas no para establecer *fijaciones infantiles*”²³² (Ceballos, 1969, p. 12), es posible reconocer esos pasajes que, además de “redondear”, revelan un aspecto importante: la homosexualidad estaba ahí de inicio.

[62] Aún veo a Delfino parado al otro lado del camino, frenando el caballo, con su respetuosa indecisión para sacarnos del atolladero [...] descendió del caballo, se metió en el charco y soportándonos en los brazos nos puso en la orilla del camino, primero a mí y después a mi madre. A simple vista no me parecía tan potente (p. 25).

[63] De improviso aparece Marcos Lule [...] vemos sus pantalones de mezclilla, anchos y flojos [...]

—¿Todavía no se hacen la puñeta? —pregunta a media voz.

Respondemos simultáneamente que no moviendo la cabeza.

²³¹ Por las inferencias que se enunciaron a inicio del capítulo I de esta tesis, es posible afirmar que Javier Lavallo habría nacido en 1913, por lo que en 1969, año en que realiza la escritura / enunciación, tendría 56 años de edad.

²³² Cursivas en el original.

—Vengan entonces; les va a gustar mucho.

[...]

Se desabrocha precipitadamente y comienza a operar.

—Esto es vida, muchachos; háganle como yo.

Jaime y yo permanecemos tiosos. De repente siento mucho miedo y comienzo a llorar a lágrima viva.

[...]

Sonríe, me halaga, recomienda que me calle, que no sea tonto y continúa insistiendo con melifluas palabras en que se siente muy bonito. Sigo llorando. Al rato veo que me desabrocha; y a medida que él manipula me voy apaciguando. Me complace a tal grado, que cuando me suelta para hacer lo mismo con Jaime protesto vivamente; pero él se limita a indicar:

—Sigue tú solito.

Desde entonces Marcos Lule me suscitó un contradictorio sentimiento de atracción y rechazo (pp. 32-33).

[64] También observaba al conductor, de aspecto grave, de traje azul y quepis del mismo color con una placa dorada donde se leía el nombre de su cargo. Vigilaba hasta el último de sus movimientos porque sabía que el enorme convoy en que viajábamos estaba subordinado por completo a su voluntad (p. 44).

[65] El padre que nos confesaba (“acércate, acércate, así te oiré mejor”) se instalaba en un cuartito casi desnudo y sumido en sombras que estaba inmediato a la capilla del colegio. Los alumnos esperábamos en el comedor y uno de los maestros [...] nos hacía pasar por orden de lista. Ese día entré medio encandilado y tuve que esperar un rato para adaptarme a la penumbra. Entreví al padre sentado a un lado de la mesa y me aproximé; me cogió de las muñecas con unas manos sumamente blandas y calientes, y no permitió que me hincara [...] sino que así de pie casi declamé la retahíla de pecados. Cuando terminé la recitación que repetía todos los sábados el padre agachó la cabeza y se puso a bisbisear [...] De repente me dio unas palmaditas en la espalda, me rodeó la cintura con el brazo (mesuradamente), me estrechó contra su pierna y después deslizó la mano hacia abajo con un movimiento simple, como inadvertido. Pero yo empecé a temblar [...] Él advirtió algo, porque enseguida me soltó (p. 49).

[66] Soy totalmente inhábil para los juegos. Por lo tanto mis compañeros no se juntan conmigo [...] ni me incluyen en los equipos de básquet, de beis o de fut. Pero me gusta verlos jugar recargado en un pilar del corredor de la escuela (p. 56).

[67] Llegamos a la terminal de la estación del tren, desciendo del camión desgadamente, cruzo la vasta calle adoquinada, entro a El Lucero, marco mi tiempo y permanezco de pie en la puerta de la tienda; se me cae la mandíbula

viendo jugar a los muchachos en la cancha de básquet del patio de la estación (p. 62).

[68] Me conservo [...] desinteresado de todo, hasta que se presenta el otro chofer. Se llama Lucio [...] tiene veinticinco años (yo tengo doce) y siempre me está diciendo: “aguzado mi muchacho, muy aguzado, ayúdeme a quedar bien”. Sus iris café oscuro relucen; veo oscilar sus chispitas cuando me coge de los hombros con sus manazas y me sacude (p. 63).

Los fragmentos anteriores abarcan de los dos a los doce años de edad del protagonista. En 62 narra la travesía para llegar de su pueblo natal (innominado) a Los Reyes, Michoacán; llama la atención el interés que, a los dos años de edad, le despertaba el aspecto físico del ayudante de su padre. En 63 registra la manera en que conoció la masturbación —algo que habrá sucedido luego de los cinco años de edad— y cómo el placer corporal le ocasionó una molesta sensación que transfirió a quien lo guio por primera vez. En 64 narra la travesía en tren de Los Reyes, Michoacán, a la capital de Guanajuato, esto a los nueve años de edad, y la pausada y delectable observación que realizó del conductor. En 65 refiere un episodio de casi abuso que le llevó a dejar de creer en los dictados de la religión. En 66 y 67 se reafirma el deleite que la vista le concede al observar a hombres en actividades deportivas, algo también referido mucho más adelante en la trama (página 236). Y en 68²³³ aparece uno de sus primeros enamoramientos imposibles, uno en que se prefigura la diferencia de edades que marcará todas sus relaciones una vez que llegue a la adultez. Nada físico pasa entre Lucio (veinticinco años de edad) y Lavalle (doce años), y queda el mal sabor de una relación inconsumada no solo por el desinterés del chofer, sino porque repentinamente desaparece, algo que presagia también la fugacidad de todos sus futuros amores.

²³³ Fragmento en el que hay referencia tangencial al verano en que el pequeño Javier trabajó como cobrador en una ruta de camión.

La secundaria la estudia en el sistema de la Universidad de Guanajuato, por lo que su relación con esa institución data desde cuando Lavallo tenía doce años de edad. De este lapso destacan Bernardo (ya referido en el fragmento 54), Martín, Jaime y Raúl. Es con el primero que descubre finalmente el ejercicio de su sexualidad. Una vivencia que, aprende rápido, debe ser discreta, silenciosa y en lo privado. En una de sus visitas dominicales al cine sucede lo siguiente:

[69] Estaba libre la grada de adelante y se me ocurrió estirar las piernas; a poco Renato estiró las suyas y las enlazó con las mías. No dije nada. [...] Casi inmediatamente después empezó a presionar. “¡Vaya!”, pensé.

—¿Por qué me aprietas? —inquirí con cierta timidez.

[...]

—Te están viendo —murmuré.

—Nooo...

Me estrechó arrebatadamente.

—¿Qué quieres hacerme? —indagué.

Suspiró y dijo:

—Nada, hombre.

Lo observé atentamente. Estaba como trabado y tenía los ojos fijos en la pantalla.

[...]

Renato temblaba. Me fue soltando poco a poco y ya no volvió a cogerme.

Desde entonces se descorrió el velo [...] Abandoné pues el mundo exclusivo de los libros y comencé a vivir algo así como en dos esferas no solo distintas, sino contrapuestas. Una de ellas estaba consagrada a la actividad cerebral [...] La otra gobernaba una serie de apetecibles sensaciones, estaba llena de encubrimientos y misterios y radicaba en el sexo (Ceballos, 1969, pp. 71-72).

La segunda esfera a la que hace referencia, descubierta a los catorce años de edad (p. 70), se expande conforme continúa su relación de amistad con Renato. En otra visita al cine toca por primera vez un pene que no es el suyo.

[70] ¿Pero cómo y en qué momento se había desabrochado Renato? La verdad que fue una impresión casi terrible [...].

—Ahora aprieta —dijo.

Obedecí al instante [...] Sabía que obrábamos mal y de repente me entró miedo. Y repugnancia, porque no podía librarme de la sensación de que cogía una pequeña bestezuela caliente y pegajosa. Primero me mantuve rígido, aferrándolo aún, pero ya no por decisión propia. Luego, de pronto, conseguí retirar la mano (p. 75).

La relación sexual se consuma finalmente días después, en uno de los salones de la secundaria de la universidad.

[71] Debo advertir que el vasto salón no tenía sillas, sólo unas bancas largas pintadas de gris claro que no estaban del todo mal para tenderse.

A los pocos días, en un momento dado que me permití prever con exactitud, Renato me invitó nuevamente al salón de geografía. Me negué con voz terminante.

—¿No te gustó? —dijo.

—Me dolió mucho.

—Así es la primera vez (pp. 77-78).

De esa misma época —entre los catorce y quince años de edad— data la amistad entre Lavalle, Bernardo y Martín. El segundo da funciones con títeres y se encarga tanto de realizar los escenarios como el vestuario de las marionetas, algo que el narrador considera un “quehacer demasiado femenino” (p. 82). Mientras que Martín:

[72] “A ver, nos decía de repente; vamos a jalarnos un rato la pija.” Nos alineaba ante la cerca de ladrillo que limitaba la azotea del otro lado y jugábamos a ganar. Martín salía victorioso todo el tiempo (p. 82).

La relación con Martín avanza cuando Lavalle le pide que le enseñe a “triunfar” —uno de los constantes fraseos anodinos y enmascarantes que en este caso se refiere a eyacular—, algo que el primero acepta, pero con una condición: el futuro profesor debía hacer el que será su primer sexo oral. Hecho que también se debe inferir por la manera en que está enunciado:

[73] —Sólo que te apliques aquí.

Lo examiné curiosamente.

—No, no —dije sin pensar.

—Pero si está muy bien.

Sentí miedo y un poco de asco; pero en seguida me surgió un agudo interés, algo violento y desusado.

[...]

Me sentía dispuesto a ceder al incentivo; y sin embargo, nunca hubiera conseguido romper las formas y obrar por mí mismo. En realidad estaba perplejo y Martín me obligó. Lo acredito en mi descargo [...].

[...] Pero tampoco digo que se esforzó demasiado. Me cogió de la cabeza y se dedicó a repetir con cantinela: “No pasa nada, hombre, no pasa nada, te lo aseguro. ¿Cómo crees? De veras.” (p. 83).

Unas líneas más adelante, se refiere al semen de Martín como “veneno” (p. 84), uno que, sin embargo, aprenderá a dominar e incluso buscará con el paso de los años. Luego del episodio referido en 73 ocurre lo narrado sobre Reynaldo en el fragmento 54. Por el rumor que corre —no sabe si por indiscreción de Renato o de Martín— Lavallo decide enfocarse en su trabajo como preparador del laboratorio de química. “Temía ser despedido si el director de la escuela sabía algo, o sospechaba” (p. 88). Convicción que le dura poco:

[74] Dudas, melindres, pruebas de resistencia, todo concluyó cuando finalmente cedí a las insistencias de dos estudiantes. Comenzaron a seguirme de lejos cuando salía de la escuela; preguntaban por mí en mi propia casa; en el cine se colocaban a mi lado o detrás de mí [...] Hasta que fuimos al parque Antillón —con los dos, sí (p. 88).

Este encuentro —en efecto un trío— tiene una particularidad: aunque Lavallo era ya en ese momento el preparador del laboratorio de química (p. 88), se intuye que los estudiantes con los que termina su abstinencia son de edad cercana a la de él —quince años—, lo que matiza el hecho de que sea un trabajador de la universidad. Sin embargo, es algo que él mismo resalta al referirse a ellos como “estudiantes”, es decir, aunque él mismo aún es alumno se separa de los demás al presentarse como “empleado de la universidad”.

En la lista sigue Jaime, de quince años de edad, al igual que Lavalle (p. 99). Se conocen durante “el cuarto año en la universidad”²³⁴ (p. 89) y surge un flechazo unilateral instantáneo. Dice Lavalle: “Me gusta todo lo suyo. Todo: cabeza, cuerpo, ropa, libros, bagatelas. Conservo muchos objetos suyos para rendirles verdadero culto” (p. 89). Narra en las líneas siguientes que se vuelve inseparable de su nuevo amigo: lo acompaña a que practique básquet, aunque sea solo para verlo (p. 90), y uno de esos objetos de culto que menciona es una cachucha. “En la noche la estrujo con mis manos, la beso por todas partes, la husmeo, la aprieto contra mi pecho y repito para mí, mascullando: ‘Jaimito, Jaimito, Jaimito’” (p. 90). El arrebatado enamoramiento continúa durante algún tiempo, y aunque hay ciertas concesiones por parte de Jaime —se deja acariciar un pie (p. 93), la mano y el rostro (p. 98)—, al final pone tierra de por medio:²³⁵

[75] Sin Jaime todo resultó distinto [...] lloraba con frecuencia, de noche particularmente. Me acostaba, cerraba los ojos, estrujaba su retrato y repetía su nombre muchas veces. Luego me ponía a rezar con fervor excesivo para que las oraciones lo desalojaran de mi mente (p. 99).

El fragmento anterior prefigura todas las futuras relaciones afectivas y sexoaffectivas del protagonista: hay una suerte de predestinación al fracaso y, aunque logren consumarse, tienen el componente de la fugacidad y la precariedad. Aspectos en los que se abundará más adelante. También en 75 está presente la postura ideológica con la que había crecido hasta entonces Javier Lavalle: todo lo que se desviara de la heterosexualidad estaba mal. Se lo decían tanto la sociedad como la religión de su familia, a la que hace referencia al mencionar rezos y oraciones. Esto ejemplifica lo planteado en el enfoque dramático: “Las consecuencias de las interacciones

²³⁴ Que tengan ambos quince años de edad en “el cuarto año en la universidad” se explica por el hecho de que Javier Lavalle ingresó al sistema educativo universitario desde la secundaria, es decir, su cuarto año *en* corresponde al primero de preparatoria.

²³⁵ Jaime se muda a León, Guanajuato, para continuar sus estudios (Ceballos, 1969, p. 99).

rituales consisten en moldear los comportamientos de los actores. El ritual produce y reproduce en los individuos los sentimientos morales que están en su origen” (Chihu y López, 2001, p. 244). Es por lo anterior que tanto el mundo físico como el mental se pueblan con objetos que simbolizan a esa sociedad de la que se forma parte y en la que se es socializado. Los símbolos físicos, como las iglesias, y los mentales, como los rezos, son mecanismos que orientan lo que se debe respetar, y marcan fronteras respecto de aquellos individuos y grupos que no lo hacen. El futuro profesor se remite en 75 a esos símbolos que reconoce —aunque poco a poco se deslave su convencimiento respecto de sus contenidos— y que hasta cierto grado le representan un conflicto con los sentimientos que experimenta por la ausencia de Jaime. Ese sentir, a su vez, toma forma como un símbolo de su homosexualidad, una dimensión y rol aún en formación.

Continúan sus amores juveniles con Raúl, de trece años de edad, es decir, es el primer momento en que Javier Lavalle, de quince, es el sujeto mayor en la dupla. El narrador indica que para olvidar a Jaime es que comienza a “perseguir” a ese nuevo interés, lo visita en su casa y fácilmente lo convence.

[76] Lo llevo al rincón de la puerta, donde hay una pila de trebejos inútiles. ¿Y saben qué pasa? Piensen ustedes. Pues que esta vez procedo con Raúl exactamente en la misma forma en que los otros obraron conmigo. Raúl se muestra sumiso, no se debate [...] En ratos hasta presumo que se ofrece (Ceballos, 1969, p. 101).

Nuevamente se encuentra la enunciación anodina ya mencionada. En las primeras tres líneas del fragmento anterior no hay alguna palabra que remita en lo literal al acto sexual que, en efecto, está describiendo.

La situación con Raúl cambia rápidamente. La sumisión mencionada por Lavalle se convierte en seriedad, enojo y finalmente en amenaza: le contará todo a su papá. Una situación

ante la que el joven Javier intenta salir al paso recurriendo a los símbolos que conoce y que, se presume, comparte con Raúl: el castigo y la religión.

[77] “No digas nada, no te enojés, qué ocurrencias las tuyas, si sales con esos cuentos nos castigan a los dos, ten cuidado, mira, mejor nos confesamos, ¿quieres?, es lo mejor, vamos los dos juntos.”

Persiste la seriedad de Raúl y corro a mi casa. Regreso al instante con todo lo que tengo; la colección de balas [...] la escuadra, el compás y una caja de colores [...] Raúl acepta lo que pongo esos manos; pero no modifica su digna expresión. “No pongas esa cara, tú tienes la culpa, por qué no me hablaste claramente, yo no entiendo de gestos, aparte de que ni siquiera podía verte” (pp. 101-102).

Es con Raúl que se da otro momento inicial: dar algo a cambio luego de obtener lo que se deseaba, es decir, pagar por sexo, ya sea como parte del acuerdo o como respuesta a una posible amenaza o chantaje.²³⁶ Pese a que la latencia de una situación así se revela como evidente, Lavalle decide seguir con sus conquistas. El siguiente es Silvestre, de veintidós años de edad y pretendiente de su hermana Virginia. Este lance es significativo porque pone de manifiesto el sistema “audaz y garantizado” de ligue que se refirió en el fragmento 56.

[78] No tengo intención de ocultar nada y manifiesto que voy tras de Silvestre a pesar de que no lo quiero ni me gusta [...] lo que asombra en Silvestre es precisamente eso que tanto me presume y que resulta demasiado ostensible cuando espera a Virginia sentado a caballo en el quicio de la puerta [...] después de regresar de los baños²³⁷ pienso que tiene todo derecho (p. 103).

[79] Lo importante es que ahora me entiendo con mi cuerpo. Han desaparecido por completo los viejos y casi insuperables conflictos. El secreto está en que no me rebelo contra él, sino que me subordino dócilmente [...] Mi voluntad [...] se plega con inmediata y completa sumisión al llamado de una y otra solicitud. Estamos pues en paz. Desde luego, no creo que haya nada que sea mejor que esta conformidad. Pero atiendo separadamente las demandas del cuerpo y del espíritu (p. 103)

²³⁶ El chantaje de Romero, referido en el fragmento 57, sucede cronológicamente después del episodio con Raúl.

²³⁷ Se refiere a los baños de La Providencia, donde tiene sexo con Silvestre (Ceballos, 1969, p. 103).

En 78 aparece nuevamente una redacción llena de significados intencionales para referirse al pene de Silvestre y el disfrute a partir de este; mientras que en 79 revela la manera en que se plantea la vivencia de su sexualidad: el cuerpo le demanda goce, uno que satisface con regularidad sin mayores involucramientos; mientras que el espíritu, que refiere al afecto y al enamoramiento (como el que vivió con Jaime) encuentra satisfacción de modo un tanto más difícil y espaciado.

La combinación de ambos aspectos, cuerpo y espíritu, se da a medida que Javier gana en edad y todos sus enamoramientos se dan con sujetos más jóvenes que él. Como ya se citó en 1.4.1, a Lavalle le interesan de entre quince y veintitrés años de edad (p. 128), lo que refuerza la fugacidad ya mencionada como componente de sus relaciones: eventualmente sus amores —se consumen estos o no— pasarán de la edad límite y dejarán de interesarle.

Como se refirió en el fragmento 58, al protagonista le asignan un ayudante de laboratorio. “Me complace la idea de disfrutar la cercanía de un chamaco en forma permanente” (p. 104). El primero de estos chamacos es Gastón, a quien Lavalle describe como perfecto de acuerdo con sus gustos. Y es con él que se inaugura la estrategia de seducción por medio de regalos, analizada por Antonio Marquet en un artículo citado²³⁸ en el apartado 2.4 de esta tesis. La lista de obsequios incluye calcetines de seda, pañuelos ingleses, ocho corbatas, un suéter y una playera (p. 105). Tal prodigalidad tiene por objetivo ser sucedáneo de los verdaderos deseos del obsequiante, es decir, lo sexual. Pero Lavalle se afirma en que no cruzará esa línea con su ayudante, pese a que no desea otra cosa. Esto se puede ver en este diálogo imaginado por él:

²³⁸ Marquet, A. (2020). El regalo en la estrategia de seducción en la novela *Después de todo* de José Ceballos Maldonado. *Argos*, 7, pp. 44-57.

[80] Heme pues de súbito con el corazón desbordante, con ganas de besarlo y al mismo tiempo con el firme propósito de reprimirme. “Asegura por dentro la puerta de cristales, Gastón, todavía es temprano y será únicamente por un ratito [...] ¿por qué no hacerlo, Gastón?, ya tengo bastante con todo este tiempo de tirar del freno, reconozco que es cierto, qué más puedo hacer yo, al fin que tú lo sabes porque todos lo saben, sólo que resulta completamente inútil porque ya decidí reducirme a los Silvestres, contigo nunca, de veras nunca, aunque tú accedas, yo me niego definitivamente, Gastón” (p. 105).

Resulta interesante la lucha entre los aspectos declarados por el narrador: cuerpo y espíritu. Desea atender al primero, pero mantener sin mancha al segundo —que nuevamente refiere a los dictados sociales y religiosos— le hace indicar: “Estoy en pugna con mi castidad” (p. 105). Una que, sin embargo, solo es espiritual, pues al placer carnal le da rienda suelta con los “Silvestres”; es decir, aquellos que no le gustan pero que le provocan deseo sexual. Hay, pues, una categorización: los “Silvestres” son solo para acostarse, y por lo tanto no importan. Los otros, los que son como Gastón, tienen un lugar especial.

La polaridad entre el deseo y la insatisfacción de este continúa en la narración sobre Gastón. Javier Lavalle refiere que hay algunas insinuaciones por parte de su ayudante, sin embargo, cuando toca el tema del cariño que siente por él (pp. 105 y 108), Gastón se hace el desentendido. La situación se extiende por todo el año escolar y no se da la consumación, algo que lo lleva repetir el patrón de rompimiento que inauguró su separación de Jaime:

[81] En las noches lloro con frecuencia. Escondo la cabeza entre las almohadas y permanezco así hasta que siento que los ojos están completamente secos [...].

Cuando lo encuentro de improviso, o cuando pienso en él y oigo su voz [...] corro al mineral de Cata a hincarme ante el Señor de Villaseca. Y delante de Jesús en la Cruz, que es el único en que creo, lloro en silencio y le pido que me conceda olvidar a Gastón (pp. 116-117).

Al año escolar siguiente es el director quien asigna al nuevo ayudante de laboratorio, “un alumno estudioso y muy despierto [...] pero feo hasta el límite de lo repelente” (p. 118). Una situación que Lavallo remedia solicitando que se agregue la plaza para un segundo ayudante, puesto para el que ya tiene candidato: Ramiro, quien, dice el narrador: “Me gustaba realmente” (p. 118). El protagonista hace la propuesta para el cargo y su nueva conquista acepta de inmediato. “Un domingo lo cité en el Cantador para ponerlo a prueba; no quería que con Ramiro se repitiera el estúpido y mortificante estrujamiento mental a que había estado sometido con Gastón” (p. 118); sin embargo, la situación toma el mismo camino: “Quería echarme sobre Ramiro y me refrenaba. Era algo insuperable. Como si fuera totalmente incapaz de liquidar el viejo hábito de atormentarme” (p. 120). A partir de esto, dice el narrador, la situación cambió por completo, es decir, logró superar el conflicto. Como indican las referencias de aventuras con alumnos:

[82] Me gustan innumerables chicos; pero no a todos les hago insinuaciones. Y Salazar me gusta simplemente, sin ir más allá (Ceballos, 1969, p. 124).

El mencionado en el párrafo anterior es con quien se inauguran las relaciones sexuales consumadas que serían punibles por ley como estupro. Aunque no lo enuncia así, en este punto de la historia Javier Lavallo ya es mayor de edad y usa su posición en la universidad para lograr sus conquistas, lo que lo acerca a lo descrito en el artículo 262 del Código Penal de 1931 — vigente aún cuando habrían sucedido los hechos narrados en la ficción—:

Al que tenga cópula con mujer menor de dieciocho años, casta y honesta, obteniendo su consentimiento por medio de seducción o engaño, se le aplicarán de un mes a tres años de prisión y multa de cincuenta a quinientos pesos (Diputados, 1931).

El machismo se hace evidente en la redacción del artículo anterior en dos sentidos: primero, solo se refiere a la cópula heterosexual, lo que permite inferir que siquiera plantear una situación de seducción o engaño entre dos mujeres o entre dos hombres resultaba prácticamente impensable. Segundo: hace referencia a que la mujer menor debe ser “casta y honesta”, calificativos que dependerían de la subjetividad de alguien “autorizado”, y que anunciaban también otra cosa: quienes no fueran castas y honestas se merecían el abuso. Así, de haberse aplicado la ley a Lavalle —algo que no es el objetivo, como ya mencionó en el apartado 1.4.1—, la laxa pena señalada era la que le aplicaba, pues, en todos los casos, a partir de Salazar, se dio una seducción a partir de lo que su puesto en la institución educativa le permitía: dinero para comprar regalos y silencios, y un espacio para consumir los coitos: la bodega del laboratorio.

[83] Salazar acude una vez por semana y le doy el dinero que me pide.

Se pensará que me comporto un poco fuera de lo común y que dilapido mis fuerzas. Porque no sólo se trata de Salazar. Con la fama que tengo, como “ya se sabe”, es fácil para mí. Para entendernos, ellos caminan la mitad del trayecto y yo la otra mitad. Aunque en rigor de verdad no creo que sea nada excesivo. Tal vez parezca un poco osado, puede ser. He aquí adonde me conduce el atrevimiento: a Salazar lo cito en el laboratorio los martes y a Santos los viernes (Ceballos, 1969, p. 126).

[84] Aquello resulta de tal modo extraordinario que la propia magnitud me paraliza; sufro una verdadera confusión y lo cierto es que al principio no me atrevo, sino que antes realizo minuciosas investigaciones de anatomía y fisiología relativas a la elasticidad de tejidos y esfínteres. Encuentro que no pasa nada, que el organismo es sencillamente maravilloso, y me resuelvo porque de no ser así, ¿de qué otra manera puedo abrir los ojos? No sé a qué clase de hombres pertenezca Santos; sólo puedo decir que no conozco otros casos similares; pero yo salgo triunfante (p. 128).

Vuelve a confirmarse la manera en que los significados intencionales son los que revelan el sentido completo de lo dicho por Javier Lavalle. Mientras que en 83 con “ya se sabe” se

refiere a su homosexualidad —indica tener fama—, en 84 está hablando de una cuestión sexual referente a lo operativo: “aquello” es el pene de Santos que, según indica, es de tamaño considerable, tanto que analiza la elasticidad de los esfínteres —en este caso su esfínter anal—, para luego anunciar que triunfó. Es decir, en esa ocasión el narrador tomó el rol sexual pasivo, uno que, sin embargo, no disfruta. “Cuando me conduzco pasivamente no siento nada; experimento por el contrario coraje y dolor” (p. 128). La predilección por el rol sexual activo, es decir, quien penetra, la explica como algo que simplemente es y no requiere razonamiento, aunque también puede leerse y explicarse en términos de lo que indica Michel Foucault: “La sospecha de una pasividad siempre mal vista es más particularmente grave cuando se trata de un adulto” (2003, p. 124). La reticencia de Lavallo a dirimir su sexualidad en términos de ser el sujeto pasivo sexualmente puede explicarse por esta añeja valoración que proviene del ideario griego. El amor por los jóvenes, de acuerdo con el mismo filósofo galo, generó en Grecia una elaboración cultural compleja que comprendía prácticas de cortejo, reflexión moral y ascetismo filosófico:

La relación sexual —siempre pensada a partir del acto-modelo de la penetración y de una polaridad que opone actividad y pasividad— es percibida como del mismo tipo que la relación entre superior e inferior, el que domina y el que es dominado [...] Las prácticas de placer se reflexionan a través de las mismas categorías que el campo de las rivalidades y las jerarquías sociales [...] En el comportamiento sexual hay un papel que es intrínsecamente honorable y al que se valora con derecho pleno: es el que consiste en ser activo, en dominar, en penetrar y en ejercer así su superioridad (p. 137).

A lo anterior iba aparejado el complemento de la edad, es decir, generalmente se trataba de relaciones entre un hombre mayor y uno joven. Al segundo se le veía como falto de ayuda, consejos y apoyo, mientras que el primero debía proveer todo esto. Así, el sujeto mayor

dominaba el vínculo, tanto por lo que aportaba materialmente como por sus acciones en el terreno sexual: penetrar.

La estrategia de conquista mediante regalos inaugurada con Gastón (a quien se menciona en el fragmento 80) se inscribe también en las prácticas de cortejo que menciona Foucault:

Un conjunto de conductas convenidas y a convenir, haciendo así de esta relación un dominio cultural y moralmente sobrecargado; estas prácticas [...] definen el comportamiento mutuo y las respectivas estrategias que deben observar los dos compañeros para dar a sus relaciones una forma bella, estética y moralmente válida (2003, p. 125).

Lo anterior lleva al desarrollo de dos roles: erasta (el mayor) y erómano (el joven). El primero debe tomar la iniciativa, mostrar su ardor, pero moderadamente, además de hacer regalos y prestar servicios, lo que le da derecho a esperar una recompensa. En cambio, el erómano no debe ceder fácilmente ni dar sus favores alocadamente o por interés, así como dar reconocimiento al amante que lo desea por los favores que le hubiera concedido. Es posible reconocer a Lavalle en el rol del erasta en varias de sus relaciones, es decir, solo en las que le resultan significativas, como las de Gastón y Salazar, de acuerdo con lo que se ha revisado hasta el momento. Pero también en los casos de Leonardo y Rolando, que se analizarán particularmente más adelante.

La lista de amantes-alumnos²³⁹ continúa con Julián, de quince años de edad. Un episodio que resulta fugaz por una situación que el mismo Lavalle resalta en la narración:

[85] Tiene mil demonios lujuriosos metidos en el cuerpo. Lo chocante es que pensaba que Julián no lo había hecho antes (Ceballos, 1969, p. 129).

²³⁹ Combinación de elementos a partir de Gastón.

Lo que le choca al narrador es que en el ardor sexual de Julián —“Empieza una gimnasia violenta, nueva, experimentada” (p. 129)— queda de manifiesto no solo que estaba demasiado interesado, sino que lo había hecho antes tanto por interés económico como porque lo disfrutaba. Algo que también habría desconcertado a los griegos, quienes creían que “los jóvenes no experimentaban placer en sus relaciones con hombres mayores” (Foucault, 2003, p. 142), sino que debían verlo como un rito de pasaje hacia la adultez que ayudaría a formar su carácter. Por esto Julián es rápidamente descartado.

La cronología de la historia continúa con el episodio de Javier Lavalle en la cárcel, referido en el fragmento 12, y el despliegue de amantes-alumnos con Germán, pasaje cuyo inicio fue referido en el fragmento 53. La relación termina cuando surgen rumores insistentes, y confrontantes sobre el vínculo entre Germán y el profesor.

[86] Antes de llegar al patio de estudios Germán se adelanta por alguna razón y yo marché tras él a paso tardo. Oigo risas y en seguida distingo una voz.

—Para qué estudias, para qué te apuras.

—Déjame en paz —dice Germán.

Casi me detengo.

—Macanudo gusto —sigue la voz.

—Mira: no le busques.

[...]

—Tú vienes en este momento de camotear a Lavalle; no te hagas (Ceballos, 1969, p. 142).

Situaciones como la anterior, que Germán tiene también un acuerdo de sexo transaccional con el profesor Escobedo (p. 143) y el hecho de que la hermana de Germán encontró una de las cartas²⁴⁰ que Lavalle le envió a su alumno durante las vacaciones, ponen fin al vínculo.

²⁴⁰ “Exaltadas y sin encubrimientos. Me refiero a su cuerpo, a nuestros besos” (Ceballos, 1969, p. 142).

[87] —Mira: creo haberte complacido. ¿Qué más quieres?

—Lo de siempre.

—Fíjate que es imposible. Ya tengo novia. Y mi hermana no quiere que seas mi amigo. En serio. Todos sabemos nuestro cuento, ¿no?: tú sabes el tuyo yo sé el mío (p. 144).

Luego llega Montalván al radar del narrador: “Lo conozco desde el año anterior y el primer día que asiste a clase me parece sencillamente irresistible” (p. 156). A este nuevo interés sexoafectivo, dice, “lo exalto todavía más que a Jaime y Gastón” (p. 156), tiene quince años de edad y cree que aún no conoce la fama que tiene. Lavalle hace evidente su interés, y, aunque despliega constantes reticencias, finalmente cede ante un regalo: dos biografías por Stefan Zweig (p. 160). El cortejo avanza en el departamento de Félix Garza, el amigo homosexual de Lavalle, a donde Montalván acude citado por su maestro. El lugar está decorado con azucenas, iluminación especial y un pastel con las iniciales MM de Marcelo Montalván (p. 160).

[88] —Elegí azucenas porque simbolizan pureza; y tú eres un adolescente puro.

—Usted no sabe nada de mí.

—Sí, Marcelo; tú no has incurrido en cierta falta que cometen los hombres.

[...]

—Porque aun cuando hayas estado con algunas mujeres, de todos modos no has fallado como yo.

—¿A qué falla se refiere?

—Otro día te la explico.

—Ya la sé maestro —exclama en tono de triunfo.

[...]

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Pero qué sabes?

—La falla que tiene.

—¿Y te parece mal? ¿Fallarías conmigo en esa forma?

—No sé, ahora no sabría decirle (p. 162).

Finalmente, la relación sexual no se concreta. “Inesperadamente Montalván abandonó Guanajuato [...] No logré despedirlo y durante largo tiempo me fastidió un sentimiento de

inconformidad, algo muy parecido a la cólera impotente” (p. 166). La historia continúa con el vínculo que forma con Leonardo, que, dada su importancia para el desarrollo de la trama, se abordará en un apartado específico.

5.1.3.2 Vida sexual en Guanajuato

Como ya se mencionó en los apartados 3.2 y 5.1.1 de esta tesis, los significados intencionales son fundamentales en una narración como la que realiza Javier Lavallo. Lo son tanto por el tema como por la estructura elegida para contar la historia y, esto último, a su vez, está influenciado por el tópico central: la homosexualidad. Es decir, la manera de plantear la narración: la ya mencionada oscilación entre pasado y presente, entre evocación y registro de la acción directa, obedece no solo a un juego literario para elevar la calidad del producto final, sino al deseo de enmascarar la sexodisidencia del protagonista y que este aspecto sea constante pero gradual, para que se revele hasta que se enuncie con todas sus palabras. Lo que en *Después de todo* sucede entre las páginas 210 y 214 (revisado en los fragmentos 9 y 10).

Casi al finalizar el proceso de escritura, cuando el producto está por convertirse en moneda de cambio lingüístico,²⁴¹ es que la importancia que tiene la no-heterosexualidad del protagonista se evidencia de manera tal que ya no es posible enmascararla con una redacción como la de los fragmentos 73, 74, 76, 78, 79 y 84.

Como ya se ha dicho, un lector atento es capaz de reconocer tales referencias enmascaradas, y, por asociaciones e inferencias que permite el conocimiento del mundo, realizar

²⁴¹ Concepto revisado en el apartado 3.2 de esta tesis.

una especie de registro de elementos defamiliarizados²⁴² que obligan a computarlos de manera distinta. Este marcaje ha sido estudiado por Arthur Graesser, que propuso diferentes niveles de representación de la información contenida en un texto. Esto con base en el modelo de Construcción-Integración: 1. Forma de superficie (que preserva las palabras exactas y la sintaxis propia del código en uso); 2. Base textual proposicional (que conforma la microestructura), y 3. Modelo situacional-referencial (que integra la información del texto con el conocimiento del mundo del actor y hace referencia al mundo único que el texto comunica) (2000, p. 429). A los anteriores se pueden agregar dos que, aunque extralingüísticos, resultan los más aportadores para la comprensión total del discurso: el nivel comunicacional y el del género textual (Graesser, 1997, p. 167). La aplicación de los cinco a *Después de todo* se propone como sigue:

1. Código superficial (español)
2. Texto base (novela en español)
3. Modelo situacional (autoenunciación)
4. Comunicacional (diálogo diferido evidente)
5. Género textual (novela autobiográfica)

Los anteriores se complementan con cinco dimensiones conceptuales (del Modelo de ubicación de eventos de Zwaan) (p. 179) que facilitan el proceso al lector; estas son:

1. Protagonista: Javier Lavallo
2. Temporalidad: Indeterminada (aunque hay evidente progresión temporal)
3. Espacialidad: Distrito Federal (esto revelado al avanzar en la lectura)
4. Causalidad: Escritura de memoria
5. Intencionalidad: Escapar al olvido de su historia²⁴³

²⁴² Según Arthur Graesser, la defamiliarización es un recurso literario en el que conceptos prototípicos o comunes son transformados de modos extraños, de manera que el lector se vea forzado a reinterpretar referentes y verlos bajo una nueva perspectiva (1997, p. 168). En el caso de Javier Lavallo, como ya se vio, un importante elemento defamiliarizado es la ventana de su habitación y los toquidos sobre esta (revisados en los fragmentos 22 a 30).

²⁴³ Esto porque, en términos de su contexto y el mandato social de este, es un sujeto cuya vida no perdurará más allá de su existencia física debido a que no tendrá hijos que la refieran.

Estos marcadores, indispensables para el procesamiento de la historia narrada por Javier Lavallo, descansan sobre una herramienta también mencionada por Graesser: la memoria, que al momento de leer tiene tres dimensiones: de trabajo, de corto plazo y de largo plazo. La primera es fundamental pues es la que se encuentra activa en todo momento del proceso, pero las dos que la complementan y, de hecho, apoyan, contienen información ya conocida y procesada tanto a partir de lo leído como de lo conocido fuera del mundo creado en el libro que se consume. Es decir, hay información en la memoria que al momento de leer puede activarse y retrotraer datos ya conocidos por socialización en el grupo al que se pertenece (conocimiento del mundo), y que clarificarán los significados intencionales.

Todo esto resulta de interés para presentar la vida sexual de Javier Lavallo en Guanajuato, porque ese primer lugar en que vivió su disidencia agregó a esta cierto goce a partir de un “secreto entendimiento”, mencionado en el fragmento 24, como elemento fundamental. Por supuesto, había una demanda social de discreción para permitir —vía particularización— una sexualidad excéntrica como la del protagonista, pero esto es algo que más que padecer lo disfruta: “Me levanto invadido de gusto, con ilusionada impaciencia por descubrir el momentáneo secretillo” (Ceballos, 1969, p. 41). Hay una suerte de sensación de superioridad algo así como: “Nadie más que yo y el recién llegado sabe lo que está a punto de suceder”. Sin embargo, para que el goce no se torne amargo se debe seguir una serie de reglas estrictas, enmarcadas en la demanda social ya indicada. Se debe saber cuándo, dónde y cómo, para mantener la secrecía del código.

[89] A tipos como Silvestre los llevo a la bodega del laboratorio. Pero antes los alecciono. Hacen como si fueran a orinar, pasan al mingitorio, se entretienen un

rato, vigilan el pasillo, y si ven que está solo simplemente empujan la puerta de la bodega. Cuando salen yo soy el que me encargo de la inspección (p. 103).

[90] Cuanto más busco, más encuentro. Me invade una avidez inmoderada. Considero estrecho y un tanto peligroso el medio universitario y voy a otros lugares para obtener lo que deseo. ¿Pero a cuáles? ¿A qué horas y qué días? Opero en el Cantador, en las proximidades del campo deportivo, en la presa de San Renovato y en el cine Reforma. El domingo es un día que se puede calificar de favorable. Pero entre semana a veces consigo algo importante si camino por la estación del tren y subo por la calzada de Tepetapa entre ocho y diez de la noche. Me dirijo a campesinos, obreros o albañiles; para mí es lo mismo. Con estos despacho al instante, como si fuera una práctica rutinaria y no un placer. Vaya, es que también tengo miedo. Les hablo cortésmente, casi dulcemente. Los veo sonreír, lanzar miradas de soslayo y agachar la cabeza; pero si reaccionan con brusquedad les pregunto por una calle inexistente y me despido (p. 128).

[91] He aprendido mucho, tengo experiencia y sé que no es necesario insistir demasiado. Casi todos ceden rápidamente si se les dice con claridad la suma de dinero que van a obtener. Los muy jóvenes se asustan un poco y se resisten. Con los mayores al único recurso que apelo es al de la franqueza. Digo: “Oye: me gustas mucho; ¿quieres tomar algo conmigo?; te invito.” “¿A qué horas?”, preguntan. Nada más. Adviertan ustedes que es demasiado fácil, al menos para mí (pp. 128-129).

[92] Se extiende mi campo de acción porque me nombran preparador de química en la escuela Normal cierto que allí no puedo hacer nada dentro del laboratorio, pero los llevo al hotel Central mediante el procedimiento conocido: alquilo la habitación, salgo a indicar el número y convenir la hora y entramos separadamente (p. 129).

En 89 revela el celoso procedimiento que debe seguirse para utilizar con tranquilidad y confianza la bodega del laboratorio a su cargo. La secrecía ya indicada y el sigilo son fundamentales. Nadie más debe enterarse de que hay alguien ahí en horarios en que el espacio debería estar vacío, pues si alguna vez se hiciera evidente la ocupación esto daría pie a intromisiones a cualquier hora, algo que no sucede.²⁴⁴ En 90, el narrador revela el guion

²⁴⁴ Recuerda Lavalle: “Cuando oímos ruido nos detenemos momentáneamente. Se trata de tipos que llegan a buscarme o bien de rezagados que transitan a lo largo del pasillo. Me siento tan fuera de peligro que mi corazón continúa latiendo normalmente” (Ceballos, 1969, pp. 125-126).

extendido del *cruising*²⁴⁵ en Guanajuato: al indicar días, horas, lugares y actitudes queda desnudo ante sus lectores / acompañantes, sin embargo, ese mostrarse por completo tiene aún cierto velo; dice: “Consigo algo importante” cuando podría decir: “Encuentro penes que me gustan”. En 91 se reafirma lo ya dicho respecto a dar algo a cambio para obtener lo que quiere, invitar algo ayuda, pero el dinero en efectivo casi siempre resulta infalible. Mientras que en 92 revela cómo procede en otro espacio, sin embargo, es un guion similar a los ya expuestos y basado en los mismos componentes, secrecía y sigilo. Para que el encargado del hotel no actuara contra el profesor y su invitado, era necesario que entraran por separado. Tales provisiones no aminoraban los chismes, pero lo que se pudiera decir quedaba en eso, habladurías que, aunque constantes y soportadas en testigos oculares, no eran suficiente para acabar con la particularización que iba ganando Lavalle.

De su vida sexual y afectiva en Guanajuato destaca la presencia de Leonardo, pues fue a raíz de su involucramiento con él que el narrador se planteó un vínculo más duradero. Una idea que le llevará a perder prácticamente todas las certezas sobre las que estaba basada su vida, como se verá más adelante.

[93] Si un hombre inteligente está enamorado, entonces resulta que no es tan inteligente. Porque el amor absorbe totalmente, al grado que borra todo lo demás; y si lo demás permanece ahí, al enamorado no le importa (p. 176).

²⁴⁵ Alex Espinoza dice sobre el *cruising*: “El cruising es inherente a la igualdad, a dos personas que reciben exactamente lo que quieren del otro y que después se marchan” (2020, p. 36). Es decir, como se mencionó en la nota al pie 83, se trata de la práctica furtiva, generalmente ciudadana, de buscar pareja sexual para el momento sin que haya un involucramiento personal posterior al acto.

En el recuento de su vida, Lavalle no deja de autoconcebirse como un hombre inteligente, sin embargo, reconoce el momento de su fallo y el motivo de este: plantearse una relación a largo plazo con Leonardo.

5.1.3.2.1 Leonardo

Casi para finalizar el registro de su historia vital, Javier Lavalle menciona a Leonardo e indica así la importancia que tuvo su aparición para el momento presente (el de la enunciación), cuando se encuentra prácticamente al final de sus recursos y por agotarse la última de sus certezas: Rolando. Dice sobre Leonardo:

[94] No he triunfado en el sentido común [...] ni en el que yo mismo me proponía antes de que apareciera Leonardo. (Él está allí, como fin y principio) (Ceballos, 1969, p. 252).

Es revelador que coloque a Leonardo como “fin y principio”, pues en ese punto del balance realizado esto es claro: él fue el fin de su vida en Guanajuato, llena de certezas y placeres, y el principio de su existencia en la Ciudad de México, que, aunque liberadora, fue minando poco a poco, hasta casi hacer desaparecer todo eso que le reportaba goce: profesión, dinero y juventud. Esos tres elementos en la vida de Javier Lavalle eran el fundamento de su existencia, que oscila entre el cinismo y la autoafirmación. La profesión le permitió desplegar su potencial de inteligencia y brillantez evidente desde pequeño y, a la vez, le confirió la cercanía con decenas de jóvenes con los que pudo acostarse. El dinero estaba ligado a lo anterior, pues su labor como maestro —en esos años, mejor remunerada— le daba la posibilidad de pagar o comprar los regalos ya referidos. La juventud, claro está, la perdería de cualquier manera, pero la

llegada de su decadencia corporal se acentúa por el hecho de no tener a disposición los dos elementos ya mencionados: sin propósito, sin dinero y sin atractivo, es poco lo que le queda (estas pérdidas son ocasionadas por la llegada de Leonardo a su vida). La importancia de ese deslumbramiento sexoafectivo queda de manifiesto desde la manera en que es evocado:

[95] Pero déjenme hablar ahora de Leonardo. ¿Dónde se encontrará Leonardo en este momento? Tenía cejas bien dibujadas y pestañas enormes. Creo que sus pestañas son las más largas que he visto; por lo tanto constituían el rasgo más sugestivo de su rostro [...]. Es importante señalar otros pormenores de interés en la cara de Leonardo: mentón redondo, que resaltaba notoriamente; al reír se profundizaba el hoyuelo de la mejilla izquierda, en el cual, por cierto, me gustaba hundir la punta del índice; y los dientes figuraban dos hileras bien alineadas de piezas blancas y relucientes. Finalmente, un cuello alto y delgado sostenía la cabeza (p. 168).

El atractivo del joven es evidente y resaltado con una descripción como la anterior. La perfección de su rostro, en armonía con un cuerpo atractivo —que en el gusto de Javier Lavallo debía ser delgado—, hace que el hombre inteligente que era el narrador pierda foco y agudeza, y termine en una situación terrible. Sin embargo, al inicio del enamoramiento las alarmas se quedaron silenciosas, pese a ser evidentes y, de hecho, percibidas por el narrador:

[96] No conozco a nadie tan indiferente a las dádivas como Leonardo; por supuesto que de mí era lo único que le llamaba la atención; pero la risita neutra y su actitud indolente daban la impresión de que no le interesaban (p. 169).

Al momento de la escritura Javier Lavallo es capaz de reconocer que la indiferencia de Leonardo era calculada. “De mí era lo único que le llamaba la atención”, indica en 96, y con ello remarca lo que en su momento decidió obviar. Y tan lo dejó pasar que refiere haber enviado a su nuevo interés amoroso al dentista para, tras el arreglo de un par de muelas (p. 169), conferirle en lo material la perfección que le otorgaba en la idealización.

[97] Me gustaba construir en mi cabeza la imagen de un Leonardo bien vestido y un día le pregunté si se opondría a que le comprara ropa.

—Francamente no —respondió con su modo desabrido.

—Pero en tu casa protestarían.

—Qué cosas se le ocurren, profesor.

Me extrañé.

—¿No te dirían nada? —insistí.

—Se alegrarían, aunque no lo crea (p. 169).

Tener carta abierta para desplegar la ya mencionada estrategia del regalo hace que el enamorado dadivoso se active en Javier Lavalle: le regala una camisa deportiva, un suéter y zapatos (p. 169). Los nuevos atuendos corresponden con la imagen idealizada del joven y entre este y el maestro surge una amistad que los vuelve inseparables.

[98] Pregunté si quería dar la vuelta en coche por el Pípila y respondió que sí moviendo la cabeza. Conocía un chofer que encubría mis lances y enfilamos hacia el sitio del Truco. Cuando el chofer me vio con Leonardo hizo un guiño fugaz; después se aproximó y comentó en voz baja:

—¡Qué estreno, profesor!

—Cállate.

—Pero si está muy chamaco...

—No te creas; tiene quince años corriditos (pp. 169-170).

[99] En la cuesta del cerro le dije a Leonardo que le iba a dar un beso. En seguida respondió que sí. ¿Advierten qué sencillo? Lo abracé y busqué sus ojos; pero él desvió la mirada. Me pareció que se resistía, que el dique aún no se venía abajo [...]. Me lancé con decisión y únicamente sentí que su cuerpo se estremeció un poco bajo el mío. Después se quedó extrañamente calmado, como si el beso hubiera eliminado las últimas barreras dejando escapar una disimulada sobrecarga emocional (p. 170).

[100] Ya me habló el profesor Escobedo y no quise.

[...]

—Pero si nadie se niega —comenté.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Se tuerce mucho; no es como usted.

—A ver: explícame cómo soy yo.

[...]

—A usted no se le nota nada; y además quiere verdaderamente [...] Los demás contratan para estar un ratito, profesor; y luego le hablan a otro (pp. 170-171).

Entre 98 y 100 se narra el prometedor inicio de la relación entre Leonardo y Javier. Sin embargo, en 99, luego del primer beso, se activa otra alerta: “Había pasado aceptablemente la prueba inicial. A menos que ya tuviera experiencia” (p. 170), pero el narrador decide acallar la sospecha, motivado en gran medida por la disposición de su nueva conquista para dejarse hacer. Además, en 100 Leonardo abre la posibilidad de que el vínculo sea algo más que un contrato por “un ratito”. Esto último hace que Lavallo se emocione y plantee una relación en exclusiva. Una amistad “como la mía” (p. 171) es la propuesta y el joven quinceañero acepta, pese a indicar que tiene novia. Se plantea con esto una doble vida de Leonardo, o quizá una bisexualidad no reconocida. La segunda prueba, es decir, el coito, se da un mes después, en el departamento de Félix Garza.

[101] Lo vi tranquilo, evidentemente decidido; y yo, para establecer una perfecta concordancia, compartía su tranquilidad. En ningún momento se mostró remiso, ni siquiera extrañado; tanto que de cuando en cuando renacía mi sospecha de que ya lo hubiera hecho en otra ocasión (p. 171).

Esta segunda sospecha resulta importante porque refleja la alineación del narrador respecto al ideario descrito por Michel Foucault, uno en el que el cortejo y la conquista eran esenciales, tanto como la expectativa de inexperiencia en el joven.

Para obtener de él aquello que siempre conserva el derecho de rehusar, hay que ser capaz de convencerlo; quien quiera retener su preferencia, debe superar a juicio suyo a los rivales si es el caso, y, para ello, servirse del prestigio, las propias cualidades o los regalos, pero la decisión pertenece al propio muchacho: en esta partida que se juega nunca se está seguro de ganar (2003, p. 126).

En 99 queda de manifiesto el modo en que, aunque reticente, Leonardo da su permiso para el beso, es decir, no rehúsa el avance ni la propuesta. Mientras que en 100 aparecen tanto el rival como las cualidades de Lavalle que lo llevan a superarlo: el primero es el profesor Escobedo, las segundas son el aspecto varonil del narrador y su forma de querer. Además, por supuesto, de los regalos que ya le había dado a Leonardo.

La indiferencia de Leonardo, referida en 96, se remite a otro de los aspectos que era esperado en los jóvenes griegos y, por lo tanto, casi demandado por quienes en el siglo XX eran afectos al helenismo: un juego de seducción que convirtiera a la negación en convenio. “No ceder, no someterse, seguir siendo el más fuerte, ganar en resistencia, en firmeza, en templanza a los pretendientes y enamorados: he aquí como afirma su valor el joven en el dominio amoroso” (Foucault, 2003, p. 134). Sin embargo, es un juego delicado de equilibrar, y eventualmente el joven pretendido debe ceder, con lo que se asegura la entrega de su pretendiente y los favores que este le puede conferir.

[102] Quedé totalmente hechizado, al punto que no recordaba haber experimentado nada parecido. Comprendí enseguida que Leonardo significaba algo más que un episodio momentáneo. Nos citábamos en el departamento de Félix regularmente los sábados [...] su condescendencia se parecía a la de una mujer enamorada, aunque en el caso de Leonardo, presumo que me dejaba el campo libre sólo para el efecto de impresionarme y atizar mi generosidad. Pero yo no deseaba otra cosa (Ceballos, 1969, pp. 171-172).

Nuevamente queda señalado el sistemático deseo de no ver la realidad que marcó ese pasado y que se indica en el presente —el momento de la escritura / enunciación—, debido a la distancia temporal y la posibilidad de análisis que esta otorga. “Se me escapaban las dimensiones exactas de las cosas” (p. 172), indica el hombre inteligente que perdió su pragmatismo a causa

del amor. Y el primer nubarrón en el brillante horizonte sucede cronológicamente poco después, enunciado en el diálogo revisado en el fragmento 15 —“Les dice a los compañeros que ando con un joto” (p. 173). Un compañero de clase molesta insistentemente a Leonardo por su relación con el profesor, pues, de alguna manera, iba en contra de lo socialmente aceptado, aunque se diera de forma subrepticia: sexo transaccional, no una relación.

Foucault refiere que los padres exigían a sus hijos poner obstáculos a los intentos de conquista, mientras que los compañeros se reprochaban unos a otros el aceptar esas relaciones con demasiada facilidad. Algo que resuena con la situación en que se encuentran los personajes.

Era una práctica culturalmente valorada por toda una literatura que la ensalzaba y una reflexión que fundamentaba su excelencia. Pero a todo ello se mezclaban actitudes bien diferentes: desprecio por los jóvenes demasiado fáciles o demasiado interesados, descalificación de los hombres afeminados [...] rechazos de ciertas conductas vergonzosas [...]. Parece pues que esta práctica, aunque admitida y corriente, estaba rodeada de apreciaciones diversas y atravesada por un juego de valoraciones y desvalorizaciones bastante complejo como para hacer difícilmente descifrable la moral que lo gobernaba (Foucault, 2003, pp. 121-122).

Así como en la antigua Grecia se valoraban unas prácticas y criticaban otras respecto a la relación entre un hombre mayor y su joven pretendido, en el Guanajuato caracterizado a partir del relato de Javier Lavallo se pueden inferir esas mismas oscilaciones sobre tal situación, que es en la que se encontró en su momento el narrador al vincularse con Leonardo. Que se planteara, aunque tácitamente, una relación más allá de encuentros esporádicos marcados por el intercambio de sexo por dinero hizo que surgieran voces críticas respecto a una situación que subvertía el orden mantenido por las reglas no escritas de los profesores homosexuales de la ciudad.

[103] De repente me dijo que no quería andar conmigo en la calle porque empezaban a murmurar de él en la escuela. Habló con una voz pausada y neta.

—¿Pero quién puede hablar? —pregunté.

—El profesor Medina.

[...]

—Explícame. ¿Qué te dijo?

—Me preguntó por ti.

—Eso no significa nada.

—Y que era muy peligroso andar contigo, a menos que me gustara.

—¿Así habló exactamente? Tú bromeas, Leonardo.

—Sabe bien lo que hacemos; porque dijo que nos paseábamos por todas partes (Ceballos, 1969, p. 189).

Como ya se dijo, romper subrepticamente con las formas aceptadas rompería también la tolerancia de eso que se hacía donde, cuando y como nadie se enteraba. Que Lavallo y Leonardo se pasearan “por todas partes” hacía evidente una relación que debía mantenerse en las penumbras y no extenderse más allá de lo esporádico. Contra esas reglamentaciones estaba jugando el narrador.

Y los señalamientos del profesor Medina estaban acompañados por los de Manuel Gómez, compañero de Leonardo y sobrino del corresponsal del periódico *El Sol*. Como se revisó en el fragmento 15, una de las calificaciones como joto que recaen sobre Javier Lavallo proviene de los rumores iniciados por Manuel, quien es, en efecto, el causante no solo del rompimiento entre el profesor y Leonardo, sino de la caída en desgracia y el autoexilio del primero.

[104] Cómo fue que desdeñé este indicio llovido del cielo, es cosa que todavía no puedo ni siquiera imaginar. Porque seguimos igual. Y ni Leonardo ni yo observamos nada alarmante en los sucesos que ocurrieron acto seguido. Por ejemplo, cuando Leonardo apareció con el tipo en el departamento de Félix, recuerdo que sólo tuve un acceso de cólera que por fortuna logré dominar. “¿Cómo se atreve?”, pensé. Utilicé un pretexto cualquiera y llamé aparte a Leonardo.

—¿Es el que te molesta? —murmuré.

—Sí.

—Estás perdiendo la cabeza.

—Él quiso venir.
 —Eres demasiado blando.
 —Insistió mucho (p. 173).

A partir de ese momento la dinámica de la relación cambia poco a poco. Las murmuraciones son cada vez mayores y el recelo de ambos —Leonardo de ser visto con el profesor y del segundo respecto a quienes lo señalan— también se incrementa. Aunque no lo reconoce del todo, el narrador indica: “Creía que me encontraba ante la hora del justo castigo y ya me sentía virtualmente arruinado” (p. 175). Ante tal revelación, Lavallo decide cortar la relación, pero al poco tiempo determina que en realidad desea lo contrario.

[105] El paso de los días me enseñó sin lugar a dudas que Leonardo significaba mucho para mí y comencé a estudiar la manera de recobrarlo. Sabía que se trataba de una locura a la que aún era tiempo de renunciar. Pero la voz de las sirenas seguía canturreando cerca de mis oídos y no me dejaba en paz (p. 176).

Guiado por ese canto de fatalidad, y con el pretexto de entregarle su regalo de Navidad, el narrador decide ir a casa de Leonardo, “si aparecía él no habría dificultades; si salía otra persona... confiaba en mi habilidad para improvisar escapatorias” (p. 177). Es la madre de Leonardo quien atiende al llamado y ese encuentro fortuito es valorado con ambivalencia en el momento del registro / enunciación de la historia.

[106] Mi visita a la casa de Leonardo fue el principio de todos los incidentes lamentables que se presentaron más tarde. Pero esto sólo puedo percibirlo ahora, después de muchos años. Sin embargo [...] en ese momento tenía plena conciencia de que incurría en un acto temerario, capaz, potencialmente, de torcer por completo el curso de mi vida. Me pregunto, después de todo lo que ha pasado y de lo que me ocurre actualmente, si volvería a tocar otra vez en la puerta de la casa de Leonardo. Mi respuesta inmediata y categórica es sí. (¡Pero si es lo mejor que has hecho, Javi!) (p. 177).

[107] —¿Está Leonardo? —pregunté con desembarazo.

Observé que se animó su rostro.

—¿Usted es el profesor Lavalle? —interrogó.

—Sí, señora.

—Qué gusto, profesor. Pase. Leonardo no está; pero no tardará en llegar.

[...]

Pasamos unos cinco minutos, o acaso más, intercambiando obviedades [...]

Estaba a punto de inventar una excusa y despedirme cuando la señora aclaró:

—Le agradezco lo que hace por mi hijo, profesor. Leonardo habla maravillas de usted. Y dice que lo ayuda mucho.

“¡Cristo!”

—Porque es sumamente listo, señora.

—¡Se pasa de listo!

[...]

—Leonardo es un buen chico /

—Estoy de acuerdo —interrumpí.

—...pero se junta con dos o tres amigos de mala conducta.

—Ya los dejará, señora.

—Oh, sí; pero temo que antes lo comprometan a usted de alguna forma.

—Bueno, trataré de mantenerme alerta.

Supondrán ustedes que después de esta advertencia comencé a inquietarme.

Sin embargo, eludí el asunto porque me interesaban otras cosas (pp. 177-179).

[108] —¡Usted le está haciendo un gran bien a Leonardo, profesor!

[...]

—¿Cómo le hago bien?

—Queriéndolo —respondió apresuradamente—; exceptuándome yo, nadie lo había tratado así [...]

—Sí, yo quiero a Leonardo —balbucí.

—Estoy de acuerdo; pero le aviso que debe estar vigilante; no por Leonardo, sino por sus amigos; son malas gentes.

Supongan mi fuerte emoción. No me preocupaba en lo más mínimo de sus exhortaciones, sino que únicamente tenía presente su visto bueno (pp. 179-180).

El mismo narrador lo indica en 106: lo referido en los dos fragmentos siguientes (107 y 108) fue lo que marcó la desgracia por venir. Pese a la doble advertencia de la madre de Leonardo, enamorado como estaba, decidió solo poner atención a que tenía la autorización expresa de ella para continuar con la relación que se había planteado apenas conocerlo, aunque sin saber bien a bien cómo hacerla funcionar. Ahora, por las palabras de la señora, lo tenía claro:

[109] Me sentí completamente seguro, con nueva confianza, como si la señora me hubiese conferido una especie de certificado legal con derechos indisputables sobre Leonardo [...].

En plena euforia llegué a considerar que el amor que sentía por Leonardo no era una inclinación mal vista, prohibida, casi monstruosa, sino que entre ese criterio general y yo sólo se interponían leves diferencias de gusto. Ahora mis relaciones con Leonardo *debían*²⁴⁶ ser permisibles de pies a cabeza. ¿Por qué no?

Yo era un hombre nuevo, completamente transformado [...] Experimentaba algo semejante a lo que debe sentir un muchacho cuando los padres de su novia le permiten el acceso a la sala de la casa. Por primera vez, desde que tenía uso de razón, estaba en paz con el mundo, lleno de una placidez que lindaba con la gloria eterna (p. 180).

En las primeras líneas del fragmento anterior se hace una referencia velada a la minoría de edad de Leonardo —aún tenía quince años—, por lo que la conformidad de la madre respecto a la relación hacía de esta un acto válido y no uno penado por la ley. En los dos párrafos siguientes se muestra la visión general, y cómo es que el narrador es consciente de ella: “inclinación mal vista, prohibida, casi monstruosa”, son calificativos elocuentes. Y el hecho de que compare su euforia a la que sentiría un muchacho que puede pasar finalmente a la casa de su novia muestra cómo es que el referente de tal situación estaba irremediamente atravesado por lo que había visto en su socialización, quizá con los novios de sus hermanas, todas mayores que él. Así, entre la alegría por contar con el visto bueno de su *suegra* y lo que ello le permitía, el narrador refiere haberse volcado en el vínculo con Leonardo: compra regalos para ambos (p. 184), se citan constantemente en el departamento de Félix Garza (p. 189) y viajan cada fin de semana cerca de Guanajuato para pasar la noche juntos, “pero si había puente y era posible disponer de tres o cuatro días, elegíamos México o Guadalajara” (p. 187). Tal frenesí, sin

²⁴⁶ Cursivas en el original.

embargo, incrementó los rumores hasta llegar al punto referido en el fragmento 103, con la combinación de la labor condenatoria del profesor Medina y Manuel Gómez.

[110] Las miradas de todo mundo —y yo lo sabía— estaban puestas en mí. Pero yo me tapaba los ojos y los oídos, es decir, me atenía al procedimiento del avestruz. ¿Verdad que no saben ustedes de nadie que tuviera tanto empeño en liquidarse? (p. 188).

[111] Me persuadí sin lugar a dudas de que estaba totalmente loco por Leonardo y de que mi rutina era segura. Sólo faltaba salvar el espacio [...] que mediaba entre mi precaria postura de maestro universitario y el hundimiento final (p. 191).

En 110 reconoce el delirio en el que se encontraba y la determinación de no salir de este. Enterrar la cabeza como el avestruz le llevó a la liquidación que menciona. Y pese a que así lo alcanzaba a vislumbrar, seguía aferrado a la idea de que podía tener lo que no se había logrado antes, ni él ni algún otro profesor homosexual de Guanajuato: una relación duradera, soportada en el intercambio económico, sí, pero finalmente perdurable.

Las habladurías crecen tanto que profesor y alumno deciden dejar de verse un par de meses; sin embargo, esto lleva a que se genere el documento que será el punto de inflexión en la tragedia anunciada: una carta, escrita “lisamente, sin ocultamientos de ninguna especie” (p. 195).

[112] ¿Por qué se guardan las cartas comprometedoras? Nos damos cuenta del año que pueden causar, de que estamos desarmados del todo ante su información irrecusable [...]. Leonardo conservó mi carta en la bolsa del pantalón, y un día que se quitó la ropa para jugar fútbol desapareció misteriosamente. Digo misteriosamente porque nunca llegué a saber quién escamoteó la carta. Pero no tenía mucho interés en conocerlo, ya que sabía con plena certeza que todo giraba alrededor de las maquinaciones del profesor Medina y Manuel (p. 196).

[113] —Hay una carta que lo compromete, profesor. En ella le declara su amor a un joven, le dice que vaya al Cantador y se refiere a cosas que han hecho en otras ocasiones.

[...]

—Hábleme del asunto —dijo.

—¿Qué puedo decir?

[...]

—Lo que piensa hacer —explicó.

—No mucho, señor.

—Si yo fuera dueño de esa carta, la rompería delante de usted; pero apenas la leí me la arrebató de las manos el profesor Medina para llevársela al corresponsal del *Sol* (pp. 197-198).

En los dos fragmentos anteriores se pone de manifiesto el rol de Leonardo como fin (mencionado en 94) de lo que había sido la vida de Lavalle en Guanajuato. Con la carta como prueba documental de lo denunciado, el corresponsal del periódico y tío de Manuel, publica una nota con el encabezado referido en 16: “Homosexual que hace de las suyas en la universidad”, que termina con la particularización respecto de Lavalle. Que “ya se supiera”, como indica el narrador para referirse veladamente al conocimiento social de su sexodisidencia, no le restaba espectacularidad al escándalo mediático.

En muchas relaciones, si no en la mayoría, el descubrirse es una cuestión de intuiciones o convicciones que cristalizan, pero que ya habían estado en el aire durante un tiempo, habiendo establecido sus propios circuitos de poder a base de desdén silencioso, de chantaje silencioso, de glamorización silenciosa y de complicidad silenciosa. Después de todo, la situación de quienes creen que saben algo sobre uno mismo que uno mismo puede que no sepa es de entusiasmo y poder (Kosofsky, 1998, p. 106).

La sociedad de Guanajuato, incluidas las autoridades universitarias, lo sabía y caían en la complicidad silenciosa; los alumnos lo sabían y actuaban con ambivalencia: algunos acudían al chantaje, otros a la glamorización, por el beneficio económico que podían obtener; la familia lo sabía y desdeñaba silenciosamente el secreto de Javier Lavalle. D. A. Miller, citado por Eve Kosofsky, indica justamente que el secreto puede funcionar como

La práctica subjetiva en la que se establecen las oposiciones de privado/público, dentro/fuera, sujeto/objeto y se mantiene inviolada la santidad de su primer término. Y el fenómeno del “secreto a voces”, como se podría pensar, no provoca el desmoronamiento de estos binarios y sus efectos ideológicos, sino que constata su fantasmagórico restablecimiento (p. 92).

Es decir, para quienes toleran —vía complicidad silenciosa— una situación como aquella en la que se encontraba Lavallo, el que sea un “secreto a voces” no quiere decir que se hable del asunto abiertamente. Se mantiene este como un terreno vedado, un tópico sobre el que no se debe echar luz, justamente para no borrar las sombras y claroscuros que permiten los binarismos mencionados: privado/público, dentro/fuera. Mientras que lo que “se sabía” sobre el profesor Lavallo quedara en lo privado y dentro de los espacios en que nadie más lo viera, no había necesidad de afrontarlo. La cuestión es que la nota periodística acaba con la dinámica del “secreto a voces”, la homosexualidad del protagonista deja de ser para siempre un secreto y sólo quedan las voces, todas las voces, para hablar al respecto.

Lo referido en 113 está cronológicamente situado antes de la publicación de la nota, por lo que en esos días previos al estallido del escándalo —y con ello el fin de su particularización por romperse el “secreto a voces”— el narrador oscila entre aniquilarse como homosexual para conservar sus privilegios y aniquilarse declarándose homosexual, para aminorar con esto la magnitud del escándalo.

[114] Desde siempre, sabía que en cualquier momento habría de pagarlo todo. Pero nunca pensé que el desenlace se presentara así, ni tan pronto. Me inquietaba [...] el temor a destruir para siempre mi posición de maestro joven y brillante de la universidad [...] en ratos sentía ganas de hacer una confesión pública, y en ocasiones me inclinaba por hacer trizas mis sentimientos y negar mis relaciones con Leonardo (a pesar de la evidencia de la carta), sobre todo si tomaba en consideración que ya no podía tenerlo conmigo. Y eso era lo que me angustiaba: que no existiera para mí una sola posibilidad (Ceballos, 1969, p. 198).

En el fragmento anterior destacan tres temas: el cobro por el reto social, la salida del clóset y la autoaniquilación para mantenerse como un sujeto privado y dentro de sus condiciones. Cuando Lavalle refiere saber que “habría de pagarlo todo”, concuerda con la visión del Sistema: su sexualidad, de hacerse pública, demandaba una alta cuota, desde la cárcel hasta la vida misma.²⁴⁷ Mientras que al enunciar el planteamiento de una “confesión pública”, se refiere en efecto a salir del clóset, algo que en ese momento no existía aún como práctica corriente; los homosexuales eran revelados como tales con el objetivo de lanzarlos a la hoguera social; rara vez daban el paso de mostrarse luego de una decisión personal. Y la posibilidad de negar su vínculo con Leonardo es, como ya se mencionó, la manera de intentar mediar con las instituciones —la universidad, lo legal, la religión, la sociedad— para no salir de la esfera de tolerancia en la que se encontraba hasta ese momento.

La latencia de ese cobro social aparece mencionada antes, cuando su relación con Germán —referida en los fragmentos 53, 86 y 87— comienza a dar visos de su final. Dice: “Cuando voy con él por la calle escucho cosquilleantes bisbiseos a mi espalda. Y espero fríamente el desenlace, el momento fatal” (p. 142). Estos fraseos pesimistas se repiten a partir de que le roban la carta a Leonardo: “Comienza pues lo que todos ustedes se apresurarán a llamar como mi justo castigo” (p. 195) y “Presentía [...] que estaba vez mis enemigos habían preparado un golpe decisivo” (p. 196), para culminar con un eufemismo adecuado para la situación, horas antes de que la nota se publique:

²⁴⁷ Esto por el hecho mismo de la sexualidad no canónica a la que se unen las agravantes ya señaladas: ser una figura de autoridad interesada sexoafectivamente en menores de edad.

[115] Ahora, pues, sólo debía esperar el día siguiente para asistir a mi fusilamiento. Y todo por Leonardo. Insistía para mis adentros en que se trataba de un absurdo. Pero aun así, no escaparía de ser fusilado. Y por Leonardo, sí. Me bastaba pensar en él para experimentar gran consuelo (p. 210).

Se da pues el fusilamiento y, aunque vivido voluntariamente al pensar que es por Leonardo —ya de dieciséis años de edad—, de quien sigue enamorado, le resulta mucho más trágico de lo que ingenuamente se había planteado.

[116] —¿Ya se enteró de lo que pasa?

—Sí, licenciado; vengo del laboratorio.

[...]

—¿Tuvo valor de presentarse a dar clase?

—¿Por qué? —dije extrañado.

—Parece ignorar la gravedad de la situación.

—Hay varios modos de ver las cosas; y yo no vi motivo para no presentarme.

—¿No pensó usted que iba a ofender a los estudiantes con su presencia?

Me dieron ganas de reír. Hasta ese momento no había pensado que pudiera agraviar a nadie con mi sola aparición. El rector era un hombre inteligente y acaso exageraba las cosas deliberadamente (p. 221).

[117] —Porque usted puede procesar al corresponsal [...] Pero tenga en cuenta que él también procedería contra usted judicialmente, porque tiene en su poder una carta suya.

¡Tenía que salir la carta! Me confundí momentáneamente y sólo acerté a preguntar:

—¿Está seguro?

[...]

—Dadas las circunstancias, creo que no tenemos recursos para actuar.

—No haga nada, señor rector; me iré de la ciudad.

—Y hará bien. Yo hablaré con el corresponsal para que no insista (p. 223).

Queda de manifiesto en 116 el rápido y definitivo cambio de actitud de los representantes institucionales. Ya no hay labor docente ni brillantez manifiesta que borren lo repulsivo, y por lo tanto ofensivo, de la dimensión revelada / confirmada del profesor Lavalle: es homosexual y solo eso importa. Mientras que en 117 se menciona el resultado final de todo el episodio vivido con

Leonardo: su autoexilio. Irse de Guanajuato era algo que el narrador se había planteado desde que inició su enamoramiento inconsumado con Gastón (fragmentos 80 y 81): “Ojalá pudiera trasladarme contigo a otra ciudad” (p. 109), sin embargo, al momento del escándalo, irse a otro sitio ya no sería respuesta a un anhelo, sino la única manera de retomar el mayor control posible.

[118] Mi madre estaba sentada a mi lado y me miraba casi absorta, sin pestañear. ¿Qué pensaba? Yo no veía otra cosa que la pared de enfrente. De pronto me surgió la idea y le dije en voz alta:

—Me voy a México.

Mi madre permaneció quieta, sin hablar, y sólo después de mucho rato lanzó un suspiro [...] Nadie me obligaba a tomar una determinación inmediata; incluso no estaba preparado en absoluto para el viaje, ni sabía lo que haría en México, porque antes no había pensado seriamente en marcharme; pero lo decidí, sabe Dios por qué (p. 224).

La ruptura definitiva con Leonardo se da tiempo después, cuando el chofer del sitio del Truco (fragmento 98) le confiesa a Lavalle ser él uno de los hombres con los que se acostó su joven enamorado. “Usted no quiere darse cuenta, pero al chamaco le gusta” (p. 246), confesión con la que se rompe no solo el halo de unicidad de Leonardo —a quien en un punto lo llama un “soplo de Dios” (p. 190)—, sino que se hace evidente su deshonor, en términos de Foucault, por romper la exclusividad de su relación y ofrecer su cuerpo por gusto al primero que pasa. La frase final entre los otrora enamorados ya se refirió en el fragmento 20: “¡Yo te vi con él! ¡Eres un simple puto desgraciado!” (p. 251).

5.1.3.3 Vida en la Ciudad de México

Bajo la égida de Carlos Monsiváis, la ciudad en abstracto era la gran promesa para todos los sexodisidentes que vivían en el interior del país. Y durante casi todo el siglo XX no hubo ciudad más *ciudad* que la de México.

En la práctica se pulverizan en una década versiones semif feudales de la Decencia, que se guarecen en los pueblos y se arrinconan en las ciudades. Y al eliminar un gran número de convencionalismos, enmarcados por el “Que no me entere yo mismo de lo que hago en las noches”, la Revolución le da fluidez a la secularización. Quedan en pie las prohibiciones eclesiásticas y familiares y las reacciones machistas, pero disminuye esa vigilancia casi policiaca de las conciencias, el sentimiento de culpa. Desde luego, esto se da de modo desigual y combinado, pero en la capital se afianzan los espacios de tolerancia (Monsiváis, 2008, iBook).

A esa ciudad secularizada y llena de espacios de tolerancia es a la que ocasionalmente iban Leonardo y Javier (Ceballos, 1969, p. 184), y es ahí adonde el segundo decide acudir y fijar su residencia luego del escándalo. Antes del gran rompimiento se da este diálogo entre los amantes:

[119] —Siento que no te vayas a México.
 —No me gusta México. Se pierde uno entre los demás y eso no está bien.
 —Pero si no hay cosa mejor, Leonardo. Pasar desapercibido, ¿te das cuenta?
 (p. 240).

El atractivo del lugar es enunciado por el mismo protagonista: ser uno más. Sí, con tal elección dejaba de ser “el profesor Lavalle” y lo que esto significaba en cuanto a privilegios; sin embargo, a cambio recibía el anonimato de la ciudad que se traducía en libertad de acción. Una que al inicio estuvo complementada con lo económico: el narrador consiguió un trabajo en unos laboratorios médicos (p. 234), sin embargo, en el momento en que escribe sus memorias esa relación laboral está perdida desde hace mucho, y también todas las subsecuentes en las que

fungiera como maestro. Así, aunque pudo rehacer una rutina que le reportaba placeres en libre acción, poco a poco la misma ciudad y el paso del tiempo fueron deslavando esas certezas hasta dejarlo con la última: Rolando, quien, como se verá más adelante, está también próximo a abandonarlo. Dice José Antonio Langarita:

La gran urbe como uno de los escenarios posibles del espacio público, no ha dejado de ser objeto de recelo precisamente por ese grado de incontabilidad que presenta [...]. La gran urbe ha sido el punto de llegada de un sinfín de disidentes y rebeldes en busca de los placeres que la gran urbe ofrecía a sus habitantes [...]. La gran ciudad ha sido un elemento clave para la configuración de la identidad gay moderna, su espacio vital (2013, pp. 104-105).

El proceso vivido, descrito y registrado por Javier Lavallo es previo a la configuración de la identidad gay moderna; se trata de un testimonio anterior, de uno de los últimos homosexuales —como los llama Ernesto Meccia— que inadvertidamente llevaron al cambio generacional y de planteamiento sobre la vivencia de la disidencia sexual. El protagonista de *Después de todo* es uno de esos últimos homosexuales que, una década antes de que marcharan por primera vez grupos gays organizados en las calles de la Ciudad de México, abrieron estas a las apropiaciones furtivas, es decir, al *cruising*.

Las maneras de proceder, inconscientes todas del proceso social que estaban prefigurando, se pueden estudiar desde una de las posturas de la cognición social: el individuo como miembro de un grupo. Condor y Antaki indican que el actor social habla y piensa como parte de, y en nombre de una identidad colectiva (2000, p. 469), esto con el fin de afirmar y reafirmar cuanto sea necesario la pertenencia a ese grupo por el que se expresa. Lo anterior debido a la internalización de las demandas (p. 469-470) que hace el grupo, por ejemplo: que se confirme la concordancia con los estándares de un nivel económico específico mediante la

asociación o asistencia a instituciones particulares. Algo presente en la historia de Javier Lavallo, quien se autoconcibe en tan altos términos debido a su mismo devenir familiar:

[120] Mi tía comenzó a decir que era mal visto que mi hermano y yo estudiáramos en una escuela oficial, que debíamos pensarlo bien, que no conocíamos lo que era Guanajuato, que allí estaba cerca el colegio de Isabelita Barreto que no cobraba caro, etcétera (Ceballos, 1969, p. 45).

[121] Y un día que llegó mi padre (nadie lo esperaba) dijo simplemente que la educación religiosa no hacía daño y que además (levantó el índice y lo agitó delante de su nariz) uno debía marchar siempre con la costumbre, nun-ca-con-tra-ella. Pronunció las palabras con tono casi sentencioso (p. 46).

[122] Mi padre decidió (orondo) que ingresara al Instituto Colón. Condescendió a explicarme con palabras pausadas, lisonjeras e inapelables, que me cambiaba al Colón porque era el mejor colegio de Guanajuato. “¿Te imaginas? ¿Eres capaz de imaginarte? ¿Alcanzas a comprender totalmente lo que significa para ti? ¡Tu certificado de primaria será del Instituto Colón!” (p. 47).

[123] En aquella época me parecía abominable decir groserías; observaba (¿qué se te hace, Javi?) una actitud de corrección y de pureza en el lenguaje. Recapitulando: me comportaba todo el tiempo como un muchachito endomingado. Pensaba que así *debía*²⁴⁸ ser (p. 70).

En 123 está expresado tal cual: Javier Lavallo estaba convencido de que el comportamiento que recuerda en una etapa de su vida era el que estaba obligado a observar, influido por las condiciones indicadas en 120, 121 y 122: la separación del común de los habitantes de Guanajuato mediante la asistencia a escuelas de cierto nivel no solo académico, sino socioeconómico, y la postura de aceptación respecto a idearios marcados por las “buenas costumbres” —casi siempre relacionadas con lo religioso— como complemento y refuerzo de ese distanciamiento de lo que podría denominarse como “el vulgo”. Vivían en una ciudad pequeña de provincia, sin embargo, incluso dentro de ese ecosistema social debían mantenerse en

²⁴⁸ En cursivas en el original.

los eslabones más altos de la cadena. Así, aunque todos formaban parte del mismo conjunto en extenso, se hace patente una subdivisión a la que apelan tanto la tía como el padre del narrador. Como dicen Condor y Antaki, “los individuos tienden a percibir las características y el comportamiento de su grupo de un modo más favorable que las características y el comportamiento de otros grupos” (2000, p. 470); en este caso, subgrupos. Una división subsecuente posible de indicar en *Después de todo* es la de sexualidad normativa (heterosexualidad), frente a la no normativa (particularmente la homosexualidad masculina), e incluso dentro de la homosexualidad: Javier Lavalle se concibe como un caso especial en oposición a los maricones como el profesor Marroquín, su vecino de habitación (fragmentos 18 y 26). Esa pertenencia a un grupo especial, diferenciado, queda de manifiesto en los gustos físicos del narrador:

[124] Me vuelvo intolerablemente quisquilloso a medida que soy más viejo y pobre. Como si mi gusto se hubiera quintaesenciado al paso del tiempo. Elijo lo que es bello. La fealdad me produce una reacción instantánea de rechazo. Por eso rehúyo enseñar en escuelas oficiales, donde sólo es posible encontrar rostros vulgares, prietos y aplastados. En cambio, en las instituciones privadas veo caras blancas, limpias y distinguidas (Ceballos, 1969, pp. 117-118).

[125] Busco perseverantemente dos condiciones favorables: rostro bien parecido y cuerpo perfectamente conformado. Aunque no siempre van juntos los dos atributos [...]. Y si estando ya en la pieza advierto alguna imperfección, me desaliento al instante, me pongo frío [...] me excuso con una inocente mentirijilla, les doy algo y los despido.

Acaso mi repulsa tenga origen en el hecho de que ya no soy dueño de aquella potencia que se desbordaba [...] y que desde luego yo me permitía disipar a la primera invitación (con cualquiera), precisamente porque sabía con certeza que no tardaría en surgir de nuevo (p. 118).

En 124 se muestra no solo el raciclasismo²⁴⁹ del protagonista, sino el modo en que lo marcó tanto la diferenciación de clase de su familia como la realizada a partir del —podría decirse— prestigio individual dentro de la sexodisidencia, por ser de aspecto masculino y físicamente agraciado. Es decir, antes de que se planteara a la homosexualidad como un rasgo a tener en cuenta socialmente, las vivencias individuales de varones homosexuales —con algunos aspectos compartidos— prefiguraban ese grupo del que se podía formar parte de y hablar en nombre de. Esto, por supuesto, es susceptible de hacerse ahora por el lapso transcurrido; en su momento era simplemente el día a día de sujetos como Javier Lavallo.

Además de lo anterior, en el fragmento 125 se pueden analizar dos aspectos: el primero es cómo se daban vivencias individuales de la homosexualidad con aspectos más o menos similares, en una época en la que no se podía ser tan abierto al respecto. Cuando el narrador dice que despacha a sus ligues si les encuentra un defecto, es posible recordar lo que escribió Elías Nandino, otro escritor homosexual: “Jamás me gustaron los afeminados ni fui capaz de acostarme con alguno. En cuanto veía algún dengue entre mis prospectos inmediatamente lo cortaba. Lo bonito es amar con hombres” (Monsiváis, 2008, iBook). El poeta jalisciense se refiere al afeminamiento —algo que también molesta a Lavallo—, sin embargo, es posible relacionar su actitud con la del protagonista de *Después de todo*, debido a que ambos querían acostarse con un ideal —tanto en lo físico como en lo actitudinal— y, si quien estaba en la cama se revelaba como lo contrario, preferían dejar pasar la oportunidad.

El segundo aspecto interesante en 125 es la enunciación enmascarada de la impotencia sexual que empieza a manifestarse en Javier Lavallo. La “potencia” —eufemismo para erección

²⁴⁹ Que para la época de publicación de la novela habría pasado por simple descripción, más que como algo problemático de enunciar.

— que empieza a desalentarse le hace redoblar sus esfuerzos de selección, debido a que si la desperdicia con cualquiera quizá ya no responda cuando encuentre a alguien que de verdad le guste. Y es que a la escasez de libido se suma la de dinero, lo que le lleva a acciones desesperadas en el momento de la enunciación / escritura:

[126] Recorrí un tramo de Reforma y otras calles de mi rumbo. Cuando bebo solo en mi pieza es frecuente que salga a caminar a la buena ventura para que me dé el aire y ver si encuentro algo. En estas ocasiones no me pongo exigente y me conformo con lo primero que se presenta, es decir, levanto basura [...]. Por supuesto no conseguí nada. Sin dinero no es posible hallar ni siquiera basura (p. 22).

Nuevamente se presenta una autoenunciación marcada por la pertenencia a ese grupo — que en términos de Lavallo bien podría estar conformado únicamente por él— separado del común, además del ya mencionado clasismo. Esos que no están a su nivel son, en sus palabras, “basura”. Y pese a ese bajísimo nivel que les confiere está imposibilitado para el goce fugaz e insuficiente, debido a la falta de dinero. Su economía limitada se menciona también en:

[127] —No vengas por ahora —aconsejé.
 —Vale la pena, profesor.
 Sentí que una garra me apretaba la garganta, pero respondí:
 —Todavía no dispongo de dinero.
 —Me debe cincuenta pesos.
 —Para que veas.
 —Es el que le dije, profesor.
 —Llama por teléfono a fin de semana, el sábado; creo que para entonces ya estaré en otra forma.
 —Está a pedido, profesor; no lo haga esperar.
 —Me llamas el sábado.
 —¡Profesor!
 —El sábado, y con todo gusto.
 Breve pausa.
 —Bueno... —respondió una voz desalentada. Y colgó.
 Con estas cosas se me cae el alma a los pies (pp. 53-54).

[128] Me preguntó con un balbuceo casi doloroso:

—¿Ya tiene dinero?

—Le escribí a un amigo pidiéndole quinientos pesos; ni siquiera me ha contestado.

Plegó una comisura de la boca y agachó la cabeza. Siguió un silencio total. Luego sacó la caja de cigarros y el encendedor Ronson con sus iniciales en oro que le regalé la primera vez porque se negó a recibir dinero (p. 58).

[129] —¿Quién habla? —pregunté.

—Gaudencio, profesor.

—¿Qué tal!

[...]

—¿Qué pasó con lo que me prometió?

—No pude conseguir ni un centavo, Gaudencio. Pero tengo un amigo que me debe doscientos pesos; me dijo que me los iba a traer; pero no ha venido. Tal vez mañana se presente. Si quieres llamar...

—Mejor voy a verlo.

—Es preferible que llames.

[...]

Me quedó una sensación de incomodidad, o más bien de abatimiento. Como si los chamacos ya no fueran a llamar por teléfono ni a tocar en la ventana (pp. 120-121).

[130] —¡Cuánto gusto, Miguelito!

Distendió la boca en una media sonrisa.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Nada; quería saludarlo.

—Bueno; pero te advierto que todavía no tengo dinero.

Se rio nerviosamente.

[...]

—Qué lástima.

—Ya sabes; para que no vuelvas por aquí.

—Eso no, profesor; no es para tanto.

[...]

—Sólo que me quieras fiar el ratito —sugerí con voz cautelosa.

—Sí profesor —respondió enseguida.

[...]

Procedió magníficamente, como si fuera a recibir una buena cantidad.

Ya tenía puesto el sombrero cuando preguntó:

—¿De veras no tiene nada?

[...]

—Na-da. Ni cuarenta centavos; vamos: ni veinte siquiera para una llamada telefónica.

[...]

Miguelito hizo una mueca de fastidio (obviamente) y permaneció inmóvil un rato, cavilando. Luego caminó hasta el rincón y principió a hurgar en la mesita donde guardo las cosas de tocador.

—Es inútil que busques —dije—; no tengo loción (pp. 135-136).

[131] Fácil, ¿no? Espero conseguir dinero mañana temprano; pero si fallo, me escabulliré con otra argucia.

¿Saben ustedes qué es lo peor? Claro que lo saben. Que todo gire en torno al dinero (p. 166).

[132] Con la misma chamarra de dos vistas (pero limpia), tranquilo, puntual a las citas, solía visitarme una vez por semana y siempre le daba cincuenta pesos. Naturalmente dejó de venir cuando se me acabó el dinero (p. 233).

[133] Hay ciertos chamacos cuya atracción especial es de tal modo poderosa, que me exaspera verdaderamente. Alejandro es uno de ellos.

[...]

Me acerqué a la cama y le di un beso en los labios. Pero mientras buscaba un apoyo para colocarme ventajosamente y volver a la carga, Alejandro se desplazó con suavidad a la orilla opuesta.

—Otro día —observó únicamente.

—¿Te das cuenta ahora? Ahí está el motivo por el que no deseaba que entraras. Tú vienes por dinero y yo no lo tengo; y claro, no te dejas besar (p. 241).

[134] ¿Cuándo, me he preguntado mucho últimamente, volveré a tener la paz, la holgura económica y sobre todo aquella cordialidad que me transformaban en un ser feliz? (p. 244).

Es elocuente la manera en que la economía mermada, por no decir que aniquilada, se mantiene presente en la progresión narrativa de Javier Lavalle. Los fragmentos citados avanzan de la página 52 a la 244, es decir, el lamento por no poder pagar como antes por la compañía de los jóvenes que iban a tocar a su ventana se mantiene como una constante y se entreteje en el relato. Cuando se hace evidente el grado de limitación en el que se encuentra, decide evadirse

mediante la evocación de su vida pasada, de episodios en los que fue feliz porque contaba, y en abundancia, con lo que menciona en 134: paz y holgura económica, los pilares de su felicidad.

Esas conquistas pasajeras y placenteras por igual, sin embargo, no son trascendentales en la existencia del narrador más allá de lo físico, pues no había en ellos el elemento de la acechanza y la conquista. Así como a los que llevaba directamente a la bodega del laboratorio en su época en Guanajuato, quienes iban a tocar en la ventana o le llamaban por teléfono eran, en el ideario de Lavallo —muy atravesado por el helenismo—, sujetos de poca valía.

Que ofrezca su cuerpo a quien quiera y como quiera [...] por gusto del deleite o por interés. Ahí está el deshonor de los muchachos que aceptan al primero que pasa, que se ostentan sin escrúpulo, que pasan de mano en mano, que todo lo conceden al que ofrece más (Foucault, 2003, pp. 134-135).

Así pues, la mayor parte de la actividad sexual de Javier Lavallo podría calificarse como el disfrute de quienes ofrecen su cuerpo a cambio de dinero, es decir, quienes se prostituyen. Esto sin dejar de lado el componente del estupro ya mencionado, debido a que, aunque se trata de sexo transaccional, hay un desequilibrio entre los involucrados, que da ventaja al narrador.

La constante intrusión de jóvenes a los que debe rechazar por la situación en que se encuentra al momento de la escritura / enunciación, se debe a que, así como en Guanajuato, “ya se sabe” (Ceballos, 1969, p. 126). Referido en el fragmento 18, hay una suerte de código que permite anunciarse con el profesor. Además de la ventana específica sobre la que deben ser los toquidos, hay otro elemento importante: la luz de la habitación.

[135] Tampoco han tocado en la ventana. Estoy seguro de que mantuve prendidos los dos focos (el que cuelga del centro de la pieza y el del buró). La luz eléctrica es una advertencia: si está encendida es señal de que me encuentro en la habitación (p. 41).

[136] Pero a veces me enredo en mis propias artimañas, como cuando estoy en la pieza con la luz prendida y voy al super de la esquina y se me olvida apagar la luz, ¿lo creen ustedes? Llegan los muchachos y llaman quedito, no salgo, tocan recio, no aparezco, qué raro, tocan más fuerte, de repente surge la señora en el balcón de arriba (está sobre mi ventana) y pregunta: ¿qué quieren?, los muchachos responden: buscamos al profesor, la señora replica: no está en estos momentos, la miran sorprendidos, piensan que se equivoca o que no dice la verdad y alegan aún; pero está prendida la luz, ¿y eso qué si el profesor no está?, agrega mi casera (pp. 68-69).

Mientras que en 135 se declara la manera en que está caracterizado el código extralingüístico de la luz eléctrica, en 136 es posible ver cómo toda codificación puede presentar fallos y, con ello, problemas potenciales. La insistencia de los visitantes puede hacer pensar otra cosa a la casera, es decir, hacerle evidente lo que sucede, algo que el narrador no desea: “No me conviene que salga y vea a los chamacos, me exhibirían francamente” (p. 68). La inobservancia o falibilidad emergente del código “primera ventana + luz encendida” pone en riesgo el sigilo que ayuda a mantener la burbuja de operación/tolerancia que Lavalle construyó en la Ciudad de México durante los años que lleva ahí. Una burbuja que está por romperse definitivamente por la falta de uno de sus elementos fundamentales: el dinero.

[137] Estoy en la mayor indigencia y sin embargo siguen tocando en la ventana y llamando por teléfono. ¿Por qué acuden a mí si saben que no puedo darles lo que quieren? Supongo que me buscan sólo para acogerse a una esperanza. Acaso se figuran que estoy obligado a estar siempre a disposición en cualquier circunstancia. Aunque deben saber que están equivocados; porque mi situación se ve, se palpa. Me imagino el asedio a que se encuentran sujetos los que tienen recursos y se resuelven a dar (p. 120).

Así como quienes lo buscan para aferrarse a la esperanza de conseguir dinero a cambio de su compañía, Lavalle está aferrado a la promesa de su propia esperanza, una que se llama

Rolando. Sin embargo, ese último viso de lo que fue su vida está por evadirse de su realidad, y es por eso que hay una obsesión total y declarada por retenerlo.

5.1.3.3.1 Rolando, el último

La historia del vínculo entre Rolando y Javier Lavalle no es clara. Así como se destacó en varias ocasiones la narración llena de enmascaramientos realizada por el protagonista, también hay una especie de velo respecto al modo en que Rolando, de diecisiete años de edad (Ceballos, 1969, p. 41), terminó viviendo con el profesor en la Ciudad de México. Como ya se ha visto, la enunciación de Lavalle contiene mucho más de lo que la literalidad alcanza a indicar, algo que resuena con lo señalado por Coseriu: “La lengua se halla contenida en el hablar, el hablar no se halla todo contenido en la lengua” (1955, p. 32).

Todas las relaciones referidas en la novela, tanto las que son significativas como las que no, tienen el componente de la precariedad. Las intrascendentes, por el hecho de que los jóvenes involucrados acuden al profesor justamente para obtener un beneficio económico, en busca de subsanar una precariedad permanente o momentánea; en los vínculos importantes para Lavalle la precariedad se hace doble, pues, además de que el enamorado está en desventaja pecunial, también “se debe a la inconsistencia de los compañeros y es consecuencia del envejecimiento del muchacho, con lo que pierde su encanto” (Foucault, 2003, p. 128). Se puede decir que el protagonista de *Después de todo* vive de fantasías congeladas en el tiempo —como las que involucran a Gastón y a Leonardo—,²⁵⁰ único modo en el que pueden perdurar, puesto que todos los estelares de sus enamoramientos iban a crecer y, en consecuencia, a dejarle de ser atractivos.

²⁵⁰ Sobre Leonardo el narrador mismo indica: “Ahora Leonardo tiene treinta y dos años. Un hombre, ¿no? Un hombre acabado, macizo, es decir, algo completamente ajeno a mi gusto” (Ceballos, 1969, p. 245).

El mismo Lavalle lo dice: “Después de los veintitrés años no me interesan los hombres” (Ceballos, 1969, p. 128), así, la precariedad de sus vínculos sexoafectivos genera una constante rotación de amantes. La diferencia con lo que está por suceder con Rolando es que no está siguiendo el proceso regular, es decir, la anunciada ausencia se dará eventualmente, no porque haya sobrepasado los veintitrés años de edad, sino porque está decidiéndolo a los diecisiete al revelarse contra la influencia de Lavalle.

La importancia de Rolando para la historia se pone de manifiesto desde la segunda página de la novela. Dice Lavalle en una de esas primeras oscilaciones entre evocación y enunciación de lo inmediato:

[138] Pero estas distintas representaciones se interrumpen a cada momento; es como si se produjeran cortes imprevistos en una película cinematográfica; y aparece de golpe la imagen de Rolando.

Pronto llegará Rolando. Él bloquea no sólo mis recuerdos, sino toda mi vida. ¿Estará todavía con Claudina? Es temprano y me sorprendería que no estuviera con ella. Me inquieta su tardanza a pesar del propósito de enajenarme y avanzar en este relato (p. 10).

La anterior es la primera mención de Rolando y, quizá igual de importante, de Claudina, la joven novia por la que el primero está a punto de dejar a Lavalle. Es elocuente en 138 el modo en que se combinan los elementos que estarán presentes durante el resto de la novela: las evocaciones del narrador, su último vínculo sexoafectivo que las interrumpe, el motivo por el que no deja de pensar en él y el objetivo de escribir la narración de su vida como medio de evasión ante lo que se le evidencia, pero decide soslayar.

[139] Me pregunto qué planes tiene Rolando con Claudina. En verdad no lo sé. (¿O inconscientemente rehúyo saberlo?) Lo curioso es que yo pensaba (hace mucho) que siempre lo tendría metido en mi puño. Y ahora heme aquí reventando de

mohína en tanto que él se encuentra en el cine muy contento (contento y tal vez hasta cachondo).

Intentaré hacer un esquema de nuestras respectivas posiciones (presuntivamente): Primero: Claudina está encaprichada con él; segundo: Rolando no la despachará por cuenta propia; tercero: necesito hacer algo para separarlos definitivamente; sospecho que aún es tiempo (p. 11).

[140] Pienso en la época en que Rolando aún no conocía a Claudina. Todo ese gran mundo de afuera apenas si representaba algo para nosotros; los días eran espacios de tiempo que nos pertenecían en común (p. 14).

[141] Sin que se haya producido una ruptura verdadera hemos tomado caminos distintos. Antes esperaba llegar a una cierta transacción que pusiera fin a los actos hostiles cotidianos [...] Si no era posible que dejara a Claudina, al menos podíamos tener paz (p. 14).

[142] Ojalá consiguiera vivir solo; pero la verdad es que no puedo: necesito a Rolando. Y soy demasiado egoísta, como la mayoría de la gente [...] lo que me espanta es que él ya no respire el aire de esta habitación, que su voz deje de resonar entre las cuatro paredes. Me abrumba simplemente la idea de renunciar a Rolando de manera definitiva.

En cambio, él me abandona un poco cada día. Lo sé con certeza por sus reticencias y misterios (pp. 14-15).

Los cuatro fragmentos anteriores recalcan lo ya dicho: la importancia del triángulo en el que involuntariamente se encuentra el narrador, con Rolando y Claudina. En 139 reconoce esa propensión a decidir no ver las cosas —el procedimiento del avestruz referido en el fragmento 110—, pero se aferra a la posibilidad de separar a los jóvenes amantes. Mientras que entre 140 y 142 oscila entre lo que fue, lo que se llegó a plantear y lo que será el resultado más probable: concordia, doble vida y abandono, respectivamente. Que los fragmentos 140, 141 y 142 estén entre las páginas 14 y 15 del libro refuerzan lo fundamental que es para la historia el nombre de Rolando y la situación aparejada a este:

Lavalle escribe un relato de su vida para evadirse, “Olvidar este año, esta ciudad, este aposento” (p. 10), algo que no consigue porque ese presente, materializado en las ausencias y

reticencias de Rolando, se entromete en el proceso y, como ya se dijo, termina integrándose al registro que aspira a lo literario: “Debo someter el relato a cierta forma literaria, aunque se modifiquen los acontecimientos” (p. 246).²⁵¹

Esta presencia latente de Rolando en su pensamiento, pero cada vez más diluida en la realidad, resuena con los planteamientos del helenismo y el...

Temor tan frecuentemente expresado por el amado de ver a los enamorados apartarse de él. Y la cuestión que se plantea entonces es la de la conversión posible, moralmente necesaria y socialmente útil, del lazo de amor (destinado a desaparecer) en una relación de amistad, de *philia*²⁵² (Foucault, 2003, p. 128).

Sin embargo, a Javier Lavallo no le importa la *philia*, no piensa en la transformación de sus vínculos, y eso es lo que hace de sus rupturas los grandes dramas aquí revisados. A pesar de que irremediamente crecerían y por lo tanto dejarían de serle atractivos, el narrador se aferra a ideales, y el último de estos, como ya se dijo, es Rolando.

La presencia de Rolando como último motivo de esperanza —como resquicio final de sus certezas— se mantiene durante toda la novela, ya sea para mencionar algún hecho significativo respecto a él, o simplemente como parte del entramado narrativo a manera de pensamiento latente que amenaza con consumirlo todo. El nombre del último vínculo aparece en *Después de todo* en las páginas 20, 23, 34, 36-41, 48; “¡Ay, Javi! ¿Debes renunciar por completo no sólo a Rolando sino a todos? Rolando, tú deberías estar aquí. Rolando, a quien ahora necesito más que nunca” (Ceballos, 1969, p. 66). También en las páginas 80, 82, 89, 134; “Y respecto a mi situación con Rolando, estoy de acuerdo con ustedes en que parezco un viejo idiota” (p. 156).

²⁵¹ Esa intención literaria la remarca con cierto tono irónico en otro pasaje: “Para continuar con Rolando iba a escribir: El imprevisto chaparrón de invierno... O tal vez mejor: En la mañana llovizó fuera de toda previsión. (¿Qué será más ‘literario’?) Pero no; prefiero volver a mi infancia” (Ceballos, 1969, p. 43).

²⁵² En cursivas en el original.

Así como en los folios 203, 204, 226, 229, 231; “Rolando no respondió, sino que se limitó a fruncir la nariz. Yo hubiera querido que la conversación terminara de otro modo” (p. 232), 241 y

243. Además de las menciones referidas en este párrafo, destacan los siguientes fragmentos:

[143] A-no-che-Ro-lan-do-no-vi-no-a-dor-mir. Sí, es cierto, no sueño. No-vi-no-a-dor-mir. Me siento aplastado, naturalmente, pero al mismo tiempo —y me extraña — con un claro alivio de la tensión que soportaba (p. 24).

[144] Sería mejor que enloqueciera; él se alegraría; pero no es el caso.

Fui a dejar a Rolando a la Hotelera exactamente como en los viejos tiempos. No me siento desgarrado porque soy acomodaticio (como todos); pero ahora me aburro (p. 42).

[145] Ayer tarde, mientras volvíamos del cine, Rolando me confió que un americano lo había convidado a irse con él a Acapulco.

Admito que Rolando es un tipo que puede hacer fortuna con cualquier hombre. Posee todos los atributos esenciales, excepción hecha del talento (p. 100).

[146] Con una rotunda sensación de euforia, sin telarañas en la mente [...] espero a que Rolando termine de arreglarse para acompañarlo a la Hotelera. En esta hora única del día en que Rolando siempre se encuentra en casa debo causar la impresión de ser un hombre triunfante y feliz (p. 122)

Así como en la estructura general de la novela está presente la constante oscilación que ya se ha mencionado, entre los fragmentos anteriores se puede identificar un vaivén similar. En este caso de las emociones del narrador, quien va del sufrimiento (143 y 144) a la resignación (145) y de ahí al goce (146), aunque este sea artificial o momentáneo. Aunque la hostilidad entre ambos es una constante, la sola presencia de Rolando es un alivio. Mientras no suceda lo indicado en 142 como el máximo miedo, hay un rescoldo de esperanza.

[147] Deben ser las dos y media. Rolando sale de la Hotelera a las dos en punto y recorre el camino en unos diez minutos; luego entonces ya debería estar aquí.

Estoy completamente dominado por una absurda inquietud y cuento el tiempo segundo por segundo. Se diría que la presencia de Rolando es una cosa de vida o muerte para mí.

El silbido de Rolando, por fin (p. 136).

En el fragmento anterior se evidencian esos destellos de obsesión que marcan la enunciación de Lavalle. Como ya se dijo, durante la narración de su historia²⁵³ busca aferrarse a lo que había sido su relación con Rolando. A la par de las penas amorosas del pasado, el lector/acompañante atestigua el modo en que en ese vínculo actual se repiten algunas de las actitudes que anuncian una herida que puede ser fatal en esta ocasión: la soledad, aunque ya sin dinero para remediarla.

[148] De repente se me ocurrió lanzar el reproche que más lo enfurece: ya estabas cuando te saqué de tu pueblo, no lo niegues [...] ya estabas —insistí—, en el rancho de tu abuela me contaron que un fulano (campesino) estuvo contigo antes de que cumplieras catorce años [...] conozco al dedillo tus paseos y comenzaré por recordar que en ese tiempo te decían la mula albina, casi saltó de la cama y pensé: di en la cabeza del clavo [...] después tuviste dos amigos, Rolando, eran más grandes que tú, a uno lo veías a las dos de la tarde y al otro a las siete de la noche [...] por eso cuando hicimos el primer viaje a México y te sucedió conmigo ya sabía a qué atenerme, Rolando, acuérdate [...] ya estabas Rolando, no me digas que no porque he tenido a muchos nuevos y sé muy bien cómo están, y tú no estabas así, Rolando, lo sentí al momento (pp. 145-146).

En el fragmento anterior hay un reproche, el más efectivo según dice el narrador, a modo del que le hizo alguna vez a Leonardo (fragmento 20). En ambos casos, el reclamo está motivado por una especie de desilusión helénica debido a que los enamorados resultaron erómenos²⁵⁴ fallidos (Foucault, 2003, p. 125). De acuerdo con el ideario griego, el sujeto más joven no debía ceder con facilidad a los intentos de conquista ni otorgar sus favores —su cuerpo, en efecto—

²⁵³ Que marca el desarrollo cronológico del proceso de escritura, aunque no haya referentes evidentes de esto, como podrían ser fechas específicas.

²⁵⁴ Los sujetos más jóvenes en la relación.

con desparpajo o por interés evidente, mucho menos por placer carnal anunciado. Así, tanto Leonardo como Rolando no pasaron la prueba: el primero, por haber tenido relaciones sexuales con el chofer que le servía de celestino al narrador (fragmento 98); el segundo, por no haber guardado su virginidad por más tiempo. Esto último se menciona, de nuevo, con un fraseo enmascarado: la literalidad de “ya estabas” no indica nada sexual, sin embargo, en el contexto y cotexto es que alcanza su significado pleno: ya había tenido sexo anal. Lavalle es, incluso en su escritura velada, elocuente al respecto: “He tenido a muchos nuevos y sé muy bien cómo están, y tú no estabas así, Rolando, lo sentí al momento”. De hecho, está describiendo la primera relación sexual durante ese “primer viaje a México”, sobre el que no da mayores datos para ubicarlo temporalmente. Lo que el narrador cuenta sin mencionar es que la sensación al penetrar analmente a Rolando fue distinta, y eso lo reveló como un erómeno incompleto, malogrado. Sin embargo, esa falla no señalada en su momento le serviría para tenerlo en su puño (fragmento 139) y, a la vez, le permitía usarla como arma arrojadiza, tal cual se presenta en 148.

[149] Hasta ahora Rolando se ha mantenido inflexible. Con otros sí lo hace por dinero; conmigo, por nada del mundo. Cuando todo marcha bien y estamos contentos, admite que lo bese; pero si intento aprovechar la ocasión, si pienso que ya todo pasó y pretendo ir más allá, me contiene al momento (Ceballos, 1969, p. 228).

[150] Lo amo, sí, pero de un modo distante y desesperanzado. Y no puedo hacer otra cosa que observar cómo acepta devoción, ternura y halagos de la manera más indiferente.

Si Rolando se atuviera a un mínimo de justicia, persistiría en la doble y cómoda posición de estar conmigo y con Claudina. Aunque no me quisiera. Pero que mostrara, al menos, cierta condescendencia. ¿Qué se le quita? (p. 228).

En los dos anteriores, se presenta, ya hacia el final de la novela, una evolución de la obsesión al enamoramiento añorante, es decir, ya casi en términos de lo que le producen los

recuerdos de Jaime, Gastón o Leonardo. Nuevamente, es el deseo de remitirse a lo que fue para no ver lo que es en la nueva realidad que comparten.

[151] Al principio, un simple retraso de Rolando al salir del trabajo me transformaba en un hombre sometido a las peores torturas. En cambio, hoy se cumplen cinco noches que no viene a dormir y aquí estoy, calmado, humilde, como si estuviera de acuerdo con lo que pasa (p. 230).

[152] Que Rolando está perdido para mí (y quizás para él mismo), lo sé de sobra desde hace mucho tiempo, y lo he sugerido aquí en repetidas ocasiones. Pero en todo este tiempo me negué a aceptarlo como hecho consumado [...] estoy desorientado desde que Rolando me dijo que Claudina está embarazada. Lo declaró con toda sencillez, como si anunciara un hecho común.

—¿Pero por qué? —dije sumamente alarmado.

Rolando pasó junto a mí y se recostó en la cama, con el cigarrillo y la sonrisita habituales.

—¿Dónde tienen la cabeza? —grité, acosé.

—No te pongas así —dijo sonriendo (pp. 243-244).

En 151 y 152 Javier Lavallo finalmente acepta su derrota. El primer fragmento permite conocer la nueva actitud del profesor: resignación ante la ausencia de Rolando. Una ausencia cada vez más prolongada y más evidente, sin embargo, manejable por el hecho de que, de cuando en cuando, la certeza decide volver a dormir en el que aún es su hogar, aunque seguramente ya no por mucho tiempo.

Pero en 152, trece páginas después del fragmento anterior, la partida de Rolando se anuncia en toda su magnitud: Claudina está embarazada y pronto llegará el momento en que no serán cinco noches, sino todas las noches las que el futuro papá no estará en esa habitación. “Ese embarazo cambia todo. Me refiero, por supuesto, a los planes de atraer nuevamente a Rolando, ya que de hecho hace mucho tiempo que no me pertenece” (p. 244). En este fragmento destaca también la manera en que el protagonista refuerza la autoenunciación y la caracteriza como un

espacio definido, algo que se puede ver cuando dice: “Lo he sugerido aquí en repetidas ocasiones”. Ese “aquí” son las páginas en que la historia se registra y, todavía más importante, el espacio narrativo —como una extensión de la habitación en que vive—, que habitan tanto él como sus futuros lectores.

En ese punto de la narración, además, se evidencia que para Lavallo pesa más el pasado, es decir, Leonardo. Luego de aceptar que Rolando no le pertenece desde hace mucho, se desvanece por completo su constante presencia. Las numerosas menciones de su nombre se transforman en un silencio perentorio y, puede adivinarse, doloroso. La novela continúa con la referencia a la gran tragedia vivida en Guanajuato: el descubrimiento de que el chofer de taxi que servía de celestina fue, al mismo tiempo, rival: Leonardo se acostó con él y eso, más que el escándalo por el que perdió el trabajo y debió mudarse a la capital del país, es lo que lleva a Lavallo a romper el vínculo definitivamente, luego de la discusión referida en la página 251 del libro.

Ya no hay manera en que el profesor pueda recuperar a Rolando, el futuro padre, y ante tal verdad recurre al último asidero que le queda: la escritura de su historia, aunque con un nuevo significado. O quizá uno que había evitado ver:

[153] Ahora no sólo tengo tiempo para escribir, sino para observar el proceso de mi propia destrucción. Yo también me acabo. Curioso: en donde advierto mejor mi rápido descenso es en el aspecto que presentan los demás. Veo la pavorosa ruina de parientes y amigos y me asusto. Pero qué cambio, digo, si no hace mucho, si apenas ayer... (p. 244).

El relato vital de Javier Lavallo no solo es una moneda de cambio lingüístico que eventualmente, quizá después de su muerte, alguien leerá y tasará, sino que se puede plantear

también como una especie de retrato de Dorian Gray fallido, pues, a la par de la pintura, el retratado muestra las grietas en su faz que anuncian el inminente final de todo. Esa decadencia —puesta de manifiesto tanto en el testimonio (las páginas escritas) como en quien lo realiza (el profesor)—, sin embargo, se acepta con un último rescoldo de autoafirmación:

[154] En general, bajo un dilatado cielo de condenación, pero a la vez de renovada promesa, he vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy (p. 252).

La decadencia física, la falta de dinero, la ya irremediable ausencia de Rolando y los recuerdos pavorosos del pasado —entre los que destaca el de Leonardo— se viven con dolor, pero sin amargura. Era el precio que, sabía Lavalle, había de pagarse alguna vez. Esa posibilidad de no amargarse es, como indica el protagonista en la última línea de la novela,²⁵⁵ su mayor triunfo. Aunque la promesa se convirtió solo en condenación; lo que ya vivió y disfrutó no se lo quita nadie.

²⁵⁵ “No me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa” (Ceballos, 1969, p. 252).

CONCLUSIONES

Al final de su relato de vida, Javier Lavallo no está en posición de consentir ni de consentirse. El castigo por el estupro, su falta legal —la única a castigar, no así el hecho de su homosexualidad—, no se dio en la cárcel, pero sí en una prisión construida por él mismo: la fundamentalidad de lo económico para obtener sexo, afecto y compañía. La falta de esto, evidenciada en su entorno inmediato, es un recordatorio constante de que todas sus certezas se perdieron y lo único que le queda es el recuerdo de sus consentidos.²⁵⁶ O el cúmulo de recuerdos materializado en el montón de hojas de papel blanco sobre las que ha escrito su testimonio, con “tinta verde, con mi letra grande, alargada, izquierdilla” (Ceballos, 1969, p. 10). Ese rimero de hojas es, como ya se dijo, la moneda de cambio lingüístico acuñada por Javier Lavallo, que tiene valor —en mayor o menor grado— para el grupo del que esa voz es representativa: el de los varones homosexuales en la década de 1960 en la capital del país. Él es uno de esos varones, una de esas voces. Lo escrito por el narrador, sin que se sepa cuándo ni cómo será la transacción, es un objeto de valor, no solo por lo testimonial a nivel individual, sino por lo que representa para la historia de una comunidad no vista en ese momento como tal.

Las existencias marcadas por las sombras, el sigilo y el silencio que debieron llevar los no-hombres de la época, quedaban confinadas a lo privado o a círculos muy reducidos y de extrema confianza, como el caso de José Toledo y su diario.²⁵⁷ Pero con Javier Lavallo se da un primer paso —quizá inconsciente en cuanto a su impacto futuro— hacia lo público y gregario: su escritura no es un ejercicio estrictamente privado, pues al registrar su historia con intenciones

²⁵⁶ Cuya ausencia lo deja a él sin sentido.

²⁵⁷ E incluso Salvador Novo quien, pese a tener a su disposición suficientes recursos económicos, intelectuales, culturales y de particularización, decidió dejar inéditas sus memorias (*La estatua de sal*) pero legadas de modo que eventualmente tuvieran la posibilidad de publicarse, como de hecho pasó.

literarias declaradas y pensando siempre en los futuros lectores, la meta es que lo narrado se comparta, se socialice, se hable de ello en extenso. Es precisamente esto lo que hace de *Después de todo* un producto literario de gran valía que debería revalorizarse: la primera década en que existió una literatura por, sobre y para homosexuales, cerró con esta novela en la que su protagonista contempla la decadencia (propia) en su entorno inmediato y, aunque le duele, la asume con la mayor dignidad posible y negándose a caer en la amargura.

Mis entradas son de mera subsistencia y debo más de quince mil pesos. Y luego todo se diluye, se carcome, se ennegrece, se acaba, en una palabra: la ropa, los zapatos, los muebles, las sábanas. Y nada puedo reponer.

[...] Yo también me acabo (p. 244).

Evidentemente está muy lejos de su condición inicial: la del profesor consentidor. Lavalle ya no está en posición de elegir al alumno que le guste más. Ahora, sin dinero y sin ese rol social que tantas satisfacciones —sexuales y de otra índole— le dio, está reducido a la nada. Sin embargo, esa nada alcanza a alzarse y a sortear la ola de amargura que podría acarrear tal situación:

He vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy [...]. ¿Pueden entenderlo? No durante algún tiempo, que es por lo que opta la mayoría de ustedes, sino eternamente. He vivido así y no me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa (p. 252).

La atención dada a los futuros lectores y el reto que les plantea —quizá por verlos como representantes o sucedáneos de ese sistema institucional al que se enfrentó toda su vida— se mantiene hasta el final de la narración. “¿Pueden entenderlo?” y “la mayoría de ustedes” son frases inequívocamente dirigidas a quienes estén por cerrar la transacción —al pasar la última

página—²⁵⁸ con la moneda de cambio lingüístico acuñada por Lavalle y que encierra una de las maneras en que los varones homosexuales pudieron ser y estar en el México a inicios de la segunda mitad del siglo XX. Interpelarlos directamente en la última página de su testimonio le asegura la atención de esa compañía casi fantasmagórica en que se han convertido durante todo el proceso de escritura y, seguramente sin pensarlo así, pareciera despedirlos con una reflexión que rezaría como sigue: “¿Cuántos de ustedes están viviendo conforme a lo que quieren y lo que son?”.

La proclama de Javier Lavalle no es pública ni apunta al activismo, pero con el solo hecho de separarse en su discurso del Muchacho y de Alberto Teruel, que se aniquilan llenos de culpa, y de alejarse del suicida José Toledo, permite una evolución de la representación social sobre la homosexualidad que campaba en la literatura, el cine, la música y la prensa. Pese a que en la portada de *Después de todo* se puede leer que esta discurre sobre el “mundo en que gozan y padecen esos seres agónicos y frágiles que forman una de las minorías más inasequibles y combatidas, los homosexuales”, el personaje principal hace evidente que no es un ser agónico²⁵⁹ ni frágil, y que al combate social ha dado respuesta burlándose de sus instituciones. Quizá hizo un mundo centrado en él mismo, pero definitivamente no es una minoría; en su voz están integrados rasgos y ecos de muchas otras que, a diferencia de él, no tuvieron los medios ni los privilegios para dejar un testimonio por escrito luego de haber gozado de una vida en sus propios términos.

²⁵⁸ En el caso de quienes decidieron quedarse hasta el final. Para los que no, sería posible plantear transacciones incompletas o suspendidas, aunque ese aspecto rebasa los alcances de esta investigación.

²⁵⁹ Al menos no en el sentido del estadio previo a la muerte, aunque podría serlo en su acepción de “lucha o contienda”, que remite a la etimología griega de la palabra.

El segundo trabajo narrativo²⁶⁰ de José Ceballos Maldonado es, sin duda, una anomalía para el discurso aceptado, difundido y esperado en las representaciones de varones homosexuales. Un producto literario que prefigura, una década antes, la libertad de hacer y contar con la que Adonis García, el protagonista de *El vampiro de la colonia Roma* (1979), desgrana su historia vital frente a la grabadora de quien lo interroga. Hay, pues, una gran separación y a la vez una enorme similitud entre Adonis y Javier. Son fundamentalmente distintos, por el hecho de que el primero es joven, iletrado y prostituto, mientras que el segundo perdió la juventud hace mucho, tiene formación universitaria y ha sido el comprador cuando se trata de transacciones sexuales. Pero están cerca por la ya mencionada libertad con que comparten lo que ha sido su vida: Adonis habla sin parar, se repite, detalla, se emociona; Javier calcula y planea, pero pese a ello su escritura también está marcada por la abundancia de detalles y abrevia de lo emocional.

La relación señalada en el párrafo anterior permite plantear el que podría —y debería— ser el siguiente paso en pos de la revalorización de *Después de todo*: el reconocimiento y la sistematización de una tradición discursiva de novelas sobre varones homosexuales a partir de las primeras escritas en la década de 1960. Hay en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *El diario de José Toledo*, *Los inestables* y *Después de todo* elementos, rasgos y formas de narrar compartidas y que también revelan cuestiones contextuales e históricas que provienen de los discursos imperantes de su momento de creación. La identificación de esta tradición podría llevar al planteamiento de un canon de literatura homosexual mexicana —basado en parámetros aún

²⁶⁰ Contando solo las novelas, pues antes de *Bajo la piel* (1966) hay un libro de cuentos: *Blas Ojeda* (1964).

por definir— que sirva de compañía a *El vampiro de la colonia Roma*, que es prácticamente la única mención cuando se inquiera sobre tal producción temática en la narrativa nacional.

Es posible decir que las desventuras, dramas, melodramas, autoaniquilaciones, clamores, reclamos e inseguridades de los protagonistas escritos por Paolo Po, Miguel Barbachano Ponce y Alberto X. Teruel se conjuntaron y complementaron con los delitos y deleites del personaje desarrollado por José Ceballos Maldonado, para plantear poco a poco existencias vistas hasta entonces como grandes anomalías excepcionales, y con ello preparar el terreno para la irrupción de un estelar como Adonis García, el gran parteaguas de la narrativa sexodiversa nacional.

Después de todo, tanto en la estela de narrativa de homosexualidad en México como en la de la producción literaria de José Ceballos Maldonado, plantea un momento de ruptura e innovación: en el primer caso al plantear no solo a un protagonista contestatario y autodefinido, sino una estructura narrativa fragmentada en tiempo y espacio que revela poco a poco lo importante y apela directamente a sus lectores para convertirlos en cómplices. Ese negarse a la cronología tradicional para narrar la trama resuena con la actitud de Javier Lavallo, quien se rehúsa a vivir bajo los mandatos y expectativas del sistema en una ciudad tan tradicionalista como Guanajuato.

En el segundo caso, es decir, en el curso de la narrativa de Ceballos Maldonado, la innovación se plantea no solo en lo estructural sino en el hecho de encontrar en todas las formas de sexualidad la posibilidad del cinismo. El escritor uruapense plantea que Lavallo lo es no por su homosexualidad sino por dar curso y recursos a sus apetencias en espacios periféricos u ocultos, proveídos por su rol social altamente valorado en ese momento: el del maestro. Así, las máscaras públicas de Tea y Adrián, Javier y Rodrigo, independientemente de su homosexualidad

y heterosexualidades respectivas, esconden rostros con sonrisas cínicas y taimadas de muy semejante magnitud.

La estructura narrativa, además, permite incluir la segunda novela de Ceballos Maldonado en la saga de destacadas obras de la literatura como *El pozo* de Juan Carlos Onetti, en la que se lee:

Encontré un lápiz y un montón de proclamas abajo de la cama de Lázaro [...]. Es cierto que no sé escribir, pero escribo de mí mismo [...]. Dejé de escribir para encender la luz y refrescarme los ojos que me ardían. Debe ser el calor. Pero ahora quiero algo distinto. Algo mejor que la historia de las cosas que me sucedieron. Me gustaría escribir la historia de un alma, de ella sola, sin los sucesos en que tuvo que mezclarse, queriendo o no (2012, p. 11).

Releo lo que acabo de escribir, sin prestar mucha atención, porque tengo miedo de romperlo todo. Hace horas que escribo y estoy contento porque no me canso ni me aburro. No sé si esto es interesante, tampoco me importa (p. 16).

Los dos fragmentos anteriores, solo por citar un par de ejemplos, permiten ver la similitud entre el tono de ambas novelas.²⁶¹ Óscar Alberto Morales refiere, al analizar la obra de Onetti, que metaliteratura —a la que también llama literatura reflexiva— es la “que se vuelve hacia sí misma y, a través de diversos recursos, se caracteriza como obra de ficción y describe su

²⁶¹ La posible influencia de Onetti en la obra de Ceballos Maldonado es tema para otra investigación.

proceso de creación; incluye dentro de sí misma un comentario sobre su propia identidad lingüística y narrativa” (2005, p. 95), una caracterización que resuena con lo ya dicho sobre *Después de todo*, en la que se atestigua el proceso de creación literaria, la expectativa respecto de la futura lectura y la revisión de lo registrado. Esto, además, se ve motivado por el deseo de dejar un testimonio, con lo que el registro es, en efecto, una memoria, género literario que se sostiene en dos dimensiones de la facultad psíquica de recordar el pasado: individual y colectiva. La primera “posee un carácter privado ya que cada persona tiene sus propios recuerdos que no pueden ser plenamente iguales a los de otros aunque experimenten el mismo acontecimiento o compartan la misma época histórica” (Zou, 2016, p. 85). Es, además, parcial, fragmentaria y fugaz, pero interconectada.

La memoria colectiva, añade la doctora Zou al citar a José F. Colmeiro, no existe sino como entidad simbólica representativa de una comunidad. “Solo en el nivel simbólico se puede hablar de una memoria colectiva, como el conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros pertenecientes a un determinado grupo social y que determinan su adscripción al mismo” (p. 87). Se puede decir que el ejercicio realizado por Lavalle es, inconscientemente por su parte, una memoria individual y a la vez colectiva de los últimos homosexuales, es decir, de los varones sexodisidentes que vivieron y amaron antes de la liberación y la posibilidad del orgullo gay.²⁶² Existencias marcadas por la lejanía de la periferia y la oscuridad del clóset, uno que, por no existir como concepto, era imposible de abrirse para salir de él. Existencias respecto de las que la voz del narrador tiene, como ya se dijo, cierto grado de ejemplaridad y representatividad.

²⁶² Existente en México a partir de 1978, como ya se mencionó en notas anteriores.

El mérito de Ceballos Maldonado y su Javier Lavalle es haber dado la vuelta de tuerca necesaria para, al menos en las representaciones literarias,²⁶³ dejar atrás la culpa, la agonía y la fragilidad, y dar con ello pie a la autoafirmación, no libre de sufrimiento, pero sí llena de seguridad en cuanto al camino elegido, sin importar el costo de este. El mérito es de ellos; la deuda de revalorizar el hecho es nuestra. Uno de esos primeros pasos hacia la revalorización se dio en 2022, con la publicación en la editorial española Amistades Particulares, de una reedición de *Después de todo*, con lo que Javier Lavalle ha vuelto a la vida literaria, y, luego de un dilatado periplo, regresa a su país desde el otro lado del mar para reclamar el sitio que se merece por méritos propios. Espero que la presente tesis contribuya, asimismo, en la revaloración de esta novela.

²⁶³ Como un primer paso nada desdeñable.

REFERENCIAS

- ACEHM Fundación Carlos Slim, Salvador Novo, Fondo: DCXX-1, Serie/Sección: Antonio López Mancera, Legajo: 1, Carpeta: 8, Fojas: 185, *Novela mexicana*, 1928.
- Acevedo Escobedo, A. (2016). Letras y más letras. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 41-42). Secum.
- Baledón, R. (Director). (1959). *Las coronelas* [Film]. Luis Manrique Producciones.
- Baquero, A. (2020). *La traición a Diógenes*. Universidad de Zaragoza.
- Barbachano, M. (1964). *El diario de José Toledo*. Imprenta Madero.
- Batis, H. (2016). Los libros. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 31-32). Secum.
- Beachy, R. (2014). *Gay Berlin. Birthplace of a Modern Identity*. Alfred A. Knopf. iBook.
- Bermúdez, M. E. (2016). Novelas en 1966. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (p. 29). Secum.
- Bermúdez, M. E. (2016). Un tema atrevido. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 39-40). Secum.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores.
- Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. (2021, Junio). *Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren*. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensalada-de-pollos-novela-de-estos-tiempos-que-corren-tomada-del-carnet-de-facundo--0/html/5f6d58d8-cfb1-4ed2-8595-d6b9a9d13cb6_2.html.
- Bordieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Brushwood, S. J. (1970). *Los ricos en la prosa mexicana*. Diógenes.
- Campos, J. (2016). Después de todo. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 43-45). Secum.
- Carballo, E. (2016). Después de todo no nos escandalicemos. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 33-35). Secum.

- Carballo, E. (2016). Diario público. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (p. 25). Secum.
- Cardona Jr., R. (Director). (1969). *Modisto de señoras* [Film]. Productora Fílmica Re-AI.
- Cardona, R. (Director). (1949). *Yo quiero ser hombre* [Film]. Ultramar Films.
- Castrejón, E. (2013). *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. UNAM.
- Ceballos Garibay, H. (1995). *José Ceballos Maldonado (1919-1995), in memoriam*. <http://hectorceballos.mx/textos/biograficos/04.pdf>
- Ceballos Garibay, H. (s.f.). *La obra literaria de José Ceballos Maldonado (respuestas a un cuestionario)*. <http://hectorceballos.mx/textos/biograficos/08n.pdf>.
- Ceballos Garibay, H. (2016). Vida y obra de José Ceballos Maldonado. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 65-79). Secum.
- Ceballos, J. (1966). *Bajo la piel*. Costa-Amic.
- Ceballos, J. (1969). *Después de todo*. Diógenes.
- Ceballos, J. (1985). *El demonio apacible*. Premiá.
- CEPE. (2020, Noviembre 23). *Conferencia: El baile de los 41: anatomía de un escándalo*. [Vídeo]. YouTube. <https://youtube.com/watch?v=GBORW3cgnoE&t=5s>.
- Chafe, W. (2012). From thoughts to sounds. En Gee, J.P. y Handford, M. (eds.) *The Routledge Handbook of Discourse Analysis*. pp. 356-368. Routledge: Oxon.
- Chihu, A. y López, A. (2001). El enfoque dramaturgico de Erving Goffman. *Polis 00 Dos. Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial*, pp. 239-255. <https://polismexico.izt.uam.mx/index.php/rp/article/view/534>.
- Cohen, S. (2012). La picaresca y la manifestación del pícaro, anti héroe y súper anti héroe. *Neophilologus* (96), pp. 553-563.
- Condor, S. y Antaki, C. (2000). Cognición social y discurso. En Van Dijk, T. (comp.) *El discurso como estructura y proceso* (pp. 453-490). Gedisa.
- Coseriu, E. (1955). Determinación y Entorno: Dos problemas de una lingüística del hablar. *Romanistisches Jahrbuch*, 7(1), pp. 29-54.

- Cruz, D. (2017). Everything was for the revolution. Muralismo en la Secretaría de Educación Pública. En M. Affron et al. (Ed.), *Pinta la revolución. Arte moderno mexicano, 1910-1950* (pp. 271-279). Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Cuéllar, J. T. (2017). *Historia de Chucho el Niño y Los Fuereños*. Penguin Clásicos.
- De la Serna, M. (Director). (1955). *Pablo y Carolina* [Film]. Matouk Producciones.
- Díaz, J. (Director). (1953). *Yo soy muy macho* [Film]. Filmex.
- Diputados. (1931). *Código Penal*. https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/cpf/CPF_orig_14ago31_ima.pdf.
- Domínguez, H. (2013). *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Domínguez-Michael, C. (2003). El narrador: La ley del pícaro. *Hispanamérica* (94), pp. 3-12.
- Domínguez-Michael, C. (2020). *Ensayos reunidos 1984-1998*. El Colegio Nacional. iBook.
- Ducrot, O. (2006). *El decir y lo dicho*. Hachette
- Espejo, B. (2016). Pita Amor, un mito mexicano. *Revista Internacional de Culturas y Literaturas* (18), pp. 16–38. <https://doi.org/10.12795/ricl.v0i18.7161>.
- Espinoza, A. (2020). *Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical*. Dos Bigotes.
- Fabre, L. (2010). *La sodomía en la Nueva España*. Editorial Pre-Textos.
- Figuroa, R. (2007). *Son Jarocho. Guía histórico-musical*. Conaculta-Fonca.
- FilmotecaUNAM. (2019, Septiembre 24). *Promocionales de la Olimpiada 1968 / ARCADIA: Cine Rescatado y Restaurado / Cine en Línea*. [Video]. YouTube. https://youtube.com/watch?v=f1_IFVnuSVE.
- Flores Magón, R. (7 de octubre de 1911). ¿Es usted pederasta o no lo es, señor ‘Coronel’?. *Regeneración*, p. 2.
- Flores Magón, R. (23 de septiembre de 1911). Que hable el maricón. *Regeneración*, p. 3.
- Foster, D. W. (1991). *Gay and lesbian themes in Latin American writing*. University of Texas Press. iBook.

- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (2020). *Historia de la sexualidad 4. Las confesiones de la carne*. Siglo Veintiuno.
- Frenk, M. (1980). *Cancionero folklórico de México. Tomo 3: Coplas que no son de amor*. Colegio de México.
- Frenk, M. (1982). *Cancionero folklórico de México. Tomo 4: Coplas varias y varias canciones*. Colegio de México.
- Goffman, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores.
- González, D. (19 de noviembre de 1901). Un baile de hombres disfrazados. *El Tiempo*, s/n.
- González Escribano, J. L. (1982). Sobre los consejos de "héroe y antihéroe" en la Teoría de la Literatura. *Archivum: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 31-32, pp. 367-408.
- González, M. H. (2021a). *La revolución sexual: debates públicos de sexualidad, política y cultura en la Ciudad de México, 1960-1984*. [Tesis doctoral. El Colegio de México]. Repositorio del Colegio de México.
- González, M. H. (2015). Literatura y masculinidad en la primera modernidad mexicana: apuntes de investigación en torno a tres novelas del México independiente. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género* (1), pp. 157-169.
- González, M.H. (2021b). Vestidas para marchar. Travestismo, identidad y protesta en los primeros años del Movimiento de Liberación Homosexual en México, 1978-1984. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género* (7), pp. 1-34.
- González, S. (1998). Los paseantes, la instantánea, el crimen. *Luna Córnea* (15), pp. 44-51.
- Graesser et al. (2000). Cognición. En Van Dijk, T. (comp.) *El discurso como estructura y proceso* (pp. 417-452). Gedisa.
- Graesser, et al. (1997). Discourse Comprehension. *Annual Review of Psychology* (48), 163-189. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.48.1.163>.
- Gutiérrez, L. (2012). Sesenta años del cuento mexicano de temática gay. *Anales de Literatura Hispanoamericana* (41), pp. 277-296.

- Hoyos, J. A. (2016). *Los laberintos de la jotería, una historia sexual de la estética mexicana (1917-1934)*. [Tesis doctoral. Universidad de Pittsburgh]. Repositorio de la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos.
- INAFED. (s.f.). *Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México. Durango*. <http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM10durango/gobierno.html>.
- Jodelet, D. (2020). Las representaciones sociales: un recurso para indagar la complejidad psicosocial: el caso de la Vejez. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales* (7), pp. 50-61. <http://www.redsocialesunlu.net/wp-content/uploads/2020/04/4.-Las-representaciones-sociales.pdf>.
- Kosofsky, E. (1998). *Epistemología del armario*. Ediciones de la Tempestad.
- Laguarda, R. (2010). El ambiente: espacios de sociabilidad gay en la ciudad de México, 1968-1982. *Secuencia*, (78), 149-174. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-03482010000300005&lng=es&tlng=es.
- Langarita, J. (2013). Apropiaciones furtivas de espacios públicos: Intercambio sexual anónimo entre hombres en el entorno urbano. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, núm. 18 (1), pp. 99-113, <https://raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/269661>.
- Lanzagorta, I. (26 de agosto de 2021). *El imaginario de la Zona Rosa*. Seminario Proyecto Ciudad de México y el Distrito Federal. Instituto Mora, Ciudad de México.
- Leyva, J. (2013). *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*. Tusquets.
- Macías-González, V. M. (2003). "The lagartijo at The Hight Life". En *The Famous 41. New Directions in Latino American Cultures* (pp. 227-249). Palgrave Macmillan.
- Marquet, A. (2020). El regalo en la estrategia de seducción en la novela Después de todo de José Ceballos Maldonado. *Argos*, 7, pp. 44-57.
- Martínez, G. (Director). (1964). *Me ha gustado un hombre* [Film]. Manuel Zecena Diéguez.
- McKee, R. (2013). Los cuarenta y uno: la novela perdida de Eduardo Castrejón. En *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (pp. 7-33). UNAM.
- Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Gran Aldea Editores.
- Medina, C. (2014). Miradas en un torbellino. En *Mujercitos* (p. 1). RM.

- Medina, J. A. (2012.). *Análisis contextual e intertextual de Después de todo de José Ceballos Maldonado: Atisbando la tradición literaria homoerótica*. [Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mey, J. (2006). "Literary Pragmatics". En Jacob L. Mey (ed.) *Concise Encyclopedia of Pragmatics* (pp. 549-55). Oxford: Elsevier.
- Molano, H. (2017). El trazo de los otros: Jaime Torres Bodet y Elías Nandino frente a Contemporáneos. *Literatura y Lingüística* (36), pp. 97-119.
- Monsiváis, C. (2008). El mundo soslayado (Donde se mezclan la confesión y la proclama). En *La estatua de sal*. Fondo de Cultura Económica. iBook.
- Monsiváis, C. (2018). *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*. Era.
- Montes de Oca, F. (25 de Noviembre de 1901). ¡Cuarenta y un maricones!. *El Popular*, p. 1.
- Mora, M. (2002). La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. *Athenea Digital* (2). Disponible en <http://blues.uab.es/athenea/num2/Mora.pdf>.
- Morales, O. A. (2005). Literatura autorreflexiva o la lectura y la escritura como argumento central en la narrativa de Juan Carlos Onetti: para una tumba sin nombre. *Letras* (70), pp. 93-110. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0459-12832005000100004.
- Muñoz, M. (1992). En torno a la narrativa mexicana de tema homosexual. *La Palabra y el Hombre* (84), pp. 21-37.
- Novo, S. (2008). *La estatua de sal*. Fondo de Cultura Económica. iBook.
- Novo, S. (1972). *Las locas, el sexo, los burdeles*. Diana.
- Ochoa, A. (2006). Inés Chávez, muerto. Dos textos del padre Esquivel. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* (105), pp. 178-202. <https://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/105/pdf/documento.pdf>.
- Ochs, E. (2000). "Narrativa". En Van Dijk, Teun (comp.) *El discurso como estructura y proceso* (pp. 271-303). Gedisa.
- Pablo VI. (16 de diciembre de 1974). *Alocución del santo padre Pablo VI a la Comisión Teológica Internacional*. https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1974/documents/hf_p-vi_spe_19741216_commissione-teologica.html.

- Pablo VI. (7 de diciembre de 1965). *Constitución pastoral Gaudium et Spes. Sobre la iglesia en el mundo actual*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html.
- Peñalosa, J. (2016). Noticias literarias importantes del mes, en México. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 15-16). Secum.
- Peñalosa, J. (2016). Noticias literarias importantes del mes, en México. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (p. 27). Secum.
- Peralta, J. L. (24-26 de septiembre 2014). Representaciones homoeróticas, homosexuales y trans de la provincia de Mendoza en la literatura (1942-2012) [Conferencia]. Congreso Género y Sociedad. Voces, cuerpos y derechos en disputa, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Pérez Álvarez, B. (2010). La construcción del *nosotros* en el discurso. En B. Pérez Álvarez y N. García Meza (Coords.), *El nosotros desde nuestra mirada* (pp. 23-40). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Po, P. (2020). *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*. Altres Costa-Amic Editores.
- Prieto, A. (2021). *El canon de la literatura gay en español*. Amistades Particulares.
- Prieto, F. (1985). El demonio apacible de Ceballos Maldonado. *Proceso*, (447), s.n.
- RAE. (3 de junio 2022). *Cinismo*. <https://dle.rae.es/cinismo?m=form>.
- Ratzinger, J. (1 de octubre de 1986). Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la atención pastoral de las personas homosexuales. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19861001_homosexual-persons_sp.html.
- Robles, A. A. (2019). *El arcoíris de la disidencia. Novela gay en México*. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.
- Rocha, J.C. (2013). *El espacio torcido en la narrativa mexicana de temática homosexual: 1977-1997*. [Tesis doctoral. Universidad de Western Ontario]. Repositorio de la Universidad de Western Ontario, Canadá.
- Rodríguez, A. (2008). Scénographie et écriture de l'homosexualité dans deux romans mexicains : El diario de José Toledo (1964) et Utopía gay (1978). *Lectures du genre* (3), pp. 86-93.

- Rodríguez, I. (2022). Renovación filmica y autoritarismo en México, 1970-1976. Revisión a la idea del Estado cineasta. *Historia y Grafía* (58), 87-131. https://www.revistahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/article/view/397/388?fbclid=IwAR246cB8IUjo1BKvbgN51HfiMlby07r3WxuGIVyHpMyIdKFWIbf6Omi_Vg0.
- Rodríguez, R. (2021). Los sodomitas ante la Inquisición. *Mirabilia: electronic journal of antiquity and middle ages* (32), pp. 167-96. <https://raco.cat/index.php/Mirabilia/article/view/388336>.
- Rojas, O. L. (2022). *Hombres y relaciones de género en México*. El Colegio de México.
- Romero Martínez A. M. y Pérez Álvarez, B. (2018). Funciones de la co-construcción narrativa en un corpus oral diafásico de español mexicano. *ORALIA*, vol. 21/1, pp. 145-166.
- Sahagún, J. F. (Agosto de 1738). México. *Gazeta de México*, p. 6.
- Sánchez, M. (2002). Recursos estilísticos en la copla popular mexicana. *Revista de Literaturas Populares*, 2, pp. 109-138.
- Schnedier, L. M. (1997). *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. Nueva Imagen.
- Seper, F. (29 de diciembre de 1975). *Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual*. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19751229_persona-humana_sp.html.
- Solana, R. (2016). Carta a un autor. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (pp. 37-38). Secum.
- Soler, J. (Director). (1944). *Me ha besado un hombre* [Film]. Producciones Abel Salazar.
- Teposteco, M. A. (19 de diciembre de 2015). Paolo Po: la historia oculta tras el autor de la primera novela gay en México. *Confabulario*. <https://confabulario.eluniversal.com.mx/paolo-po-50-anos-del-escriptor-que-nunca-existio/>.
- Teruel, A. X. (1968). *Los inestables*. Costa-Amic Editores.
- Tapia, O. y Soltero, C. (2010). *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio*. Editorial Verbo Divino.
- Ulloa, L. (15-20 octubre de 2007). *El tema homosexual en la narrativa mexicana del siglo XX* [Ponencia]. Coloquio de Cultura Mexicana, Universidad de Upsala, Suecia.

- Valdés, M. A. (20 de octubre de 1789). México. *Gazeta de México*, p. 410.
- Van Dijk, T. (1980). *Texto y Contexto*. Cátedra.
- Vargas, S. (2014). *Mujercitos*. RM.
- Vaticano. (28 de junio de 2005). *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*. https://www.vatican.va/archive/compendium_ccc/documents/archive_2005_compendium-ccc_sp.html.
- Vaticano. (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica. Tercera parte: La vida en Cristo*. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s2c2a6_sp.html.
- Vázquez Salazar, D. (2015). *Las representaciones masculinas en tres textos narrativos del grupo Los Contemporáneos* [Tesis de maestría, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo]. Repositorio de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Woods, G. (1998). *Historia de la literatura gay*. Editorial Akal.
- Zapata, L. (2019). *El vampiro de la colonia Roma*. De Bolsillo.
- Zendejas, F. (2016). Multilibros. En *José Ceballos Maldonado: presente, ayer y hoy* (p. 23). Secum.
- Zou, P. (2016). *Memoria y novela. La narrativa de Antonio Soler*. [Tesis doctoral. Universidad de Salamanca]. Repositorio Documental Gredos.